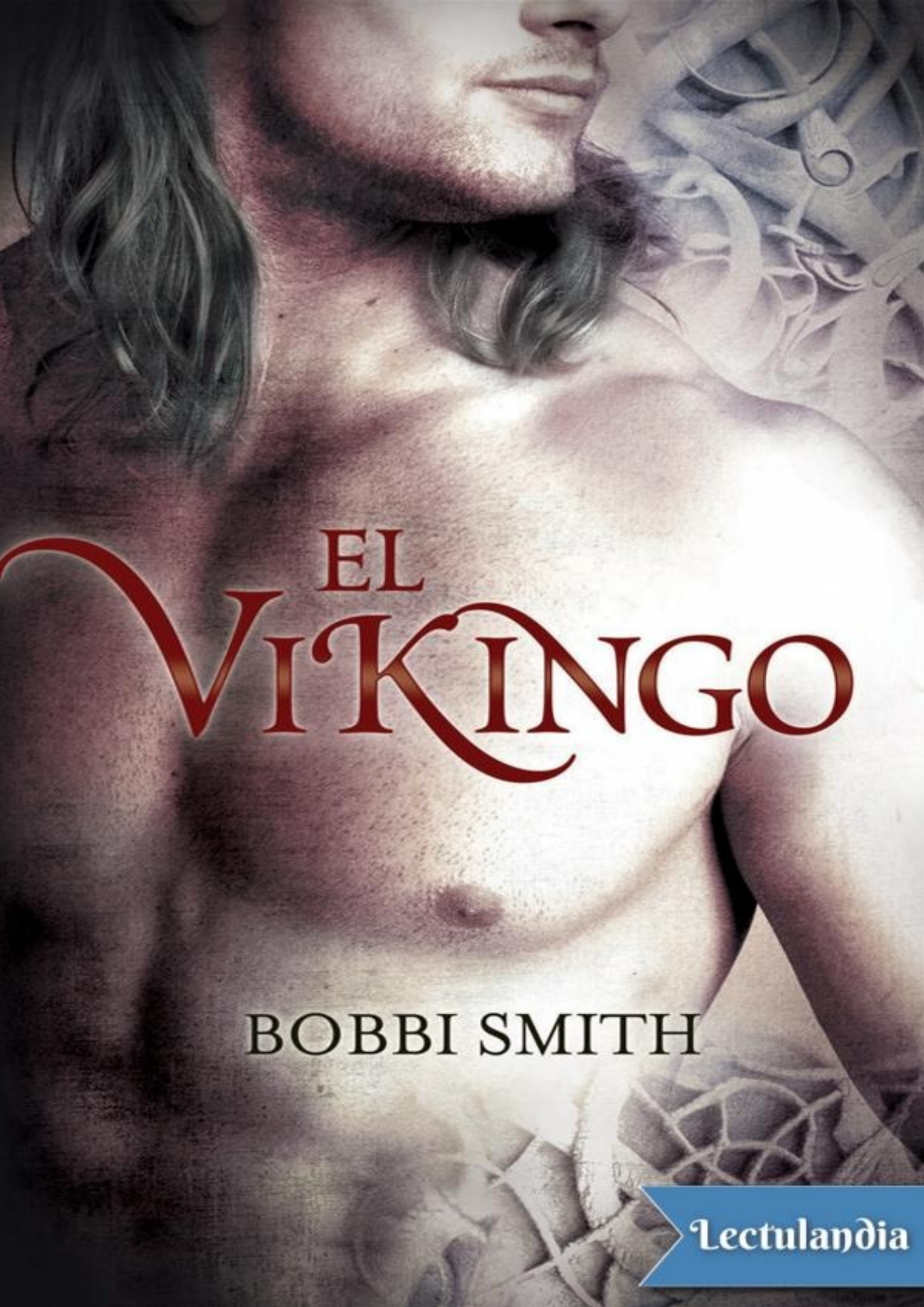




EL VIKINGO

BOBBI SMITH

Lectulandia

Brage Norwald nunca ha perdido una batalla, y cuando decide invadir la costa sajona no espera otra cosa que celebrar una victoria. En cambio, sufre una aplastante derrota. Gravemente herido, es tomado prisionero. Cuando está al borde de la muerte, una acérrima enemiga acude en su ayuda, despertando en él una atracción que lo dejará indefenso...

Dynna está prometida al cruel y calculador príncipe Edmund, y ve la oportunidad de huir junto a Brage. Ambos emprenden camino a través de la campiña sajona, y pronto deberán enfrentarse a una pasión mutua que podría proporcionarles más de lo que jamás osaron soñar... o destruir sus vidas para siempre.

Lectulandia

Bobbi Smith

El Vikingo

ePub r1.1

sleepwithghosts 29.05.15

Título original: *The Viking*
Bobbi Smith, 2010
Traducción: Irene Saslavsky

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro está dedicado a cuatro damas cuyos conocimientos acerca de la industria editorial son fenomenales. Trabajar con ellas es estupendo y resulta excitante verlas en acción: se llaman Lynn Brown, Kathryn Falk, Laura Shatzkin y Joan Schulhafer.

También quisiera agradecer a la pandilla de Pinnacle Lake por su apoyo constante: a Marilee Poulter, Paul Poulter y Louis Reuther.

Y muy especialmente al señor Tom Pearson, bibliotecario de Historia de la Biblioteca Pública de Saint Louis.

Prólogo

Noruega, año 838

Un rayo iluminó el cielo y un trueno profundo y amenazador resonó en la comarca.

De pie en el umbral de la pequeña casa, la anciana mantenía la vista clavada en la oscuridad, aguardando. Como siempre, él no tardaría en llegar. Estaba segura de ello.

Entonces empezó a llover, las gotas golpearon la tierra por la violencia de la tormenta y ella fue a refugiarse junto al hogar en el centro de la habitación. Aunque la noche no era fría, se sentía aterida y el frío le helaba el alma. Sus manos nudosas aferraron el chal que la envolvía. Cerró los ojos y procuró olvidar la tormenta exterior y también la interior, generada por el don de la clarividencia.

—He venido. —Su voz era profunda.

La anciana abrió los ojos y contempló al guerrero alto de cabellos oscuros, sin revelar sorpresa alguna ante su presencia.

—¿Deseas que lea las runas para ti? —inquirió.

—Zarpo con la luna nueva.

Ella asintió con la cabeza, luego se puso de pie lentamente y se dirigió hacia una pequeña mesa flanqueada por dos bancos. Tomó asiento en uno y le indicó que ocupara el que estaba enfrente. Después se detuvo durante un momento para observarlo. Era apuesto, aquel vikingo cuyos cabellos negros —un rasgo heredado de su madre irlandesa que murió al darle a luz— lo diferenciaban de los demás; a ellos debía su apodo: Halcón Negro. Sus ojos eran azules, de un azul pálido como los de su padre, un hombre del norte. Tenía los rasgos finamente cincelados, los hombros anchos y fuertes. Era un magnífico guerrero, nadie igualaba la fama que le habían proporcionado su valor y su honor..., a excepción de su padre.

Después de un momento, la anciana dedicó su atención a las runas. Tendió un paño blanco en la mesa y sacó las piedras proféticas. Las sostuvo en la mano y entonó dos estrofas del *Runatál* para invocar los poderes.

*Sé que pendí de un árbol agitado por el viento,
Sus raíces ignoradas por los sabios;
Atravesado por las lanzas, durante nueve largas noches,
Prometido a Odín, mi ser ofrecido al suyo.*

*No me dieron pan, ni un cuerno del cual beber;
Contemplé las profundidades:
Grité y recogí las runas,
Y por fin, caí.*

Al pronunciar las últimas palabras arrojó las runas sobre el paño tendido en la mesa. Eligió tres con mucho cuidado y después examinó sus inscripciones.

—¿Qué dicen, anciana? —preguntó el Halcón Negro, desconcertado ante su

prolongado silencio—. ¿Tendrá éxito el ataque? ¿Obtendré el premio deseado?

Cuando ella alzó la mirada, los secretos ancestrales hacían resplandecer sus ojos azules. Miró fijamente al guerrero, reflexionando y sopesando, y volvió a contemplar las piedras que sostenía en la mano, hasta que por fin contestó:

—Obtendrás mucho más de lo esperado, mi apuesto caballero. Oh, sí, mucho más...

—Bien —dijo él, con expresión aliviada—. ¿Y qué será de mis hombres? La lucha, ¿será encarnizada?

—Habrá peligro. Se derramará sangre. Se dirán palabras engañosas. Pero al final de tu travesía te aguarda un tesoro de gran valor.

Cuando pronunció las últimas palabras, un rayo volvió a iluminar el cielo. Un temblor agitó la tierra, seguido del estruendo del trueno.

Tras escuchar aquello, la inquietud que había embargado al guerrero disminuyó.

—Así que tendremos éxito. —Sonrió y se puso de pie—. ¿Y el premio será precioso?

—Más precioso que todos los que has obtenido en el pasado. —Él asintió con expresión satisfecha, pagó a la anciana y se marchó.

Ella observó su partida, a sabiendas de que el peligro lo acechaba y preguntándose si sobreviviría a la traición. No le había dicho todo lo que había visto: había un sendero que debía recorrer, y también un peligro al que debía enfrentarse a solas.

Cuando su criado lo despertó, el sueño interrumpido contrarió a lord Alfrick. Se incorporó y le lanzó una mirada furibunda.

—¿Qué es tan importante como para que me despiertes en medio de la noche? —preguntó.

—Lamento molestaros, milord, pero un forastero de la tierra de los vikingos ha llegado a la torre solicitando audiencia.

—¿Un vikingo? —Ahora lord Alfrick estaba completamente despierto.

—Sí, milord. Insiste en que ha de hablar con vos y con ningún otro. Afirma que se trata de un asunto de vida o muerte.

—¿De la vida de quién? ¿De la muerte de quién? —preguntó—. No me fío de ningún hombre del norte.

—De la vuestra.

—¿De la mía? —Alfrick frunció el ceño, presa de la ira—. ¿Quién es ese mensajero que osa acercarse a mi torre y amenazar mi vida?

—No pretende amenazarla, milord. Dice que ha venido para advertiros de un peligro futuro.

Lord Alfrick reflexionó con el entrecejo fruncido.

—Despierta a sir Thomas —dijo luego—. Dile que se reúna conmigo abajo junto

con varios guardias, en mi cámara privada a un lado de la Gran Sala. Hablaré con ese misterioso hombre del norte, pero haré que le den muerte en un instante si esto resulta ser alguna clase de truco diabólico.

Lord Alfrick se levantó de la cama y se preparó para recibir al extraño. Se vistió con rapidez y se colgó la espada del cinto. Ahora estaba de un humor cauteloso. Había gobernado aquellas tierras durante más de veinticinco años y perdido la cuenta de las veces que lo habían atacado. Era la primera vez que un vikingo pretendía hablar con él y se preguntó qué quería. Una vez dispuesto a encontrarse con su visitante nocturno, abandonó la habitación.

Poco después, lord Alfrick se enfrentaba al hombre misterioso, flanqueado por sir Thomas y diversos guardias armados. Sir Thomas era un hombre de unos treinta años, alto y avezado en la lucha. Su fidelidad a Alfrick era conocida en toda la comarca y la confianza depositada en él era absoluta. Cuando debía tomar una decisión importante, Alfrick recurría al consejo de sir Thomas, puesto que sabía juzgar a los demás y a menudo le proporcionaba ideas pasadas por alto por sus otros consejeros. Alfrick se alegraba de que estuviera presente.

—Dime por qué no habría de matarte ahora mismo, vikingo —dijo lord Alfrick. Los hombres del norte eran sus enemigos acérrimos y no los apreciaba en absoluto.

—Porque traigo noticias que podrían salvarte la vida.

—¿Por qué habría de creerte? —preguntó el lord, escudriñando en medio de la penumbra y procurando distinguir los rasgos del vikingo, pero sin éxito.

El extraño retrocedió entre las sombras sin levantar la capucha de su manto oscuro, ocultando aún más su identidad frente a la mirada inquisitoria del lord sajón.

—Puedes aceptar mi advertencia, o no. Tú eliges —contestó el vikingo encogiéndose de hombros—. He acudido para decirte lo que ocurrirá. El Halcón Negro y sus hombres atacarán tus tierras poco después de la luna nueva.

Como para corroborar sus palabras, un rayo resplandeció y resonó un trueno.

—¡El Halcón Negro! —Lord Alfrick se puso tenso ante semejante información. Intercambió una rápida mirada con sir Thomas, en cuyos ojos oscuros se reflejaba la misma incredulidad. El vikingo conocido como el Halcón Negro era un poderoso guerrero que saqueaba ciudades a voluntad, se apoderaba de sus riquezas y convertía en cautivos a hombres y mujeres—. ¿Por qué habrías de decírmelo? ¿Por qué traicionarías a uno de los tuyos?

—¡Porque lo quiero muerto! —siseó el traidor en tono malévol—. No puedo alzar la mano contra alguien de mi misma estirpe, pero puedo proporcionarte la espada para hacerlo.

—¿Qué exiges en pago por esta información que acabas de proporcionarme?

—Sólo que te encargues de que el Halcón Negro muera.

—Si el ataque ocurrirá en tan poco tiempo como afirmas, ¿cómo identificaremos al hombre conocido como el Halcón Negro?

—La vela de su embarcación es de color rojo sangre y ostenta la divisa de un

halcón negro en el centro, al igual que su escudo y su casco.

Sin embargo, como conocía la astucia de los vikingos, lord Alfrick albergaba dudas.

—¿Acaso se trata de un truco, de una estratagema para distraernos, mientras vuestros guerreros nos atacan desde otra dirección? —preguntó.

—Si hubiera querido atacarte, podría haberlo hecho esta noche. Tú y tus hombres hubierais muerto en vuestras camas —dijo el conspirador—. Has oído mi advertencia. Te he dado tiempo para prepararte. Si no tomas alguna medida, esta torre y todos sus tesoros pertenecerán al Halcón Negro.

—¿Y si me preparo?

—Podrás derrotar al más poderoso de los saqueadores vikingos y salvaros, a ti y a tus súbditos.

—¿Cuántos vendrán?

—Él zarpará con al menos tres naves de guerreros. Debes reunir un ejército poderoso para vencerlos. Entre todos los guerreros, sus hombres son los más feroces.

—¿Navegarás con él? —preguntó lord Alfrick en tono desdeñoso. Que aquel hombre traicionara a uno de los suyos le causaba un profundo desprecio y se preguntó si el muy traidor se consideraba a sí mismo un excelente guerrero.

—Estaré al corriente de todos los acontecimientos —contestó el vikingo—. Pero te advierto de que no será fácil detener al Halcón Negro. Hasta ahora ningún hombre lo ha igualado en fuerza, coraje y valor. Has de ser astuto, o lo perderás todo.

—No te preocupes, estaremos preparados —respondió lord Alfrick—. Acabaré con la vida del Halcón Negro y hacerlo supondrá una bendición para todas las comarcas, que quedarán a salvo de sus saqueos.

El traidor asintió con la cabeza y se dispuso a marchar. Uno de los guardas lo acompañó hasta el exterior de la torre.

Lord Alfrick los observó hasta que desaparecieron y después se dirigió a sir Thomas mientras remontaban las escaleras.

—¿Qué os parece, sir Thomas? ¿Hemos de creer en la advertencia de ese hombre? —preguntó con expresión lúgubre y aguardó la respuesta de su amigo.

—Me gustaría creer que sus palabras eran mentirosas, pero dudar de ellas sería de tontos. Es mejor prepararse para un ataque que no se produzca, a que el Halcón Negro y sus hombres nos encuentren desarmados.

—Estoy de acuerdo. Debemos prepararnos. Enviaré un mensaje a los reinos vecinos; si unimos nuestras fuerzas, podremos montar un ejército lo bastante grande para rechazar a los atacantes.

—¿Deseáis que cabalgue por la mañana, milord, y lleve la noticia?

—Sí. Cuanto antes empecemos a planearla, tanto mejor será nuestra defensa.

Lord Alfrick se dirigió a su habitación y sir Thomas se retiró a la suya. Ambos sabían que aquella noche ya no volverían a dormir.

Mientras tanto, afuera, en el patio, una solitaria figura surgió de su oscuro

escondite y siguió al guarda y al traidor en silencio.

El viento hinchaba las velas de los tres *drakkar* vikingos y los impulsaba a través de las aguas, encabezados por la nave que llevaba el emblema del Halcón Negro, pilotada certeramente por su capitán en dirección al suroeste. Habían zarpado de su patria hacía sólo tres días y ahora se aproximaban a su meta: la costa sajona.

—¿Cuánto falta para que avistemos tierra? —preguntó Seger, un guerrero fornido que navegaba en la nave capitana, sin despegar la vista del mar.

—Si el viento no deja de hinchar las velas, deberíamos avistar la costa dentro de dos días —respondió Neils.

—Bien —dijo Seger con una sonrisa lobuna, pensando en la inminente batalla. Echaba de menos las incursiones—. ¡Hace demasiado tiempo que no entro en acción, y el brazo con el que manejo la espada necesita práctica!

—Creo que el Halcón Negro comparte tus sentimientos —comentó Neils y soltó una carcajada, indicando con la cabeza a Brage Nordwald, su jefe, también conocido como el Halcón Negro. El vikingo alto y de complexión fuerte estaba de pie en la pequeña cubierta delantera del barco, espada en mano—. Quizá sea el motivo por el cual zarpamos dos semanas antes que los demás.

—Siempre procura contar con el factor sorpresa. Nadie nos estará esperando. Es un gran guerrero y servir bajo su mando es un privilegio.

—Es un hombre listo. Hace tres años acepté el compromiso de luchar junto a él, y jamás lo he lamentado. Mi parte del botín ha aumentado con cada temporada.

—Nadie lo iguala cuando se trata del pillaje. Golpea sin avisar, cobra su botín y desaparece con rapidez.

—Mi padre seguía a Anslak, el padre de Brage, y ahora yo lo seguiré a él adonde quiera que me conduzca.

—Y si lo que he oído es verdad, nos está conduciendo a uno de los reinos más ricos de la costa.

Ambos sonrieron al pensar en los tesoros que pronto serían suyos. Volvieron a echar un vistazo a su jefe de pie ante ellos, valiente y orgulloso. Se sentían invencibles al saber que sería él quien los conduciría en la batalla.

—Nadie puede derrotar al Halcón Negro.

Brage había planeado aquel ataque con mucho cuidado, y no veía la hora de entrar en combate. Escudriñaba el horizonte y pensaba en la batalla futura aferrando la empuñadura dorada de su espada. Lord Alfrick no sería un adversario fácil. Por eso había zarpado antes: quería coger desprevenidos a los sajones. Hacía tiempo que había aprendido a aprovechar todas las armas posibles, y la sorpresa era la herramienta más eficaz cuando se trataba de un ataque.

—Bien, hermano mío, ¿estás preparado para añadir aún más riquezas a tus arcas

ya repletas? —preguntó Ulf, acercándose a Brage.

—Como siempre —contestó éste con una sonrisa y volvió a envainar la espada.

Ulf era el hermanastro mayor de Brage, hijo de la amante del padre de ambos. Pero aparte de su estatura y sus ojos azules, no guardaban un gran parecido físico. Ulf era rubio y grande como un oso, fornido y de músculos muy desarrollados. Muchos enemigos lo habían creído lento debido a su tamaño y ello había supuesto un error fatal. Por otra parte, Brage era delgado pero musculoso. A diferencia de Ulf, sus cabellos eran oscuros. De niños habían sido rivales fogosos; siempre trataban de superarse mutuamente para demostrarle su valor a su padre guerrero. Sin embargo, cuando se convirtieron en hombres, habían dejado de lado su rivalidad y empezado a participar juntos en las incursiones, obteniendo elogios por su valentía de cuantos luchaban junto a ellos.

—Ten cuidado —le advirtió Ulf—. No te excedas en la confianza.

—Confío en mis hombres y en el hecho de que lord Alfrick no nos está esperando. Aunque su torre es sólida, no debería suponer un gran desafío para nosotros, puesto que no ha tenido tiempo de prepararse. Una vez lleguemos a tierra, en pocos días lograremos apoderarnos de un tesoro considerable. El factor sorpresa nos ayudará.

—Por el bien de todos, esperemos que las cosas se desarrollen como dices.

—Asegurarme de que sea así es mi responsabilidad. Lo he planeado muy cuidadosamente.

—Si no fuera por un juramento a los dioses, sería yo quien encabezaría este ataque. En vez de eso, he sido relegado por nuestro padre para cubrirte las espaldas —comentó Ulf, riendo y sacudiendo la cabeza con aire atribulado, como si aceptara su destino.

—Y realizas una tarea magnífica. —Brage palmeó el hombro de su hermano—. Si no fuera por ti, hace tiempo que estaría muerto. Llevas las cicatrices que atestiguan tu lealtad.

Una larga cicatriz surcaba la mejilla derecha de Ulf y acababa justo debajo del ojo, un trofeo de una batalla especialmente dura librada hacía años, la primera vez que ambos navegaron juntos.

—Por eso te lo advierto —repuso—. No necesito más cicatrices que estropeen mi apostura.

—No temas. Las runas han profetizado que tras este ataque cobraríamos un gran tesoro.

—Las piedras nunca mienten.

—Además, ningún sajón está a la altura de mis hombres. Cuando empiece el ataque, la victoria será nuestra. —Brage contempló a sus guerreros, que sólo en la nave capitana formaban un grupo de cincuenta hombres. La mejor fuerza jamás reunida, y nunca habían sufrido una derrota.

—Comprobarán todo el poderío del Halcón Negro —asintió Ulf.

Sonriendo, Brage dirigió la vista al horizonte. Resultaba agradable volver a navegar. El futuro parecía prometedor.

Lady Dynna recorría su habitación con pasos inquietos. Desde la muerte de sir Warren, su marido, acaecida en un trágico accidente de caza hacía unos seis meses, y cuyas circunstancias aún la perturbaban, había optado por comer en sus aposentos aduciendo la necesidad de estar sola mientras llevaba el luto, y la familia de su marido había respetado su deseo. Pero desde el día anterior, todo había cambiado.

Dynna echó un rápido vistazo al gran espejo de bronce colgado de la pared y examinó su imagen reflejada. Una melena de cabello azabache enmarcaba su rostro. Estaba un poco pálida, pero eso era de esperar puesto que, tras la prematura muerte de Warren, había permanecido encerrada en su habitación casi todo el tiempo. Las cejas oscuras formaban un delicado arco por encima de los grandes ojos grises que la contemplaban con expresión angustiada y desesperada. Sus labios no sonreían, y eso la preocupaba, porque antaño había amado reír y disfrutar de la vida. Pero ya no. Ahora no había casi nada que la alegrara, sobre todo desde que el día antes lord Alfrick, su suegro, había reclamado su presencia para darle una noticia.

El recuerdo de lord Alfrick ordenándole que se casara con sir Edmund, el hermano menor de su marido fallecido, le provocó un estremecimiento de repugnancia. Procuró reprimir la reacción y trató de controlar sus emociones desbocadas. Puede que lord Alfrick insistiera en que se casara con sir Edmund, pero la boda aún no se había celebrado. Todavía había tiempo para aferrarse a la esperanza de encontrar un modo de evitar ese destino funesto...

Dynna se dispuso a bajar y cenar con la familia, decidida a mantener una actitud distante, majestuosamente distante. No quería que nadie sospechara que estaba desesperada por huir del horrendo sino que los hombres poderosos de su vida querían imponerle.

Consciente de que no podía prolongar la demora, lady Dynna abandonó la habitación y se dirigió a la escalera de piedra que conducía a la Gran Sala. Cuando alcanzó la parte superior de la escalera se topó con sir Edmund, que subía en ese preciso instante. Tuvo que esforzarse por no entrar en pánico.

Dynna sabía que muchas de las mujeres de la torre consideraban que Edmund era muy apuesto gracias a sus cabellos rubios y sus ojos oscuros, pero Dynna no se dejaba engañar por su apostura. Había examinado su alma y conocía la maldad de su corazón. Mientras que Warren había sido un hombre bueno y gentil, Edmund disfrutaba causando dolor. Mientras que Warren había dado prioridad a las necesidades de los demás, Edmund satisfacía sus propios deseos y lo único que le importaba era él mismo. Era un hombre egoísta, de poco carácter y fe aún más escasa. Dynna detestaba admitir que la asustaba, pero no cabía duda de que era verdad.

Edmund le lanzó una sonrisa sesgada que expresaba victoria y, en última instancia, posesión.

—Buenas noches, milady —dijo en un tono que rebosaba intimidad y deseo.

—No soy «vuestra» lady ni nada que se le parezca —contestó Dynna en el tono más altanero del que fue capaz, recurriendo a la ira para defenderse del temor que él le inspiraba. La mirada lasciva de Edmund insinuaba que conocía el aspecto de su cuerpo desnudo y la idea la turbó.

—Ah, pero pronto seréis mía —dijo en voz baja, dio un paso hacia ella y le rozó la mejilla—. Padre ha manifestado sus deseos al respecto, así que está decidido. No pasará mucho tiempo antes de que os tome por esposa.

—Aún llevo luto por vuestro hermano.

—Mi hermano ya no está, mi dulce Dynna, pero yo estoy aquí.

—¿Acaso no supone una deslealtad y un agravio que habléis de vuestro hermano de esa guisa? ¿Es que su muerte no os deja el corazón dolorido?

Pese a sus protestas y al hecho de que hablara de Warren, Edmund estaba convencido de que lo deseaba tanto como él a ella. Ninguna mujer lo había rechazado jamás.

—Hace demasiado tiempo que estáis sola. Necesitáis un hombre de verdad, que os caliente la sangre y para siempre borre el recuerdo de alguien que ahora está muerto.

Dynna sintió que el rubor le cubría el rostro, causado por las palabras osadas del hombre. Retrocedió un paso, alejándose de él.

—Es impropio que me digáis eso.

La sonrisa de sir Edmund se volvió más amplia.

—Tened cuidado, estimada Dynna. No soy un hombre que se desanima con facilidad.

La había deseado desde la primera vez que la vio, hacía dos años, cuando llegó a su reino para casarse con Warren. Había sido muy paciente antes de pretenderla, pero la espera estaba a punto de llegar a su fin. Su padre había decretado que fuera suya... junto con su abundante dote.

—Soy la esposa de Warren. —Dynna mantuvo una pose rígida y habló en tono despectivo. Pero incluso al pronunciar esas palabras, su corazón latía aceleradamente. Edmund tenía poder sobre ella, y ambos lo sabían. Ahora que era el único hijo de su padre, lord Alfrick le concedería todos sus deseos.

—Sois la viuda de Warren —gruñó Edmund, frunciendo el ceño e irritado por la crítica—. Sois una mujer sin protección. —No tenía derecho a reprenderlo; a fin de cuentas, sólo era una mujer, una mera pertenencia por la que los hombres regateaban según su voluntad—. Mi hermano está muerto y enterrado. A partir de ahora, vuestro luto ha llegado a su fin.

El rubor que hacía un instante había teñido su rostro se desvaneció ante el frío dictamen. Dynna se sentía intimidada e indefensa, pero sabía que no debía demostrar

temor ni debilidad y le devolvió una mirada tan acerada como la de él.

Sir Edmund vio la chispa de desafío en sus ojos y también su porte altivo. El reto que le presentaba lo excitó. Sin desviar la vista le acarició el antebrazo.

—Una vez que estemos casados, Dynna mía, me dedicaré a explorar hasta dónde llega vuestro orgullo; dominaros supondrá un gran placer.

—Jamás me someteré a vos.

—Ah, pero lo haréis. No os equivoquéis. Y ahora permitidme que os acompañe a la sala. Mi padre aguarda vuestra agradable presencia.

Dynna se esforzó por no apartarse cuando Edmund la cogió del brazo, y a regañadientes murmuró unas palabras de agradecimiento.

Quería decirle que prefería morir antes que someterse a él, pero guardó silencio. Sin la protección de un marido, se limitaba a ser un peón en una partida jugada por hombres poderosos. A lord Alfrick y sir Edmund sus deseos le importaban poco. Lo único que ella quería era regresar al hogar de sus padres y pasar el resto de su vida en paz y soledad. No obstante, lord Alfrick quería apoderarse de su excelente dote, que consistía en el alquiler de algunas de las granjas que arrendaba su padre. Alfrick nunca permitiría que ese dinero se le escapara. La mantendría a ella y a su dote bajo su control casándola con sir Edmund.

Al bajar las escaleras, sir Edmund la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Le resultaba menuda y muy femenina, y poder tocarla así por fin le proporcionaba una increíble sensación de poder. Cuando alcanzaron un pequeño descansillo, la arrastró hasta las sombras.

—¿Qué hacéis, Edmund...?

Dynna no pudo proseguir porque él interrumpió sus palabras con un beso ardiente y presionó su cuerpo contra el de ella.

Se sintió aturdida, pero sólo un instante. Luego reaccionó indignada ante semejante violación y lo golpeó con todas sus fuerzas. Su gruñido de dolor la complació, pero sólo un momento. Edmund no la soltó, sino que la cogió con más fuerza y la besó más profundamente. Dynna lo empujó para apartarlo.

—¡So villano! ¿Cómo osáis tocarme?

Sir Edmund vio las llamas de ira en su mirada y consideró que nunca había estado más bella.

—Osaría muchas cosas con vos, Dynna —dijo, con una sonrisa significativa.

Atemorizada por su lujuria manifiesta, Dynna procuró alejarse, escapar de su repugnante proximidad, pero él se lo impidió cogiéndola del brazo. Clavó los dedos en sus suaves carnes, soltó una carcajada y la atrajo hacia sí.

—Bajaremos juntos.

Dynna apretó las mandíbulas y asintió con la cabeza.

En la Gran Sala atestada de hombres reinaba el bullicio. Habían llegado fuerzas suplementarias de dos reinos vecinos, con el fin de incrementar las defensas de la torre en caso de una posible incursión vikinga; ahora se reunían para compartir la

cena. Sentados ante las mesas, los hombres acompañaban la comida con abundantes tragos de cerveza e hidromiel. Hablaban en voz alta y estrepitosa, y alardeaban de su disposición para enfrentarse a los temibles hombres del norte.

Sir Edmund acompañó a Dynna hasta su asiento junto a lord Alfrick, en la mesa elevada que había en la parte delantera de la sala. Ella tomó asiento y, aunque logró sonreír amablemente a todos, se sentía como un pajarillo atrapado.

—Me alegro de que hayáis decidido reuniros con nosotros, Dynna —la saludó lord Alfrick—. Hemos echado de menos vuestra bonita presencia en nuestra mesa.

—Me temo que hasta ahora no hubierais considerado adecuada mi compañía, milord. La pérdida de mi amado Warren me ha entristecido profundamente.

Al recordar la muerte de su hijo mayor, la pena inundó la mirada de lord Alfrick.

—Yo también echo de menos a Warren, pero hemos de continuar con nuestras vidas. Él lo hubiese deseado.

—Sí, milord. —Dynna simuló aquiescencia y respeto, pero en su fuero íntimo no los sentía. Sabía que lord Alfrick era un hombre frío y calculador al que lo único que le importaba era su dote, no su felicidad. Porque de lo contrario hubiese comprendido que ella no estaba dispuesta a contraer un nuevo matrimonio y que, incluso si fuera así, jamás habría elegido a Edmund como esposo.

Mientras les servían la comida y empezaban a comer, Dynna logró intercambiar algunas palabras con los demás comensales. Transcurridos unos momentos, empezaron a hablar del guerrero vikingo conocido como el Halcón Negro, de quien se rumoreaba que estaba a punto de atacar. Dynna se preguntó cómo lord Alfrick se había enterado del ataque inminente.

—Estamos más que preparados para enfrentarnos a él —le dijo Edmund a su padre en tono confiado. Hacía varias semanas que se entrenaba con los hombres y sabía que estaban preparados para el combate.

—¿Y vos qué opináis, sir Thomas? Habéis presenciado más ataques que mi hijo —le preguntó lord Alfrick a su amigo, sentado a la mesa junto a ellos—. ¿Lleva razón Edmund? ¿Derrotaremos al Halcón Negro?

Que su padre no confiara en su evaluación de la situación enfureció a Edmund, pero lo disimuló y prestó atención a la opinión del hombre mayor que él.

Durante un momento, sir Thomas reflexionó en silencio, con expresión seria; después coincidió con la evaluación de Edmund.

—Sí, milord. Creo que derrotaremos al atacante, en caso de que ose atacar. Estamos preparados.

Lord Alfrick asintió con la cabeza, se puso de pie y se dirigió a los ocupantes de la Gran Sala:

—Hace demasiado tiempo que el Halcón Negro ha supuesto una amenaza para nosotros y nuestros vecinos. Ha llegado la hora de borrar de la faz de la Tierra a los saqueadores paganos del norte que atacan mis tierras y toman a mis súbditos como rehenes. ¡Si nos ataca, acabaremos con su vida!

Encabezados por sir Edmund, los hombres soltaron un rugido de aprobación.

Dynna no prestó demasiada atención a sus palabras airadas y sedientas de sangre. Había oído todas las horrorosas historias sobre los vikingos, que se dedicaban al saqueo y al pillaje, al secuestro y la matanza. No pudo dejar de preguntarse si caer en sus manos sería un destino peor que verse obligada a casarse con Edmund. Y recordarlo la puso de un humor todavía más lúgubre. Ninguna de las dos opciones ofrecía la oportunidad de una existencia feliz.

Dirigió la mirada hacia Edmund y, al ver la ansiedad de entrar en combate reflejada en sus ojos oscuros, juró que nunca se casaría con él. Antaño su torre había supuesto un dulce hogar para ella, pero ahora se había convertido prácticamente en una cárcel. ¡De algún modo lograría escapar! Regresaría al refugio seguro ofrecido por el hogar paterno.

Una vez acabada la cena, Edmund se alejó para hablar con los hombres y Dynna logró escabullirse. Abandonó la sala sin prisas, para no llamar la atención, pero en cuanto remontó las escaleras y comprobó que nadie la observaba, aceleró el paso y no se detuvo hasta encerrarse en su habitación.

Cuando por fin se encontró a solas, Dynna aguardó que la embargara la habitual sensación de confort y seguridad que solía rodearla en sus aposentos, pero los pensamientos que la torturaban no le dieron respiro. Cuanto más tiempo dedicaba a recordar los acontecimientos de aquella noche, tanto mayor era su temor de que jamás volvería a disfrutar de un instante de paz mientras permaneciera en la torre.

Llamaron a la puerta con suavidad y Dynna se sobresaltó. ¿Sería Edmund?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy yo, milady, Matilda. Creí que quizá necesitaríais ayuda para prepararos para la cama.

Dynna se relajó al oír la voz de su fiel dama de compañía. Matilda sólo tenía trece años cuando se convirtió en su criada, y Dynna sólo cinco. Cuando años después Dynna había acudido al reino para casarse con sir Warren, Matilda la había acompañado. Tras la muerte de Warren, la delgada y pelirroja Matilda había resultado su única amiga leal y su protectora. Dynna ansiaba desesperadamente confiarle sus problemas.

—¡Milady! ¿Qué ocurre? ¿Algo no va bien? —Matilda vio que estaba pálida y su expresión era angustiada. Dynna cerró la puerta con cerrojo y después arrastró a Matilda alejándola del umbral, temiendo que alguien que pasara escuchara lo que estaba a punto de contarle.

—Sir Edmund me acompañó hasta la sala y... —empezó.

—¿Y qué?

—E insistió en que se casará conmigo... pronto —dijo, haciendo hincapié en la última palabra.

—No. Eso es absolutamente impensable. —Matilda estaba espantada.

—¡Es el último hombre del mundo con quien me casaría! —exclamó Dynna con

voz embargada por la emoción—. ¿Cómo puede pensar que estaría dispuesta a volver a contraer matrimonio tan pronto, tras la muerte de Warren? Ni siquiera ha pasado un año. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y las enjugó con la mano. No era momento para la debilidad.

—Temo por vos. A sir Edmund la muerte de su hermano le importa poco. Siempre ha querido apoderarse de vuestra dote, pero eso no es todo lo que desea —declaró Matilda sin rodeos.

—Lo sé —asintió lady Dynna—. Quiere controlarlo todo, y a todos. He visto cómo me mira. —Hizo una pausa y se estremeció al recordar el roce de sus manos—. He de regresar junto a mi madre y mi padre —dijo—. Es la única solución. Allí estaré a salvo de él.

—¿Creéis que lord Alfrick os dejará marchar? —Matilda sabía cuán codicioso era y dudaba de que lady Dynna pudiera abandonar su reino.

—No, y por eso necesito tu ayuda.

—¿Qué puedo hacer, milady?

—Debo escapar antes de que me obliguen a casarme. He de regresar a mi hogar. He de encontrar una solución inteligente...

—¿Os escabulliréis?

—Es la única manera. Si he de disfrazarme para lograrlo, me disfrazaré.

La mirada de Matilda se iluminó y sonrió por primera vez tras entrar en la habitación.

—Podría conseguir las ropas viejas de los criados... —sugirió.

Dynna sintió un rayo de esperanza al encontrarse con la mirada de su amiga.

—¿Vendrás conmigo?

—¡Desde luego, milady! Dios sabe con qué peligros podríais encontraros. Necesitaréis mi protección.

Dynna la abrazó impulsivamente.

—¿Cuándo podrás hacerte con las ropas?

—Encontraré algo que podáis llevar. Una vez que os las pongáis, nadie os reconocerá.

—Ha de ser pronto, Matilda. A juzgar por su manera de actuar, sir Edmund no está dispuesto a esperar mucho más. Está decidido a convertirme en su mujer.

—No le ofreceremos la oportunidad, milady.

Las palabras de apoyo de su criada le levantaron el ánimo.

—Nos iremos a casa, Matilda.

Para Brage, los días de navegación pasaron con rapidez. Amaba la libertad que suponía volver a estar a bordo de su nave. Las aguas indómitas y salvajes se correspondían con su alma inquieta. Cuando el navío surcaba el mar a toda velocidad y el viento azotaba su rostro, era como si volara al igual que su homónimo: el halcón.

Que los vientos les fueran propicios había complacido a Brage. Según sus cálculos, avistarían la costa ese mismo día. Llevaba al timón desde el amanecer, montando guardia.

—Bien, hoy es el día —afirmó Ulf y se acercó a su hermano.

Brage asintió, sin despegar la vista del horizonte.

—Mañana por la noche deberíamos estar repartiéndonos el tesoro de lord Alfrick —dijo.

En ese momento Brage divisó la tenue silueta de la costa en la lejanía. Llamó a sus hombres y éstos soltaron vítores. ¡Por fin! ¡Pronto atacarían!

Kristoffer, hijo de Anslak y Tove, su segunda mujer, oyó el grito de su hermano mayor y se apresuró a reunirse con él y Ulf. A los diecinueve años, estaba ansioso de aventuras y de igualar a Brage en su reivindicación de las riquezas del mundo. Estaba empecinado en que algún día sería tan célebre como el Halcón Negro.

—Pronto volveremos a luchar. —La expresión de Kristoffer era ansiosa mientras observaba cómo la costa empezaba a aparecer.

—Hoy el cachorro está batallador —dijo Ulf.

—He pasado muchos fríos inviernos esperando este día.

—Ah, Kris, deberías haberte buscado una moza servicial para que te diera calor. —Brage soltó una risita.

—Puedo conseguir una mujer cualquier noche. ¡El calor de la batalla es mucho más excitante! Estoy más que preparado para ésta.

—Cuando llegue la mañana tu deseo se cumplirá.

Brage se centró en la línea de la costa. Sabía dónde se encontraban y que el desembarcadero desierto estaba más al sur, lo bastante próximo a la torre de lord Alfrick como para que sus hombres pudieran recorrer la distancia sin problemas, pero suficientemente protegidos para no ser descubiertos. Hizo avanzar sus naves y por fin avistó el punto de referencia que estaba buscando.

Rápidamente, antes de que anoheciera, Brage ordenó que sus naves se acercaran a la costa. Con velocidad y echando mano de su experiencia, los vikingos pilotaron sus embarcaciones hasta una zona protegida donde no podrían ser fácilmente descubiertos. Los otros dos barcos se unieron al de Brage. Pasarían la noche a bordo y desembarcarían al amanecer.

Para Dynna, los días posteriores a su decisión de huir de la torre habían transcurrido a paso de tortuga. No parecía haber manera de escapar de la presencia opresiva de Edmund, salvo cuando se ausentaba de la torre para entrenarse con sus hombres.

El resto del tiempo, fuera adonde fuera él siempre estaba cerca, observándola con mirada ansiosa y torva. Su actitud vigilante y predatoria la inquietaba, pero también incrementaba su determinación de escapar.

—¡Las tengo! —exclamó Matilda en tono excitado al entrar apresuradamente en la habitación de Dynna una tarde, tres días después de la conversación inicial. Se detuvo para cerrar la puerta con llave y después corrió hacia Dynna y le entregó el paquete que llevaba—. Vuestro disfraz, milady.

Dynna lo desempaquetó con rapidez. Al ver las ropas de aldeana se sintió embargada por la esperanza.

—¡Lo has logrado! —exclamó, animada y aliviada—. ¡Partiremos esta misma noche!

—¿Estáis segura de querer hacerlo?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida —afirmó Dynna y el recuerdo del beso de Edmund alimentaba su necesidad de huir.

—Podemos abandonar la torre por la puerta de los criados. Si la suerte nos acompaña...

—No, no la suerte: Dios. Si Dios nos acompaña, supondrá Su bendición y lograremos escapar sanas y salvas —la corrigió.

Ambas intercambiaron una larga mirada de complicidad y después se dispusieron a poner a punto su plan.

Aunque Dynna aborrecía cada uno de los minutos que se veía obligada a pasar en compañía de lord Alfrick y sir Edmund durante la cena, aquella noche en particular parecía más interminable que nunca. Una vez más sentada junto a Edmund, Dynna trató de hacer caso omiso de su mirada ardiente y el ocasional roce «accidental» de su mano en la suya.

Al igual que las noches pasadas, la conversación giraba en torno a la amenaza del ataque vikingo. Cuanto más hablaba Edmund de la guerra, tanto menor era la atención que le prestaba a ella, y eso la complacía. Cuando hablaban de la batalla y de las armas, Edmund se excitaba y sus ojos brillaban con íntimo fervor. Aunque era evidente que la deseaba, Dynna sabía que para él se limitaba a ser un objeto a ganar, como una batalla. Una vez que se apoderara de ella, no se detendría hasta dominarla por completo y, una vez que hubiera doblegado su espíritu, la dejaría a un lado: otro trofeo para ser exhibido.

La posibilidad del futuro como esposa de Edmund sólo hacía que las escasas horas que faltaban para su huida fueran más difíciles de soportar, y tuvo que esforzarse por disimular su anhelo de que la cena llegara a su fin. Cada minuto le parecía eterno, hasta que por fin llegó la hora de retirarse.

Cuando sir Edmund se alejó para comentar estrategias con sir Thomas, Dynna se dispuso a regresar a su habitación. Había esperado pasar desapercibida, pero para su desesperación, Edmund alzó la vista justo cuando abandonaba la mesa. Se excusó con rapidez y se acercó para interceptarla.

—¿Ya os retiráis? —preguntó sir Edmund, acercándose a Dynna como un cazador a su presa.

—Estoy un poco cansada —contestó, con la esperanza de que su tono expresara su fatiga de un modo convincente.

—Os ruego que me permitáis que os acompañe a vuestra habitación. —Edmund la cogió del brazo con confianza posesiva.

A Dynna se le puso la carne de gallina, pero no se apartó.

—Realmente no es necesario —dijo.

Edmund inclinó la cabeza hacia ella persuasivamente y la condujo hacia las escaleras de piedra.

—Una noche, muy pronto, querida mía, vos y yo remontaremos estos peldaños juntos y cuando alcancemos vuestra habitación hablaremos de algo más que de dormir.

—Decirme dichas palabras es perverso, Edmund. Os he dicho que mi corazón y mi amor aún pertenecen a Warren. Vuestro hermano es mi marido y...

—¡Era vuestro marido! —gruñó él, hastiado de que manifestara sus sentimientos por su hermano mayor. Warren había sido un dechado de virtudes tal que vivir eclipsado por él no dejaba de atormentar a Edmund. Por fin se había librado de Warren, y no lo echaba de menos. De hecho, su ausencia suponía un enorme placer. La prematura muerte de su hermano lo había convertido en heredero de las tierras de su padre y estaba a punto de apoderarse tanto de la viuda de su hermano como de su dote. Sí, ahora empezaba a disfrutar de la vida de verdad.

—Warren siempre vivirá en mi corazón —declaró ella.

—Decís tonterías. Sois libre de volver a casaros y lo haréis, Dynna. Os casaréis conmigo... ¡y pronto!

Dynna se puso tensa.

Él percibió su resistencia y la aferró con más fuerza.

—No luchéis contra mí —advirtió—. No os servirá de nada.

Ya habían alcanzado su habitación y Edmund se detuvo ante la puerta.

—Deberíais comprender, dulce Dynna, que siempre obtengo lo que deseo.

—Buenas noches, Edmund —dijo Dynna con frialdad y estiró la mano para abrir la puerta.

Su tono cortante lo enfureció y la cogió de la mano. Mientras trataba de abrazarla, la puerta se abrió repentinamente desde el interior.

—¿Lady Dynna? ¿Sois vos, milady? —preguntó Matilda justo en el momento oportuno.

—Sí, soy yo, Matilda. —Dynna aprovechó la sorpresa de Edmund ante la interrupción y se refugió en la habitación—. Buenas noches, Edmund.

Demostrando un gran valor, le cerró la puerta en las narices.

Edmund clavó la mirada en la puerta cerrada, debatiéndose entre la ira y una admiración reacia por la osadía de ella. Quería derribar la puerta y poseerla allí mismo, delante de su arrogante criada. Su actitud desafiante lo excitaba, más que ninguna otra mujer. Dynna era una mujer de muy buen ver y anhelaba sentir su cuerpo bajo el suyo en la cama. La idea lo hizo sonreír y regresó a la sala para reunirse con los hombres.

—¡Se ha marchado, milady! —susurró Matilda, apoyando la oreja contra la puerta y escuchando los pasos que se alejaban.

—¡Gracias a Dios! Estaba tan furioso que temí que tratara de echar la puerta abajo.

—Pero no lo hizo.

—Tienes razón. Estamos a salvo, de momento. ¡Preparémonos!

Dynna inició su transformación de dama aristocrática en aldeana.

—Lo más difícil será atravesar la Gran Sala —comentó Matilda—, pero dentro de alrededor de una hora, la mayoría de los hombres o bien estarán dormidos o bastante borrachos. Con un poco de suerte no notarán nuestra presencia y, una vez que hayamos salido de la torre, lo demás será sencillo. Claro que avanzaríamos con mayor rapidez si dispusiéramos de cabalgaduras.

—No podemos arriesgarnos a coger caballos —afirmó Dynna—. Los echarían de menos de inmediato. Será mejor que hagamos el viaje a pie; así será menos probable que llamemos la atención. Podremos atravesar las aldeas y la presencia de dos aldeanas no supondrá nada fuera de lo común.

—¿Cuánto calculáis que tardaremos en alcanzar el hogar de vuestros padres? —La idea de regresar complacía a Matilda.

—Creo que nos llevará un par de días, si todo sale como lo hemos planeado.

—Todo irá bien —le aseguró Matilda y alzó un pequeño hatillo—. Tengo un poco de pan y queso. No pasaremos hambre.

Matilda le ayudó a vestir las ropas sencillas. Le quitó la delgada *gunna* y la túnica de lana, y le puso el vestido de hilo rústico marrón, el atuendo habitual de las aldeanas. Cuando Dynna por fin estuvo vestida, durante un momento Matilda la miró fijamente y en silencio. Incluso al llevar ropas muy humildes, su majestuosa belleza y su porte elegante eran inconfundibles. Tendría que explicarle cómo actuar como una campesina.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Dynna, que aún no se había mirado en el espejo.

—Estáis vestida como una aldeana, pero no debéis ponerlos tan derecha.

—¿Por qué?

—Vuestro porte es demasiado elegante para un miembro de la clase baja, milady. Si queréis pasar por una criada, debéis bajar la vista y hablar con menos claridad. Y debéis encorvaros al andar: cualquiera que os viera con vuestro porte actual sabría que no sois una aldeana cualquiera.

—Has de explicarme todo lo que necesito saber. Nuestra huida depende de ello. No puedo arriesgarme a cometer un error.

—Sí, mil...

—¿Sí «mi» qué? —la reprendió Dynna.

—Sí, señora.

—Eso está mejor. Un lapsus podría delatarnos, con la misma facilidad que mi propia actitud. Hemos de tener cuidado.

Después de que Matilda le mostrara cómo moverse como si cargara con todo el peso del mundo, Dynna se acercó al espejo. En efecto: tenía un aspecto muy diferente envuelta en la túnica basta y sin adornos, calzada con los sencillos zapatos de cuero blando, pero la oscura cabellera de suaves rizos aún le cubría los hombros.

—He de trenzar mis cabellos y recogerlos. No quiero que me reconozcan.

Matilda asintió y formó una única trenza con el pelo lustrado.

—Pronto será lo bastante tarde para ponernos en marcha —dijo Dynna.

—Estoy preparada —respondió la fiel criada.

Dynna se dirigió a la estrecha ventana y echó un último vistazo a la comarca envuelta en las sombras de la noche que había sido su hogar durante dos años. Pensó en Warren y en el amor que habían compartido. A su lado, había sentido una afinidad por aquellas tierras y sus habitantes, pero ahora sólo sentía soledad. Sería bueno regresar a su verdadero hogar, a un lugar donde era amada por ser ella misma y no sólo deseada por la riqueza de su dote.

La idea de regresar junto a sus padres le causó una sonrisa. Las penurias que tal vez sufriría en los días venideros merecerían la pena, a condición de volver junto a ellos sana y salva.

Dynna sonrió a su criada y cogió el manto que ésta le tendía. Levantó la capucha y luego se cubrió el rostro para ocultar sus rasgos ante cualquiera que la contemplara. Matilda hizo lo mismo con su propio manto. Dynna deslizó su pequeño puñal enojado en el cinto y, tras echar un último vistazo a la habitación, estaba preparada para marchar.

Las dos mujeres salieron sigilosamente de los aposentos y descendieron las escaleras con gran cautela. Dynna no olvidó bajar la vista y caminar como si hubiera pasado el día trabajando duro.

Aún había cierta actividad en la Gran Sala y el temor a ser descubiertas las aterraba a medida que recorrían el recinto iluminado por antorchas. Las voces profundas de los hombres que las rodeaban aumentaban su terror y tuvieron que esforzarse por no echar a correr. Cuando por fin atravesaron la sala y cruzaron el puente levadizo sin llamar la atención de los escasos guardias, el corazón les latía apresuradamente.

Sin separarse la una de la otra, Dynna y Matilda emprendieron camino a la aldea. La oscuridad que las envolvía era como un abrazo cálido que les proporcionaba seguridad.

Cuando empezó a clarear hacia el este, Brage despertó a sus hombres y ordenó que los *drakkar* se acercaran a la costa. El escaso calado de las naves les facilitó el acceso y recurrieron a los remos para guiarlas mejor.

Una vez que las naves atracaron en tierra extraña, en silencio y sin ser vistas, Brage se dirigió a Ulf.

—Que te acompañen Seger y Neils —ordenó—, al igual que tú, ambos tienen cierto dominio de la lengua sajona. Ve a ver qué nos aguarda. Deberíamos estar a sólo una hora de marcha de la torre. Reconoce la zona y comprueba si nos toparemos con alguna resistencia.

Ulf llamó a los otros dos, se sujetó la espada al cinto, se puso el casco y cogió su hacha de guerra. Siempre se preparaba para lo peor; así, nunca lo cogían por sorpresa. A Ulf le disgustaban las sorpresas.

Seger y Neils se apresuraron a acompañarlo. Tras recoger sus armas y ponerse el casco, se reunieron con Ulf en la orilla. Los tres se dirigieron tierra adentro para recorrer la zona.

Durante su ausencia, Brage y el resto de sus casi ciento cincuenta guerreros se prepararon para entrar en combate. Lo hicieron en silencio, puesto que no querían que alguien supiera que estaban allí. Brage se puso su acolchado chaleco de cuero encima de la túnica, los pantalones de lana, y se ajustó la vaina, sintiendo el peso de la espada. Tras ponerse el casco, recogió el escudo blasonado con el emblema del Halcón Negro, abandonó la nave y aguardó la llegada de los demás en la orilla.

Los vikingos acabaron de prepararse para la inminente batalla, recogieron sus armas y sus escudos y se reunieron con su jefe. Los hombres más grandes y fornidos llevaban hachas de guerra. Su enorme fuerza les permitiría abrirse paso a través de los enemigos. Otros, menos dotados, estaban armados de arcos y flechas, y otros más cargaban lanzas y espadas. En conjunto, formaban un ejército temible. Y tenían un solo objetivo: alcanzar una victoria total y apoderarse del trofeo de guerra.

Brage se enorgullecía de sus hombres. Sabía que lucharían bien durante el ataque inminente. Las runas habían profetizado que obtendría un tesoro más precioso que nunca, y estaba deseando que llegara el momento.

Mientras esperaban el regreso de Ulf, Seger y Niels, los hombres del norte elevaron sus preces a Odín y rogaron su ayuda en la batalla inminente. Eran fuertes y confiados, acostumbrados a alcanzar la victoria gracias a su fuerza y su poderío; aún no los había afectado la temible astucia que suponen el engaño y la traición.

Tras huir de la torre la noche pasada, lady Dynna y Matilda habían intercambiado escasas palabras. Se protegieron envolviéndose en sus mantos mientras recorrían el camino hasta alcanzar las afueras de la aldea. Optaron por no cruzar la pequeña población y tomaron por un pequeño sendero a través del bosque; Matilda iba en cabeza. La luz era escasa, pero Matilda conocía el camino. Lograron dejar atrás la aldea y luego retomaron el camino.

Caminaron durante toda la noche sin detenerse, a fin de poner la mayor distancia posible entre ellas y la torre. Dynna no quería estar cerca cuando descubrieran que había desaparecido.

Poco antes del amanecer buscaron refugio en un bosquecillo y comieron. Sabían que en pocas horas sir Edmund lo descubriría y empezaría a buscarla. Si lograban eludirlo a él y a sus hombres durante las próximas veinticuatro horas, era muy posible que lograsen alcanzar el refugio seguro en el hogar de los padres de Dynna.

Se acomodaron, con la intención de descansar un rato; no querían quedarse dormidas, sólo echar una cabezadita durante un par de minutos, pero cuando cerraron los ojos su energía se desvaneció, dejándolas exhaustas, y se durmieron.

Ulf, Seger y Neils no se perdieron de vista entre sí mientras exploraban la zona, tal como les había pedido Brage. Al remontar una pequeña cuesta, Ulf vislumbró un ligero movimiento a lo lejos, entre los árboles de un bosquecillo, y les indicó silenciosamente a sus dos compañeros que se dirigieran hacia allí. Después se acercó al escondite con el hacha de guerra, dispuesto al ataque.

—¡Despierta, Matilda! —dijo Dynna al abrir los ojos y comprobar que ya era de mañana—. Debemos de habernos...

Pero no llegó a acabar la oración. Alzó la vista y se enfrentó al hombre más descomunal y feroz que jamás había visto, de pie en el linde del bosquecillo. ¡Ningún sajón tenía ese aspecto!

—¡Matilda! —exclamó con voz ahogada, y aferró el brazo de su criada.

Matilda se incorporó y, en cuanto vio al vikingo, soltó un alarido.

Ulf maldijo su suerte en silencio por haber sido descubierto antes de poder aproximarse a ellas, y avanzó decidido a atraparlas antes de que pudieran huir.

—¡Corre! —gritó Dynna cuando Ulf se acercó.

Ambas se pusieron de pie y escaparon en direcciones opuestas.

Cuando lograron eludirlo, Ulf soltó una sonora maldición. Obligado a perseguirlas, les gritó a Seger y a Neils que las rodearan y las atraparan. Debían impedir que escaparan y advirtieran a los sajones.

Ulf las persiguió a una velocidad inusual para alguien tan fornido como él. Neils estaba bien situado para atrapar a Matilda y la criada soltó un grito de terror cuando su fornido brazo le rodeó la cintura y la aprisionó contra su pecho.

—¡He cogido a una! —gritó Neils.

—¡Suéltame! —chilló Matilda, debatiéndose y tratando de zafarse.

Su resistencia inútil lo hizo reír. Dada su fuerza, Matilda suponía poco más que un incordio. La sujetó y observó cómo Ulf y Seger se acercaban a la otra mujer.

—¡Seger! —exclamó Ulf—. Se ha ocultado entre los arbustos.

Dynna reconoció la lengua de los hombres del norte: la había aprendido de un criado de sus padres y comprendió que al menos uno de ellos la estaba persiguiendo. Se sumergió más profundamente entre los arbustos espinosos y, como un conejo avistado por un cazador, permaneció absolutamente inmóvil y en silencio en su escondite.

El susurro de los arbustos próximos le puso los pelos de punta y luchó por controlar su temor. Los pasos que se acercaban eran pesados e intimidantes, y apretó los puños tratando de no ceder ante el miedo.

—Está en alguna parte aquí dentro... —gruñó Ulf, rebuscando entre los matorrales espinosos—. ¡La haré pagar por los problemas que me está causando!

Al oír su voz en las proximidades Dynna sintió pánico y cogió el puñal enjoyado que llevaba en el cinto. Por fin, cuando parecía que el vikingo estaba a punto de descubrirla, ya no pudo soportar la tensión y surgió de su escondite como un ave levantada del nido. Las espinas la arañaron y se engancharon en su vestido, pero no le importó. Corrió a ciegas, tratando de huir, aunque sabía que era en vano.

—¡La tengo! —exclamó Ulf persiguiendo a su aterrada presa. Las espinas y los matorrales no impidieron su avance y la atrapó con facilidad.

Dynna soltó un chillido indignado cuando la cogió, tiró de ella y la hizo girar para verla mejor.

Dynna clavó la mirada en su captor y el terror le heló la sangre. Tenía un aspecto salvaje y feroz. El visor del casco le cubría los ojos y la nariz, ocultando su rostro. Su barba era enmarañada y una cicatriz larga y fea le atravesaba la mejilla. Entonces recordó todas las cosas horrendas que había oído sobre los vikingos y creyó que estaba a punto de morir.

—¡Y qué bonita es! —gritó Ulf, sonriendo.

La sonrisa la espantó y luchó aún más violentamente para zafarse.

—¡Quédate quieta, mujer! —ordenó Ulf en tono impaciente, en la lengua de Dynna.

Pero ella no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Aún tenía el puñal en la mano y como sabía que quizá sería la única oportunidad para salvarse, le asestó una puñalada. Oyó su gruñido de dolor cuando se lo clavó en el brazo y se sintió orgullosa. Pero inmediatamente él desprendió el arma de su mano con un golpe brutal.

—Eres una tonta... —gruñó Ulf, una vez más en la lengua de Dynna, y la aferró con violencia aún mayor.

Dynna vio su expresión asesina y trató de zafarse con renovado esfuerzo, pero resultó inútil. Las manos que la cogían eran como bandas de hierro y no lograría escapar de él. En ese instante, supo que se enfrentaba a la muerte.

—Ah, es verdad que tiene un aspecto dulce —comentó Seger al alcanzarlos.

—Es cualquier cosa menos dulce. Es una mujercita peligrosa. —Ulf se agachó para recoger el puñal y se lo mostró.

—¿Te atacó? —Seger soltó una carcajada; le parecía muy cómico que la mujer hubiera desafiado a su gigantesco compañero.

Ulf gruñó, furioso, y le mostró la ensangrentada herida del brazo.

—A lo mejor los sajones deberían enviar a sus mujeres a luchar contra nosotros. Al parecer, es una adversaria mucho más peligrosa que los hombres.

Ulf asintió y examinó el pequeño puñal enjoyado con interés. Le parecía curioso que una campesina poseyera semejante tesoro. Su mirada osciló entre Dynna y el puñal; al ver la chispa desafiante y airada que brillaba en sus ojos, su osadía lo sorprendió. Arrastró a Dynna hacia el lugar donde Neils aguardaba con la otra mujer.

—Echa un último vistazo y asegúrate de que no haya nadie más —le ordenó a Seger.

Matilda aún se debatía entre los brazos de Neils cuando Ulf y su prisionera los alcanzaron.

—¡Quédate quieta! —rugió Neils en la lengua de ellas.

Matilda dejó de luchar al ver que su ama estaba ilesa.

Cuando los hombres empezaron a hablar en su propia lengua, Matilda susurró que lo lamentaba.

—No llores —contestó Dynna—. No había modo de escapar. Sea como sea, nos habrían atrapado.

—¡Silencio! —ordenó Ulf en tono brusco cuando Seger se reunió con ellos y le informó de que no había nadie más.

—¿Qué haremos con estas dos? —preguntó Neils.

—No podemos dejarlas marchar —dijo Seger.

En ese momento, mientras escuchaba la conversación, Dynna creyó que su vida y la de Matilda habían acabado. Aquellos eran los temidos invasores del norte. Por algo eran conocidos como el azote de la costa. Dynna echó un vistazo a Matilda. Los motivos de preocupación al planear su huida nunca habían incluido ser atrapadas por atacantes vikingos recién desembarcados. Y ahora...

—Es verdad, no podemos soltarlas —dijo Ulf—, si lo hacemos informarán de nuestro desembarco.

Hizo una pausa y las contempló. Al parecer, sólo eran dos aldeanas, sin embargo la existencia del puñal enjoyado lo preocupaba.

—Las llevaremos con nosotros y dejaremos que el Halcón Negro decida qué hacer con ellas. —La idea de que los acompañaran no le agradaba, pero no le quedaba otro remedio.

Neils cogió a la desprevenida Matilda y la cargó a hombros. Ella soltó un gruñido cuando su vientre chocó contra el hombro de Neils y le aporreó la espalda, indignada por el maltrato. El vikingo se limitó a burlarse de ella, y apoyó la mano en su cadera para evitar que se moviera. El contacto de su mano la sobresaltó y Matilda se debatió, tratando de zafarse, pero Neils le pegó un azote para que dejara de patalear.

Matilda quería seguir luchando y pataleando y mordiendo y arañando, pero

comprendió que sería en vano. No podría escapar de aquel hombre: era implacable. La atormentaba la idea de no poder hacer nada por ayudar a su ama. Su única esperanza era que Dynna no se dejara amilanar por el maltrato de los guerreros y que éstos no descubrieran su verdadera identidad.

Cuando Dynna comprendió que los guerreros las llevarían consigo sintió un gran alivio. ¡No las matarían! Las lágrimas amenazaban con derramarse, pero se controló. Sería fuerte para ambas, pero de algún modo sobrevivirían.

Ulf la maniató con una tira de cuero y le dijo que echara a andar. No parecía muy complacido cuando emprendieron el regreso al punto de desembarco. Había esperado encontrarse con sajones contra los cuales luchar, no con dos mujeres dormidas a las que tenía que arrear hasta las naves.

Al bajar la vista y contemplar a la beldad de cabellos negros como el azabache andando a su lado, Ulf una vez más dudó de que fuera una campesina. Algo en su aspecto..., su belleza, su elegancia y su porte orgulloso no se correspondían con el de una plebeya. Y pensar que había sido lo bastante valiente para atacarlo con su puñal...

Si hubiera sido una vikinga, se habría enorgullecido de ella. Como enemiga, tendría que vigilarla. No le daría otra oportunidad de causarle heridas.

Tuvieron que recorrer una distancia considerable antes de llegar a una cuesta cerca de la costa. Dynna se detuvo abruptamente y clavó la mirada en la escena a sus pies. Tres *drakkar* vikingos habían atracado en la orilla y más de cien hombres aguardaban, armados y dispuestos a iniciar la invasión. Al ver la vela rojo escarlata de una de las naves con el emblema del halcón, se echó a temblar. ¡Todo era verdad! ¡El Halcón Negro atacaría la torre!

—¡Muévete! —ordenó Ulf y la empujó hacia los demás.

Dynna descendió la cuesta con la cabeza en alto. Vio que uno de los hombres se separaba del grupo y salía a su encuentro. Era alto, de barba y, a diferencia de sus rubios captores, de tez y cabellos oscuros. La fuerza brutal que emanaba la hipnotizó. Era fornido, de hombros anchos y brazos musculosos. Llevaba un acolchado chaleco de cuero encima de una túnica, pantalones estrechos y botas de cuero. De su cinto colgaba una espada de aspecto letal y llevaba un gran escudo de guerra, rojo y con un halcón pintado. Horrorizada, comprendió que se trataba del Halcón Negro de triste fama. Procuró distinguir sus rasgos, pero la barba y el intimidante casco le ocultaban el rostro.

Dynna trató de recordar todo lo que había oído acerca de aquel hombre. Al parecer, había sido invencible durante los últimos cinco años, y había atacado y saqueado la costa, y secuestrado a los habitantes a voluntad. Ningún reino había estado a salvo de sus veloces y despiadadas incursiones.

Ahora, al contemplarlo fijamente y ver su poderío, comprendió el motivo de sus victorias. El hombre del norte tenía un aspecto primitivo y aterrador. Pensó en los sajones de la torre, y aunque sir Edmund se había jactado de estar preparado para un

posible ataque, se preguntó si, incluso teniendo en cuenta su superioridad numérica, serían capaces de hacer frente al Halcón Negro y su ejército invasor.

Se detuvo ante el jefe vikingo, y procuró recordar el consejo de Matilda de mantener la vista baja y una postura encorvada; simuló ser una criada.

—Descubrimos a estas dos durmiendo en un bosquecillo —anunció Ulf a su lado.

Neils los seguía de cerca y depositó a Matilda en el suelo al tiempo que Ulf describía cómo las habían descubierto y capturado.

—¿Dices que estaban solas, durmiendo en el campo? —Brage echó un vistazo a las dos mujeres de pie ante él. Creyó que tal vez eran aldeanas descubiertas mientras intentaban adelantarse y advertir a lord Alfrick del ataque inminente.

—Sí, y mira esto —dijo Ulf, y le tendió el puñal enjovado de Dynna—. Una vez más, he resultado herido mientras te protegía —añadió con una sonrisa y le mostró la herida del brazo.

Brage cogió el puñal y lo examinó; después dirigió la mirada hacia las dos mujeres.

—¿Cuál de ellas te hizo esto?

—Ésta. —Arrastró a Dynna hacia delante para que Brage la viera mejor.

—Por suerte no tenía un cuchillo más grande —se burló Brage—. Sin embargo, es curioso que poseyera un puñal tan exquisito.

Al ver que Dynna no reaccionaba ante su comentario ni alzaba la vista, Brage le levantó la barbilla y la obligó a mirarlo directamente.

Durante un instante, al ver sus rasgos por primera vez, Brage sólo pudo contemplarla con expresión maravillada. Su belleza era inusual, desde sus cabellos negros como el azabache hasta su cutis claro y perfecto. Al mirarla a los ojos, vio que eran grises y que en ellos resplandecía la inteligencia, y eso lo intrigó. Nunca lo habían atraído las mozas tontas. Bajó la vista y examinó su cuerpo oculto bajo el tosco atuendo y comprendió que se trataba de toda una mujer. Sus pechos turgentes se destacaban bajo el vestido y sus caderas eran agradablemente redondeadas. Entonces notó que sus manos eran suaves y cuidadas. Aquella mujer no era una mera campesina y su misterio despertó la curiosidad de Brage.

—Dime moza, ¿dónde encontraste un arma tan preciosa? —preguntó, tendiéndole el puñal.

—Lo robé —dijo Dynna, sorprendida ante su capacidad de decir mentiras. La mirada de ojos azules del vikingo casi la hipnotizó.

—Puede ser... —contestó Brage en tono pensativo, observándola fijamente durante unos segundos—. Pero no lo creo.

Le soltó la barbilla y le cogió la mano para examinar la palma. Presionó el pulgar en la muñeca de ella y sintió su pulso acelerado.

—Éstas no son las manos de una criada —comentó.

El roce de su mano era suave, y eso la sorprendió. Cuando alzó la vista y volvió a mirarla a los ojos, Dynna se obligó a no desviarla. Pero la mirada penetrante y de

algún modo cómplice, la turbó: era como si él se asomara a lo más profundo de su ser.

—¿Qué haremos con ellas? —preguntó Ulf; el interés poco habitual de su hermano por aquella mujer lo desconcertaba. Cuando atacaban, las mujeres eran lo último en lo que él pensaba.

La pregunta de Ulf obligó a Brage a centrarse en el motivo por el que estaban allí. Soltó la mano de Dynna y se volvió hacia su hermano.

—Maniatadlas; las llevaremos con nosotros. Pero asegúrate de que permanezcan en la retaguardia: no quiero que mis hombres se distraigan.

Ulf le hizo un gesto a uno de los guerreros y éste se acercó apresuradamente.

—Coge a las mujeres y encárgate de que no causen problemas.

—¿Las compartiremos más tarde? —preguntó el hombre en tono entusiasmado.

Dynna observó el anhelo en el rostro del vikingo y sintió una punzada de terror.

Brage dirigió la mirada hacia Dynna y Matilda. La de los ojos grises tenía algo de especial..., algo que él quería investigar una vez que la lucha hubiese acabado.

—No —respondió—. Que nadie las toque.

Su respuesta supuso un alivio para Dynna y casi cayó de rodillas, pero el alivio no duró mucho.

—Que nadie les haga daño —prosiguió Brage—. Si están intactas obtendremos un precio mejor por ellas en el mercado de esclavos. —Echó otro vistazo al puñal de Dynna y lo deslizó en su cinto. Le hubiese gustado saber más de ella, pero ahora no había tiempo para pensar en mujeres. Él era un guerrero, dispuesto a entrar en batalla. Debía ponerse al frente de sus hombres.

No obstante, mientras Brage centraba la atención en la torre y en la estrategia del ataque, se volvió y observó cómo se las llevaban.

Obligada a caminar junto a los otros hombres, la ira y la frustración de Dynna no tenían límites. El futuro se presentaba desolador. No sabía qué sería peor: ser tratada como una prostituta por los vikingos o ser vendida como esclava y desaparecer. Se preguntó si su vida cambiaría algún día. Al parecer, siempre estaría condenada a ser una mera posesión de algún hombre.

Cuando las mujeres se perdieron de vista, Brage, con Kristoffer a su lado, habló en voz baja con Ulf, Seger y Neils, que le explicaron todo lo que habían descubierto mientras exploraban la comarca. Saber que no habían encontrado resistencia y que el camino a la torre estaba despejado lo animó. Llamó a sus hombres y se preparó para emprender la marcha.

—¡Atacaremos la torre de lord Alfrick! —les dijo Brage cuando se reunieron en torno a él—. ¡Una vez que hayamos abierto una brecha, la tierra y todas sus riquezas serán nuestras!

Los guerreros soltaron gritos de entusiasmo, ansiosos por entrar en combate.

—¡Y recordad: los cautivos nos proporcionarán oro; los muertos no tienen valor para nosotros! —les dijo.

Los hombres comprendieron. Aunque a menudo se habían enfrentado a la muerte durante una incursión, lo que querían obtener eran riquezas. Matar resultaba inútil, a menos que fuera en defensa propia. Los esclavos sanos proporcionaban dinero.

Brage invocó la ayuda de Odín y de Thor; después condujo a sus hombres tierra adentro.

Al tiempo que remontaban la cuesta e iniciaban la marcha hacia la torre, los guerreros del Halcón Negro ansiaban la excitación de la inminente batalla. Encabezados por Brage, Ulf y Kristoffer, avanzaron implacablemente hacia los tesoros que creían que pronto serían suyos.

—¿Cómo que no está en su habitación? —rugió Edmund, dirigiéndose a una criada.

—Su habitación está vacía, sir Edmund.

Edmund había abandonado la torre temprano por la mañana, para entrenarse con sus hombres. Regresó justo después de mediodía porque quería ver a Dynna. La había buscado en la parte inferior y, al no encontrarla, había enviado a una criada a su habitación para que la trajera ante él.

—¿Cuándo la viste por última vez? —inquirió.

—Ahora que lo pienso, sir Edmund, no la he visto en toda la mañana.

Edmund pasó junto a la mujer, remontó las escaleras de dos en dos y se dirigió a la habitación de Dynna. Abrió la puerta de par en par y clavó la vista en la habitación vacía. Contempló la cama y comprobó que nadie había dormido en ella y que las ropas que había llevado la noche anterior estaban arrojadas encima de la cama.

—¿Dónde está la criada que limpia esta habitación?

—La que limpia es Matilda, sir Edmund, y hoy tampoco la he visto —contestó la criada.

—Pregúntale a las demás, quiero saber si alguien la ha visto hoy. E infórmame de inmediato —ordenó Edmund, invadido por una horrenda sospecha.

La criada se apresuró a obedecer y Edmund se quedó a solas en la habitación. Miró en derredor, se acercó a la cama y recogió el arrugado vestido de Dynna. Sus manos acariciaron el tejido suave y lo imaginó cubriendo su cuerpo esbelto. Sin despegar la vista de la cama se le apareció la imagen de Dynna, cálida, dispuesta y tendiéndole los brazos con actitud seductora, y una oleada de calor lo invadió. Aún sostenía el vestido cuando la criada regresó un rato después.

—Nadie las ha visto —anunció.

Con un gruñido, Edmund ordenó a la criada que se marchara. Cuando estuvo a solas, permaneció de pie rodeado de las cosas de Dynna, maldiciéndola y al mismo tiempo deseándola. Finalmente arrojó el vestido a un lado con gesto furioso y abandonó la habitación. Fue en busca de su padre para informarle de la desaparición de Dynna.

—¿Crees que ha escapado? —Lord Alfrick estaba realmente sorprendido. No estaba acostumbrado a que nadie, hombre ni mujer, lo contradijera.

—¿Qué otra cosa habría de pensar? —repuso Edmund—. Hoy nadie la ha visto y no ha dormido en su cama.

—Búscala.

—Lo haré, y cuando la encuentre la obligaré a regresar y nuestros planes de boda serán anunciados.

—El sacerdote regresará dentro de cuatro semanas. La ceremonia se celebrará en cuanto llegue.

—Volveré a hablar contigo cuando regrese con mi prometida.

Tras abandonar a su padre, sir Edmund reunió un pequeño grupo de hombres para que cabalgaran junto a él. Salieron de las caballerizas al galope, dispuestos a registrar la comarca en busca de la descarriada lady Dynna y su criada.

Les llevó varias horas peinar la zona próxima a la torre. Al no tener éxito, extendieron la búsqueda por toda la comarca. Sir Edmund sabía que si Dynna estaba intentando evitar casarse con él, procuraría llegar al hogar familiar y obtener la protección paterna. Así que amplió la búsqueda en dirección a las tierras de su padre, lord Garman.

Cabalgaban como el viento, comprobando los caminos y los senderos y buscando una pista de la desaparecida, en vano. Justo cuando recorrían un tramo estrecho del camino bordeado de árboles, avistaron a un aldeano de aspecto consternado que corría hacia ellos. Parecía exhausto, pero no dejaba de correr y agitar los brazos con desesperación, instándolos a detenerse. Edmund espoleó su caballo y salió al encuentro del hombre.

—¡Los he visto, sir Edmund! —soltó, tratando de recuperar el aliento.

—¿A quiénes? —Edmund dirigió la vista más allá, creyendo que Dynna se encontraba al otro lado de la colina.

—¡Al Halcón Negro, sir Edmund! ¡Viene hacia aquí, acompañado de cientos de vikingos! ¡Nos matarán a todos!

Desprevenido y aturdido por la noticia de que los agresores habían desembarcado, Edmund se limitó a mirarlo con expresión incrédula.

—¡Os digo que están aquí! —insistió el hombre—. Yo estaba en el bosque cuando pasaron. Tomé el atajo para llegar a la torre antes que ellos. ¡Gracias a Dios que os he encontrado, para poder advertiros a tiempo!

—¿Cómo sabes que era el Halcón Negro?

—¡Vi su escudo! ¡Todos conocen su emblema!

La afirmación hizo que Edmund entrara en acción. Dirigiéndose a sus hombres, exclamó:

—Que este hombre nos acompañe. Hemos de cabalgar rápidamente y preparar la trampa de inmediato, ¡de lo contrario todo estará perdido!

Aunque no dejó de pensar en Dynna, ordenó a sus hombres que regresaran a la torre. Quería encontrarla y darle una lección: que nunca debería haber huido de él, pero ahora no había tiempo para pensar en ella. La batalla para la que se había estado preparando estaba a punto de empezar. Primero se encargaría de los vikingos. Una mera mujer podía esperar. Hizo girar a su caballo, lo espoleó y regresó a toda velocidad para informar a su padre de la invasión.

—Lo que nos advirtió el forastero era verdad, padre —le dijo sir Edmund a lord Alfrick—. Han atracado naves vikingas y el Halcón Negro se aproxima a pie desde el

este al menos con cien guerreros.

—¿Estás seguro?

—Uno de los aldeanos ha visto su escudo. Es el Halcón Negro, sin duda.

Lord Alfrick sonrió, pero no era una sonrisa de placer: más bien expresaba una decisión férrea. Estaban mejor preparados que nunca para derrotar a los vikingos y agradecía poder disponer de tiempo para prepararse.

—Atacaremos según lo planeado, hijo mío.

Edmund salió apresuradamente de la habitación de su padre con el fin de convocar a sir Thomas y avisar a sus hombres de que entraban en acción. Los sajones estaban preparados. Cogieron sus armas y corrieron a ocupar sus posiciones a lo largo del único camino que conducía a la torre. Allí, ocultos entre el follaje y fuertemente armados, aguardarían a los invasores.

Brage encabezaba a sus hombres en la marcha hasta la torre de lord Alfrick, mientras Ulf permanecía en la retaguardia, vigilando a las dos mujeres y cuidando las espaldas de Brage. Kristoffer marchaba en el centro. Avanzaban casi en silencio, concentrados en la inminente batalla. A lo lejos divisaron a un campesino y, complacidos, observaron cómo huía de ellos presa del terror. Tener una mala reputación tenía sus ventajas. A veces el temor provocaba una capitulación sin tener que recurrir a la fuerza y el derramamiento de sangre. Los vikingos albergaban la esperanza de que los sajones de la torre se dejaran intimidar con facilidad.

Brage sabía que a esas alturas alguien habría alertado a lord Alfrick, pero eso no lo preocupaba. El lord sajón no disponía de tiempo para reunir a más hombres, así que la lucha resultaría relativamente sencilla. Lo peor que podría pasar, pensó, sería que se vieran obligados a sitiar la torre, pero incluso en ese caso, no sería un sitio prolongado puesto que los sajones no habrían acumulado las provisiones necesarias.

Después de recorrer una curva en el camino, Brage divisó la fortaleza por primera vez.

—¡Ahí está la torre! —exclamó.

Los hombres se removieron inquietos. Brage se detuvo y contempló la pacífica escena. Un kilómetro de distancia los separaba de la torre, un tramo de campo abierto; después el camino atravesaba un bosque antes de desembocar en el claro que rodeaba la fortaleza.

—¡A por la victoria! —Brage desenvainó la espada y aceleró el paso. Los hombres lo siguieron, animosos. Al acercarse a los árboles vislumbró un destello entre el follaje. El instinto que lo había mantenido con vida en numerosas batallas le advirtió de que todo no era tan pacífico como parecía.

Brage se detuvo, dispuesto a advertir a sus hombres, pero antes de que pudiera pronunciar palabra se produjo el ataque por sorpresa. Una nube de flechas sembró la muerte y la destrucción entre los agresores al tiempo que los arqueros sajones,

ocultos en el bosque, disparaban sus proyectiles.

En la retaguardia de la columna de vikingos, Dynna y Matilda fueron empujadas a un lado sin miramientos mientras los hombres se preparaban para entrar en combate. Dynna cayó al suelo. Logró ponerse en pie con esfuerzo, dado que llevaba las manos atadas a la espalda, y ella y Matilda se alejaron tropezando de la emboscada. El espeluznante fragor del combate parecía perseguirlas mientras corrían. Se detuvieron unos instantes a escasa distancia y se desataron.

—¿Qué haremos? —preguntó Matilda. Estaba pálida como un fantasma y su mirada expresaba el terror por la escena presenciada.

—Lo único que podemos hacer es echar a correr. Ojalá aún tuviera mi puñal —dijo Dynna—. Hemos de seguir adelante, de lo contrario puede que nos veamos atrapadas en la lucha.

—¡Volverán a encontrarnos..., lo sé! —exclamó la criada; estaba a punto de perder los nervios.

—¡Calla, Matilda! —le espetó Dynna—. Éste no es momento para ponerse nerviosa. ¡Tenemos que ponernos a salvo!

—Pero ¿adónde podemos huir? —preguntó Matilda; las lágrimas le ahogaban la voz mientras seguía a su señora.

—Ojalá lo supiera. Sólo sé que debemos escapar antes de que los vikingos nos persigan.

Cuando los hombres de lord Alfrick, conducidos por sir Thomas, surgieron de sus escondites en el bosque para luchar contra los aborrecidos vikingos, reinó el caos.

Durante unos instantes la sorpresa cundió entre los invasores, pero como eran disciplinados pronto se recuperaron y entraron en acción. Hombres del norte armados con hachas de guerra corrieron al frente y derribaron a los sajones que avanzaban, sólo armados con espadas. Cuando las mortíferas espadas chocaron contra las letales hachas se inició un brutal combate cuerpo a cuerpo. La ferocidad del ataque sajón desconcertó a Brage y pronto se encontró en medio del tumulto. Blandiendo la espada con fuerza y precisión se abrió paso entre los adversarios, imitado por los hombres que lo rodeaban. Lucharon duramente y sufrieron bajas, pero Brage estaba convencido de que saldrían victoriosos.

La batalla parecía favorecerlos. Brage recordó la profecía de las runas y creyó que pronto lograrían abrir una brecha en el muro exterior de la torre. Cuando de repente Ulf soltó un rugido de advertencia, Brage dirigió la mirada hacia él y al ver que sajones montados a caballo los atacaban por la espalda, se sintió invadido por la ira y las dudas. Lord Alfrick nunca había dispuesto de una fuerza tan numerosa y sólo podía haberse preparado tan bien para el ataque si hubiese sido informado con antelación.

Saber que habían sido traicionados enfureció a Brage y soltó un rugido. ¡Había un

traidor entre ellos!

Vociferó órdenes para reunir a sus guerreros. Ahora los enemigos los superaban en número y gozaban de una ventaja considerable gracias a los caballos. Sin embargo, los vikingos siguieron luchando.

Sir Edmund había aguardado ese momento durante semanas. Encabezando a los defensores montados, rodeó a la fuerza vikinga y la atacó por la retaguardia. Su plan era sencillo. Había dividido sus fuerzas y atrapado a los desprevenidos vikingos entre ambos grupos. Ante él se extendía la sangrienta y violenta batalla y, blandiendo la espada, espoleó a su caballo, se adentró en medio del tumulto y empezó a matar con placer salvaje.

Al ver la cifra de sus compañeros caídos, la rabia invadió a Brage, pero no podía permitirse una distracción. Golpeó a quienes lo atacaban y siguió luchando hasta que un golpe desde atrás lo hizo tambalear. El dolor le atravesó el hombro y la espada cayó de su mano. Procuró mantenerse en pie, pero sin la espada estaba indefenso. Otro golpe le arrancó el escudo de la mano y un sajón le asestó un golpe en la cabeza por detrás que le quitó el casco y lo derribó.

Brage se desplomó en la ensangrentada tierra sajona que había querido conquistar. Envuelto en el fragor de la batalla, y a punto de perder el conocimiento, se preguntó por qué esta vez las runas le habían fallado.

Al otro lado del campo de batalla, Ulf lo vio caer.

—¡Brage! —rugió, y blandió su hacha de guerra con fervor aún mayor al tiempo que procuraba abrirse paso hasta su hermanastro. Pero por cada sajón que derribaba, era como si otro lo reemplazara de inmediato. Ulf siguió peleando con valor y desesperación.

—¡Intentad llegar hasta él! —ordenó sin dejar de luchar.

Kristoffer se afanó en llegar hasta Brage, luchando denodadamente, pero incluso flanqueado por los mejores guerreros de su jefe, que peleaban con toda su fuerza y destreza, no lograron modificar el resultado de la batalla. Los sajones eran demasiados. Ese día no celebrarían la victoria.

En medio del combate, sir Edmund alzó la mirada y a lo lejos vio dos mujeres que huían. Reconoció a una de ellas de inmediato: era Dynna. No se detuvo a pensar por qué estaba allí, sólo sabía que tenía que atraparla. Se retiró de la batalla y galopó a toda velocidad en pos de las fugitivas sin soltar su ensangrentada espada.

Dynna y Matilda oyeron el sonido de cascos de caballo. Ignoraban quién las perseguía, pero no tenían intención de detenerse para averiguarlo. El terror daba alas a sus pies.

A medida que se acercaba a las dos mujeres, la furia invadió a sir Edmund. Volvió a envainar la espada, se inclinó, aferró a Dynna de la cintura y la subió en la grupa del caballo.

—¡No! —chilló ella al verse prisionera una vez más del hombre del que pretendía escapar.

—¿No? Alegraos de seguir con vida, Dynna —dijo Edmund con el rostro crispado de ira.

Al ver que estaba vestida de campesina comprendió que había tratado de escapar. Edmund la aferró violentamente y dirigió su corcel hacia los árboles. Matilda los siguió a pie. Él refrenó el caballo y desmontó, pero sin soltar a Dynna. Cogió una cuerda de la silla de montar y la arrastró hasta uno de los árboles.

—¿Qué haréis? —preguntó Dynna.

—Lo que quiero haceros y lo que haré son dos cosas diferentes —la amenazó—. Os advierto, milady, si os vestís como una criada, os trataré como tal —añadió y la acarició con rudeza.

La vergüenza la embargó, pero permaneció orgullosamente de pie, negándose a agachar la cabeza ante semejante humillación.

Sir Edmund hubiese preferido quedarse allí y darle una lección, pero la encarnizada batalla no había acabado. Los vikingos eran tan feroces como se rumoreaba y estaba ansioso por regresar al combate.

—Me aseguraré de que todavía estéis aquí tras la batalla —dijo en tono áspero.

—¡Alejaos de lady Dynna! —gritó Matilda.

Sir Edmund estaba harto de ambas, y derribó a la criada de una bofetada; después sujetó a Dynna al árbol con la cuerda. Tras comprobar los nudos, obligó a Matilda a ponerse de pie y también la sujetó.

—Volveré —dijo en tono sombrío, montó en su corcel y desenvainó la espada.

Las dos mujeres se limitaron a observar cómo se alejaba. Desde esa posición elevada podían ver todo lo que sucedía. Era evidente que los vikingos estaban obligados a retroceder frente a los hombres superiores en número de lord Alfrick. Presas del horror, Dynna y Matilda observaron cómo los guerreros de ambos bandos morían. Los invasores luchaban con valentía, modificando su posición defensiva de manera constante para protegerse mutuamente.

La batalla parecía eterna. Las mujeres perdieron la cuenta del rato que llevaban presenciando la sangrienta escena. Por fin, cuando la lucha llegó a su fin y los vikingos escaparon hacia el mar, un inquietante silencio descendió sobre el campo de batalla, sólo interrumpido por los gritos ahogados de los heridos y los moribundos.

—Los vikingos perdieron la batalla. ¡Sir Edmund ha derrotado al Halcón Negro! —le dijo Dynna a su criada, sin apartar la vista de la escena infernal.

—A lo mejor Dios oyó nuestras plegarias y sir Edmund sufrió una muerte gloriosa en el campo de batalla... —Aunque la única que podía oírla era Dynna, Matilda habló en voz baja, temerosa de expresar su deseo en voz alta.

Mientras Dynna albergaba la débil esperanza de que Edmund hubiera sucumbido a semejante destino, vio que un jinete se separaba de los demás y se aproximaba a ellas. Incluso a esa distancia, la figura de sir Edmund era inconfundible.

—¡La victoria es mía! —anunció al desmontar; aún llevaba la espada en la mano. La sangre le manchaba la ropa y la hoja atestiguaba los estragos que acababa de causar.

Edmund cortó las cuerdas que sujetaban a las mujeres. ¡Gracias a su astucia, había derrotado al Halcón Negro! Nadie podría negar que había luchado como el mejor. El mundo y todo lo que contenía le pertenecía.

—Tendrás que regresar andando —le dijo a Matilda.

La criada le lanzó una mirada a su ama y cuando Dynna se disponía a acompañarla, sir Edmund la cogió del brazo e impidió que se marchara. Contempló a la criada con mirada fría hasta que ésta se alejó y después atrajo a Dynna hacia sí.

—Sé lo que pretendíais hacer, Dynna, pero debéis saber que sois mía. Jamás escaparéis de mí. Nos casaremos en cuanto el sacerdote regrese a la torre.

—¡Soy una dama por derecho propio! ¿Acaso no tengo voz y voto en cuanto a mi futuro?

—Podéis decir «sí» cuando llegue el momento, querida mía. Eso es todo. Hasta entonces... tal vez un beso amansaría a la bestia salvaje que anida en mi pecho y exige que os castigue por osar desafiarme —dijo aplastando sus labios con los de ella.

Dynna no se defendió. Sabía que tratar de rechazarlo era inútil y permaneció impasible al abrazo.

La sensación de estar indefensa la llenó de furia. Si cedía y aceptaba el destino que lord Alfrick y Edmund planeaban para ella, sabía que su vida carecería de sentido, pero no sabía qué hacer. Cuando Edmund la soltó, estaba a punto de sucumbir a la más absoluta desesperación.

—Regresemos a casa. Hay muchos motivos de celebración: mi victoria y nuestra boda inminente —exclamó Edmund, soltó una carcajada triunfal y la obligó a montar en su corcel delante de él. Sin embargo, y a pesar de su sonrisa, la renuencia de Dynna lo preocupaba, y juró que de un modo u otro la sometería a su voluntad.

Durante la cabalgada de regreso Dynna permaneció en silencio. Adoptó una pose rígida y se mostró imperturbable ante el roce de las manos de Edmund. De momento, procuraría tolerar valientemente aquello que no podía modificar.

Cuando atravesaron el campo de batalla vio la muerte y los estragos del combate y se compadeció de los heridos y los muertos.

—Cuando lleguemos a la torre, sir Edmund, he de ayudar a los heridos, porque ahora me necesitarán —dijo en tono firme. Se había ganado el respeto de los aldeanos gracias a su talento como sanadora, un don aprendido de su madre.

Él asintió.

—Es bueno que penséis en ellos, pero no supongáis que volveré a permitir que salgáis a solas. A partir de ahora, siempre habrá alguien que os vigile cuando abandonéis la torre.

Sus palabras sólo confirmaron lo que había temido. Nunca más volvería a ser feliz ni a gozar de la libertad. Nunca más sabría lo que es el amor.

Ulf y Kristoffer se pusieron al mando de lo que quedaba de los guerreros de Brage. Muchos habían muerto en combate y muchos más habían sufrido graves heridas. Sus sueños de gloria se habían convertido en una horrenda pesadilla, pero los guerreros muertos estarían en el Valhala esa misma noche, porque habían muerto con honor.

Una vez alcanzadas las naves, Ulf y Kristoffer embarcaron en la de Brage y ordenaron a los hombres que se hicieran a la mar. Se alejaron de la costa remando lo más rápido posible. Aunque los sajones no los habían perseguido hasta la costa, no estaban dispuestos a correr riesgos.

Tras alejarse del peligro, Ulf les ordenó que se detuvieran.

—Aguardaremos aquí hasta que anochezca y después volveremos —anunció.

Kristoffer contempló a su hermanastro mayor, presa del desconcierto más absoluto.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eran al menos tres veces más numerosos que nosotros! ¡Regresar sería un suicidio!

—No podemos marcharnos. He de encontrar a Brage.

—Debemos marcharnos. Es lo que Brage esperaría. Quienes intentaran regresar morirían —dijo Kristoffer.

—¡Puede que Brage esté vivo! ¡No puedo abandonarlo!

—Vi cómo lo derribaban, Ulf. Nuestro hermano está muerto.

—Pues aún más razón para ir a buscarlo. Debe ser enterrado como le corresponde a un vikingo.

—¡Regresar es un plan estúpido! ¿De verdad te crees capaz de encontrar su cadáver?

—Tengo que intentarlo.

—¿Has pensado en cuántas otras vidas podría costar? Brage murió como un guerrero. Se ha ido al Valhala.

—Si no quieres acompañarme, iré solo.

—¿Arriesgarías tu vida y la de los hombres sólo para regresar con su cuerpo? —replicó Kristoffer en tono airado—. Si estuviera vivo, Brage te consideraría un tonto.

—Quédate o vete, me da igual. Eres joven, Kris, y has aprendido a obedecer órdenes. Yo soy un hombre. Hago lo que creo correcto. Lo mínimo que puedo hacer por mi hermano es tratar de encontrarlo y regresar con su cuerpo.

Lord Alfrick, flanqueado por sir Edmund y sir Thomas, contemplaba la muerte y la destrucción diseminadas por el camino.

Había cuerpos destrozados por doquier. Las bajas habían sido enormes, pero su defensa había funcionado: la torre estaba a salvo. El Halcón Negro había sido derrotado y su ejército repelido hasta el mar.

—El Halcón Negro, ¿está muerto? —quiso saber lord Alfrick.

—Encontramos su escudo, milord. —Sir Thomas le mostró el escudo escarlata con el emblema del halcón—. Pero los muertos son muy numerosos y no estamos seguros de cuál de los cuerpos es el suyo.

—Los vikingos, ¿se llevaron a algunos de sus muertos durante la retirada?

—No, milord.

—¿Regresarán a por ellos?

—Mis hombres los siguieron a cierta distancia hasta el mar, para asegurarse de que zarpaban. Sus bajas han sido muy numerosas. Dudo de que regresen pronto —dijo sir Edmund en tono orgulloso.

—Nosotros también sufrimos grandes bajas. —Lord Alfrick miraba los cuerpos de sus hombres tirados en el camino.

—¡Ah, pero vencimos, padre! Protegimos nuestras tierras.

—Todos se enterarán de vuestra reputación como un señor feroz y poderoso —intervino sir Thomas.

Lord Alfrick sonrió.

—El precio mereció la pena, a condición de que los hombres del norte no regresen jamás.

—Espero que sir Edmund tenga razón —comentó sir Thomas en tono pensativo—. Espero que nunca más desembarquen en nuestras orillas. Sin embargo, me pregunto si no volverán a atacarnos, y con un ejército aún más numeroso.

—¿Sin el Halcón Negro que los conduzca? No lo creo —se mofó sir Edmund.

—La venganza es un buen motivo para luchar —advirtió sir Thomas.

Lord Alfrick arrugó los labios en una mueca desdeñosa.

—Nos mantendremos vigilantes durante un tiempo —ordenó—. De momento, sir Thomas, encargaos de que nuestros muertos sean enterrados como es debido.

—Sí, milord. Y ¿qué hay de los vikingos?

—Quemad sus cuerpos.

—¿Y si encontramos supervivientes?

—Me los traéis. Me ocuparé de ellos personalmente.

Sir Thomas se dispuso a dar las órdenes a sus hombres mientras lord Alfrick y Edmund regresaban a la torre.

—¡Este está muerto!

El grito cercano del hombre atravesó la oscuridad que envolvía a Brage y lo obligó a recuperar el conocimiento, torturado por un dolor agudo y abrasador. Le dolía la cabeza y sentía un ardor insoportable en el hombro derecho, pero el dolor físico no tenía comparación con el que atormentaba su espíritu. Llevaba los recuerdos sangrientos y letales de la batalla grabados en la memoria y no dejaba de rememorarlos.

Lentamente, abrió los ojos y procuró controlar su visión borrosa. Cuando por fin lo logró, su mirada estaba clavada en un cielo manchado de rojo. Brage consideró que se trataba de un testimonio de los dioses, que derramaban su sangre a través de los cielos para igualar el horror de aquel día.

Al recordar a sus hombres que habían sufrido, y también a los que habían muerto, Brage entró en acción. Procuró hacer caso omiso del dolor y empezó a ponerse de pie. Seguiría luchando. Buscaría su espada y su escudo y batallaría hasta la muerte. Morir con honor era infinitamente mejor que vivir sin él. Pero mientras luchaba por ponerse de pie, el hombre que había gritado se inclinó por encima de él y volvió a derribarlo.

El sajón apoyó la espada en el pecho del hombre del norte.

—¡No te muevas o morirás, cerdo vikingo!

Brage le lanzó una mirada llena de odio y deseó tener su propia espada. Pese a su debilidad, hubiera luchado con él.

—¡Éste está vivo! —exclamó el hombre dirigiéndose a los demás, que también comprobaban quién estaba muerto.

—Lord Alfrick se alegrará de que encontraras a uno vivo, Henry —dijo uno de ellos—. Ordenó que cualquier superviviente sea llevado ante él.

Brage escuchó aquellas palabras. Se negaba a ser tomado prisionero, de manera que aprovechó una breve distracción del hombre para entrar en acción. Echando mano de toda su energía, se incorporó y trató de arrebatarle la espada, pero su esfuerzo fue en vano. Debilitado por las heridas y la pérdida de sangre, no tenía la fuerza ni la agilidad para dominar a su adversario. Una patada lo hizo caer de espaldas y la espada del sajón le presionó la garganta.

—Sé que prefieres la muerte, vikingo, pero has de saber que aún no morirás. Disponer de un cautivo complacerá a nuestro señor —dijo Henry en tono despectivo—. Y ahora, puesto que tienes tantas ganas de ponerte de pie, ¡hazlo! Caminarás hasta la torre —añadió, dando un paso atrás y señalando con la espada.

Brage se irguió con lentitud. El brazo derecho parecía casi inútil y la cabeza le palpitaba dolorosamente. Miró en torno y, en medio de la carnicería, distinguió los cadáveres de Neils y de Seger junto a otros de sus fieles guerreros.

Nunca antes había sido presa de una cólera semejante. ¡Estaba más convencido que nunca de que habían sido traicionados! Un traidor había provocado la muerte de sus amigos, y saber que entre su pueblo existía un hombre semejante le causaba más dolor que cualquier espada.

Con satisfacción huera, Brage comprobó que los muertos sajones superaban en número a los vikingos. No vio a Ulf ni a Kristoffer entre ellos, y agradeció a los dioses en silencio. Saber que estaban vivos le proporcionó la débil esperanza de que regresarían con una fuerza mayor y volverían a atacar.

—¿Cómo te llamas, vikingo?

Brage optó por fingir que desconocía su lengua y guardó silencio.

Frustrado por la arrogancia de su prisionero, Henry le pegó un empujón.

—Habla o calla, poco me importa —espetó—. En marcha. Lord Alfrick querrá verte. Y sabrá cómo hacerte hablar.

Brage se encaminó hacia la torre. Cada paso era una agonía, y la sangre manaba de la profunda herida del hombro. Trató de usar la mano derecha, pero no pudo. El dolor de cabeza era indescriptible. Su captor le seguía los pasos, mofándose y obligándolo a acelerar el paso.

Cuando se acercaron al puente levadizo que daba acceso a la torre, se encontraron con algunos de los guardias de lord Alfrick, acompañados de sir Edmund.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó con gran interés.

—Encontré a éste con vida, sir Edmund —le informó el guardia llamado Henry.

—Dejadlo en mis manos. Yo me encargaré de él.

—Me gustaría hacerlo, pero no puedo. Vuestro padre dijo que él se encargaría de los supervivientes personalmente.

Edmund le lanzó una mirada fría a Brage.

—¡Qué lástima! —exclamó.

Brage permaneció de pie ante Edmund, erguido y con expresión orgullosa. Miró a su enemigo a los ojos con el mismo odio y desprecio de aquél y se negó a demostrar temor. Al mirarlo, comprobó que se parecía a otros hombres que había conocido: aquellos que disfrutaban torturando a los que tenían en su poder. Al enfrentarse a alguien cuya fuerza era igual a la suya, dichos hombres solían resultar débiles y cobardes, pero cuando controlaban la situación actuaban con maldad.

Aquel vikingo parecía muy arrogante y Edmund hubiese preferido darle muerte. Pero quizá su padre tenía razón. Puede que el prisionero tuviera información sobre ataques futuros. En ese caso, no cabía duda de que Edmund disfrutaría de ser quien lo convenciera de proporcionarle dicha información.

—Sigue caminando. —Henry volvió a pegarle un empujón, esta vez cerca de la herida en el hombro.

Brage reprimió un gemido de dolor, atravesó el puente levadizo y entró en la torre. A esas horas, había planeado una entrada triunfal en la Gran Sala, junto a sus hombres; en vez de eso, entraba en la sala como prisionero y muchos de los que confiaron en su liderazgo estaban muertos.

Haciendo caso omiso del insoportable dolor causado por las heridas, Brage se centró en tratar de descifrar quién lo había traicionado, con la esperanza de que la ira provocada por la idea le ayudara a mantenerse en pie. Juró en silencio que de algún modo escaparía de aquel lugar y vengaría a sus guerreros muertos.

Y que cumpliría con su juramento.

La Gran Sala estaba atestada de hombres. Reinaba la alegría, pese a las bajas sufridas entre sus filas. Habían defendido la fortaleza con éxito frente al ataque del feroz Halcón Negro y sus guerreros. Comían y bebían al tiempo que cada uno narraba sus propias acciones heroicas durante la batalla.

Henry notó que lord Alfrick estaba sentado en la mesa elevada situada en la parte delantera de la sala, junto a sir Thomas, y obligó a su prisionero a avanzar mientras se abría paso entre la multitud.

Sir Thomas había observado su entrada y se dirigió a lord Alfrick, llamando su atención sobre el prisionero.

—Milord.

Lord Alfrick alzó la vista y vio que uno de sus soldados traía a un prisionero. Pese a estar herido, aquel vikingo alto y fornido envuelto en su túnica empapada de sangre lo impresionó: era un guerrero a tener en cuenta. La sangre seca le apelmazaba el pelo y manchaba su rostro y su barba, dándole un aspecto todavía más feroz. Lord Alfrick apretó los labios al considerar el castigo que le impondría.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con voz retumbante.

Los ocupantes de la sala se volvieron para contemplar el espectáculo.

—Un vikingo que ha sobrevivido, milord. Fue dejado por muerto en el campo de batalla. Lo he traído aquí, como vos ordenasteis.

—Parece más muerto que vivo, ciertamente —comentó lord Alfrick—. Creo que a lo mejor preferiría estar muerto que de pie ante mí.

Brage se tambaleaba debido a la pérdida de sangre, pero se esforzó por mantenerse firme ante su enemigo. Jamás se prosternaría.

—¿Cómo te llamas, vikingo?

—No ha dicho ni una palabra desde que lo he encontrado —dijo Henry rápidamente—. Tal vez no comprenda nuestra lengua, milord.

—O eso, o bien es sordo y mudo. —Sir Edmund soltó una cruel carcajada y se aproximó. Había acudido para ver qué haría su padre con el vikingo.

Al oír las palabras de sir Edmund, Brage apretó las mandíbulas. Hizo caso omiso de las burlas de quienes lo rodeaban y se concentró en lord Alfrick, el hombre al que aquel día había planeado derrotar. Recordó la profecía de las runas y maldijo a la anciana por sus mentiras. Es verdad que había dicho que oiría palabras engañosas, pero también había hablado de que cobraría un gran tesoro. Allí no había ningún tesoro, sólo dolor y una muerte bajo tortura.

—Me llamo Brage —contestó lacónicamente.

—Ah, así que conoce nuestra lengua —dijo lord Alfrick en tono pensativo, y consideró cuán valioso resultaba ese prisionero. Ahora uno de los hombres del Halcón Negro estaba en su poder. Había muchas preguntas que quería hacerle, y durante un momento examinó al vikingo de cabellos oscuros con mucha atención.

—Dime, ¿cómo es que navegaste con el Halcón Negro? No pareces un hombre del norte, con esos cabellos oscuros. ¿Eras un esclavo? ¿De dónde provienes?

—No te confundas. Soy un vikingo.

—Al parecer, hemos atrapado a un orgulloso, milord. ¿Qué haremos con él?

Todas las miradas se posaron sobre el ensangrentado prisionero. Los sajones detestaban a los vikingos. Aunque habían obligado a los invasores a retroceder hasta el mar, el deseo de derramar más sangre vikinga flotaba en el aire.

—Mátalo, padre —instó sir Edmund, y dio un paso adelante—. Está herido y no nos resultará útil. Mátalo y acaba con este asunto.

Desenvainó la espada, dispuesto a acabar con la vida del prisionero delante de todos los presentes.

—Comprendo que ansíes darle muerte, hijo mío —comentó lord Alfrick— pero ¿cuál es el mérito de matar a un hombre medio muerto?

—Hoy muchos de mis hombres perdieron la vida, padre, y sin embargo este pagano vive. ¿Acaso tiene mérito dejarlo con vida?

—Has de ser paciente, hijo mío. Seguramente sabe algo de los planes de ataque de los vikingos que podría resultarnos de utilidad. —Una vez más, lord Alfrick se dirigió a Brage—. Dinos, vikingo. Tenemos el escudo y la espada del Halcón Negro. ¿Murió en la batalla?

Brage miró a lord Alfrick y respondió en tono frío:

—El Halcón Negro ha caído.

Otro rugido de aprobación recorrió la sala.

—Bien, bien —dijo lord Alfrick con gran satisfacción—. Para celebrar esta buena noticia, puede que te deje con vida durante un rato. ¡Qué mejor trofeo para mostrarles a todos los que acudan a la torre que uno de los hombres del Halcón Negro!

La decisión paterna de dejar al prisionero con vida enfureció a Edmund, pero no osó contradecirlo.

—Este hombre debería humillarse ante ti, padre, y suplicar por su vida. No permanecer de pie arrogantemente, sin demostrar remordimientos por el terror que nos ha causado. ¡Suplica, vikingo! ¡Arrodíllate ante lord Alfrick!

Pese a su debilidad, Brage se negaba a humillarse.

—No hincaré la rodilla ante ningún sajón —declaró.

Ante la insolencia del vikingo, Edmund le pegó una bofetada.

Brage, que apenas se sostenía en pie, cayó de rodillas ante la violencia del golpe. Sacudió la cabeza y luchó por volver a ponerse en pie, decidido a no mostrarse débil ante sus enemigos.

Edmund se apresuró a cogerlo del brazo y le apoyó la espada contra la garganta.

—¿Quieres que libre a nuestras tierras de esta alimaña, padre? ¿Quieres que lo mate aquí y ahora?

Los hombres se acercaron, observando con avidez. Lord Alfrick contempló el mar de rostros vueltos hacia él, todos esperando que decidiera el destino del prisionero.

Clavó la vista en el hombre del norte y percibió la exasperante chispa de desafío en la mirada del vikingo. Cuando estaba a punto de decretar su muerte, la horrorizada voz de lady Dynna resonó desde la entrada de la sala.

—¡No!

La multitud cayó en un silencio atónito y todos dirigieron la mirada hacia la mujer que había osado interrumpir.

Dynna permanecía inmóvil en el umbral, con la vista fija en la espantosa escena. Lo había oído todo y, desde el otro extremo de la sala, había reconocido al vikingo. Su identidad era inconfundible, incluso herido y cubierto de sangre. Era el Halcón Negro, el jefe de los vikingos. Casi soltó su nombre, pero logró callarse a tiempo. Sabía lo que Edmund le haría si descubría su verdadera identidad, y se negaba a ser la responsable de la muerte de un hombre..., incluso si se trataba del Halcón Negro.

Brage oyó su voz, y le resultó familiar. Era la mujer que Ulf había capturado antes del ataque. Ya no llevaba las ropas de una campesina sino los exquisitos vestidos de la realeza. Ella conocía su identidad y se preguntó si lo delataría.

—Lady Dynna —dijo sir Edmund en tono controlado sin soltar al invasor—, al parecer pretenderéis inmiscuirlos en un asunto que no os concierne, ¿verdad?

Brage oyó que la llamaba lady Dynna y entornó los ojos con aire suspicaz mientras la examinaba desde el otro extremo de la sala. Descubrir que no se había equivocado con respecto a ella no le causó ningún placer. No era una campesina común, era una dama: bella, elegante y... letal.

Aguardó a que revelara su verdadera identidad y decidiera su destino, presa de la tensión y atormentado por el dolor.

—Acabo de regresar de la aldea, tras dedicar horas a cuidar de los heridos y los moribundos. Hoy ya ha habido suficientes muertes en esta tierra. —Dynna pronunció las palabras con dignidad y se acercó a lord Alfrick. Se arrodilló ante él y suplicó clemencia—. Tenéis el poder de restaurar la paz y la curación en nuestras tierras, milord. Basta de muertes.

Al suplicar por su vida, Dynna hablaba con sinceridad, pero Brage no comprendía del todo por qué su destino le importaba. Sabía que lord Alfrick y sir Edmund ignoraban la identidad de su prisionero. Si él decía que se llamaba Brage, entonces ella guardaría su secreto.

—¿Qué os importa este vikingo? —preguntó Edmund—. Es uno de los responsables de la carnicería que hoy hemos sufrido. Negar que su espada trajera muerte y destrucción a nuestro pueblo es imposible. ¿Por qué no habría de matarlo?

Lentamente, Dynna se puso de pie y se volvió hacia Edmund. Notó que tanto él como Brage la miraban, pero no vaciló en la decisión de salvar a aquel hombre.

—Porque espero que seáis un hombre mejor que él, sir Edmund —contestó.

—La venganza no es mala cosa —dijo Edmund, enfadándose—. ¿Acaso nuestro Dios no exige un ojo por un ojo?

—¿Acaso nuestro Libro Santo no nos dice que hemos de ofrecer la otra mejilla?

Sir Edmund frunció el ceño. Estaba firmemente convencido de que las mujeres debían guardar silencio. La opinión de lady Dynna no pintaba nada en aquel lugar, y se preguntó por qué su padre no la mandaba callar.

—¿Acaso creéis, milady, que las mujeres y los hijos de los hombres que hoy perdieron la vida deberían ser igual de compasivos? No es un cristiano, es un pagano, un animal cuya vida consiste en matar y saquear. E incluso sabiéndolo, ¿suplicáis por su vida? —exclamó Edmund, y cogió a Brage con más violencia.

Dynna miró a Brage y sus miradas se encontraron por primera vez. Edmund mantenía la espada apoyada contra la garganta del vikingo. Se enfrentaba a la muerte, pero Dynna no vio temor en ella, sólo rebeldía orgullosa. Le dio la espalda y contestó:

—Tras lo que hoy he presenciado en el campo de batalla, y lo que acabo de ver en la aldea, estoy dispuesta a suplicar por la vida de cualquier hombre.

Dynna hablaba con sinceridad, porque el recuerdo de la matanza no dejaba de perseguirla. Su don de sanadora no había logrado salvar la vida de los heridos, pero podía impedir aquella muerte.

Edmund consideraba que ninguna mujer tenía el derecho de expresar una opinión contraria a la de un hombre, y su rostro reveló su desaprobación ante la franqueza de ella. Se prometió a sí mismo que, una vez casados, la haría cambiar de actitud. Era evidente que Warren la había tratado con excesiva complacencia. Era hora de que aprendiera a ocupar el lugar que le correspondía y a no abandonarlo.

—Dynna tiene razón —declaró lord Alfrick con calma—. La batalla ha acabado y hemos ganado. Seremos generosos en la victoria. Que no sea derramada más sangre.

Dynna inclinó la cabeza y elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento.

—Celebro vuestra sabiduría, milord.

Edmund apartó a Brage de un empujón y luchó por disimular la ira causada por la frustración.

—Como queráis, padre —masculló, y fue a beber con algunos hombres.

—¿Y sus heridas, milord? ¿Queréis que me encargue de ellas? —preguntó Dynna al ver la gravedad de las mismas.

—No, Dynna. Aunque le haya perdonado la vida, su sufrimiento me es indiferente. Encadenad a nuestro prisionero junto a los perros, sir Thomas —ordenó lord Alfrick—. Tal vez nos resulte útil. Mientras tanto, que viva como debe vivir un vikingo: encadenado.

Sir Thomas se apresuró a cumplir la orden. Empujó a Brage hacia el rincón donde los perros estaban tendidos entre esteras mugrientas y restos de comida podridos.

—Sentaos a mi lado, lady Dynna, compartid este ágape conmigo y habladme de los aldeanos —dijo lord Alfrick.

—Me complacería hacerlo, milord. —Dynna sonrió y tomó asiento junto a él sin despegar la mirada del prisionero que sir Thomas conducía hacia el otro lado de la sala. Pese a su estado debilitado, no dejó de notar su porte orgulloso.

—¿Cómo se encuentran mis hombres? —preguntó lord Alfrick.

—Muchos murieron y muchos más sufrieron graves heridas —respondió ella. Las lágrimas ardían en sus ojos pero logró reprimirlas—. Les ayudé cuanto pude, pero algunos... —añadió en tono ahogado al recordar los horrores que había visto.

Lord Alfrick le palmeó la mano y, al ver su expresión apenada, habló en tono afectuoso.

—La guerra no es para los inocentes, como vos. Pero no olvidéis que hoy nosotros fuimos los defensores, no los atacantes. Si no hubiéramos luchado, nos habría costado la vida. Los vikingos son implacables.

Dynna ansiaba decirle que Edmund era tan implacable como cualquiera de los vikingos que ese día había visto, pero guardó un silencio prudente.

—Después de este día ya no ignoro los métodos brutales de los hombres —dijo—. La muerte ha asolado nuestras tierras y temo que aún más habrán de morir. Debo regresar a la aldea dentro de un rato, para comprobar si puedo hacer algo más por los heridos.

Dynna observaba a sir Thomas mientras éste encadenaba al Halcón Negro. Casi podía sentir los grilletes clavándose en sus propias carnes. Incluso desde el otro lado de la Gran Sala, veía la expresión sombría de Brage y, a juzgar por su postura rígida, comprendió que sentía un gran dolor. Su valentía la impresionó y tuvo que luchar contra el impulso de acercarse a él y curar sus heridas. Haciendo un esfuerzo, volvió a prestar atención a las palabras de lord Alfrick.

—Es bueno que uséis vuestro talento de sanadora para ayudar a mis hombres —decía.

—Si de algún modo puedo aliviar su sufrimiento, debo hacerlo.

—Seréis una estupenda esposa para Edmund —prosiguió lord Alfrick. Bajando la voz, añadió—: esperamos que, pese a vuestros intentos de huir, habréis llegado a comprender que vuestro futuro está aquí, como esposa de Edmund.

—Lo comprendo, milord —respondió Dynna amablemente, intentando evitar una discusión.

—Confío en que habéis aprendido la lección y que no volváis a poneros en peligro. Si abandonarais mi protección, temería por vos. Me complace saber que estáis aquí en la torre, donde no corréis peligro.

—Sí, milord.

—Seréis feliz junto a mi hijo menor. —Lord Alfrick estaba más que satisfecho con el resultado de los acontecimientos. El Halcón Negro estaba muerto. Los vikingos ya no amenazaban sus tierras y Dynna se casaría con Edmund. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

—Desde luego, milord. —Dynna bajó la mirada para ocultar sus auténticos sentimientos.

Había contestado en voz baja y sumisa, y él se alegró de que por fin se comportara como debía comportarse una dama.

Dynna le devolvió la sonrisa, fingiendo una satisfacción que no sentía en absoluto. El día había sido caótico, y cuando Edmund la llevó de vuelta a la torre se tomó el tiempo justo de cambiarse de ropas antes de acudir en ayuda de los heridos. Como Edmund había dicho, había ordenado a uno de sus hombres que la siguiera. Su presencia resultaba irritante, pero comprendió que era el precio a pagar por la osadía que suponía su intento de escapar.

Ahora, al escuchar a lord Alfrick, Dynna pensó que podría haber sido peor, que el sacerdote ya podría haber llegado a la torre y que lord Alfrick podría haber insistido en que se casara con Edmund de inmediato. De hecho, todavía disponía de quince días hasta que el sacerdote regresara y decidiera su destino.

—Ponte cómodo, hombre del norte —dijo sir Thomas cuando terminó de encadenar a Brage—. Comerás lo que los perros estén dispuestos a compartir contigo.

Cuando sir Thomas se enderezó, echó un vistazo a Brage y sus miradas se encontraron por primera vez. En ese instante, vio la fuerza mortífera de la ira del vikingo reflejada en sus ojos y un escalofrío le recorrió la espalda. Durante los años transcurridos al servicio de lord Alfrick había luchado contra numerosos enemigos, pero ninguno le había parecido tan fiero como ese hombre, y se alegró de no tenerlo enfrente en el campo de batalla.

Al recordar el combate, sir Thomas no tuvo más remedio que admirar a los vikingos. Incluso superados en número, habían seguido peleando con un furor increíble. Era perfectamente capaz de imaginar el resultado de la batalla si los sajones no hubiesen sido advertidos de la incursión, porque no cabía duda de que el ejército vikingo era superior.

Al pasar junto a sir Edmund, éste lo detuvo.

—¿Qué haremos con el prisionero? —preguntó.

—Vuestro padre ya ha decidido su destino. Quizás el vikingo nos proporcionará información acerca de los ataques, o tal vez se limite a exhibirlo como trofeo. No cabe duda de que es un prisionero valioso. ¿Acaso no es uno de los guerreros del Halcón Negro?

—En efecto. —Sir Edmund asintió. Hervía de furia porque sir Thomas había adjudicado el mérito de la victoria a su padre. ¡Era él quien había luchado contra los vikingos y los había derrotado! Había sido su plan el que sirvió para atraparlos, pero según el relato oficial, el mérito le correspondía a su padre.

—Lo único que lamento es que no hayamos logrado identificar el cadáver del jefe vikingo —dijo sir Thomas.

—Tenemos su escudo y su espada —señaló sir Edmund—. Y puesto que los vikingos no se llevaron a sus muertos, podemos suponer que el cuerpo del Halcón Negro se pudrirá en tierra sajona.

—¡Brindemos por la victoria de lord Alfrick! —exclamó sir Thomas, cogió una

jarra de cerveza y la alzó.

—¡Más bien brindemos por la muerte del Halcón Negro! —lo corrigió sir Edmund, uniéndose al brindis de sir Thomas. Los demás lo imitaron, lord Alfrick se puso de pie y ayudó a Dynna a incorporarse al tiempo que los soldados, agotados tras la batalla, soltaban vítores.

—¡Hemos dado muerte al más poderoso jefe vikingo! ¡Hemos triunfado!

Dynna lanzó una disimulada mirada a Brage, que estaba sentado en el suelo con el hombro ileso apoyado contra la pared. Observaba a los sajones —que se pasaban su escudo y su espada y celebraban su «muerte»— con expresión inescrutable. De repente su mirada se cruzó con la de Dynna. Que la contemplara fijamente la inquietó, pero logró mantener la serenidad.

Cuando una de las criadas se acercó para decirle que su presencia era necesaria en la aldea, se sintió aliviada.

—Debo regresar junto a los heridos, milord. ¿Dais vuestro permiso? —suplicó.

—Desde luego. Si os necesitan, debéis ir con ellos. Ocuparnos del bienestar de los nuestros es nuestro deber.

Dynna procuró que no notara su anhelo de abandonarlos. Aunque el deber que la aguardaba era horrendo, la compañía de los aldeanos era infinitamente preferible a la dominante presencia de lord Alfrick y sir Edmund.

Al salir, tuvo que pasar junto a Brage y observó sus labios tensos y su piel grisácea. Tampoco dejó de notar sus ropas ensangrentadas, y sintió compasión por él. Se detuvo, con la esperanza de aliviar su sufrimiento pese a las palabras de lord Alfrick, pero Edmund se interpuso.

—No os molestéis en ocuparos de éste. Vuestro talento resultará más útil en la aldea.

—Pero siente mucho dolor.

—Eso no me importa. No se merece otra cosa y si su muerte es atroz, que así sea. Ninguno de los presentes lo lamentará.

—Lo tratáis peor que a un animal. Incluso el más humilde de vuestros criados recibe cuidados si cae enfermo.

—Nuestros criados lo merecen. Se ocupan de mis necesidades. Éste sólo es un vikingo.

—No soporto ver a alguien que sufre.

—Pues entonces no miréis —le dijo en tono duro.

El odio que sentía por sir Edmund aumentó aún más. Sabía cómo aliviar el dolor de Brage, pero le prohibían que le ayudara. De momento habían frustrado sus intenciones, pero Dynna no tenía intención de renunciar; se volvió y se alejó sin decir nada.

Brage la había observado y escuchado sus palabras. Ansiaba encontrarse con sir Edmund en un campo de batalla, libre de sus cadenas y con la espada en la mano. Trató de cambiar de posición y una punzada de dolor le atravesó el cuerpo. El único

consuelo al que se aferraba era que un día encontraría al traidor que lo había entregado a sus enemigos.

Edmund observó cómo Dynna se marchaba y después miró al prisionero. Brage le devolvió la mirada.

—Si se hiciera mi voluntad, estarías muerto, perro —dijo con una sonrisa malvada—. Obligarte a darnos información supondrá un placer —añadió, y le pegó un puntapié.

Brage no pudo reprimir un gemido de dolor y maldijo su destino en silencio, ese destino que lo había llevado hasta allí y lo había dejado atrapado a merced de sus captores. Procuró moverse una vez más, pero las cadenas se lo impidieron.

Brage pensó en sus hombres y se preguntó si habrían logrado escapar, si creerían que estaba muerto o si se reagruparían y regresarían a por él. Y también si, en caso de que regresaran, él seguiría con vida.

Brage siguió a sir Edmund con la mirada y se juró a sí mismo que no moriría así: indefenso ante sus enemigos. No les daría esa satisfacción a quienes lo martirizaban. Tendría la muerte de un guerrero.

Se aferró a aquella idea y trató de ignorar el dolor que lo corroía. Procuró acomodarse contra la fría pared y cerró los ojos, intentando olvidar su terrible situación.

Al caer la noche, Ulf condujo el *drakkar* hacia suelo sajón. Ambos hermanastros habían discutido acaloradamente acerca de lo que harían. Por fin, Kristoffer había accedido a desembarcar después de que Ulf acordara que sólo ellos dos regresarían al campo de batalla. No pondrían en peligro otra vida vikinga, sólo la propia.

Era muy tarde cuando abandonaron la nave y se encaminaron tierra adentro. Avanzaron con mucha cautela, puesto que sabían que si los descubrían no habría escapatoria.

—Aún no comprendo cómo dejé que me persuadieras de hacer esto —susurró Kristoffer mientras recorrían el camino a la torre y se ocultaban entre los matorrales que lo bordeaban.

—Nunca creeré que Brage está muerto sin ver su cadáver, y en ese caso merece un entierro vikingo —insistió Ulf.

Ambos hombres se arrastraron en medio de la oscuridad hasta aproximarse al campo de batalla. Entonces vieron la luz fantasmal de las piras y los sajones que arrojaban a sus camaradas muertos a las llamas.

—Ya no lograremos encontrarlo —dijo Kristoffer.

—No debería haberlo abandonado cuando nos retiramos —replicó Ulf en tono de culpa.

—No pudimos evitarlo, ni tú ni ninguno de nosotros podíamos hacer nada. Si hubiese estado en nuestra situación, Brage habría hecho lo mismo.

—Puede ser... —contestó Ulf lentamente.

Los hermanos se retiraron en silencio. Brage estaba muerto, perdido para siempre para su familia, asesinado en aquella tierra aborrecida. Desaparecieron en medio de la oscuridad y regresaron a la nave.

Una vez a bordo, Ulf inmediatamente ordenó a sus hombres que zarparan para emprender el regreso a casa; se alejaron de la costa remando en el más absoluto silencio. Habían sufrido grandes bajas y los hombres todavía estaban afectados. Nadie había supuesto que la resistencia sería tan considerable, ni que los sajones estarían armados y los aguardaran.

Ulf ocupó la posición del jefe en la proa de la nave. Mantenía la vista clavada en la oscuridad de la noche, recordando lo acontecido.

—Debemos informar a nuestro padre de la muerte de Brage —dijo Kristoffer, poniéndose a su lado.

—Sí. No será fácil, pero hemos de hacerlo.

El silencio los envolvía como un pesado manto. Horas antes, la confianza los había embargado y también la alegría por entrar en combate. La horrorosa derrota los había vuelto vacilantes y los había desprovisto de su orgullo; el odio se apoderó de ellos, al igual que el deseo de venganza. Todos los vikingos sobrevivientes juraron que llegaría el día en que volverían a las tierras de lord Alfrick y se cobrarían la venganza por las pérdidas sufridas.

Con el peso de las noticias de derrota y muerte, los *drakkar* del Halcón Negro navegaron hacia el norte, hacia el hogar, y se alejaron de la costa sajona.

Lady Dynna aplicó la cataplasma a la herida abierta en el costado del hombre y procuró sonreír.

—Esto te aliviará el dolor —dijo en tono suave y tranquilizador.

—Gracias, milady —fue la respuesta ronca. El herido estaba muy pálido y tenía la vista perdida.

Dynna dudó de que sobreviviera a esa noche y se sintió apesadumbrada, porque lo conocía. Estaba casado y era el padre de dos muchachos jóvenes. Permaneció a su lado hasta que algo del dolor se disipó de su rostro y sólo se alejó cuando Matilda le rozó el brazo.

—Venid, lady Dynna —insistió Matilda con suavidad—. Ya no podéis hacer nada más por él. —Se había unido a Dynna un poco antes, para ayudarle con los heridos.

Lentamente, Dynna se puso de pie y abandonó la pequeña choza acompañada de su criada. El firmamento nocturno estaba despejado y las estrellas brillaban. Al levantar la vista, se maravilló ante la eterna belleza del cielo.

—¿Cómo es posible que a veces el mundo parezca un lugar tan bello y al mismo tiempo sea tan repulsivo? —se preguntó.

—Lo repulsivo no es el mundo —comentó Matilda—, sino las personas que lo

habitan.

—Es verdad. Hay tanto odio y tantas luchas... A menudo quisiera hacer algo más para cambiar las cosas.

Matilda la miró, sorprendida.

—¿Más, milady? Os habéis entregado a los demás, os dedicáis a cuidarlos y a curarlos. ¿Qué más podríais hacer? No podéis cambiar el corazón de los hombres y, hasta que éstos no cambien, habrá muerte y habrá guerras.

Dynna se sentía de un humor sombrío, era como si cargara con el peso del mundo. Podía curar, pero no podía resucitar a los muertos. Su don sólo resultaba eficaz si había esperanzas.

No había dejado de pensar en el jefe vikingo, y volvió a preguntarse cómo se encontraría.

—Estáis fatigada y necesitáis descansar —le advirtió Matilda—. Hoy habéis librado vuestra propia batalla.

—Y perdí —añadió en tono cansino y se obligó a no pensar en lo que quizás hubiese ocurrido si los vikingos no hubieran desembarcado.

Emprendieron el regreso a la torre con temor, pero sabían que no les quedaba más remedio. Dada la constante presencia del hombre de Edmund, no habían podido hablar abiertamente durante toda la noche. Ahora, por primera vez, estaba un poco rezagado y decidieron aprovechar la ocasión.

—¿Por qué mantuvisteis la identidad del vikingo en secreto ante lord Alfrick? —preguntó Matilda.

—Si le hubiese dicho quién era, lo habrían asesinado de inmediato.

—Pero es el Halcón Negro. Y ya sólo su reputación... —Matilda se estremeció.

—No nos hizo daño mientras nos tuvo en su poder. Es lo mínimo que podía hacer por él.

—Sus heridas parecían muy graves.

—Lo hubiese atendido, pero Edmund impidió que me acercara a él.

—Tal vez hizo lo correcto. El vikingo es nuestro enemigo. Entonces el guardia se acercó y ya no pudieron seguir hablando. Cuando entraron en la Gran Sala los hombres dormían en los bancos, otros roncaban bajo las mesas y algunos seguían comiendo y bebiendo. La celebración de la victoria continuaría durante varios días.

Dynna atravesó la sala con paso silencioso. El guardia de sir Edmund las había abandonado tras acompañarlas al interior. No había manera de evitar el lugar donde dormían los perros, y Dynna se detuvo ante Brage.

—Lady Dynna..., ahora no es el momento... —empezó a protestar Matilda.

Dynna la silenció con la mirada y contempló al guerrero. Se había apoyado contra la pared y parecía estar durmiendo.

—No debéis hacerlo... —susurró Matilda—. Sir Edmund...

—¿Acaso no debo ayudarle sólo porque sir Edmund decretó que no lo hiciera? Está herido —replicó en voz baja—. Ayúdame o vete. No me importa. Tú eliges.

—¿Es que ignoráis cuán peligroso es?

—¿Incluso encadenado?

—¡Incluso encadenado!

—No me hará daño —dijo convencida. Ignoraba cómo, pero lo sabía.

Dynna se arrodilló ante él con la intención de examinar sus heridas, pero en cuanto le rozó el hombro Brage abrió los ojos y le clavó su mirada azul y helada. Aunque estaba cubierto de sangre y encadenado, su mirada expresaba una determinación feroz, y Dynna comprendió que no había sido derrotado. Él le cogió las muñecas con mano férrea y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Soy una sanadora.

—Dejadme —gruñó.

—Puedo ayudaros.

—¡No quiero que manos sajonas me toquen! —Brage la apartó de un empujón como si detestara que lo tocara. Era un hombre fuerte. Ya se había curado solo en otra ocasión, y ahora volvería a hacerlo.

—¡Lady Dynna! —La criada no logró evitar un grito alarmado cuando el vikingo empujó a Dynna. Al oírla, varios hombres acudieron en su ayuda.

—¿Qué ha ocurrido? —Sir Thomas fue el primero en llegar, y su rostro expresaba temor por su dama. Había desenvainado el arma y estaba dispuesto a clavársela al prisionero si le había hecho daño.

—Él... —trató de explicar la criada, pero Dynna la hizo callar con la mirada.

—Es un vikingo, y mi criada cree que no se merece mi ayuda.

Sir Thomas se relajó visiblemente y volvió a envainar la espada.

—Es verdad —le dijo—. Os recomiendo que no os acerquéis a él, milady. Temo que no dudaría en quitaros la vida si tuviera oportunidad de hacerlo.

Dynna empezó a discutir. Había estado en poder de Brage y él había optado por salvarle la vida, no ponerle fin. Y también podría haberle hecho daño ahora, pero se limitó a apartarla de un empujón. Ella sabía que discutir con sir Thomas era en vano. Era un hombre bueno, y sólo pretendía protegerla. Sería mejor que no supiera que el vikingo la había tocado. Incluso ahora que estaba herido, la fuerza del Halcón Negro era inconfundible.

—Venid, lady Dynna. Deberíais retiraros —la instó Matilda—. Ha sido un día largo. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Lady Dynna siguió a Matilda escaleras arriba hasta su habitación, pero se detuvo un instante para echar un vistazo al Halcón Negro. Éste la seguía contemplando, como si mirara dentro de su corazón. Ella se apartó de su mirada hipnótica y corrió a su habitación.

Brage la observó mientras remontaba las escaleras y se preguntó por qué no lograba apartar la vista. Algo en ella lo había perseguido desde la primera vez que la vio junto a Ulf. Recordó cómo éste se había jactado de su coraje al atacarlo cuando

trataba de capturarla. La belleza y el coraje no eran lo que Brage había esperado encontrar en una dama sajona.

Cuando Dynna desapareció de su vista, volvió a apoyarse contra la fría pared. El dolor del hombro era constante, pero trató de ignorarlo. Procuró acomodarse entre los perros y no perdió de vista a los sajones que aún bebían y celebraban en la Gran Sala.

Cuando Dynna llegó a su habitación Matilda le preparó un baño. Quitarse la ropa manchada de sangre y deslizarse en la tina de agua caliente era delicioso. Aunque la tina no era amplia y su dura superficie no invitaba a repantigarse, Dynna se sumergió en el agua caliente y cerró los ojos. Durante un momento, envuelta en la agradable tibieza, casi logró olvidar los horrores pasados, pero como siempre, la realidad volvió a imponerse, y también la pena y el dolor.

Dynna lanzó un profundo suspiro. La muerte había formado parte de su vida: la de su amado hermano menor cuando sólo era una niña, la de sus abuelos, y después la de Warren... Con el tiempo, había aprendido a enfrentarse al hecho de la muerte, pero nunca se había acostumbrado a ella.

Dynna sabía que para los ancianos a veces la muerte suponía un alivio, una liberación de un cuerpo débil y enfermo, así que logró aceptar la muerte de sus abuelos. Pero lo gratuito de las muertes causadas por la guerra golpeaba su alma y la afectaba profundamente. Se preguntó por qué los hombres nunca habían encontrado la manera de alcanzar la paz en vez de librar guerras.

De pronto se le apareció la imagen de Edmund y obtuvo una respuesta: mientras hombres como Edmund habitaran el mundo habría guerras y ferocidad.

El recuerdo de Edmund y de sus manos tocándola hizo que se refregara. Desprenderse de la mugre que le manchaba el cuerpo y el cabello era fácil, pero deseó que hubiera un modo de lavar la pena que la embargaba y borrar el recuerdo de las escenas de muerte.

Cuando hubo acabado, salió de la tina chorreando agua. Matilda le alcanzó un paño de hilo y se secó, se puso el camisón y se metió en la cama. Luego la criada apagó la vela y la dejó descansar.

Tendida en su lecho limpio y suave, y aunque se sentía exhausta, no lograba conciliar el sueño. Cada vez que estaba a punto de dormirse, la invadía el recuerdo de Brage y sus heridas. Se pasó horas dando vueltas en la cama tratando de descansar, pero fue inútil. Finalmente, incapaz de hacer caso omiso de su preocupación y convencida de que el vikingo moriría si no le prestaba ayuda, Dynna abandonó la cama, se puso una túnica sencilla y cogió el cesto donde guardaba las hierbas y los ungüentos curativos.

Salió de la habitación y bajó las escaleras en silencio, con mucha cautela.

En la Gran Sala sólo se oían los ronquidos de los hombres durmiendo la borrachera tras celebrar la victoria. Aún ardían algunas antorchas que iluminaban su camino, y descendió hasta la sala con la vista clavada en el sombrío rincón donde estaba encadenado el prisionero.

Brage necesitaba dormir, pero el dolor de las heridas y saberse prisionero de lord

Alfrick lo habían dejado inquieto y airado. Los sajones se dedicaron a mofarse de él durante toda la noche. Cuando se cansaron de sus chanzas y cayeron vencidos por la borrachera, Brage procuró buscar la manera de escapar. Tiró de las cadenas que le sujetaban las piernas, pero estaban cerradas con grilletes. Examinó los eslabones fijados a la pared y supo que no lograría aflojarlos.

No podía hacer nada para salvarse. Hasta entonces no había conocido la desesperación, nunca antes lo habían atrapado y su indefensión lo corroía. Permanecía sentado en medio de la penumbra, presa de la ira que le provocaba su situación, cuando percibió un movimiento en las escaleras.

Al principio creyó que se trataba de uno de los criados, pero entonces Dynna pasó bajo una de las antorchas y la reconoció de inmediato, gracias a la belleza de su rizada cabellera azabache, suelta y cubriéndole la espalda como una cascada.

No comprendía por qué deambulaba por la torre a esas horas de la noche, y al ver que dirigía la mirada hacia él se desconcertó. Antes, cuando le dijo que se alejara de él, había hablado en serio. No quería ni necesitaba la ayuda de una sajona. Su criada estaba en lo cierto al advertirle de que era un hombre muy peligroso. No estaba maniatado, y ella era una mujercita frágil. Al aferrarle las muñecas, le habían parecido lo bastante delicadas como para romperlas si ejercía mucha presión. La observó al tiempo que alcanzaba la parte inferior de las escaleras y se dirigía hacia él. ¿Por qué había regresado?

Cuando llegó hasta él, Dynna no se sorprendió al ver que el prisionero estaba despierto y vigilante. Supuso que sus heridas le impedían descansar y saberlo aumentó la determinación de aliviar su dolor.

Brage observó cómo se aproximaba, contemplando sus movimientos gráciles y admirando su belleza. A través del sencillo vestido adivinó las curvas femeninas de su cuerpo. Si sus hombres hubieran ganado la batalla y ella aún fuese su prisionera, dudaba de que la hubiese vendido en el mercado de esclavos.

Un instante después, sir Edmund surgió entre las sombras y le impidió el paso.

Al verlo, Dynna soltó un grito ahogado y se le hizo un nudo en la garganta.

—Sir Edmund...

La inesperada aparición del noble también desconcertó a Brage. Al observar cómo ella se enfrentaba valientemente al hombre que él ya había llegado a despreciar, maldijo en silencio las cadenas que lo sujetaban.

—Ah, así que os he tomado por sorpresa, milady. Eso es bueno. Las sorpresas son agradables —dijo sir Edmund. Estaba borracho y le lanzó una mirada lasciva en medio de la penumbra—. Tenéis un aspecto encantador, Dynna, querida mía. ¿Habéis bajado en busca de mi compañía, para uniros a la celebración de mi coraje y mi osadía?

—Yo... —tartamudeó Dynna en tono nervioso.

No pudo acabar la frase, porque en ese instante sir Edmund se percató de la cesta que llevaba en la mano y comprendió qué se proponía. Hacía un instante estaba dispuesto a seducirla con palabras y besos suaves. Ahora sabía que sólo había bajado para prestarle ayuda al vikingo y eso lo enfureció.

—¿Cómo os atrevéis a ayudar al prisionero cuando os he dicho que lo dejarais sufrir? —preguntó, mirando a Brage por encima del hombro y deseando que su padre hubiese permitido que lo matara, para acabar con el asunto—. Cuando seáis mi esposa, aprenderéis que cuando doy una orden, habéis de obedecerla —añadió con furia y la cogió de los antebrazos.

—¡Todavía no soy vuestra esposa! —protestó ella, tratando de zafarse.

La noticia de que se casaría con ese perro conmocionó a Brage, y el modo brutal con el que la trataba lo enfadó. Ninguno de los hombres que conocía trataba a sus mujeres de esa guisa. Las esposas estaban ahí para ser amadas y adoradas, no para ser maltratadas y golpeadas. Incluso mientras trataba de convencerse de que lady Dynna era una sajona que no significaba nada para él, comprendió que no era así, que le importaba lo que le ocurría; la idea lo inquietó y lo confundió.

El odio ardía en la mirada de Brage y deseó estar libre para acudir en ayuda de Dynna. Lo enfurecía saber que no podía hacer nada y apretó las mandíbulas, pero guardó silencio.

—Sólo es cuestión de tiempo, querida mía, unas semanas como mucho —prosiguió Edmund—. Entonces seréis mi esposa y una vez que lo seáis, haréis lo que yo os diga cuando yo os lo diga. Como mi futura reina, deberéis cumplir con mi voluntad... satisfacer todos mis deseos...

Edmund la abrazó, y al forcejear la cesta y los remedios de Dynna se desparramaron por el suelo mugriento.

—¡Soltadme! ¡Los vikingos a los que tanto temíais no me hubieran tratado con tanta rudeza!

—¡Pero yo tengo derecho! ¡Sois mía!

Soltó una carcajada y la besó, presionando los labios contra los suyos en una feroz posesión que casi provocó las náuseas de Dynna. Giró la cabeza procurando evitarlo, pero él la sujetó y la obligó a aceptar el beso.

Dynna sintió ganas de gritar. Su roce era repugnante, pero no logró liberarse de su abrazo. Cuando por fin la soltó, ella retrocedió trastabillando y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Cómo osáis tocarme? —preguntó, tratando de conservar una actitud arrogante, cuando lo que quería era echar a correr.

—Lo osaría todo con vos, Dynna —dijo Edmund y en sus ojos ardía la llama del deseo. Que lo evitara y se comportara como si no sintiera interés por él suponía un desafío. Pero sabía que sólo se trataba de un juego que él acabaría ganando. Ella estaría bajo su control y se sometería a su voluntad.

Era la primera vez que una mujer lo rechazaba y, aunque la actitud de la mujer

despertaba su pasión, había un límite a lo que estaba dispuesto a tolerarle. Esa noche, dada su negativa a cumplir sus órdenes, casi había superado dicho límite.

—¡Sois despreciable! —espetó Dynna—. Me parece imposible que Warren fuera un hombre tan bondadoso y amable, y vos tan...

Mencionar a Warren supuso el insulto final y se acercó a ella con actitud amenazadora.

—No volváis a pronunciar su nombre, Dynna.

—Warren era mi marido. ¡Yo lo elegí! ¡No os he elegido a vos!

—¿Qué opinaría vuestro excelente marido si supiera que os escabullís de noche para prostituíros con el enemigo?

—¡Vuestras palabras son tan viles como vos mismo, Edmund!

—Deambular por el castillo a hurtadillas en medio de la noche, usar vuestro talento para curar como excusa para bajar aquí... ¿Qué era lo que realmente deseabais esta noche, Dynna?

Ante semejante insulto, el enfado de Brage se trocó en furia. Si tuviera fuerzas, hubiese arrancado las cadenas de la pared y las habría usado para darle una paliza a ese aborrecible sajón.

Al escuchar sus palabras, Dynna palideció.

—Me resulta difícil comprender que los mismos padres de Warren os engendraran a vos —replicó.

Cuando volvió a pronunciar el nombre de su hermano, las llamas que ardían en la mirada de Edmund se convirtieron en hielo. Su corazón se endureció y alzó la mano para golpearla.

—¡No...! —exclamó Dynna.

—¿Qué ocurre aquí?

Sir Thomas apareció entre las sombras de la sala con expresión preocupada y su mirada osciló entre sir Edmund y Dynna. Edmund bajó la mano, momentáneamente frustrado.

La expresión de sir Thomas seguía siendo grave y su actitud amenazadora. No permitiría que le hicieran daño a ella. Había sentido un gran aprecio por Warren y aprobado su decisión de casarse con lady Dynna. Tras la muerte de su amigo, había decidido convertirse en su protector y no toleraría que nadie le hiciese daño. Cuando Dynna escapó, casi había esperado que lograra llegar a la casa de sus padres. No creía que sir Edmund fuera un buen marido para ella y quería volver a verla feliz. Desde la muerte de Warren, Dynna no había vuelto a reír.

—¿Algo va mal, lady Dynna? —inquirió.

—Sir Thomas... —Dynna nunca se había alegrado tanto de verlo. De algún modo, siempre parecía saber cuándo lo necesitaba—. No, no pasa nada.

—¿Estáis segura? Me pareció que necesitabais ayuda, que teníais problemas... —dijo, echando una mirada elocuente a la cesta y su contenido desparramado en el suelo—. Veo que habíais emprendido otra misión misericordiosa.

—Sí, pero estaba a punto de acabar y regresar a mi habitación.

—Entonces os ruego que permitáis que os acompañe. Me encargaré de que esta noche nadie os haga daño.

—Gracias.

—¿Sir Edmund? —Sir Thomas aguardó que le diera una explicación acerca de la escena que acababa de presenciar.

Edmund optó por ignorar su pregunta y se dirigió directamente a su prometida.

—Buenas noches, Dynna. Contaré los días... y las noches... hasta que seáis mía.

Dynna percibió la amenaza de sus palabras y recogió sus cosas con rapidez. Sin despedirse de Edmund, le dio la espalda y se marchó apresuradamente en compañía de su protector.

Sir Edmund maldijo en voz baja al observar cómo sir Thomas la acompañaba escaleras arriba. Dynna había vuelto a mostrarse más hábil que él, pero llegaría el día en que vencería. Prometería ser su esposa y él disfrutaría oyéndola jurarle obediencia. Y obedecería... en todos los sentidos.

Cuando lady Dynna se alejó acompañada de sir Thomas, Brage guardó un silencio airado. Que el hombre mayor hubiera intervenido suponía un alivio inmenso. No sabía qué habría hecho si Edmund la hubiese golpeado.

Sir Thomas permaneció junto a ella al pie de las escaleras.

—¿Estáis bien, milady?

—Sí, sir Thomas. Buenas noches —contestó Dynna, y se esforzó por sonreír.

Él la observó hasta que desapareció escaleras arriba, después regresó junto a sir Edmund.

Edmund lo vio aproximarse y, borracho e irritado, se preguntó qué querría ahora el estúpido entrometido.

—¿Puedo hablar con sinceridad, sir Edmund?

—¿Acaso no lo hacéis siempre, sir Thomas?

—Debéis saber que aquí, en la corte de vuestro padre, lady Dynna es muy respetada. Muchos desaprobaban si sufriera algún daño o si la obligaran a hacer algo en contra de su voluntad.

—No tenía intención de hacerle daño —dijo sir Edmund en tono desdeñoso. La ira lo consumía, pero no dijo nada más: se limitó a lanzarle una mirada colérica a aquel hombre que era como un hijo predilecto para su padre.

—Eso no fue lo que me pareció. Es evidente que estáis borracho y sería mejor que os fuerais a la cama.

Sir Edmund le lanzó una mirada iracunda y llena de desprecio.

—Me encargaré de mis asuntos sin vuestros consejos.

—Como queráis, pero sabed que protegeré a lady Dynna... incluso de vos —replicó sir Thomas.

Dicho esto, sir Thomas se marchó dejando a Edmund furibundo, que se giró para mirar al que había causado el problema: el vikingo. Que el hombre del norte lo

hubiese visto todo lo indignaba, y que encima se atreviera a sonreírle...

—Sonríe mientras puedas, vikingo. Disfrutaré viéndote sufrir durante las semanas venideras. —Brage guardó silencio ante la burla. No respetaba a sir Edmund, ni como hombre ni como enemigo y no retrocedió cuando éste se acercó—. Ella habría curado tus heridas, pero es mejor que sufras lentamente.

—La muerte no me da miedo —contestó Brage con tranquilidad.

—¿Qué te da miedo, vikingo? —Edmund se acercó aún más con expresión feroz y astuta.

—Muy pocas cosas, sajón.

Sir Edmund desenvainó su cuchillo y su mirada osciló entre la afilada hoja y el prisionero.

—Si esta noche trataras de escapar y murieras en el intento sería una pena.

—Libérame de estas cadenas y escaparé... usando tu cuchillo —contestó.

Edmund sonrió.

—Si mi padre no tuviera planes para ti, lo haría de inmediato, sólo por disfrutar del placer de darte caza. Pero has de languidecer aquí. Las cadenas te sientan bien. Los animales deben estar sujetos.

—Aquí, esta noche, el animal no soy yo. No necesito usar la fuerza con las mujeres.

Edmund sintió una llamarada de envidia y sostuvo el cuchillo ante la vista de Brage; después le rozó la mejilla.

—Si la hoja se me escapa justo aquí, o... —bajó el cuchillo hasta que la punta se apoyó en la parte superior del muslo del prisionero—, aquí, se acabaría la atracción que las mujeres podrían sentir por ti.

Cuando el vikingo le devolvió la mirada con frialdad, sin ninguna emoción, Edmund se enfadó todavía más. Por más ganas que tuviera de torturarlo para aliviar su propia frustración, recordó que su padre había ordenado que permaneciera con vida, y retrocedió lentamente.

—Ten cuidado, vikingo. Pronto llegará tu hora.

Tras pronunciar esas palabras desapareció entre las sombras y dejó a Brage a solas con los perros dormidos.

Brage no se relajó hasta un rato después. Entonces, lenta y cuidadosamente, volvió a apoyarse contra la pared; la herida del hombro era más dolorosa que nunca.

Se dedicó a recordar la conversación entre sir Edmund y lady Dynna. Ahora la situación de ella le resultaba más clara: era la viuda del hermano de Edmund y no una dama virginal prometida en matrimonio. Era obvio que la obligaban a casarse con él contra su voluntad. Estaba seguro de que el hecho de que Ulf las descubriera a ella y a su criada disfrazadas de campesinas y durmiendo en medio del campo guardaba una relación con esa boda. Y de ser así, seguro que había intentado escapar del destino

que suponía convertirse en la esposa de sir Edmund.

Brage volvió a preguntarse por qué lady Dynna y su criada no habían revelado su verdadera identidad a lord Alfrick, porque si éste hubiese sabido que su prisionero era el célebre Halcón Negro, habría ideado un tormento especial para él. De momento sólo era un vikingo más y como tal suponía un trofeo, pero uno mucho menos importante que el Halcón Negro. Se sentía muy desconcertado. Decirle a los sajones quién era suponía una gran ventaja para Dynna, y ningún inconveniente.

Brage estaba agotado y cerró los ojos tratando de descansar. Procuró no pensar en nada, pero la visión de una mujer valiente de cabellos oscuros no dejaba de perseguirlo.

Esa noche sólo logró sumirse en un sueño inquieto.

Tendida en el lecho en su habitación, Dynna no lograba conciliar el sueño. A pesar de la caballerosa intromisión de sir Thomas, había echado los cerrojos de la puerta en previsión de que Edmund hubiese decidido seguirla. Se acurrucó bajo las mantas y trató de idear la manera de evitar el inminente matrimonio, pero nada se le ocurrió. Empezaba a amanecer cuando por fin cayó en un sueño atormentado. Pocas horas después, cuando despertó, le pareció que no había dormido en absoluto. Pasó el día en su habitación, para no tener que ver a Edmund, pero no dejó de pensar en el vikingo y en cómo se encontraría.

—Aquí está tu desayuno, hombre del norte. ¡Quizá los perros lo compartan contigo! —exclamó un criado y le arrojó un plato con restos de comida. Habían transcurrido dos días desde la batalla.

Los perros estaban acostumbrados a ese ritual. En cuanto vieron al criado se incorporaron de un brinco y empezaron a pelearse por la comida, gruñendo y lanzándose dentelladas para hacerse con su parte.

Cuando Brage no hizo ademán de luchar con los perros por la comida, el criado se encogió de hombros con indiferencia. Se dirigió a la cocina y regresó unos minutos después con un gran cubo de agua. Avanzó unos pasos, pero evitó acercarse al peligroso invasor. Cuando depositó el cubo en el suelo, Brage alzó la cabeza y le lanzó una mirada furiosa. El criado dio un respingo y retrocedió apresuradamente. No se fiaba del prisionero; sabía que los vikingos eran capaces de cualquier cosa, incluso cuando estaban encadenados.

De haber tenido fuerzas, el temor del hombre habría provocado la sonrisa de Brage, pero se limitó a mirarlo marchar sin moverse. Brage clavó la vista en los trozos de carne podrida que los perros aún se disputaban; no sintió hambre, pero se moría de sed. El cubo estaba a su alcance, así que intentó incorporarse. El dolor en el hombro era atroz y aumentaba hora tras hora. Cuando por fin logró ponerse de pie, se

tambaleó un momento hasta recuperar el equilibrio.

La debilidad lo desconcertaba y trastabilló al acercarse al cubo, pero supuso que se debía a las cadenas. Cayó de rodillas y bebió. Aunque el agua estaba fresca, apenas alivió el calor febril que lo abrasaba. Tras mojarse la cara y el cuello se sintió un poco mejor y arrastró el cubo hasta su lugar junto a la pared. Era imposible saber cuándo volverían a traer agua —si es que lo hacían— y no estaba dispuesto a compartirla con los perros.

Cuando volvió a acomodarse, se sintió un poco reconfortado. Una vez más recorrió la sala con la mirada, intentando idear un plan para escapar de su prisión, pero no se le ocurrió nada y se desplomó contra la pared, derrotado y procurando ignorar el dolor que le atravesaba el cuerpo y el alma.

Con gran pesadumbre, comprendió que su única esperanza era que sus hermanos descubrieran que estaba vivo y montaran un contraataque, pero al recordar las graves bajas sufridas, la idea de que tal vez no lo hicieran lo llenó de inquietud. Era más que probable que creyeran que había muerto en el campo de batalla. Pasarían semanas, quizá meses, antes de que logran reunir otro ejército y trataran de vengarse de lord Alfrick.

Brage se sentía abrumado por la derrota. Nunca antes había estado a merced de otro, prisionero e impotente. Sería mucho mejor estar en el Valhala que vivir de esa manera, ¿no? Una muerte honrosa sería mejor, tenía que serlo. Lo único que impedía que Brage cediera ante la fiebre y la debilidad cada vez mayor era la necesidad imperiosa de descubrir al traidor.

Por la tarde, sir Roland, uno de los hombres de lord Alfrick, se reunió con Hereld, un mercader ambulante recién llegado a la torre, y le informó de la batalla librada el día anterior.

—¡Derrotamos a los guerreros del Halcón Negro y los perseguimos hasta el mar! —alardeó.

—No confiéis demasiado —dijo Hereld, que había tratado con los vikingos y sabía cuán fieros eran—. ¿Cómo sabéis que no regresarán?

—Sus bajas fueron demasiado severas. Tardarán mucho en regresar.

—Pero el Halcón Negro no es de los que abandonan con facilidad.

—El Halcón Negro está muerto —dijo sir Roland—. Nuestras tierras están a salvo de sus ataques, para siempre.

—¿Muerto? —exclamó Hereld, atónito. Había visto al Halcón Negro en diversas ocasiones y sabía que era un magnífico guerrero. Que aquellos soldados lo hubieran matado le parecía increíble—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo lograsteis derrotarlo?

—Nos advirtieron del ataque con antelación. Nadie sabe quién era aquel hombre, pero vino a ver a lord Alfrick en medio de la noche y le informó del ataque. Tuvimos tiempo de prepararnos, así que cuando el Halcón Negro nos atacó, estábamos

dispuestos a recibirlo.

—¿Y estáis seguro de que está muerto?

—Encontraron su escudo y su espada, y durante la retirada, los vikingos no se llevaron a sus muertos.

—Es una proeza admirable. Transmitidle mi enhorabuena a vuestro señor.

—Podéis dársela vos mismo.

—Lo haré. Difundiré la noticia de su valiente victoria en las aldeas y las ciudades.

Sir Roland estaba complacido, y sabía que su señor también lo estaría.

—Sólo obtuvimos un trofeo de la batalla —agregó.

—¿Qué trofeo?

—Encontramos a un vikingo gravemente herido, al que dejaron por muerto en el campo de batalla.

—¿Sigue con vida? —La codicia iluminó la mirada del mercader ambulante. Cobrar el rescate por un prisionero era un negocio muy provechoso y quizás obtendría una ganancia considerable si lograba convencer a lord Alfrick de que le permitiera encargarse de ello.

—De momento ha sobrevivido, aunque sir Edmund quisiera verlo muerto, por todo el dolor que ha causado. Venid, echad un vistazo a nuestro trofeo.

Sir Roland condujo al mercader a la Gran Sala y lo acompañó hasta el rincón donde Brage permanecía encadenado. Cuando se acercaron, varios perros gruñeron. Sir Roland les lanzó un puntapié y se alejaron. Se sorprendió al ver que el prisionero no alzaba la cabeza ni les prestaba atención. De hecho, el vikingo parecía dormido, puesto que mantenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Aquí está —anunció—. No sé qué piensa hacer lord Alfrick con él, pero permanecerá aquí hasta que tome una decisión.

Cuando los perros se alejaron, Hereld se acercó. Al ver al prisionero de cabellos oscuros se quedó inmóvil.

—¿Decís que éste es un vikingo? ¿Uno de los hombres del Halcón Negro? —preguntó.

—Sí. Dijo llamarse Brage. Eso fue todo lo que logramos sonsacarle. —Sir Roland le pegó un puntapié en el muslo—. Despierta, hombre del norte. Tienes visita.

Hereld vio que el prisionero levantaba la cabeza con lentitud y, cuando se encontró con aquellos ojos azules que ya había visto con anterioridad, no pudo creer en su buena fortuna... ¡El prisionero era el mismísimo Halcón Negro! Se sintió invadido por una gran excitación. Aquellos estúpidos sajones no tenían ni idea del tesoro que poseían.

En ese momento, un hombre llamó a sir Roland desde el otro lado de la sala y fue a ver qué quería.

Hereld clavó la mirada en Brage y una amplia sonrisa le cruzó el rostro.

—¡Esto es maravilloso! —reflexionó en voz alta—. Anslak pagará una fortuna por recuperar a su hijo. Seré más rico de lo que jamás hubiera podido soñar...

Brage se preguntó qué querían esos dos hombres, más allá de atormentarlo. Creyó oír que el hombrecillo pronunciaba el nombre de su padre mientras seguía los pasos de sir Roland. Quería llamarlo, averiguar qué sabía de su padre, pero por algún motivo no se le ocurrió qué decir. Se sentía torpe y confuso. Su única idea coherente fue que aquel hombre de mirada oscura y furtiva sabía quién era, y que se dirigía a informar a lord Alfrick...

—Espera... —logró decir por fin; su voz era un graznido.

Hereld lo oyó y se volvió para mirarlo.

—Ten paciencia, amigo mío. ¡Pronto te sacaré de aquí!

Brage no comprendía.

—Me harás muy rico —prosiguió Hereld—. Lo único que he de hacer es convencer a lord Alfrick de que te deje en mis manos y entonces obtendré unas buenas ganancias cuando te venda a tu padre. No te marches —dijo, con una risita casi maligna—. Regresaré pronto.

Hereld se alejó apresuradamente, riendo al pensar en su buena fortuna. Ahora sólo tenía que convencer a lord Alfrick de que le entregara al prisionero...

Se acercó a sir Roland, que estaba reunido con otros hombres, le pidió audiencia con lord Alfrick y el caballero se marchó para obtener el permiso de su señor.

Hereld tuvo que aguardar casi una hora. Por fin lo condujeron hasta una pequeña cámara junto a la sala principal, donde se encontraban lord Alfrick y sir Edmund.

—Querías hablar conmigo —lo saludó lord Alfrick.

—Sí, milord. Acabo de llegar a la torre y me han hablado de la gran batalla contra el Halcón Negro. Verdaderamente, sois un señor magnífico al haber logrado infligir semejante derrota al aborrecido vikingo.

—Mis hombres lucharon con valentía. No fue una batalla fácil, pero debíamos ganarla para proteger nuestras tierras.

—En efecto, milord. Habéis demostrado que domináis la estrategia. Informaré a todo el mundo de vuestra maravillosa acción.

Sus palabras agradaron a lord Alfrick, puesto que sabía que Hereld era un viajado mercader que conocía a muchas personas. Tener fama de ser un jefe indómito sería muy positivo para él. A lo mejor, el respeto por su destreza en la batalla evitaría que otros lo atacaran.

—Muy bien. ¿Qué quieres de mí, Hereld?

—Nada, milord, excepto comprar algo que espero que estéis dispuesto a vender.

—No sé de qué hablas —dijo Alfrick con expresión desconcertada.

—Tenéis algo que creo poder vender en otro lugar, milord, y estoy dispuesto a regatear con vos.

—¿Y qué es eso que tanto te interesa?

—Vuestro prisionero vikingo, milord. Sir Roland me ha dicho que os resulta inútil. Sin embargo, yo estaría dispuesto a pagaros por él.

—¿De qué te serviría un prisionero vikingo?

—Conozco a muchos que me lo comprarían por una buena suma. Tiene mucho valor en el mercado. En general, quienes venden esclavos son los vikingos, esta vez sería yo quien vende a uno de ellos.

—¿Qué valor le adjudicas?

Hereld pronunció una cifra que no era excesivamente elevada, pero sí considerable.

—¿Y bien, milord? —insistió—. ¿Tenemos un trato?

Edmund observaba la escena y al principio no dijo nada, pero poco a poco empezó a enfadarse y habló. No quería que vendieran al guerrero, quería verlo muerto.

—Creo que quizá nuestro buen mercader debiera limitarse a comerciar con mercancías.

—Pero sir Edmund —dijo éste—, ¿acaso verlo muerto os importa más que ganar dinero? Os estoy ofreciendo un buen precio por él.

—¿Por qué creéis que obtendréis un buen precio por él?

—Navegó con el Halcón Negro. Muchos pagarían por hacerse con él.

Al oír la voz codiciosa de Hereld, lord Alfrick se preguntó a qué se debía. Podía ganar algún dinero, pero no tanto como para mostrarse tan entusiasmado.

—Los vikingos saquearon nuestras tierras y asesinaron a nuestro pueblo —dictaminó el lord—. Creo que dejaremos las cosas como están. Me complace quedarme con éste.

Vio el destello de codicia desesperada en la mirada del hombre y supo que no se había equivocado: aquí había gato encerrado.

—¡Milord! ¡Os daré más dinero por él! Decid un precio y procuraré pagaros esa suma.

Al contemplar al entusiasmado hombrecillo, lord Alfrick frunció el ceño con aire suspicaz.

—Dime, Hereld, ¿por qué este hombre en particular es tan importante para ti?

Hereld se dio cuenta de que había revelado demasiado.

—Él no tiene importancia, milord. Sólo vi la oportunidad de ganar algún dinero con facilidad, eso es todo.

Sir Edmund vio cuán nervioso estaba y preguntó:

—¿Acaso se puede ganar tanto dinero vendiendo a un mero guerrero, Hereld? ¿O es que hay algo más que no nos has dicho?

—No..., no, eso es todo. —Hereld trató de disimular su inquietud, ahora que su maniobra había sido descubierta—. Si no deseáis vendérmelo, de acuerdo. Me dedicaré a vender mis mercancías y dejaré la trata de esclavos a otros.

Hereld empezó a retirarse. Las ideas se agolpaban en su mente mientras trataba de fraguar otro plan para ganar dinero y sacar provecho del infortunio del Halcón Negro. Estaba seguro de que Anslak pagaría una suma elevada por saber que su hijo estaba vivo y prisionero en aquel lugar. Lo único que tenía que hacer era viajar hasta la tierra

del jefe vikingo e informarle de la noticia.

Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, sir Thomas se interpuso en su camino.

—Sir Thomas —llamó sir Edmund—. Traednos a nuestro amigo, por favor. Creo que sabe más de nuestro vikingo de lo que nos dice. Algo no encaja.

El hombretón lo empujó hacia delante y tuvo que volver a enfrentarse a lord Alfrick y sir Edmund.

—¿Es verdad, Hereld? ¿Sabes más de lo que le estás diciendo a milord? —preguntó sir Thomas, apoyándole una mano pesada en el hombro—. ¿Hay algo más que debes contarle a lord Alfrick?

Hereld alzó la vista para contemplar al fornido protector de Alfrick. Vio su acerada mirada y comprendió que su propia codicia lo había delatado. Reflexionó con rapidez y decidió decir la verdad..., de momento. Después ya vería qué podía idear.

—¿Algo más, sir Thomas? —Hereld procuró hablar en tono inocente.

—Algo más, Hereld. —La voz de sir Thomas era un retumbo amenazador y apoyó la otra mano en el puñal colgado del cinto.

—Puede que haya un pequeño detalle que olvidé mencionar...

—Y ¿cuál es ese pequeño detalle, mercader? —preguntó lord Alfrick en tono imperioso.

—Vuestro prisionero, milord: vale mucho oro para los vikingos.

—Es lo que dijisteis. Te lo pregunto una vez más, ¿por qué es tan valioso para ti?

Hereld comprendió que no había modo de zafarse de aquella situación, tenía que decir la verdad.

—Vuestro prisionero, que dijo llamarse Brage, también es conocido por otro nombre...

—¿Sí? —Sir Edmund estaba impaciente.

—Es el Halcón Negro.

Azorados, los tres sajones enmudecieron y miraron fijamente al mercader.

—¿El jefe vikingo? —dijo sir Edmund con una amplia sonrisa; en sus ojos brillaba un fervor renovado—. ¡Aún más motivo para matarlo y acabar con el asunto!

—¿Dices que nuestro prisionero es el Halcón Negro? —Lord Alfrick estaba atónito.

—Sí, milord.

—¿Estás seguro?

—Lo vi en el mercado hace alrededor de un año y me ha sido imposible olvidarlo. Su barba y cabellos oscuros lo distinguían de los demás, y esos ojos... —Al recordar el poder apenas controlado y la ira glacial que había visto en la mirada del vikingo se estremeció—. Es el Halcón Negro, milord. No cabe duda.

—¿Y pensabas venderlo como esclavo? —preguntó lord Alfrick con una sonrisa cínica.

—Pensaba venderlo, milord...

—¿A los suyos?

—Soy un hombre de negocios, milord —dijo Hereld—. Estoy seguro de que pagarían una suma elevada por él...

Lord Alfrick reflexionó un momento. La codicia del mercader había despertado su propio interés.

—Creo que existe un modo de usar a nuestro prisionero para nuestro propio provecho. Lo había considerado un mero trofeo, pero ahora veo que es mucho más que eso.

—¿Qué planeas, padre? —preguntó Edmund. Que hubiesen capturado al Halcón Negro le encantaba, puesto que una vez más demostraba cuán bueno había sido su plan.

Sin dejar de pensar en un modo de obtener una ganancia, Hereld dijo:

—Si me permitís el atrevimiento de ofreceros mis servicios, lord Alfrick, estaría más que dispuesto a ayudaros a arreglar un intercambio con Anslak. Puedo acceder a su aldea, y podría hacerle llegar un mensaje vuestro.

—Por un precio, claro está —dijo Alfrick.

Hereld hizo una profunda reverencia.

—Milord, me gano la vida gracias a mi ingenio. Mi capacidad de regatear es mi mayor talento.

—Me parece bien. Déjanos por ahora, pero espera en la Gran Sala.

—Sí, milord.

Lord Alfrick aguardó a que Hereld abandonara el recinto.

—Al parecer, nos han ofrecido una excelente oportunidad, padre —dijo sir Edmund.

—¿Tú qué harías, hijo mío?

—Sé que siempre buscas maneras de incrementar nuestro tesoro, y para los suyos ese hombre vale mucho oro.

—¿Quieres decir que pedirías un rescate por él?

—Sí —contestó sir Edmund—, pero me aseguraría de que nunca volviera a tener la oportunidad de atacarnos. Cobraría el rescate, y después destruiría el trofeo.

—Supondría una guerra.

—Estaríamos preparados, igual que ayer.

Lord Alfrick se volvió hacia sir Thomas.

—¿Y vos, sir Thomas? ¿Qué pensáis?

—Como dijo sir Edmund, estábamos preparados para repeler el ataque del Halcón Negro, y lo derrotamos. —Miró al hombre más joven y vio su connivencia y su debilidad. Cada día que pasaba, su opinión sobre Edmund empeoraba más y más. Edmund carecía de honor y carácter.

—Percibo cierta duda en vuestras palabras —dijo Alfrick—. ¿Qué os preocupa?

—Engañar es de cobardes. ¿Acaso daríais vuestra palabra y después mataríais a quienes acuden de buena fe para llevar a cabo lo acordado? Vuestra reputación como jefe valeroso y señor justo se resentiría.

La idea de volver a derrotar a los vikingos había cegado momentáneamente a Alfrick, pero las palabras de sir Thomas apagaron su entusiasmo por montar otra emboscada.

—¿Qué haremos con respecto a Hereld, milord? —añadió sir Thomas.

—Nos ha ofrecido su ayuda en este asunto y la aceptaremos. Traedlo.

Un momento después, Hereld volvía a encontrarse ante lord Alfrick.

—Emprende viaje hacia la aldea de Anslak y dile al jefe vikingo que su hijo es nuestro prisionero —ordenó al mercader—. Dile que le devolveré al Halcón Negro a cambio de quinientas libras de oro y su compromiso de no volver a atacar nuestras tierras.

—¿Quinientas libras de oro, milord? —Hereld se quedó boquiabierto ante la elevada suma mencionada.

—Ése es mi precio, si quiere recuperar a su hijo.

—Sí, milord.

—Esperaremos tus noticias.

—Aseguraos de que vuestro prisionero permanezca ileso durante mi ausencia —añadió el mercader—. No sería bueno decirle a su padre que está con vida, sólo para que éste se lo encuentre muerto cuando acuda a pagar el rescate. Anslak no es un hombre indulgente.

—Anslak volverá a ver a su hijo con vida —afirmó lord Alfrick.

—También es un hombre desconfiado. ¿Hay algo que pueda llevarle para demostrarle que digo la verdad?

—Me encargaré de que te entreguen una de sus prendas. Supondrá una prueba suficiente para el vikingo.

—Muy bien. ¿Y qué hay de mi recompensa, milord? —se atrevió a preguntar.

—Te pagaré muy bien por tus esfuerzos, una vez que el intercambio haya tenido lugar.

—Entonces emprenderé viaje al norte para cumplir con vuestras órdenes en cuanto me hayáis dado la prenda, milord. —Cuando Hereld se marchó apresuradamente, la codicia brillaba en sus ojos.

—¿Cuánto crees que tardará en volver? —preguntó sir Edmund; su voz rezumaba la ira que sentía.

—Seguramente dos semanas. Tenemos tiempo de prepararnos —dijo sir Thomas. Lord Alfrick estaba complacido.

—Y ahora visitemos a nuestro «huésped». Quiero hablar con el intrépido Halcón Negro. —Luego reflexionó sobre la conversación mantenida anteriormente con el prisionero—. Veamos... ¿Cuál fue su respuesta cuando le pregunté si el Halcón Negro estaba muerto?

—Creo que dijo que el Halcón Negro había caído —le recordó sir Thomas.

—Es un hombre astuto. Será mejor que lo vigilemos con mucho cuidado.

Edmund no participó en la conversación; estaba enardecido porque su decisión había sido invalidada. ¿Acaso no había sido él quien ideó el plan gracias al cual ganaron la batalla? ¿Por qué su padre y sir Thomas se negaban a escucharlo y a montar una emboscada para los vikingos? Que los hombres del norte fueran barridos de la faz de la Tierra no suponía una gran pérdida. Empezó a planear una estrategia propia. Puede que ahora su padre manifestara su desacuerdo, pero llegado el momento se enorgullecería de su osadía.

Brage se había quedado esperando el regreso del hombrecillo. Ignoraba los planes del extraño para lograr su liberación, pero significaba el primer rayo de esperanza para él.

Cuando se marchó, durante un rato se sintió muy animado, pero a medida que transcurría el tiempo y Hereld no aparecía, volvió a sumirse en la desesperación y se preguntó si se habría imaginado todo el asunto. Era probable, sin duda. El dolor causado por las heridas era enloquecedor y cada vez le resultaba más difícil pensar con claridad.

Brage se sentía acalorado. No dejaba de mojarse el rostro y el cuello, pero cada movimiento le causaba aún más dolor y al cabo de un rato dejó de hacerlo. De todos modos, el agua casi no parecía refrescarlo.

De repente, Brage vio unos hombres que se aproximaban desde el otro lado de la Gran Sala. Tenía la vista nublada y trató de mirarlos mejor, pensando que quizás uno era el extraño que acudía para liberarlo. Pero cuando se acercaron, vio que se trataba de lord Alfrick, sir Edmund y sir Thomas. El que le había prometido la libertad no aparecía por ninguna parte.

—Bien, bien, bien... ¿Qué tenemos aquí? —se regodeó Lord Alfrick—. ¿Quizás al más valiente de los agresores vikingos?

—Sí, padre, lo es, pero al parecer, no volverá a atacarnos. —Sir Edmund se acercó a la pared y comprobó la resistencia de las cadenas que sujetaban a Brage. Al ver que eran sólidas sonrió satisfecho.

—Muy bien —dijo lord Alfrick en tono duro—. Verte encadenado me complace.

—Que estés complacido es importante —respondió Brage en tono sarcástico y trató de ponerse de pie para enfrentarse a su enemigo.

—Sí que lo es, y hoy estoy muy complacido.

Brage apretaba las mandíbulas y luchaba contra el dolor. Por fin logró ponerse de pie, aunque sus piernas apenas lo sostenían. Permaneció erguido, pero se apoyó contra la pared, agotado por el esfuerzo. La cabeza le daba vueltas. Parecía que las palabras de lord Alfrick le llegaban desde una gran distancia.

—Acabo de enterarme de que eres el mismísimo Halcón Negro, no uno de sus guerreros.

Al oír su nombre de guerra, Brage alzó la cabeza y se preguntó cómo había descubierto su verdadera identidad.

—Es verdad, soy el Halcón Negro.

Lord Alfrick y sir Edmund intercambiaron una sonrisa al comprobar que el mercader no había mentido. Sir Thomas observó cómo su digno adversario luchaba por conservar la dignidad ante lord Alfrick y sintió una profunda admiración por él. Dudó de que él mismo hubiese logrado ejercer el mismo control si hubiera estado en su lugar.

Brage no manifestó ningún sentimiento mientras aguardaba el dictamen de lord Alfrick. Suponía que le esperaba la muerte..., de hecho, casi la ansiaba. Era como si el mundo girara en torno a él y sus rodillas amenazaban con doblarse, pero se mantuvo erguido, decidido a no desmoronarse ante sus enemigos.

Lord Alfrick lo había examinado con interés. Al ver su rostro macilento y su mirada perdida, frunció el ceño.

—Sir Thomas, llevad a nuestro prisionero a la habitación de la torre —ordenó.

—Sí, milord. —La orden alivió a sir Thomas. Era evidente que el hombre llamado Halcón Negro sufría mucho dolor y recordó la advertencia de Hereld: que el prisionero debía permanecer con vida.

—El Halcón Negro parece débil, pero no confiéis en él. Todo el mundo sabe que es fuerte e intrépido.

—Sí, milord.

Brage trataba de centrarse en lo que decían, pero todo parecía alejarse cada vez más y desaparecer en un remolino.

—Acompáñame, Edmund. —Lord Alfrick se dirigió a sus aposentos junto con su hijo, dejando a sir Thomas a cargo del prisionero.

Sir Thomas le quitó las cadenas. No era la primera vez que veía a un herido y

sabía que no estaba fingiendo. Notó su mirada febril y sólo esperaba que lord Alfrick se diera cuenta y ordenara que lo curaran, y pronto.

—¡Muévete! —ordenó, indicando las escaleras que subían a la torre.

Que lo desencadenaran complació a Brage, pero no tenía fuerzas para tratar de escapar. No sabía si lo matarían o lo soltarían, pero ambas cosas hubieran supuesto un alivio.

Se dirigió hacia las escaleras, pero la Gran Sala giraba en torno a él y todos los sonidos parecían amplificadas. Se esforzó por colocar un pie delante del otro, pero era como si sus piernas se negaran a colaborar. Lo único que lo mantenía en pie y lo hacía avanzar era su fuerza de voluntad. De pronto se sintió todavía más mareado y estiró la mano para apoyarse en una mesa.

Sir Thomas vio que se tambaleaba y ladró una orden. Dos hombres acudieron apresuradamente para prestar ayuda.

—Llévalo a la habitación de la torre —bramó.

Los hombres obligaron a Brage a apoyarse en sus hombros y se dirigieron a las escaleras. Cuando el dolor de la herida en el hombro lo atravesó, Brage soltó un gemido de dolor y casi se desplomó; ambos sajones lo sostuvieron y luego tuvieron que cargar con él y arrastrarlo escaleras arriba.

—No comprendo por qué no lo dejaste con los perros —le dijo Edmund a su padre—. El Halcón Negro es detestado en toda la comarca. ¿Por qué lo desencadenaste?

—Olvídate de tu sed de sangre y piensa en la fortuna que será nuestra cuando los suyos lo recuperen. Muerto, no tiene ningún valor. Ahora tráeme a lady Dynna. La enviaré para que cuide de él.

—¿Por qué ha de ser Dynna? ¿Por qué no enviar a una de las ancianas para curarlo? No quiero que mi prometida cure a ese perro.

—Dices tonterías, hijo mío. Dynna es nuestra mejor sanadora. Si el Halcón Negro muere, no tendremos nada. Gracias a su talento, la hemos visto obrar milagros. Tiene el don de mantener con vida a ese hombre.

—¡No lo permitiré...! —El dictamen de su padre lo enfurecía.

La voz de lord Alfrick adoptó un tono glacial:

—Y yo te digo, hijo mío, que aquí el señor soy yo. Mi palabra es ley. El Halcón Negro debe estar vivo cuando Anslak acuda con el oro. Haré todo lo que sea necesario para que sobreviva. Una vez que el oro esté en nuestras manos, me da igual lo que le ocurra, pero mientras tanto, lady Dynna cuidará de él.

Frustrado, Edmund rechinó los dientes y se sometió al deseo de su padre.

—Iré a buscarla y te la traeré —asintió.

Preso de la ira, remontó las escaleras hasta la habitación de Dynna y aporreó la puerta. Cuando ésta se abrió se encontró con Matilda, y al ver la expresión suspicaz y

hosca de la criada su frustración aumentó.

—He de hablar con Dynna —dijo.

—Un momento. —Matilda volvió a cerrar la puerta antes de que Edmund pudiera entrar. Lady Dynna le había contado lo ocurrido entre ellos y quería proporcionarle unos instantes en privado para prepararse antes de enfrentarse a él.

Dynna, que estaba bordando un vestido, se puso pálida y clavó la mirada en la puerta.

—Es sir Edmund, ¿verdad?

—Sí, milady.

Dynna había permanecido encerrada en su habitación, tratando de evitar dicho encuentro. Dentro de lo posible, no quería volver a hablar con Edmund nunca más. Sin embargo, ahora estaba allí, ante la puerta.

—Dice que ha de hablaros ahora mismo —añadió Matilda.

Dynna dejó el bordado a un lado y se puso de pie con lentitud, preparándose mentalmente para la inminente confrontación. Había comprendido que no lograría ocultarse de él, sólo había esperado que él tardara un poco más en acercarse. Verse obligada a hablar con él tras sus amenazas la incomodaba. Estaba de un humor sombrío y se sentía muy sola mientras se preparaba para enfrentarse a él.

—Gracias, Matilda. Te ruego que no te apartes de mí, a menos que te ordene que te retires.

—Sí, milady.

Cuando logró armarse de valor, Dynna abrió la puerta para enfrentarse a su prometido.

—¿Sí, sir Edmund? Matilda me ha dicho que queríais verme.

Él se quedó en el pasillo, aguardando que saliera. Su apostura era innegable. Lo que le resultaba repugnante no era su físico, era su maldad y su crueldad, y ella se mantuvo a distancia. Edmund la contemplaba con una avidez febril que casi hizo que se sintiera mancillada.

—Mi padre quiere veros —declaró—. Os aguarda abajo para hablar con vos.

—¿Algo va mal?

—No, nada va mal. ¿Acaso es tan inusual que os mande llamar?

—Es un hombre ocupado que dispone de escaso tiempo para interesarse por mí. No suele querer verme, excepto a la hora de la comida.

—En cambio yo deseo veros constantemente —dijo Edmund bajando la voz y acercándose a ella—. Y me intereso por vos todo el tiempo.

Dynna retrocedió.

—Vuestro padre me espera, sir Edmund. ¿Matilda? Creo que hemos de bajar.

La criada se acercó y ambas pasaron junto a Edmund; éste las siguió, disfrutando del movimiento de las caderas de Dynna bajo el suave tejido de lana de su estrecho vestido. Pronto llegaría la noche en la que tendría derecho a quitarle la prenda y poseerla. Aguardaba con impaciencia el día en que el sacerdote regresara a la torre.

Dentro de escasas semanas sería suya... desde cualquier punto de vista.

Dynna guardó silencio mientras descendían a la Gran Sala. Se preguntó qué querría lord Alfrick que fuera tan importante. Cuando alcanzó la última curva, dirigió la mirada al rincón donde el vikingo debería estar encadenado y se sorprendió al ver que no era así, y que las cadenas colgaban de la pared.

Dynna se atemorizó. La noche anterior, cuando había procurado curar sus heridas, Brage tenía mal aspecto. La posibilidad de que hubiese muerto la espantó, y aún más que Edmund lo hubiera matado.

—¿Dónde está el vikingo? ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó.

—Eso no os importa.

—¿Ha muerto? —Tenía que saberlo.

—Vuestra preocupación por él es conmovedora, querida mía —dijo Edmund en tono desdeñoso.

—Anoche tenía fiebre. ¿Ha muerto a causa de sus heridas?

Ojalá fuera tan sencillo, pensó Edmund.

—Pronto sabréis lo que le ha ocurrido —añadió en tono cortante; la preocupación de Dynna por aquel hombre le disgustaba.

Dynna temió lo peor y casi echó a correr hacia lord Alfrick.

—Sir Edmund me ha dicho que queríais verme, lord Alfrick.

—Hoy he recibido una información importante. —Al ver la mirada de desconcierto de ella, prosiguió—: Al parecer, nuestro prisionero no es un guerrero vikingo cualquiera. Hemos descubierto que es el Halcón Negro, el que encabezó el ataque contra nosotros.

—¿El Halcón Negro? —Dynna soltó un grito ahogado. Su sorpresa era auténtica, porque no sabía cómo podría haber averiguado la verdadera identidad del hombre del norte—. ¿Cómo lo descubristeis?

—Hereld, el mercader, había visto al Halcón Negro con anterioridad y lo identificó. Una vez que descubrimos quién era...

—¿Está muerto? ¿Lo habéis hecho matar? —Sintió una punzada de dolor en el corazón al imaginar al fiero guerrero asesinado mientras estaba encadenado e indefenso.

Su reacción volvió a enfadar a Edmund.

—No, el Halcón Negro aún sigue con vida —contestó el lord—. He ordenado que lo llevaran a una de las habitaciones de la torre, allí estará más cómodo mientras aguardamos una respuesta por el rescate que exijo por liberarlo. —Dynna tuvo que reprimir un suspiro de alivio ante la noticia—. No obstante, su estado físico me preocupa. Me temo que no es bueno. Anslak, su padre, pagará una suma importante por recuperarlo, así que hemos de encargarnos de curarlo, y rápido. Por eso os he llamado. Quiero que cojáis vuestra cesta de brebajes y os ocupéis de él. Sois nuestra sanadora más talentosa. Si alguien puede salvarlo, sois vos.

Dynna inclinó la cabeza. Lord Alfrick creyó que le estaba agradeciendo el

cumplido, pero el gesto se debía a que Dynna agradecía que el vikingo aún estuviera vivo. No se preguntó por qué la noticia le resultaba tan agradable.

—Obedeceré vuestras órdenes, milord.

—Edmund, lleva a lady Dynna con el prisionero y encárgate de que disponga de todo lo necesario.

—Sigo discrepando de tu decisión de que Dynna se encargue de curarlo, padre. Debe de haber otra sanadora que pueda ocuparse de ello, ¿no? —protestó.

—Dynna se encargará de él —sentenció lord Alfrick.

—Sí, padre.

Edmund acompañó a las dos mujeres hasta la parte superior de la torre, donde se encontraba la habitación aislada ocupada por el Halcón Negro. Había sido elegida porque estaba apartada y resultaba fácil de vigilar. Cuando llegaron ante la puerta, Edmund cogió a Dynna del brazo e impidió que entrara.

—Si de mí dependiera —le dijo—, no os ocuparíais de él. No quiero que lo toquéis.

—Vuestro padre ha ordenado que lo cure. No puedo hacer otra cosa —respondió ella. Fingía someterse a los deseos de su futuro suegro, pero en realidad ansiaba estar junto al herido y aliviar su sufrimiento lo antes posible.

Ojalá tuviera el poder de obligarlo a dejarla en paz, pensó Matilda y cambió de posición para recordarle a Edmund que aún estaba allí, y se alegró cuando le soltó el brazo a Dynna.

Edmund llamó a la puerta y, cuando sir Thomas la abrió, anunció que había acudido con lady Dynna y su criada.

—Qué bien que hayáis venido, milady —dijo sir Thomas, lanzándole una cálida sonrisa.

Ella dirigió la mirada a la cama en la que estaba tendido el vikingo.

—No se encuentra bien. Dos de los hombres tuvieron que ayudarlo a subir las escaleras —explicó sir Thomas.

—¿Es a causa de la fiebre? —preguntó Dynna con expresión preocupada.

—Sí.

—Es lo que me temí anoche. Mi presencia aquí es necesaria. Ha perdido mucha sangre y sólo empeorará si no recibe ayuda.

—Ordené a los hombres que lo desvistieran para que pudierais curar su herida. —Sir Thomas retrocedió dejándoles paso. Le había dicho a uno de los hombres que le llevara el chaleco de Brage a lord Alfrick para que se lo entregara a Hereld, con el fin de demostrarle a Anslak que Brage era su prisionero.

Dynna miró en torno y vio que la habitación casi era una celda. Las ventanas de los gruesos muros de la torre eran estrechas hendiduras, aptas para defenderla con arco y flechas, pero que apenas dejaban pasar la luz y el aire. Era oscura, húmeda y estaba casi vacía, a excepción de la cama donde yacía Brage y una mesilla al lado.

Al ver al vikingo tendido boca abajo, sólo cubierto por una sábana hasta la

cintura, se le hizo un nudo en la garganta. Sus anchas espaldas y sus hombros poderosos estaban desnudos y entonces vio la herida por primera vez y temió por su vida. Era un corte feo, hinchado e infectado. Se acercó a la cama, esperando que notara su presencia, que se moviera, pero Brage permanecía inmóvil. Tenía el rostro vuelto hacia la pared y Dynna no sabía si estaba consciente.

Edmund permaneció junto a la puerta con sir Thomas. Se marcharía y la dejaría sola cuando le apeteciera, y no antes.

—Vikingo... —dijo Dynna en voz baja, y se arrodilló junto a la cama—. He venido para ayudarlos.

Brage oyó su voz y se volvió para mirarla. Quería incorporarse, enfrentarse a ella como un guerrero, pero lo único que pudo hacer fue mirarla fijamente.

—¿Por qué? —preguntó en voz ronca.

—Sé que sufrís dolores. Haré lo que pueda para aliviarlos. —Dynna veía el odio y la desconfianza reflejados en su mirada, pero lo que más le preocupaba era su debilidad y la inflamación de su herida. La fiebre le enrojecía la cara manchada de sangre y mugre tras la batalla y los días encadenado.

—Prefiero la muerte antes que un tormento eterno, milady. —La voz de Brage era débil, pero su sarcasmo resultaba inconfundible.

—Aquí nadie os torturará —prometió Dynna, tocándole el hombro para examinarlo.

Brage se apartó de su contacto, pero el movimiento le produjo una punzada de dolor, un dolor tan intenso que soltó un gemido, agotado por el esfuerzo.

Dynna comprendió cuánto sufría; se puso de pie y regresó junto a sir Thomas y Matilda, que todavía estaban junto a la puerta abierta.

—Matilda —dijo—. Ve a mi habitación y coge mi cesta. ¡Apresúrate! Sir Thomas: necesito agua, agua caliente en abundancia.

—Sí, milady. —Ambos se marcharon aprisa.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Edmund.

—No lo sé. Ha perdido mucha sangre... y la herida está infectada.

Dynna regresó junto a Brage. Tenía los ojos cerrados y su expresión denotaba el esfuerzo por controlarse. Dynna le apoyó una mano en el brazo y el calor que emanaba casi quemaba. No pudo sofocar un grito ahogado al examinar la horrenda herida de cerca.

—Es asombroso que aún estéis consciente —comentó—, dada la gravedad de vuestra herida. Hubiera acabado con un hombre normal.

Aunque Brage no reaccionó, se quedó a su lado, hablando en tono suave y murmurando palabras de consuelo. Edmund permaneció en silencio al otro lado de la habitación, presa de la furia.

Sir Thomas regresó, seguido de dos criadas que portaban cubos de agua. Edmund ordenó que lavaran al prisionero. Al principio el vikingo les inspiró temor, pero sir Thomas les dijo que lo vigilaría mientras lo lavaban. Brage no se resistió a sus

cuidados y sólo soltó un gruñido cuando lo obligaron a moverse. Las mujeres lo lavaron con rapidez, volvieron a cubrirlo y salieron de la habitación.

Dynna se encontró con Matilda en el pasillo cuando regresaba con los remedios. Una vez que las criadas se hubieron marchado, Dynna regresó a la habitación y se aplicó en curar la herida, observada por sir Thomas y Edmund.

Mientras le limpiaba la zona infectada, Brage sintió un dolor atroz que lo obligó a cerrar los ojos. Había creído que allí no lo torturarían. El sudor le cubría la frente y permaneció tendido con las mandíbulas apretadas, los músculos tensos, al tiempo que Dynna examinaba el corte. Sin embargo, pese al dolor, no trató de evitar que lo tocara. Tenía un control total sobre su cuerpo y se quedó quieto mientras ella procuraba ayudarlo.

—Lo siento —dijo Dynna, sabiendo cuánto dolor le había causado.

—Haced lo que tengáis que hacer —contestó en tono tenso.

—Casi he acabado de limpiar la herida.

Cuando terminó, preparó una cataplasma que, además de absorber la infección, aliviaría el dolor. Mezcló las hierbas con unos polvos de raíz amarillos y formó una pasta espesa.

—Cuando la aplique os dolerá —le advirtió.

Brage asintió y aguardó a que acabara con los músculos rígidos.

Dynna se inclinó y aplicó la cataplasma sobre la herida. Cuando el remedio entró en contacto con la carne Brage se estremeció, pero ése fue su único movimiento. El control que tenía sobre sí mismo la asombró, y comprendió que aquélla sólo era una muestra más de su fuerza.

Tras vendarle el hombro herido, Dynna examinó el corte de la cabeza. La sangre de esa herida se había secado y apelmazado sus cabellos. Cuando empezó a lavarle el corte, notó que Brage la miraba. La observó atentamente mientras ella le curaba la herida y le aplicaba el remedio necesario.

—Sois muy valiente —dijo Dynna, y le apoyó una mano en el brazo.

No sabía por qué, pero el roce de su mano lo consoló y se dijo que era la fiebre que lo debilitaba.

Edmund vio que lo tocaba y se irritó.

—¿Habéis terminado? —preguntó.

—De momento.

—Entonces venid conmigo. Os llevaré con mi padre y le informaremos del estado del vikingo.

—Por ahora os acompañaré —repuso Dynna—, pero esta noche debo regresar y permanecer a su lado. Si la fiebre aumenta, ha de haber alguien aquí que sepa qué hacer. —Se levantó y guardó sus remedios.

—Me quedaré aquí hasta que regreséis —sugirió sir Thomas—. Y durante el resto de la noche apostaré un guardia ante la puerta.

—Gracias, sir Thomas —dijo Dynna—. ¿Podéis hacer que traigan una silla y un

camastro? Matilda se quedará conmigo para turnarnos mientras vigilamos su estado.

—Se hará como mandéis, milady.

Brage observó en silencio cómo Dynna abandonaba la habitación junto a sir Edmund. No comprendía por qué los sajones de repente parecían preocupados por su salud. Ahora que sabían quién era, parecía más lógico que siguieran torturándolo, que lo dejaran encadenado hasta la muerte.

El mareo que lo había afectado aún le impedía pensar con claridad, pero debía reconocer que la cataplasma que le había aplicado en la espalda surtía efecto. El dolor de la herida era menor y el ardor se había reducido. A medida que el dolor aflojaba, Brage sintió un gran cansancio y se durmió.

Lord Alfrick escuchaba la descripción de Dynna de la herida del Halcón Negro.

—¿Sobrevivirá?

—No estoy segura, milord. Habría sido mucho mejor si me hubieran permitido curar su herida el primer día. Podría haber evitado la infección. Ahora... —sus rasgos expresaban preocupación—. Pasarán varios días antes de que pueda decíroslo. Tiene mucha fiebre.

—Os quedaréis a su lado y haréis todo lo necesario para asegurar que no muera. Si necesitarais alguna cosa, sólo habéis de pedirla.

—Sí, milord.

Cuando abandonó la habitación y sir Edmund se quedó con su padre, Dynna se alegró. Remontó apresuradamente las escaleras hasta la habitación, donde sir Thomas y un guardia de aspecto fiero permanecían ante la puerta y no tardó en informar a sir Thomas de lo dictaminado por lord Alfrick.

—Tomaré todas las comidas aquí —le dijo—. Y también necesitaré comida y bebida para el prisionero. No podemos permitir que se debilite aún más.

—Hablaré con los criados inmediatamente.

Sir Thomas le abrió la puerta y, cuando entraron, vieron que Brage estaba dormido.

—¿Y vuestra seguridad, lady Dynna? ¿Queréis que me quede aquí para protegeros de él? ¿O es que sir Edmund regresará para permanecer a vuestro lado?

La idea de la presencia constante de Edmund la repugnaba. Su mirada osciló entre el vikingo enfermo y sir Thomas.

—No hay ningún motivo para que temáis por mí —contestó—. Matilda estará conmigo y vuestro hombre montará guardia ante la puerta. Para mayor seguridad, podéis cerrar la puerta con llave desde el exterior, para asegurarnos de que el prisionero no escape, pero no creo que debamos temerle.

—No estéis tan segura. Recordad que ante todo es un guerrero.

—No me hará daño —repuso con seguridad—. Matilda y yo no corremos peligro.

—Muy bien, pero le diré al hombre que permanezca alerta.

—Aprecio vuestra preocupación por nosotras. —Dynna le rozó el hombro, un gesto de auténtica amistad. Era como si nadie se preocupara por su seguridad a excepción de sus padres, y ellos estaban lejos y jamás se enterarían de su desesperación.

—Vos sois mi señora —contestó él; se sentía honrado de que lo mirara con tanta benevolencia. Era una de las personas más bondadosas y menos egoístas que conocía.

—Desde que murió mi marido, aquí vos sois mi único amigo verdadero. Sin vuestra fuerza y vuestra bondad, mi vida en este lugar hubiese sido completamente vacía.

—Haré lo que sea necesario para que no os ocurra nada malo.

—Gracias —contestó ella; su voz era casi un susurro y se obligó a desviar la mirada del hombre alto y poderoso que se había convertido en su protector por decisión propia.

—¿Necesitáis algo más?

—No. Lo más importante es conseguir que nuestro prisionero sobreviva a esta noche.

—Mi hombre estará cerca, en caso de que lo necesitéis, y si me necesitáis a mí, avisadme —dijo sir Thomas y, finalmente, se marchó.

Dynna regresó junto al lecho de Brage y volvió a tocarle el brazo.

Aún ardía de fiebre.

—Tráeme un cubo de agua fría y un paño, Matilda. Volveré a bañarlo e intentaré hacerle bajar la fiebre.

De mala gana, Matilda le trajo el agua y el paño.

—¿Por qué os interesa salvarle la vida? Habría matado a todos los habitantes de la torre si no hubiese caído en el campo de batalla.

—Sé que quizá tengas razón, Matilda, pero... —Dynna hizo una pausa, haciéndose cargo de la pregunta. No estaba allí sólo porque lord Alfrick se lo había mandado, estaba allí porque aquel hombre llamado el Halcón Negro le preocupaba de verdad... El hombre conocido en todas partes como el saqueador vikingo más intrépido que jamás había pilotado una nave.

—¿Por qué le dais tanta importancia a lo que le ocurre?

Durante unos instantes, Dynna guardó silencio, al tiempo que procuraba expresar lo que sentía. Cuando por fin habló, la criada notó su confusión.

—No lo sé con seguridad, Matilda —dijo—, pero desde la primera vez que lo vi, cuando tratábamos de escapar, supe que era alguien especial. Es un hombre poderoso, aunque lo que me intriga no es su poder. Mi padre es poderoso, y Warren lo era. El vikingo es apuesto, pero Warren también era muy atractivo. No, esto es diferente... Tiene algo de excepcional, Matilda... No puedo dejarlo morir.

Matilda frunció el entrecejo.

—Procurad que sir Edmund no descubra vuestros sentimientos —advirtió—, de lo contrario no permitirá que sobreviva y que su familia lo recupere tras pagar el

rescate.

—Tendremos que cuidar de él. ¿Me ayudarás?

—Haré lo que pueda por vos.

—Gracias —dijo Dynna, mirándola a los ojos—. Esta noche será larga y no sé si sobrevivirá.

—Tiene la suerte de que vos lo cuidéis. Vivirá.

Dynna bajó la vista, contempló al afiebrado vikingo y rogó que su don sirviera para salvarlo.

El tiempo transcurría con lentitud para Dynna y Matilda mientras se turnaban en aplicarle compresas de agua fría a Brage. Empezaban por el cuello y, sin tocar el hombro herido, le humedecían la espalda hasta el borde de la sábana que le cubría la cintura. Era casi medianoche cuando Dynna notó que Matilda apenas lograba mantener los ojos abiertos.

—Vete a dormir —le ordenó—; tiéndete en el camastro.

—No, milady. No puedo dormir sabiendo que vos también estáis exhausta.

—Una de nosotras ha de descansar mientras pueda.

—¿Estáis segura?

Dynna asintió con la cabeza.

—Él está tranquilo —observó—. Te despertaré si te necesito. Ahora debo velar su sueño. Dormiré después, lo prometo.

Matilda obedeció y se durmió con rapidez. Dynna permaneció junto a la cama del vikingo. Estaba agotada, pero no era momento de preocuparse por ella: quien la preocupaba era Brage. Todos sus esfuerzos por refrescarlo resultaron inútiles y la fiebre aumentaba cada vez más.

Le apoyó una mano en la frente, sintió el calor seco que lo consumía y comprendió que debía volver a aplicarle una compresa fría. Cogió el cuenco y fue a llenarlo con el agua del cubo junto a la puerta. Mientras vertía un poco en el cuenco, oyó gemir a Brage y corrió a su lado.

—Traidor... —oyó que murmuraba con los ojos cerrados, arrastrando las palabras debido a la fiebre—. Lo sabían...

—Chsss... Tranquilo... Todo irá bien —susurró Dynna y le aplicó el paño mojado en la espalda con movimientos suaves.

Brage no reaccionó; tampoco parecía oírla.

—Encontrarlos... He de encontrarlos... —murmuró, y se removió en el lecho, inquieto. Dynna temió que la cataplasma se desprendiera.

—Tranquilo, vikingo mío —repitió en voz baja—. Más adelante podrás ir en busca de lo que sea. Por ahora has de quedarte quieto y curarte.

Continuó aplicándole paños fríos y trató de considerarlo sólo como alguien que estaba herido y necesitado de su ayuda. Pero al seguir tocándolo una y otra vez, recorriendo su cuerpo musculoso con las manos, no pudo dejar de notar la belleza viril de su espalda y sus hombros. Era un hombre de complexión fuerte y, aunque ella estaba acostumbrada a los hombres bien afeitados, le pareció apuesto pese a la tupida barba. Se preguntó qué aspecto tendría si se afeitara y decidió que en cuanto hubiese pasado aquella crisis, lo acicalaría: lo afeitaría y le cortaría el pelo.

—¡Ulf!

Brage profirió el nombre en voz alta y Dynna despertó de su ensoñación.

—Otra vez él me protege las espaldas... —exclamó; su voz era una mezcla de

grito y carcajada áspera—. Está caliente... Demasiado caliente... ¡Kristoffer! ¡No!

Preso de un pánico febril, con los ojos desorbitados, Brage trató de incorporarse. Dynna corrió a su lado y le habló en tono sereno, lo obligó a tenderse y volvió a acariciarlo con un masaje refrescante.

Brage alzó la mirada y contempló a la mujer inclinada por encima de él. En la penumbra de la habitación iluminada con velas parecía etérea, como un sueño, una visión que flotaba ante él en medio de la bruma causada por la fiebre. Era bella: sus cabellos oscuros, su vestido de líneas suaves, sus rasgos hermosos... Logró lanzarle una sonrisa torcida al tiempo que trataba de ignorar el dolor.

—Ah, valkiria... Así que por fin has venido por mí.

—No soy una valkiria. No quiero veros en el Valhala, vikingo. Bebed esto. — Dynna presionó una copa contra sus labios; contenía una poción que esperaba que le hiciera bien.

Brage bebió cuanto pudo y después se desplomó en el lecho y cerró los ojos.

—La leyendas eran ciertas —gimió—. Las valkirias son las más bellas de todas las mujeres...

Cuando por fin volvió a sumirse en el sueño, Dynna notó que estaba temblando. Temía que su delirio aumentara y que se lastimara al revolcarse en la cama. Durante un momento pensó en atarlo, pero la idea le pareció repugnante. Ya había estado encadenado bastante tiempo. Además, pensó, se había tranquilizado cuando le habló. Rogó que siguiera escuchándola, porque si decidía levantarse de la cama no sabía si podría impedirselo.

Durante dos días y dos noches, Dynna permaneció junto a Brage, que se debatía contra la muerte. Sin embargo, su estado empeoró y la elevada fiebre puso al límite su talento como sanadora. Casi no dormía, sólo echaba una cabezadita ocasional sentada en la silla.

Las visitas cotidianas de sir Edmund suponían un sufrimiento. Siempre que lo veía, recordaba que cada día la boda estaba más próxima, y la idea acabó con su ya precaria serenidad.

La tercera noche, cerca de medianoche, Dynna y Matilda estaban sentadas en la habitación que se había convertido en una cámara de tortura para ellas.

—¿Sobrevivirá a esta noche? —preguntó Matilda.

—No lo sé —contestó Dynna de veras, lanzándole una mirada de preocupación a su criada—. Hace horas que no bebe ni una gota.

—No hay nada más que podáis hacer, milady. Lo habéis intentado todo.

—Sólo nos queda rezar —repuso Dynna en tono solemne, y contempló los rasgos enrojecidos del vikingo.

Brage sonrió. Estaba en su hogar, con su padre y sus hermanos, cazando, montando a caballo y disfrutando de la vida. Las cimas de las montañas estaban nevadas y las aguas eran frescas y tentadoras. El hogar...

Miles de imágenes se agolpaban en su cabeza. A lo lejos veía a la encantadora Inger saludándolo con la mano, llamándolo. Recordó el dulce adiós de la beldad rubia. Sus besos insinuaban que ansiaba su regreso, y él sabía que lo estaría esperando. Curiosamente, saberlo no lo excitaba, aunque sospechaba que su padre se sentiría muy complacido si se casaban.

De repente sintió calor, un calor extraño. Anhelaba encontrarse en lo alto de las montañas, donde el aire era puro y frío. El calor ardiente le palpitaba en las venas y Brage se removi6, tratando de encontrar el frescor de la brisa, queriendo que el aire glacial lo envolviera, pero no fue así. Sólo existían el dolor atroz y las llamaradas que le atravesaban el cuerpo. Se agitó, incapaz de sufrir en silencio y seguir negando el tormento que sentía.

—Tranquilo, vikingo mío —dijo una suave voz femenina entre las brumas—. No os mováis, dejad que os ayude.

—¿Ayudarme? —preguntó con voz profunda y áspera.

Durante un momento no ocurrió nada. Luego volvió a sentir los movimientos refrescantes. Brage notó que el ritmo de las caricias con el paño húmedo era casi sensual. Sintió frío y se estremeció.

—Eso está mejor —dijo la mujer—, mucho mejor.

Las caricias continuaron y cada roce del paño fresco apagaba el fuego que lo consumía.

Brage luchó por emerger del abismo de dolor y por fin logró abrir los ojos. Vio a una bella mujer y le pareció conocida, pero no logró recordar dónde la había visto antes.

—Aún estáis aquí...

—No os dejaré hasta que la fiebre haya bajado. —Dynna le tocó el hombro.

El roce de su mano era fresco y Brage volvió a cerrar los ojos. La paz estaba próxima. Si sólo lograra alcanzarla...

Entonces lo invadieron los recuerdos de la batalla, y la paz que anhelaba desapareció en cuanto se le aparecieron las imágenes de sus compañeros muertos.

—¡Ulf! ¡Cuidado! Lo saben... ¿Quién puede habérselo dicho a lord Alfrick? ¿Por qué alguien habría de traicionarnos?

—No os preocupéis tanto, vikingo. Todo ha pasado. Descansad y dejad que vuestro cuerpo sane. —Las palabras de la mujer le llegaron a través de la bruma causada por el dolor.

—No puedo olvidar... —murmuró, porque sabía que entre los hombres de su padre había un traidor, sabía que debía encontrarlo y desenmascararlo antes de que

causara más muertes entre los vikingos. El traidor debía recibir su castigo—. No olvidaré.

Trató de incorporarse, pero unas manos suaves lo obligaron a tenderse.

—No os resistáis. Descansad. Más tarde habrá tiempo para librar vuestras batallas, pero ahora no es el momento.

Brage quería levantarse y buscar al hombre que había causado la muerte y la destrucción de él y de sus hombres. Su ira era tan ardiente como la fiebre.

—No tenéis fuerzas, guerrero. No podríais luchar, puesto que ni siquiera podéis blandir vuestra espada. Descansad. Recuperad vuestras fuerzas. Si os agitáis con tanta violencia pondréis en peligro vuestra vida...

La voz y las manos que lo tranquilizaban tenían efecto sobre su cuerpo, pero toda la sabiduría y la bondad del mundo no podían aliviar la pena que lo embargaba. Sus hombres habían muerto y, dado que era su jefe, suya era la responsabilidad.

—Bebed esto —dijo Dynna.

Una copa le presionó los labios y, ante la insistencia de la mujer, bebió la amarga poción. Unos instantes después, al recostarse, se sumió en el olvido y volvió a dormirse; al menos aquel remedio logró proporcionarle cierta paz.

El vigía de Anslak anunció el avistamiento de las naves haciendo sonar el cuerno. El sonido retumbó a través de los fiordos y anunció a los habitantes de la aldea que algunos de los suyos regresaban de sus aventuras en tierras remotas.

Como siempre cuando una nave regresaba a casa, todos corrieron a observar su llegada. Suponían que llegaría otro de sus hombres, uno de los mercaderes que había partido hacia el este hacía muchos meses.

Cuando oyó la llamada del cuerno, Anslak recorría los campos a caballo, animando a los agricultores. Complacido ante el regreso de uno de sus hombres, espoleó el corcel y galopó hasta la orilla del mar, esperando ver las riquezas y saber los relatos que traería el mercader.

Cuando Anslak alcanzó la cima de la colina que daba al fiordo, refrenó su corcel. Cuando divisó la vela del Halcón Negro se quedó inmóvil. Brage había regresado...

El jefe vikingo estaba eufórico ante el rápido regreso de su hijo, creyendo que el ataque había sido exitoso. Debían de haber atacado y saqueado con rapidez, y después escapado. Orgulloso de su hijo galopó colina abajo, ansioso por obtener información sobre el ataque.

Tove, la segunda mujer de Anslak y madre de Kristoffer, oyó el llamado de los cuernos y se apresuró a unirse a los demás para darle la bienvenida. Ella también se sentía sorprendida por el pronto regreso de las naves de Brage, y permaneció junto a los aldeanos, esperando recibir buenas noticias.

Anslak alcanzó al grupo y al ver a su mujer se apeó del caballo y se acercó a ella.

—Nadie lucha como los guerreros del Halcón Negro —exclamó en un tono que

rezumaba orgullo—. Estoy seguro de que estuvieron a la altura de su reputación, de lo contrario, ¿por qué habrían regresado tan pronto?

—¿Puedes ver a Kristoffer? —Tove mantenía la vista clavada en las embarcaciones buscando a su único hijo.

Anslak se protegió los ojos con la mano y escudriñó la nave capitana, tratando de reconocer a los hombres que iban a bordo.

—Veo a Ulf...

Tove aguardaba presa de la impaciencia.

—Y a nuestro hijo —añadió Anslak.

—Regresa sano y salvo —dijo Tove, sonriendo—. Eso es bueno. Ya empezaba a echarle de menos.

—Y pensar que eres la mujer de un vikingo... —se burló Anslak. Ella nunca parecía acostumbrarse a que Kristoffer participara en las incursiones. Aunque era un hombre hecho y derecho, aún lo adoraba como si fuera un bebé.

—También te echo de menos a ti cuando te marchas y siempre me alegro cuando regresas —dijo Tove, y le rodeó la cintura con un brazo.

—Lo sé —repuso él, con una risita sensual que cubrió de rubor las mejillas de su mujer.

Anslak volvió a dirigir la mirada a las naves y observó como se acercaban a la costa. En cuanto los hombres empezaron a desembarcar se elevaron vítores celebrando su regreso. Pero los vítores se apagaron en cuanto vieron que muchos de sus seres queridos no se encontraban entre los guerreros.

—¿Dónde está mi Seger? —preguntó su esposa, Marta, a la mujer que estaba a su lado.

—Tampoco veo a mi Neils. ¿Y dónde está Brage? El Halcón Negro suele ser el primero en pisar la orilla.

Ulf y Kristoffer bajaron de la nave capitana y se dirigieron hacia la multitud con una expresión sombría que reflejaba las graves noticias que traían.

—Kristoffer... Ulf... ¿Dónde está Brage? —preguntó Anslak de inmediato, y su expresión se tornó angustiada al tiempo que su mirada oscilaba entre ellos y la nave.

—Las noticias no son buenas, padre —dijo Kristoffer. Había temido ese momento todo el viaje. ¿Cómo decirle a su padre que Brage había caído..., que estaba muerto?

—¿Qué ocurrió?

Los aldeanos se aproximaron para escuchar. Los que vieron a sus parientes echaron a correr hacia ellos. Los que no los encontraban querían saber qué había sido de ellos.

—De camino a la torre de lord Alfrick sufrimos una emboscada. Era como si los sajones supieran con antelación que llegaríamos. Muchos hombres cayeron... —explicó Ulf, con la mirada oscurecida por el dolor.

—¿Y Brage? ¿Qué hay de Brage? —insistió Anslak; su expresión se endureció en previsión de lo que estaba a punto de averiguar—. ¿Dónde está mi hijo?

—Está muerto, padre —dijo Kristoffer—. Murió en la batalla.

La noticia provocó gritos de horror.

—¿Brage ha muerto? —Anslak estaba aturdido.

Kristoffer le contó todo lo que había causado la tragedia.

—Estaba tan seguro de poder sorprender a lord Alfrick... —afirmó Anslak—.

¿Cómo pudo suceder?

Ulf y Kristoffer intercambiaron una mirada. Luego Ulf contestó:

—Lo único que se me ocurre es que, de algún modo, los sajones averiguaron nuestros planes. Eran muy numerosos y estaban bien armados. Era como si se hubiesen preparado para el ataque.

—¿Cuántos hombres hemos perdido? —preguntó Anslak, recorriendo a los que desembarcaban con la mirada.

—Más de cincuenta —le dijo Kristoffer.

Entonces los aldeanos comprendieron que muchos de sus seres queridos no se encontraban entre los sobrevivientes y se echaron a llorar.

—¿Estás seguro de que Brage ha muerto? —repitió Anslak.

—Lo vi caer. —Ulf mantenía la vista clavada en el suelo, incapaz de mirar a su padre a los ojos.

—Ulf y yo regresamos de noche para tratar de encontrarlo, pero los sajones habían quemado los cuerpos. No quedaba nada... —dijo Kristoffer, con voz abrumada por la tristeza.

Anslak se quedó petrificado tras recibir la noticia. Brage... Su amado hijo, muerto.

Se le aparecieron imágenes mentales de Brage: regresando triunfante tras su primera incursión; descollando sobre sus iguales hasta convertirse en su jefe indiscutido; confiado y dispuesto a navegar hasta la costa sajona...

Sus pensamientos retrocedieron en el tiempo y recordó el nacimiento de Brage, y a Mira, su amada primera mujer, que murió al darle a luz. Mira... Sintió una punzada de dolor al recordarla. Brage era el único vínculo que lo unía a su adorada Mira, y ahora estaba muerto, como ella. El dolor atroz que le taladraba el pecho era casi insoportable.

Tove lo miraba fijamente, boquiabierta e incrédula.

—Brage no puede estar muerto. Era el mejor de los guerreros. ¿Cómo pudo haber ocurrido esto?

—Nos superaban en número y casi lograron rodearnos. No tuvimos oportunidad de tomar la torre —continuó Ulf—. Cuando Brage murió, los hombres comprendieron que la batalla estaba perdida. Nos retiramos a las naves y, después del intento de encontrar a Brage aquella noche, regresamos aquí.

—¡Oh, Anslak...! —Tove abrazó a su marido tratando de consolarlo—. Lo siento mucho.

Anslak se dirigió a Ulf y a Kristoffer, atormentado por una pena atroz.

—Hablaemos de ellos más adelante —dijo y, rodeando a Tove con el brazo, apartó la mirada de los *drakkar* de Brage y la vela rojo sangre con el emblema del Halcón Negro.

Aquella noche, los hombres se reunieron en la habitación principal de la casa de Anslak para hablar del viaje. Estaban de un humor solemne. Habían estado próximos a la muerte y los que sobrevivieron sabían que eran afortunados de seguir con vida.

Todos lloraron la muerte del Halcón Negro, cada uno a su manera. Cuando sirvieron vino y cerveza, muchos alzaron las jarras y los cuernos en su honor. Todos sabían que el Halcón Negro estaba en el Valhala. Era un jefe valiente e intrépido caído en el campo de batalla. Nadie estaba a su altura y sus compañeros lo echarían de menos.

Anslak estaba desolado. Su confianza en las aptitudes de su hijo jamás le había permitido considerar que quizá no regresara de una incursión. Esa noche lloraba su muerte, bebiendo vino y lamentando no haber podido despedirse de Brage.

—Brindo por mi hijo —dijo, con la voz embargada por la emoción y los ojos llenos de lágrimas. Se puso de pie y alzó el cuerno—. ¡Brindo por el Halcón Negro!

Sus hombres lanzaron vítores y ellos también brindaron por Brage.

Ulf los imitó; después dejó su jarra a un lado y salió de la habitación con expresión tensa.

Anslak volvió a tomar asiento. Al otro lado de la mesa, Kristoffer observó a su padre y deseó poder aliviar su tormento.

—¿Cómo pudo haber ocurrido una cosa semejante, Kristoffer? Brage planeó el ataque con mucho cuidado. Y las runas le profetizaron que obtendría un gran tesoro, el más grande obtenido jamás. —Al recordar la profecía, la voz de Anslak se volvió desdeñosa—. ¿Cuál es ese gran tesoro? ¿Valhala? Hubiese preferido que obtuviera oro y aún estuviera entre nosotros —añadió en tono amargo.

—No sé cómo pudo ocurrirnos —contestó Kristoffer—. Sólo sé que parecían conocer nuestros planes tan bien como nosotros.

—Pero ¿cómo?

—¿Acaso gracias a un traidor? Porque de lo contrario ¿cómo es posible que lord Alfrikk estuviera tan bien armado?

Anslak le lanzó una mirada aguda.

—¿Quién traicionaría a su jefe? —preguntó—. Los únicos que conocían sus planes eran su familia y sus mejores guerreros. ¿Quién se convertiría en un traidor?

—¿Quién, en efecto? —repuso Kristoffer—. No he dejado de pensar en ello desde la batalla. ¿Quién saldría beneficiado si Brage moría? ¿Quién quería apoderarse de todo lo suyo? Y aún más: ¿Quién quería hacerse con su honor y ocupar su lugar como jefe?

Anslak miró a los guerreros sentados en torno a la mesa. El único que no estaba presente era Ulf y se preguntó dónde habría ido.

—No lo sé, pero lo averiguaré, aunque sea lo último que haga —aseguró.

Guardó silencio y pensó en Brage. Su hijo había sido un guerrero precavido, tan astuto como poderoso. Para que algo tan terrible pudiese suceder, el traidor tenía que ser alguien en quien Brage confiaba. La posibilidad de que alguien de la habitación hubiera traicionado a su hijo lo enfureció, y golpeó la jarra contra la mesa para llamar la atención de los presentes.

—¡Prestad atención a mis palabras! —bramó—. Corren rumores y sospechas de que una traición ha costado la vida a mi hijo y a sus hombres. —Hizo una pausa mientras un trasfondo de inquietud recorría la habitación—. ¡Si uno de vosotros traicionó a Brage, ha de saber que lo perseguiré hasta el fin del mundo y lo haré pagar por su muerte!

Los hombres volvieron a soltar un rugido de aprobación; quienes habían perdido a sus amigos en la batalla también estaban ansiosos por encontrar al responsable.

Anslak deseaba fervorosamente identificar al hombre que había causado la muerte de Brage. Trató de adivinar quién podría haber sido; dudaba de que fuera uno de los hombres que navegaron con él, puesto que sólo un tonto hubiera traicionado a su jefe y después participado en el ataque. Tenía que tratarse de alguien que había escuchado sus planes y alertado a los sajones, pero ¿quién? La posibilidad de no descubrirlo jamás lo frustraba. Se trataba tanto de un cobarde como de un asesino y Anslak estaba convencido de que merecía arder en el infierno.

Cuando Ulf se alejó de la casa era casi de noche. Oyó a su padre jurando que encontraría al traidor y su estado de ánimo se tornó aún más lúgubre. Se dirigía a la orilla del mar, con la esperanza de encontrar un poco de paz, cuando oyó el llamado de una mujer.

—¡Ulf! ¡Aguarda! ¡He de hablar contigo!

Se giró y vio a Inger corriendo hacia él. Cuando se acercó, notó su expresión desesperada y angustiada y comprendió que se había enterado de la muerte de Brage.

Ulf sabía que Inger siempre había albergado la esperanza de que algún día su hermanastro se casara con ella, pero no estaba seguro de que las intenciones de Brage fueran las mismas. Aunque era bonita (su cabello era rubio plateado, sus ojos azul claro y tenía una figura esbelta) no tenía la impresión de que Brage la amara. Su hermano sólo la había mencionado de pasada, y sin manifestar una gran pasión.

—¡Dime que no es verdad, Ulf! —exclamó Inger cuando se detuvo ante él. Las lágrimas le empapaban el rostro y le tendió sus manos temblorosas—. ¡Brage no puede estar muerto! ¡No es posible!

La expresión de Ulf se ablandó al contemplar su dolor. Sus sentimientos eran auténticos. Ser el que le confirmaba las malas noticias le resultaba incómodo, pero no había manera de suavizar el golpe.

—Lo lamento, Inger.

—¿Lo lamentas? ¿Qué es lo que lamentas? —preguntó con voz atormentada,

cogiéndolo del brazo.

—Lo que has oído es verdad. Brage murió durante el ataque, al igual que muchos de sus hombres.

—Pero dijeron que no recuperasteis su cadáver. Aún podría estar vivo. Podrías regresar a por él... —suplicó, negándose a aceptar la verdad y la pena que la acompañaba.

—Inger —prosiguió Ulf en tono bondadoso—, tanto Kristoffer como yo lo vimos caer. No se levantó. Incluso regresamos esa misma noche después de la batalla para buscarlo, pero sólo encontramos las piras funerarias. Mi hermano no sobrevivió.

—Pero a lo mejor sólo...

—Basta —la cortó Ulf—. ¿Acaso crees que Kristoffer y yo no iríamos adonde fuera y haríamos lo que sea para regresar con su cuerpo? Pero era demasiado tarde, Inger. Lo mataron por la espalda. No habrá ningún rescate. Nuestros enemigos quemaron su cuerpo, no volveremos a verlo.

Cuando asimiló la horrenda verdad, Inger soltó un sollozo y se tambaleó. Creyendo que estaba a punto de desmayarse, Ulf la cogió en brazos.

—Inger... —Pronunció su nombre en tono dubitativo, sin saber qué hacer con ella.

—Lo siento, Ulf —repuso ella con voz entrecortada—, pero no logro creer que esté muerto... —Inger siempre había sabido que las incursiones eran peligrosas, pero Brage parecía invencible.

—Debes tratar de aceptar que nunca regresará, todos hemos de hacerlo.

Brage despertó lentamente. Le dolía todo el cuerpo, pero de algún modo era un dolor diferente al anterior. Levantó la cabeza para echar un vistazo alrededor, y se asombró al ver a lady Dynna sentada junto a la cama.

Brage albergaba un recuerdo vago y enturbiado por la fiebre: ella había tratado de prestarle ayuda cuando estaba encadenado, y también había cuidado de él cuando lo trasladaron a la habitación.

Se apoyó en un codo y vio que estaba dormida. La contempló atentamente y notó que parecía exhausta. Manchas oscuras le rodeaban los ojos, estaba encorvada y se preguntó por qué estaría tan cansada.

De pronto permanecer tendido le resultó insoportable. Hizo un esfuerzo por incorporarse y entonces un dolor punzante en el hombro hizo que recordara la herida; soltó un gruñido de dolor y comprendió que no debía hacer movimientos bruscos.

Dynna no tenía intención de echar una cabezadita, pero las horas interminables de vigilia la habían afectado. Matilda se había marchado para cumplir con otros deberes y Dynna se había quedado a solas con el vikingo, a excepción del guardia apostado delante de la puerta. Había vuelto a aplicarle paños húmedos con la intención de vencer la aborrecida fiebre, pero todos sus esfuerzos parecían vanos. En el transcurso

de los últimos días, ninguno de sus intentos había surtido efecto sobre la fiebre que lo abrasaba. Totalmente agotada, casi se había desplomado en la silla tras tratar de obligarlo a beber otra dosis de su pócima.

Pero el gruñido de dolor la despertó de inmediato. Suponía que se encontraba peor y estaba preparada para hacer lo que fuera necesario. Cuando lo vio sentado en la cama casi entró en pánico.

—No os mováis. Tened cuidado. Quedaos quieto... —le advirtió, creyendo que deliraba y temiendo que se hiciera daño—. Os ruego que os quedéis quieto. Volveré a lavaros y después...

—¿Lavarme? —preguntó.

La cordura de su tono la dejó perpleja.

—¿Os encontráis mejor? —preguntó, y por primera vez lo miró a los ojos. Luego se apresuró a tocarle el hombro y la frente. Dynna suponía que aún estaría afiebrado y, al descubrir que estaba fresca, se animó y sintió un gran alivio.

—Así parece.

—Estáis mejor... —Dynna sonrió, y fue su primera sonrisa en muchos días—. Será mejor que volváis a acostaros.

—No puedo. He de quedarme sentado. Hace demasiado tiempo que no me muevo. —Y al decirlo, comprendió que era verdad, porque se sentía aletargado y débil, y era como si la habitación girase en torno a él.

—Habéis estado muy enfermo. Teníais mucha fiebre y durante los dos últimos días temí que no sobrevivierais —le explicó.

—¿Por qué habría de importaros si vivo o muero, milady? ¿Por qué os esforzasteis en salvarme? —preguntó mirándola fijamente.

Dynna había descubierto el poder de su mirada de ojos azules la primera vez que se encontró frente a él. Y en ese instante, cuando sus miradas se cruzaron, le pareció que la de Brage penetraba hasta lo más íntimo de su ser y desvió la suya, ruborizándose.

—Hubiese hecho exactamente lo mismo por cualquier animal herido —murmuró. Sus palabras hirieron al vikingo. La cogió del brazo y la obligó a girarse.

Dynna clavó la vista en la mano aferrada a su brazo, perpleja ante las sensaciones inquietantes que le provocaba el contacto.

—Pues no os creo —dijo él.

—Creed lo que os parezca. —Dynna procuró sonar indiferente.

—Creo en lo que sé, y sé que los sajones nunca hacen nada sin un motivo. Así que decidme, milady, ¿qué planeáis? ¿Qué queréis de mí?

—No quiero nada de vos —insistió Dynna.

—Entonces ¿por qué me salvasteis? —preguntó sin dejar de mirarla—. ¿Por qué no me dejasteis morir?

—Cuando vuestros hombres nos descubrieron a Matilda y a mí y nos llevaron ante vos la mañana anterior a la batalla, podríais haber ordenado que nos mataran,

pero no lo hicisteis. No podía permitir que sufrierais algún daño.

Durante un largo momento, Brage la contempló en silencio, sin saber si creerla o no. Intuía que ella se callaba muchas cosas, pero optó por no seguir preguntando. Por ahora le seguiría el juego y agradecería el hecho de estar vivo. Entonces la soltó.

—En ese caso, os agradezco vuestra ayuda. Es obvio que sois una sanadora de mucho talento. Me encuentro mejor —dijo por fin y, al mover el hombro para comprobar su estado, sólo hizo una mueca.

Dynna se alegró de que la soltara. Había algo en el roce de sus manos, cuando la sujetaba sin hacerle daño, que la perturbaba. Se entretuvo trayéndole una copa de su pócima curativa para no tener que pensar en los desconcertantes sentimientos que despertaba en ella.

—Bebed esto.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Un tónico que os ayudará a recuperar fuerzas. Mandaré que os traigan algo de comer. Hace días que no probáis bocado y no empezaréis a sentirlos mejor hasta que hayáis ingerido algo sólido.

Brage estaba de acuerdo. Quería recuperar sus fuerzas... y cuanto antes, mejor. Ignoraba qué querían de él los sajones, pero quería tener fuerzas para enfrentarse a ellos cuando llegara el momento.

—Hay algo más. —Ante la mirada inquisitiva de ella, añadió—: Me vendrían bien un par de pantalones.

Dynna no pudo evitar que el rubor le cubriera las mejillas.

—Desde luego.

Por el momento, Brage decidió que seguiría fingiendo ser un inválido, que Dynna pensara que estaba más débil de lo que realmente estaba. No quería que volvieran a encadenarlo. De ese modo, podía moverse un poco y tal vez descubrir un modo de escapar. Porque estar encadenado a la pared en la Gran Sala suponía perder toda esperanza.

Observó a Dynna mientras abría la puerta y hablaba con el guardia. No resultaría fácil salir de allí, pero en cuanto se presentara la oportunidad, la aprovecharía.

Al ver que Brage por fin estaba fuera de peligro, Dynna se sintió más relajada y ya no tendría que velar toda la noche. Durante varios días se quedó en cama hasta mucho más tarde de lo acostumbrado. Una vez despierta, tomaba un baño y desayunaba tranquilamente en su habitación. Visitaba a Brage todos los días y se alegraba de su aparente mejoría. Aquella mañana en particular, tres días después, se sentía bastante descansada cuando subió las escaleras hasta la habitación de la torre y saludó a Perkin, el guardia apostado ante la puerta.

—Buenos días, lady Dynna. La criada que enviasteis para que cuidara del prisionero está con él —dijo Perkin, saludándola con una sonrisa.

—Bien. —Dynna le devolvió la sonrisa, complacida de que la mañana se desarrollara sin contratiempos.

Estaba a punto de entrar cuando la puerta se abrió de golpe y apareció la criada.

—¿Qué pasa, Anny? —La expresión asustada de la joven la desconcertó y se preguntó qué habría hecho Brage para que la pobre huyera presa del terror.

—Lady Dynna —jadeó la criada—. Ese... ese vikingo... ¡es un demonio!

—¿Un demonio? ¿De qué hablas? ¿Lo afeitaste y le cortaste el cabello como ordené? —Dynna echó un vistazo a la habitación, pero desde allí no veía a Brage.

Anny tragó saliva con mirada atemorizada al tiempo que salía de la habitación y se alejaba del prisionero.

—Lo intenté, milady, de verdad, pero no dejó que me acercara. ¡Me amenazó! Dijo que me arrojaría por la ventana si volvía a acercarme a él con un cuchillo... ¡Y hablaba en serio! ¡Su mirada era malvada! ¡Oh, ese Halcón Negro es peligroso! ¡Celebraré el día que muera o se marche!

—Había un guardia delante de la puerta. Sólo tenías que pedir ayuda —le recordó Dynna.

—Por favor, milady, no me obliguéis a regresar a la habitación. ¡La mirada helada de sus ojos azules me asusta! ¡Sé que es un monstruo!

—No es un monstruo —dijo Dynna para tranquilizarla.

—¡Es un vikingo! —El aborrecimiento de su tono de voz describía perfectamente lo que sentía.

—De acuerdo. —Dynna lanzó un suspiro de resignación—. Vuelve a tus tareas en la cocina.

—Sí, milady. ¡Tomad! —dijo la criada y le tendió el cuchillo, dispuesta a alejarse lo más rápidamente posible.

Dynna reprimió una sonrisa y cogió la hoja. Recordaba su primer encuentro con Brage y comprendía que Anny se sintiera intimidada. Debido a sus cabellos más largos y la barba crecida, por no hablar de su estatura, Brage era un espécimen impresionante pese a su estado debilitado.

—¿Queréis que entre con vos, milady? Puedo quedarme con vos, si tenéis miedo

—sugirió Perkin cuando Anny huyó escaleras abajo para refugiarse en la cocina. Había visto el temor de la criada y no permitiría que nada le ocurriese a lady Dynna.

—No, no es necesario. Estaré perfectamente.

Perkin retrocedió con expresión escéptica y la dejó pasar. Pese a sus palabras, se mantendría alerta para asegurarse de que no le hicieran daño.

Dynna estaba dispuesta a imponerle su voluntad a Brage. Debía de estar de un humor muy especial para asustar a Anny hasta ese punto. El día anterior, cuando examinó la herida en el hombro, parecía estar cicatrizando bien. No obstante, sus heridas habían sido graves y la fiebre altísima. Tardaría un tiempo en recuperarse por completo y para ello era necesario asearlo. Por eso había enviado a Anny con él y ahora ella misma se encargaría de la tarea por más que él protestara.

Cuando encontró a Brage sentado en la cama con el ceño fruncido y mesándose la barba, comprendió que se enfrentaba a una discusión. Se detuvo frente a él con expresión severa.

—Habéis aterrorizado a la pobre criada —lo reprendió.

—Se acercó a mí blandiendo un cuchillo —gruñó él.

—Sabéis muy bien que yo le ordené que acudiese.

—¿Para matarme? —Le lanzó una mirada burlona.

—¿Mataros? ¡Claro que no! La envié aquí para que os afeitara.

—Afeitarme o matarme, da igual. De un modo u otro, dado el temblor de su mano, creí que mi vida corría peligro. Si se le iba el cuchillo apoyado en mi garganta...

—Si no la hubieseis intimidado, no habría pasado nada.

—No es necesario afeitarme la barba.

—Os la afeitaré yo —dijo Dynna en tono firme.

—He llevado barba desde que tengo edad para que me crezca. —Brage arqueó una ceja con aire burlón y le lanzó una mirada desafiante.

—Aún no estáis completamente recuperado, debéis permanecer en cama unos días más. Si vuestros cabellos y barbas se llenan de piojos, ya no los apreciaréis tanto. Será mucho más sencillo manteneros aseado mientras os recuperáis, a condición de afeitaros la barba y cortaros el pelo.

—¿Y si me niego?

—No podéis. Sois mi paciente.

—Soy vuestro prisionero —afirmó Brage en tono rotundo.

—De un modo u otro —dijo ella, sin poder reprimir una sonrisa traviesa—, estáis a mi merced. Si no permitís que os afeite...

—¿Vos me afeitaréis? —preguntó con rapidez.

—Yo os afeitaré —enfaticó Dynna—. Pero si os resistís, llamaré al guardia y le diré que os sujete hasta que haya acabado con la tarea. Sea como sea, a mediodía estaréis afeitado y vuestros cabellos, recortados. ¿Qué haréis, vikingo? ¿Lucharéis conmigo u os rendiréis?

Una vez más, Brage tuvo que admirar su valor. No se acobardaba, como la tonta de la criada, a la que logró echar de la habitación con una única mirada amenazadora. Dynna era más fuerte y, a pesar suyo, su admiración por ella aumentó.

—La idea de que vos me afeitéis me resulta mucho más agradable que confiar en la moza que acaba de huir de aquí presa del terror —declaró.

—En vuestro lugar, yo estaría más preocupado.

—Si quisierais verme muerto, milady, hubiera sido muy fácil dejar que la fiebre acabara conmigo. Dudo que en vuestras manos mi vida corra peligro.

—Lo único que sufrirá un cruel destino será vuestro cabello y vuestra barba, a menos que seáis lo bastante tonto como para moveros mientras los recorto. Sentaos en la silla, así me facilitaréis la tarea.

Brage masculló palabras ininteligibles, frustrado ante la imposibilidad de evitar aquella nueva tortura. Tomó asiento e hizo rechinar los dientes.

Dynna procuró peinar su espesa cabellera. Luego, con mucho cuidado porque el cuchillo era afilado, empezó a cortar los oscuros cabellos.

Brage permaneció inmóvil mientras ella se desplazaba en torno a él, tirando del pelo con suavidad al tiempo que trataba de recortarlo. Brage aborrecía la idea de parecerse a sus captores, pero comprendió que, en cierto modo, ella le hacía un favor: Si se presentaba la oportunidad de escapar, era menos probable que llamase la atención entre los sajones afeitados y de cabellos más cortos.

El roce de las manos de Dynna era suave y su aroma perfumado era embriagador; se sentía enardecer cada vez que se inclinaba sobre él, y se recordó a sí mismo que aquella mujer era su enemiga. Sin embargo... Brage frunció el entrecejo, por ningún motivo en particular.

Dynna procuraba no hacerle daño con la tijera. Su cabello era espeso y le llevó un tiempo cortar la pesada melena. Cuando finalmente acabó, dio un paso atrás para examinar el resultado. Aunque la barba aún le cubría el rostro, sus cabellos tenían un aspecto ordenado.

—Mejor. Mucho mejor —comentó satisfecha.

—Me alegro de que os parezca así —dijo él, con la vista clavada en el pelo que cubría el suelo.

—Ahora me encargaré de vuestra barba.

Brage no dijo nada, pero cuando ella se situó delante la miró a los ojos. Sabía que no le quedaba más remedio que someterse a su voluntad y la degradación que esto suponía hizo que apretara las mandíbulas. Él, el Halcón Negro, se veía reducido a soportar que una mujer le cortara la barba, y encima una sajona. Pero cuando empezó a cortarle los pelos más largos, tuvo que reconocer que era una sajona muy bonita.

Mientras Dynna se atareaba en cortarle la barba, Brage tuvo que esforzarse por permanecer inmóvil. Cuando acabó de cortar la parte más espesa, ella dio un paso atrás y lo contempló.

—¿Habéis acabado? —preguntó en tono esperanzado, pero al restregarse el

mentón comprobó que aún quedaban pelos.

—No, aún no.

Dynna cogió un cuenco con agua y le humedeció las mejillas a fin de ablandar los restos de barba. Cuando se acercó a él, Brage soltó un gruñido.

—Ahora no me causaréis problemas, ¿verdad? El guardia no tardaría en acudir a mi llamado —le recordó, sintiéndose poderosa mientras permanecía de pie ante él, dispuesta a terminar de afeitarlo y con el cuchillo en la mano.

—La verdad, milady, es que un cuchillo en vuestra mano cuando estáis enfadada me daría que pensar mucho más que ese guardia debilucho —replicó.

Dynna no pudo evitar una sonrisa cuando se inclinó hacia él para humedecerle las mejillas y afeitarse el resto de la barba.

Podría haber acabado con la tarea él mismo... si ella le hubiera confiado el cuchillo. Pero eran enemigos y sabía que no lo haría.

Al tiempo que ella se desplazaba en torno al vikingo, él percibió su dulce aliento en las mejillas y el roce de su cuerpo mientras se esforzaba por dejarlo bien afeitado. El roce lo excitaba y eso lo sorprendió. Se dijo que sólo era una mujer, una mujer encantadora, aunque sólo una mujer. Que le resultara atractiva era bastante normal, pese a ser una enemiga; pero entonces se dio cuenta de que no la consideraba una enemiga. Pues ¿qué adversario hubiese tratado de salvarlo, no una sino muchas veces, pese a que él la había rechazado casi con violencia? ¿Qué contrincante hubiese permanecido a su lado noche y día para cuidar de él, cuando dejarlo morir hubiera sido mucho más sencillo? Dynna no era su enemiga, pero en ese caso, ¿qué era?

Jamás lo hubiese reconocido, pero Dynna disfrutaba de la sensación de intimidad proporcionada por afeitarse a Brage. Una cosa era considerarlo un hombre atractivo mientras cuidaba de él, pero ahora que se estaba recuperando, sentía una atracción que la asustaba y también la excitaba. Se dijo a sí misma que, aunque no le había hecho daño ni a ella ni a Matilda, no era su amigo. Tal como había señalado Anny, era un vikingo. Y sin embargo, algo en él la atraía, y sabía que debía luchar contra esa atracción.

A medida que lo afeitaba, Brage se sentía cada vez más desnudo. Cuando se colocó delante de él para eliminar los últimos pelos de la barbilla, adoptó una expresión furibunda. Dynna se detuvo, temiendo haberle hecho daño.

—¿Os duele?

—Lo único que me duele es que me obliguéis a parecer un sajón —contestó y, haciendo una mueca, se pasó la mano por la nuca desnuda.

—A mí me parece que tenéis mejor aspecto. —Habla en serio. El pelo más corto realzaba su mirada azul y penetrante. Su mandíbula desnuda era firme y fuerte. Antes le había resultado interesante pero ahora, al ver su rostro con claridad por primera vez, sus rasgos duros y viriles resultaban fascinantes.

Él volvió a restregarse el mentón, y al notarse afeitado, soltó un gruñido.

—Creo que a lo mejor teneros a mi merced no está mal —dijo Dynna.

—Es verdad que vos sostenéis el cuchillo. —Brage echó un vistazo al arma que ella sostenía, sabiendo que podía quitársela en un instante... si quisiera. Pero incluso mientras pensaba en ello, también comprendió que no era el momento. Necesitaba recuperar sus fuerzas aún más, para que cuando escapara pudiera alejarse con rapidez.

—Y además está el guardia —le recordó ella en un tono casi dulce.

—Al parecer, el destino ha decretado que permanezca en vuestro poder. Pero lo que me pregunto, lady Dynna, es lo siguiente: ¿cómo pretendéis que siga bien afeitado? ¿Acaso me afeitaréis todos los días o me dejaréis el cuchillo para que me afeite yo mismo?

—Creo que quizás una de las criadas se encargará de ello a partir de ahora.

Él esbozó una sonrisa, recordando con cuánta facilidad había logrado intimidar a la otra mujer.

Si Dynna no lo afeitaba, tal vez recuperara su barba antes de lo que había pensado.

—Todos los hombres saben afeitar —prosiguió ella al ver su mirada—. Estoy segura de que unos cuantos guardias de sir Thomas estarían encantados de acercaros un cuchillo. Regresaré más tarde para ver cómo os encontráis.

Cuando se marchó, la sonrisa de Brage se desvaneció. Oyó cómo atrancaban la puerta tras su partida y volvió a recordar su situación. Durante un momento, mientras ella aún estaba presente, había logrado pensar en algo que no fuera su cautiverio, pero cuando volvió a estar a solas comprendió que debía empezar a hacer planes. Se obligó a ponerse en pie y caminó de un lado a otro. Cuanto antes recuperara sus fuerzas, mejor.

Hereld viajó lo más rápidamente que pudo, pero no había un modo veloz y sencillo de llegar a la aldea de Anslak. Habían pasado varios años desde la última vez que se había encontrado con el jefe vikingo y, aunque tenía una idea general de la situación de la aldea, no lo sabía con exactitud. Tardó un par de días más pero por fin llegó al fiordo que conducía al aislado y protegido poblado.

Casi podía oler el oro que pronto sería suyo. No tardaría en hacerse con él: lo único necesario era reunirse con Anslak, convencerlo de que pagara el rescate y establecer un punto de encuentro donde realizar el intercambio. Pronto sería un mercader muy acaudalado. La idea hizo que se frotara mentalmente las manos con deleite mientras navegaba hacia el desembarcadero de la aldea.

Los cuernos anunciaron su llegada, los habitantes salieron al encuentro de la embarcación y le dieron una cautelosa bienvenida.

—¿Qué te trae a nuestra aldea? —preguntó uno de los hombres llamado Lynsey cuando Hereld desembarcó y se acercó a quienes lo aguardaban.

—Soy Hereld, de profesión vendedor y mercader. He venido en busca de Anslak.

Ésta es su aldea, ¿verdad?

—Sí, has llegado al lugar correcto. ¿Por qué has venido a verle?

—Es un asunto importante, así que lo mejor será que hable directamente con él.

—Muy bien. Te acompañaré hasta su casa.

La reducida tripulación permaneció en la nave; Hereld remontó la escarpada ladera junto al aldeano y ambos se encaminaron al poblado. Cuando llegaron al hogar de Anslak, Lynsey lo llamó y Tove se asomó a la puerta.

—Ha venido un visitante —dijo Lynsey—. Desea hablar con Anslak.

—En este momento mi marido no se encuentra aquí. —Tove se dirigió al forastero—: ¿De qué se trata? Soy su mujer; quizá pueda ayudarte.

Tras reflexionar unos segundos, Hereld optó por decirle en qué consistía su misión. No cabía duda de que su llegada llegaría a oídos del jefe vikingo con mayor rapidez si sabía cuán importante era.

—Traigo noticias de las tierras de lord Alfrick —dijo.

Ulf había visto al forastero hablando con Tove y se aproximó lleno de curiosidad. Cuando Hereld mencionó al lord sajón, lo interrumpió.

—¿Qué pasa con lord Alfrick? —le preguntó al hombrecillo en tono tenso y amenazador.

Tove se alegró de que Ulf participara en la conversación, porque no sabía qué pensar de aquel hombre.

—¿Quién eres? —preguntó Hereld.

—Soy Ulf. Anslak es mi padre. ¿Qué noticias traes de lord Alfrick?

—Dile a tu padre que lord Alfrick le envía un mensaje. Dile que tras el ataque, os dejasteis algo muy valioso. Dile que lord Alfrick exige un rescate por...

Ulf frunció el ceño con aire suspicaz.

—¿De qué estás hablando? Habla claro. Dime lo que sabes...

Hereld decidió contarle lo que sabía:

—He venido para informar de que el Halcón Negro es el prisionero de lord Alfrick. Sabe que es el hijo de Anslak y se lo devolverá a su padre por seiscientas libras de oro.

—¡Mientes! —Ulf estalló, cogió a Hereld de la túnica y lo sacudió rudamente. Sintió una punzada de temor. Brage no podía estar vivo. Habían visto cómo lo mataban, lo habían buscado...

—¿Mentir? ¿Por qué habría de mentir? —protestó Hereld.

—Por oro, claro está —exclamó Ulf y su mirada glacial y desdeñosa lo atravesó—. Ya he tratado con individuos como tú. No obtendrás oro de nosotros. Lárgate, antes de que mi padre te dé una paliza.

—¡No me iré! ¡Lord Alfrick me envió aquí con el fin de decirle a Anslak que el Halcón Negro está vivo, y tengo pruebas que demuestran que digo la verdad!

—¿Pruebas? —Kristoffer había oído los gritos de Ulf y había salido de la casa para averiguar qué ocurría—. ¿Qué pruebas puede haber? Vimos cómo lo mataban, y

¿tú osas darnos esperanzas de que nuestro hermano haya sobrevivido?

—Visteis cómo lo herían, y en efecto: sufrió heridas graves. Pero lord Alfrick se encargó de que lo curaran y ahora es su rehén. ¿Pagaréis el rescate? ¿O queréis que regrese y le diga que cometió un error, que no le dais importancia a la vida del Halcón Negro?

El desafío aumentó la furia de Ulf.

—¿Qué pruebas tienes?

—Su chaleco... —Hereld introdujo la mano en su morral y sacó el chaleco de Brage—. ¿Ves el corte y las manchas de sangre? La herida era grave, pero no fatal. Tu hermano está vivo y es el prisionero de lord Alfrick.

Ulf le arrancó la prenda de las manos y de inmediato reconoció que pertenecía a su hermano.

—¿Cómo te has hecho con este chaleco? —preguntó.

—Se lo quitaron al curarle las heridas. Una vez que descubrieron quién era, no podían dejarlo morir. Lo cuidarán muy bien hasta que paguéis el rescate.

—Lynsey, ve en busca de mi padre. Kristoffer, cabalga con él —ordenó Ulf en tono brusco, aferrando el chaleco. La duda lo corroía. Ese hombre tenía que ser un mentiroso, un oportunista que acudía por cuenta propia, reivindicando mentiras con el fin de hacerse rico. Tenía que serlo, y sin embargo, si Brage estuviese con vida... Debían actuar, pero con mucha cautela.

Tove invitó al mercader a pasar y le sirvió un trago, y todos aguardaron el regreso de Anslak. Mientras permanecían sentados en el hogar del jefe vikingo, Ulf se preguntó cómo reaccionaría su padre ante la noticia, si creería que el forastero decía la verdad. Todo el pueblo había llorado la muerte de Brage y sus hombres. Esperó que aquél no fuera un plan ideado por un mercader codicioso para engordar sus arcas.

Pasó más de una hora antes de que Lynsey y Kristoffer regresaran a la casa junto con Anslak.

—¡Tove! ¡Ulf! ¿Qué es esta historia que me han contado Lynsey y Kris? —bramó Anslak entrando precipitadamente—. ¿Dónde está ese mercader? ¡Quiero mirarlo a los ojos para comprobar si dice la verdad!

Tras recibir la noticia, había albergado una chispa de esperanza que se esforzaba por atenuar. Aunque con dolor, había aceptado la noticia de la muerte de su hijo y ahora... Si el hombre mentía, albergar cualquier esperanza sería cruel. Su única esperanza, su sueño, era que Brage estuviera vivo. Si aquel hombre disponía de una prueba auténtica que lo demostrara, pagaría lo que fuera para recuperarlo.

—Me alegra volver a verte, Anslak. Soy Hereld. Hace un tiempo hicimos negocios en Birla.

—Recuerdo nuestro encuentro —contestó el vikingo. Recordaba que se habían encontrado en el mercado y lo contempló cautelosamente; sabía que era un negociante astuto—. ¿Qué son esas noticias que me traes de mi hijo Brage? Todos quienes navegaron con él creyeron que estaba muerto, pero tú dices que está vivo.

—Así es, y puedo demostrarlo —dijo Hereld, señalando a Ulf, que aún sostenía el chaleco.

Ulf se lo mostró a su padre.

—Es suyo —confirmó Kristoffer.

—Pero no demuestra que está vivo —argumentó Ulf—. Sólo que encontraste su cuerpo en el campo de batalla.

—Lo encontraron, herido pero con vida. Fue llevado ante lord Alfrick y, cuando descubrieron que era el Halcón Negro, lord Alfrick decidió cobrar un rescate por él.

Anslak se acercó a Ulf y le quitó la prenda. Examinó el corte en la espalda y la sangre seca.

—Fue una herida grave —dijo en tono duro.

—Alfrick sabía que era un prisionero valioso, así que le encargó a una sanadora que lo curase —explicó Hereld—. El Halcón Negro se está recuperando.

Anslak aún miraba el chaleco fijamente. Puede que su hijo estuviera vivo... ¡Brage podía estar vivo! Su esperanza aumentaba y la buena noticia le henchía el corazón hasta casi hacerlo estallar. Las lágrimas que jamás derramaría le causaban un ardor en los ojos.

—¿Cuánto pide lord Alfrick por la vida de mi hijo?

—Seiscientas libras de oro. —Hereld se felicitó por su astucia.

—¿Y cuál es tu papel en todo esto?

—He de regresar con tu respuesta y cien libras de oro como prueba de tus intenciones. Arreglaré el día y el lugar donde se celebrará el encuentro para poder realizar el intercambio.

Anslak asintió con la cabeza.

—Déjanos, Hereld. He de hablar con mis hijos —dijo y le indicó la salida.

Tove lo acompañó fuera para que Anslak, Ulf y Kristoffer pudieran hablar a solas.

—¿Miente, hijos míos? —les preguntó, pues valoraba su opinión.

—Me cuesta creer una sola de sus palabras —declaró Kristoffer.

—No me fío de los sajones. Pero este mercader... —El tono de Ulf era escéptico.

—He tenido trato con él —comentó Anslak—. Sé que es un hombre ladino cuando se trata de obtener ganancias, pero no creo que arriesgara su vida innecesariamente. Dice la verdad, pero ¿hasta qué punto? Aun así, ¿acaso podemos arriesgarnos a que Brage esté vivo y no hacer nada para salvarlo?

—No. Debemos rescatarlo. Debemos pagar el rescate —dijo Ulf en tono firme.

—Tenemos que rescatarlo de los sajones —asintió Kristoffer.

—Entonces está decidido. Le diremos a Hereld que aceptamos pagar el rescate exigido por Alfrick, pero seguiremos hablando de este asunto una vez que el mercader haya zarpado.

Sus hijos asintieron y fueron en busca del mercader.

—Pagaremos el rescate exigido por la libertad de mi hijo —anunció Anslak una vez entraron con el mercader.

Al comprender que acababa de añadir cien libras a la suma del rescate, el rostro de Hereld se iluminó. Estaba muy satisfecho.

—¿Cuándo zarparé con el primer pago en oro? —le preguntó al jefe vikingo.

—Reunirlo nos llevará un día. Zarparás pasado mañana con la noticia de nuestro acuerdo. Mientras tanto serás considerado un huésped en mi hogar.

—Te agradezco tu hospitalidad, Anslak.

Hereld estaba encantado. Sería rico. El viaje había merecido la pena.

Más tarde, esa misma noche, Ulf, Anslak y Kristoffer se dirigieron a la cima de una colina cercana con vistas al fiordo, para hablar en privado.

—Hay mucho que planear y disponemos de poco tiempo —les dijo Anslak—. ¿Cuántos hombres podemos reunir para navegar con nosotros, Ulf?

—Doscientos.

—Bien. Avísales. Empieza esta noche. Zarparemos poco después del mercader. Hemos de encontrar a mi hijo y traerlo a casa.

—¿Dónde se celebrará el intercambio? —preguntó Ulf.

—Al norte de la torre de lord Alfrick hay un desembarcadero próximo a un prado llano y abierto. Sería un lugar seguro para hacer el intercambio. Nos permitirá comprobar que los sajones no nos preparan una sorpresa.

—Ruego que Brage se encuentre bien —dijo Kristoffer en tono solemne.

—Y yo ruego que no sea una trampa. Llevaremos cien guerreros con nosotros y dejaremos otros cien a bordo de las naves ancladas cerca de la costa. Si se presentara un problema, estaremos preparados para defendernos —explicó Anslak.

Ulf y Kristoffer sabían que su padre tenía razón. Estaban dispuestos a partir de inmediato para rescatar a su hermano, pero tendrían que atenerse al plan de los sajones. La idea les disgustaba, pero reconocían que era el único modo de salvar a Brage.

—No me fío de ellos —continuó Anslak—. Permaneceremos alerta hasta que nos hayamos alejado de la costa con Brage sano y salvo. Sólo entonces me convenceré de que su plan no supone una traición.

Al día siguiente Anslak reunió su tesoro y entrada la noche mandó llamar a Hereld. El mercader había estado preparando su propia nave para zarpar, pero en cuanto le dijeron que Anslak lo esperaba se apresuró a acudir.

—Tengo cien libras de oro para ti —anunció el vikingo con expresión grave.

—Bien. Estoy seguro de que lord Alfrick se alegrará al saber que has aceptado sus condiciones.

—Yo también lo estoy. —El tono de Anslak era sarcástico—. Dile a tu lord que me reuniré con él dentro de ocho días, en el prado situado al norte de su torre, a un

día de marcha. Dile que a condición de que me devuelva a mi hijo sano y salvo, no habrá derramamiento de sangre. Me presentaré con el oro y espero que Brage esté allí para reunirse conmigo. Si todo sale según lo planeado, partiremos inmediatamente.

—Le transmitiré tu mensaje, Anslak.

—Confío en que lo hagas, pero te advierto, Hereld: cualquier traición será pagada con la misma moneda.

Hereld vio la expresión fiera de Anslak y comprendió que contrariarlo no sería una buena idea.

—Le diré a lord Alfrick todo lo que has dicho.

Anslak asintió con la cabeza y Hereld se marchó. Se alegraba de que el mercader zarpara esa misma mañana, porque significaba que estaban más próximos a rescatar a Brage de las manos del lord sajón..., en caso de que realmente siguiera con vida.

Hereld estaba asombrado de que todo hubiese salido tan bien. A excepción del susto momentáneo causado por el fornido Ulf, todo había salido tal cómo había esperado. Guardaría el oro, regresaría junto a lord Alfrick, le informaría de las noticias y luego se embolsaría el dinero que éste le había prometido. Con un poco de suerte, estaría muy lejos antes de que el intercambio tuviera lugar y eso le pareció perfecto.

Cuando sir Edmund entró en la sala, Dynna estaba acabando de almorzar. Cada vez que lo veía surgía el doloroso recuerdo de que su libertad tenía los días contados. Mientras cuidaba de Brage, había logrado concentrarse en mantenerlo con vida y así evitar que la realidad de lo que estaba a punto de ocurrirle no la abrumara. Pero ahora, a medida que el vikingo recuperaba la salud, no había casi nada que la distrajera de la escalofriante perspectiva de su inminente boda. El sacerdote llegaría en cualquier momento, y entonces su vida habría acabado. Pensar en lo que se convertiría su vida la hizo temblar y, desesperada por alejarse de Edmund, se levantó dispuesta a marcharse.

Sir Edmund vio que se preparaba para abandonar la sala. Se acercó y la cogió del brazo cuando ella pretendía escabullirse por una de las puertas laterales.

—No tengáis tanta prisa por marcharos, milady —dijo, y la atrajo hacia sí—. Acompañadme mientras tomo el almuerzo.

—Ya he comido y he de marcharme. —Dynna trató de esquivarlo y clavó la vista en la mano que la sujetaba.

—¿Adónde vais? ¿Qué podría ser más importante que pasar el tiempo con vuestro prometido? Podríais hacerme compañía mientras como, ¿no? —dijo en tono fingido, pero apretándole el brazo para que comprendiera que hablaba en serio.

—Ojalá pudiera, sir Edmund, pero he de ocuparme de mi paciente.

La expresión de Edmund se endureció.

—Me han dicho que la fiebre del vikingo ha desaparecido y que está casi recuperado.

—En efecto, se encuentra mucho mejor que la última vez que lo visteis, pero todavía está débil y requiere mi ayuda.

—Os ruego que me acompañéis. —Su tono no admitía una negativa.

—Debo rehusar, puesto que tengo cosas que hacer que son más importantes que estar a vuestra entera disposición.

—He dicho que os quedéis, milady.

Le estaba haciendo daño.

—Vuestro padre me ha pedido que me ocupe del vikingo y vos no tenéis poder para ordenar lo contrario —insistió ella—. Aquí manda vuestro padre, sir Edmund, no vos. —Los ojos de Dynna lanzaban llamaradas cuando se apartó de él.

Edmund observó cómo se alejaba y apretó los puños. Sentía un intenso deseo de estrangularla y se preguntó cuánto tardaría en llegar el sacerdote.

Dynna parecía tranquila al alejarse, pero en realidad sentía ganas de gritar. ¿Es que no existía la manera de evitar aquel destino peor que la muerte? ¿No había un modo de escapar? Lo había intentado una vez y la habían atrapado. Por más desesperada que estuviera, ¿osaba volver a intentarlo?

Dynna se secó las lágrimas y se dio cuenta de que las manos le temblaban. Sentirse tan aterrada la enfurecía. Siempre se había considerado una mujer fuerte. Estar atrapada la encolerizaba y trató de imaginar un modo, por desesperado que fuera, para salvarse.

Al subir la escalera de la torre, Dynna notó que sentía deseos de acudir a la habitación del vikingo. Cuando estaba con Brage, al menos estaba a salvo de Edmund.

Pensar en Edmund volvió a disgustarla y se puso nerviosa. Por más que tratara de engañarse a sí misma y creer que estaba a salvo cuando estaba en la torre, no había ningún lugar donde estaba a salvo de sir Edmund. Al enfrentarse una vez más a su indefensión, su ira aumentó. Estaba tan prisionera como el vikingo, excepto que su cautiverio era más insidioso. Ante su ventana no había barrotes y su puerta no estaba cerrada con llave desde el exterior: lo que la frustraba era la amenaza tácita de lo que él podía hacerle y también la permanente vigilancia.

Cuando se acercó a Perkin, Dynna se esforzó por sonreír.

—¿Cómo se encuentra esta tarde?

—Ha estado tranquilo, milady —contestó el guardia y le abrió la puerta.

Brage había aprovechado cada momento para recuperar su estado físico. Había recuperado casi todo el movimiento del brazo y del hombro, y toleraba el dolor, aunque éste aún era agudo. Cuando oyó la voz de Dynna hablando con el guardia, abandonó rápidamente los ejercicios y se recostó en la cama. No quería que ella descubriera hasta qué punto se había recuperado.

Planeaba escapar de la torre en cuanto se presentara la oportunidad; todavía no estaba seguro de cómo lo haría, pero sabía que no podía permanecer encarcelado. Morir durante un intento de fuga resultaba mucho más atractivo que permanecer allí indefinidamente, convertido en el trofeo de lord Alfrick. Cuanto más tiempo creyeran que seguía débil, tanto mejor. Si creían que aún no se había recuperado, no sospecharían que intentaría escapar.

Dynna entró en la habitación.

—Es bueno que intentéis poneros en pie —comentó—. ¿Os encontráis un poco mejor?

—Ya no me siento tan mareado —contestó Brage. Observó cómo se acercaba y sus movimientos elegantes volvieron a cautivarle. Ese día llevaba los cabellos sueltos y contemplar su espesa y lustrosa melena era un placer. Entonces notó el arrebol de sus mejillas y el brillo airado de su mirada y se preguntó qué le sucedía. Solía ser la viva imagen de la serenidad, pero notó que esa vez no era así.

—¿Estáis enfadada conmigo, o con algún otro?

—No estoy enfadada con nadie. —Dynna negó la verdad—. Pero puesto que decís que habéis recuperado fuerzas, quizá sería hora de que empezara a moveros. Habéis estado en cama durante demasiado tiempo.

—Hubo una época en que me hubiese gustado quedarme en cama al cuidado de una mujer encantadora —comentó con mirada brillante, y sonrió a medias al ver que ella se ruborizaba aún más—. Pero lo que tenía en la mente no era quedarme tendido

en una celda. Tenéis razón. Volver a moverme será bueno. —Brage hizo ademán de ponerse de pie.

—¡No..., esperad! Dejad que os ayude —insistió Dynna, rodeándole la cintura con el brazo. Temía que se hiciera daño si sus piernas no lo sostenían—. No quiero correr el riesgo de que caigáis. —Brage soltó una risita y Dynna le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Por qué reís? Si cayerais al suelo, quizá volveríais a lesionaros.

—Si apoyara todo mi peso en vos, lady Dynna, os quebraría y entonces ninguno de los dos podría andar.

—Pero es la primera vez que os ponéis de pie. Todavía estáis débil y os costará manteneros en equilibrio.

Brage guardó silencio. Se le ocurría un tormento peor que el contacto del brazo de ella rodeándole la cintura. La curva de su cuerpo, muy femenino y voluptuoso, encajaba en el suyo; su toque y su aroma le provocaron una oleada de calor. Le rodeó los hombros con el brazo y apoyó una mano en el brazo de ella.

Dynna se puso rígida y casi se estremeció. Hacía mucho tiempo que un hombre no la tocaba con suavidad y afecto. Los manoseos de sir Edmund sólo le provocaban inquietud e inseguridad. Aborrecía el roce de sus manos y al recordarlo, se echó a temblar.

—¿Algo va mal, milady? —preguntó Brage al notar su temblor.

—No. No sucede nada. Intentad dar unos pasos —lo alentó rápidamente, intentando distraerse.

Brage obedeció, fingiendo cierta dificultad. No quería que ella supiera que ya había logrado caminar sin ayuda.

Dynna no lograba relajarse mientras recorrían la habitación a paso de tortuga. Brage percibía su tensión, y ésta lo desconcertó. Se detuvo y la contempló.

—¿Estáis segura de que nada os preocupa? —preguntó—. Si preferís no hacer esto, puedo volver a sentarme.

Que él interpretara su estado de ánimo la dejó perpleja. Conocía a muy pocos hombres que tuviesen en cuenta lo que una mujer pensaba o sentía. Warren había apreciado sus ideas y sus sentimientos, pero lo consideraba una excepción. Entonces, contrariamente a sus deseos, pensó en Edmund.

—Muchas veces nos vemos obligados a hacer cosas que no deseamos hacer —dijo Dynna.

Brage frunció el entrecejo y durante un instante vislumbró la pena reflejada en su rostro.

—¿Queréis que lo dejemos? Puedo caminar sin ayuda, si fuera necesario.

—No, quiero ayudaros. Pero no creáis que sois el único prisionero en esta torre. —Dynna sabía que en algún momento Brage recuperaría la libertad y regresaría a su hogar, con su familia, mientras que a ella la obligarían a casarse con sir Edmund, un matrimonio que tendría que soportar hasta la muerte.

Las palabras de Dynna lo llenaron de asombro. Se volvió hacia ella y se

desprendió del brazo que le rodeaba la cintura.

—Decís tonterías —dijo en tono enfadado—. No hay comparación posible. Vos podéis ir adonde os plazca, pero yo he sido encadenado a la pared y ahora estoy encerrado en esta habitación.

—Algunas cadenas son invisibles.

—Vuestro futuro está en vuestras manos; podéis marcharos, si eso es lo que queréis.

Ella lo miró y soltó una risita crispada, y por primera vez Brage vio que algo la atormentaba.

—Es lo que procuraba hacer cuando vuestros hombres me atraparon —replicó en tono afectado por la emoción.

Ante esa confesión, Brage frunció el ceño.

—Así que aquel día estabais huyendo... Me pregunté por qué ibais disfrazada. ¿De qué huíais? ¿De una situación o de un hombre?

—De un hombre. De sir Edmund. Soy su prometida por orden de lord Alfrick y pronto se celebrará la boda.

—Sois una mujer demasiado excepcional como para casaros con esa clase de hombre.

Ambos se miraron a los ojos; la mirada de Brage era solemne, la de ella, angustiada. Con infinita ternura, el vikingo le rozó la mejilla.

—Lamento que al capturaros impidiera vuestro intento de alcanzar la libertad —dijo—. Jamás querría haceros daño.

Dynna lo miró fijamente; lo veía como un hombre, no como un prisionero vikingo. El deseo ardía en la mirada de él y comprendió que estaba a punto de besarla. Se dijo a sí misma que debía apartarse, escapar del atractivo que ejercía sobre ella, pero no lo hizo.

Al contemplarla, Brage pensó que era la mujer más bella del mundo. Notó su incertidumbre y quiso tratarla con dulzura. Se inclinó y le besó los labios con suavidad y ternura.

Dynna soltó un grito ahogado. El deseo no era algo desconocido para ella; había disfrutado haciendo el amor con Warren, una experiencia delicada. Pero aquello... aquello era algo diferente. Nunca había sentido algo semejante, y sólo a causa del roce de sus labios.

Cuando Brage se apartó, Dynna lo miró fijamente. Sus cejas oscuras, sus ojos azules y brillantes, la línea dura y viril de su mandíbula... Nunca había visto un hombre más apuesto que Brage. La primera vez que lo había visto, su rostro barbudo y cubierto por el visor del casco, la intimidó. Pero ahora, bien afeitado, con el cabello corto y un aspecto saludable, no sólo le parecía poderoso sino también tremendamente apuesto. Se dijo que Brage suponía un peligro para ella; sin embargo, no le resultaba amenazador.

Al notar la intensidad de sus sentimientos, Dynna se percató de su vulnerabilidad

y retrocedió; necesitaba distanciarse de él.

Que ella se alejara de él deliberadamente lo hizo reflexionar. Jamás hubiera imaginado que un beso casto encendería semejante hoguera en sus entrañas. Lady Dynna era la mujer más bella que había visto jamás. Sabía que era valiente en cuanto la conoció y ahora también sabía que era una de las mujeres más buenas y generosas que había conocido. Su beso lo había excitado más que ningún otro, y la miró tratando de leerle el pensamiento.

Dynna permanecía inmóvil, turbada por los sentimientos que la abrumaban.

—Me parece que os estáis recuperando muy bien, caballero vikingo —dijo—. Es evidente que os encontráis mejor.

—Sí, es verdad —contestó Brage en voz baja, pero con mirada alegre.

Dynna percibió su alegría y retrocedió aún más.

—Entonces creo que podéis caminar mejor de lo que suponía. Quizá debierais intentar echaros en la cama sin mi ayuda.

Brage se giró, se dirigió a la cama sin dejar de sonreír y le lanzó una mirada muy elocuente.

Dynna no pudo evitar verse en la cama con él: tocándolo apasionadamente, no curándolo; acariciándolo, no para refrescarlo sino para avivar su deseo. Se giró y echó a correr hacia la puerta con toda la dignidad de la que fue capaz y, al salir al pasillo, oyó la risa de Brage a sus espaldas.

Dynna salió fingiendo serenidad, puesto que Perkin no debía enterarse de nada. Bajó las escaleras sintiéndose todavía más confundida y alterada que antes, cuando las había subido. Los problemas la rodeaban por doquier: en primer lugar estaba Edmund, y ahora Brage...

Dynna anhelaba regresar a su hogar, donde su madre la aconsejaría y la ayudaría, pero no había manera de regresar a esos días afectuosos y familiares. El futuro se extendía ante ella, lúgubre y frío.

Sabía que sólo le quedaba una única fuente de ayuda. Pasó junto a su habitación y se dirigió apresuradamente a la capilla para rezar. Dios era su única esperanza.

La capilla era sencilla y estaba envuelta en sombras, sólo iluminada por algunas velas encendidas en el altar. Se arrodilló y oró con fervor, suplicando la ayuda divina, rogando que la rescatara del sino fatal que significaba casarse con Edmund.

Permaneció arrodillada durante mucho tiempo. Sentirse atraída por Brage la incomodaba. Un beso nunca había sido tan prometedor... ¿Acaso su destino sería casarse con un hombre a quien detestaba? ¿Nunca encontraría la paz? Había esperado obtener una respuesta que la ayudara a decidir su futuro, pero para su dolor y desesperación, la única respuesta a sus súplicas fue el silencio.

Cuando por fin se dispuso a abandonar la capilla, se sentía tan abandonada como al entrar. Era lo que siempre había sospechado: estaba sola. Si quería salvarse, tendría que salvarse a sí misma.

Al tender la mano para abrir la puerta, oyó voces en el pasillo y, al reconocer la de

Edmund, se quedó inmóvil. No quería encontrarse con él. Verlo una vez aquel día ya era demasiado. Se alejó de la puerta y aguardó a que él y su acompañante se marcharan. Cuando pasó junto a la puerta, oyó su voz con toda claridad.

—Las cosas están saliendo con casi demasiada perfección, amigo mío —decía Edmund.

—¿Por qué?

—Tanto el padre Corwin como el padre Osmar acaban de llegar a la aldea. Ahora que han regresado, se celebrará mi boda con la princesa. Ya he hablado con el padre Corwin y ha dado su asentimiento para que la ceremonia se celebre antes de una semana.

—La viuda de vuestro hermano es preciosa. Comprendo que estéis ansioso por convertirla en vuestra esposa.

—Cuando me convierta en lord de la torre, ella será una hermosa dama para nuestro pueblo.

Al oír esas palabras, Dynna sintió que se le retorcía el estómago. ¡Los sacerdotes habían regresado! ¡La boda se celebraría dentro de una semana! Había creído que las plegarias la ayudarían; pero al parecer su destino estaba decidido y se echó a temblar.

—¿Qué ocurre con el Halcón Negro?

—Ésa es la otra buena noticia —contestó Edmund—. Hereld debe de estar a punto de llegar con información acerca del intercambio. Mi padre se sentirá muy complacido una vez que hayan pagado el rescate, pero en cuanto nos hayamos hecho con el oro, me encargaré personalmente de acabar con la vida del vikingo y los suyos.

—¿Pensáis organizar otra trampa?

—¿Quién podría creer que somos tan ingenuos como para liberar al saqueador que ha aterrorizado nuestras tierras? Me sorprende que mi padre lo haya dejado con vida durante tanto tiempo, pero según me han dicho, Anslak insistirá en verlo con vida antes de entregarnos el oro. Habrá arqueros ocultos en los alrededores, con las flechas apuntando a la cabeza del Halcón Negro. Morirá junto con los demás. Entonces recuperaremos una parte del oro que nos han robado en el pasado.

—Es un plan brillante, sir Edmund, y guarda cierto parecido con el que urdisteis después de que el vikingo traidor os informara de que el Halcón Negro nos atacaría. Una vez hecho, habréis dejado satisfechos a todos: habréis obtenido oro para vuestro reino y matado al Halcón Negro, y eso es lo que el delator quería que hicierais, ¿verdad?

—Fue lo único que exigió a cambio de la información proporcionada: detalles del ataque del Halcón Negro a cambio de su muerte. Cuando nuestras flechas hayan dado en el blanco, habré cumplido mi parte del trato.

—El engaño se os da muy bien.

—Aún no he fracasado al planear la derrota de mis rivales —dijo Edmund y soltó una carcajada—. Disfruto burlando a mis enemigos y lo habré logrado cuando vea al Halcón Negro muerto en suelo sajón.

Edmund y el otro hombre se alejaron.

Dynna se quedó consternada. Sabía que sir Edmund era un hombre frío, pero ahora... Recordó la muerte prematura de Warren y no pudo evitar preguntarse si su hermano habría tenido algo que ver con su «accidente». La idea la hizo estremecer, porque saber que nunca averiguaría la verdad la asustaba.

Recordar a su marido muerto la hizo pensar en Brage. Sir Edmund ya había planeado su muerte. Las manos le temblaban y el corazón le latía apresuradamente mientras procuraba pensar qué hacer. Tenía que hacer algo para salvar a Brage. No podía permitir que lo asesinaran.

Entreabrió la puerta de la capilla, comprobó que el pasillo estaba desierto y se escabulló hasta su habitación. Una vez dentro, echó los cerrojos y empezó a caminar de un lado a otro con pasos nerviosos, tratando de descubrir el modo de salvar a Brage de una muerte segura.

Por fin, mientras recorría la habitación, su mirada se fijó en la cesta con los remedios y se le ocurrió el germen de una idea: para salvarle la vida, tenía que sacar a Brage de la torre y conseguir que regresara a su tierra. Para evitar convertirse en la mujer de Edmund, tenía que recurrir a sus padres. Ellos la protegerían. Tal como le había dicho a Brage con anterioridad, ambos eran prisioneros. Ahora tendrían que escapar juntos.

Lo más difícil sería sacar a Brage de la torre. Dynna recogió la cesta y se dirigió a su pequeña mesa donde empezó a mezclar hierbas y remedios. Preparó una buena cantidad y se aseguró de que la mezcla fuera potente. Las manos aún le temblaban pero sabía que no tenía elección. No podía dejar morir a Brage. Haría lo que fuera necesario para salvarlo del malvado plan urdido por Edmund.

Cuando llamaron a la puerta dio un respingo y exclamó:

—¿Quién es?

—Soy Matilda, milady. He de hablar con vos ahora mismo —dijo en tono apremiante.

Dynna notó el tono preocupado y se preguntó qué ocurría. Cubrió la mezcla con un paño y abrió la puerta. Matilda entró apresuradamente sin darle tiempo a hablar.

—He venido en cuanto he podido. ¿Habéis oído la noticia? —Al ver la expresión de Dynna, supo la respuesta—. ¿Os habéis enterado de que...?

—¿Los sacerdotes han regresado? Sí.

—¿Qué haremos? ¡Sir Edmund ha anunciado públicamente que la boda se celebrará la semana que viene!

—No haremos nada —contestó Dynna.

—Pero milady... —Matilda estaba desconcertada. Lady Dynna no podía casarse con ese hombre. ¡De ninguna manera! No se parecía al príncipe Warren. Sir Edmund era cruel y malvado...

—Sin embargo...

—¿Tenéis un plan? ¿Qué puedo hacer para ayudaros? —Matilda vio el paño que

cubría el cuenco en la mesa—. ¿Estáis preparando alguna clase de pócima? ¿Con qué fin? ¿Para envenenar a Edmund y así resolver nuestros problemas? —sugirió en tono esperanzado.

—No —repuso Dynna—. Pero esta pócima no sólo es necesaria debido al regreso de los sacerdotes.

—¿Qué más ha sucedido?

Dynna le contó la conversación mantenida por Edmund y el otro hombre.

Matilda soltó un grito ahogado.

Dynna inspiró procurando tranquilizarse, preparándose para lo que estaba a punto de hacer.

—No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que lo maten —declaró.

—Haré lo que pueda para ayudarlos.

—No. Esta vez no quiero que te veas implicada. No puedo llevarte conmigo.

—¡Pero milady...!

Dynna no se dejó persuadir.

—Y tampoco puedo decirte nada más —agregó.

—Pero ¿por qué? Quiero quedarme con vos. ¿Quién os protegerá? ¿Quién evitará que os hagan daño?

—Sabes que los hombres de sir Edmund nos vigilan día y noche. Por eso necesito tu ayuda. Si ambas desaparecemos al mismo tiempo, sospecharían de inmediato. Así, la posibilidad de huir sin que lo noten será mayor.

A Matilda no le quedó más remedio que asentir.

—Haré lo que queráis, sea lo que sea, pero habéis de saber que preferiría acompañaros para ayudarlos —dijo.

Dynna le sonrió a su fiel compañera.

—No sólo eres mi criada, Matilda, también eres mi amiga. A excepción de mis padres, eres la persona en la que más confío. Por eso has de quedarte aquí y jurar que ignoras mis planes. No será una mentira, y no te harán daño.

—Si ésa es la mejor manera de ayudarlos, entonces lo haré.

Dynna le dio las gracias.

—Cuando llegue el momento de escapar, deberás ocultar la espada y el escudo del Halcón Negro en el exterior de la puerta de la torre —dijo—. Sé que no será fácil, pero espero que encuentres el modo de hacerlo.

—Lo encontraré.

Se miraron a los ojos y Matilda vio que lady Dynna estaba decidida. De todo corazón, deseó que su plan tuviera éxito.

Dynna aguardó el momento oportuno. Si regresaba a la habitación de Brage ahora, quizá suscitaría preguntas, puesto que no tenía motivos para volver hasta el día siguiente.

No se sorprendió al recibir un mensaje de sir Edmund «invitándola» a acompañarlo durante la cena. Se imaginaba lo que le esperaba. Como no quería darle motivos para dudar de ella o criticarla, se puso una enagua celeste y encima una túnica bordada azul oscuro, con broches dorados en los hombros, y le pidió a Matilda que le trenzara el pelo.

—¿Estaréis bien, milady? —preguntó Matilda en tono de preocupación cuando Dynna se dispuso a bajar a la Gran Sala y reunirse con Edmund.

Dynna le aseguró que estaría perfectamente.

—Ahora que sé a qué he de enfrentarme, y lo que haré al respecto, me siento más confiada —afirmó.

—Tened cuidado.

—No te inquietes. Seré muy cuidadosa. Esta noche, sir Edmund no tendrá motivos para desconfiar de mí.

Dynna se contempló en el espejo y ensayó una sonrisa agradable por última vez. Sabía que estaba preparada para enfrentarse a lord Alfrick, sir Edmund y los sacerdotes. Albergaba la esperanza de que sir Thomas estuviera presente, porque entonces habría alguien en la sala con quien podía contar.

Cuando Dynna apareció en la parte superior de las escaleras, sir Edmund estaba bebiendo una copa de cerveza con su padre. Hizo alarde de dejar la copa a un lado y acompañarla hasta la mesa.

—Estáis preciosa, querida mía —la alabó y le cogió la mano. Un brillo de aprobación le iluminó la mirada cuando la recorrió de arriba abajo.

Ella tuvo que esforzarse por disimular el disgusto que le causaba su mirada predadora, y le lanzó la sonrisa bien ensayada.

—¿Os habéis enterado de que esta noche tenemos huéspedes? —preguntó él.

—Matilda me informó del regreso de los sacerdotes. Volver a verlos será un placer.

—Me alegro de que os complazca tanto como a mí —dijo, y bajó la voz para que sólo ella lo oyera—: He hablado con el padre Corwin y ha consentido en casarnos. Dentro de una semana seremos marido y mujer.

—Eso fue lo que me dijeron. —Dynna no despegó la vista del padre Corwin. Sus miradas se cruzaron y, durante un instante, le pareció ver algo más que una amabilidad cortés en la expresión del sacerdote.

—Esta noche lo anunciaremos oficialmente.

Ella asintió con la cabeza.

—Buenas noches, padre Corwin, padre Osmar —los saludó gentilmente.

—Me alegro de veros, milady. ¿Cómo estáis? —preguntó el padre Corwin. Había casado a sir Warren y lady Dynna, y siempre había sentido afecto por ella. La muerte prematura de Warren lo había entristecido mucho.

—Me encuentro muy bien —contestó con rapidez.

—Enhorabuena por vuestra boda inminente.

Dynna le dio las gracias en tono formal, procurando ocultar sus verdaderos sentimientos.

Siguieron hablando sobre temas generales, de los viajes del padre Corwin y el padre Osmar a través de la comarca para atender a la población. Cuando Edmund los interrumpió para que Dynna saludara a otra persona, el padre Corwin aprovechó para examinarlos a ambos. Cuando le informaron de la boda, se sintió preocupado. Conocía muy bien a Edmund y nunca le había gustado. Warren había sido un hombre bueno y gentil, y un excelente marido, pero Edmund no lo sería en absoluto.

Entonces, al observarlos, el padre Corwin se dio cuenta de que ella no había elegido casarse con Edmund, tal como había sospechado desde el principio. Se aseguraría de hablar con lady Dynna en privado esa misma semana. Deseaba su felicidad y haría todo lo posible por ayudarla.

Lord Alfrick anunció que la cena estaba a punto de comenzar y llamó al padre Corwin para que bendijera la mesa. Habían preparado un auténtico festín en honor del anuncio. Cuando todos acabaron de comer, lord Alfrick se puso de pie. Todos los ocupantes de la sala guardaron silencio y esperaron sus palabras.

—Quiero anunciar que dentro de siete días será celebrada una boda entre sir Edmund, mi hijo, y lady Dynna —anunció en tono muy orgulloso.

La sala estalló en vítores. Dynna logró esbozar una sonrisa educada durante todos los brindis, cuando lo que realmente quería era huir de la sala gritando. Estaba impaciente por escapar. Sólo hubo un momento en el que casi perdió la compostura: cuando su mirada se cruzó con la de sir Thomas por accidente. Notó que se preocupaba por ella y eso casi supuso su perdición. Desvió la mirada lo más rápidamente posible, porque no quería que viera su apenas disimulada aflicción.

Ya era tarde cuando manifestó que necesitaba retirarse y se quedó perpleja cuando sir Edmund se mostró de lo más solícito.

—Os acompañaré a vuestra habitación.

Dynna sabía que discutir resultaría inútil y se limitó a cogerlo del brazo. Cuando llegaron ante su habitación, él se detuvo un momento para contemplarla.

—Formaremos una bonita pareja —dijo con voz pastosa—. Me sentiré orgulloso de teneros a mi lado.

—Sólo espero que me consideréis digna de vos.

Edmund le lanzó una sonrisa de borracho. Esa noche estaba menos batalladora que de costumbre y eso lo complacía.

—Es bueno que la llegada de los sacerdotes os haya ayudado a comprender cómo son las cosas —comentó—. Tal vez no tendré que domaros tanto como creí.

Ella apretó las mandíbulas.

—El deber de una esposa es complacer a su marido —asintió.

—Y seré vuestro marido muy pronto, Dynna. Muy pronto... —Edmund inclinó la cabeza, le estampó un beso apasionado en la boca y la estrujó entre sus brazos.

Haciendo gala de una gran fuerza de voluntad, Dynna toleró que la besara y la

tocara sin resistirse.

Cuando por fin la soltó, tenía el ceño fruncido.

—Sois un poco fría, pero no importa —dijo él. Le clavó la vista y su expresión se volvió lasciva—. Enseñaros a corresponder mi pasión supondrá un reto.

—Buenas noches —musitó ella.

—Buenas noches, prometida mía.

Antes de regresar a la Gran Sala, Edmund aguardó hasta que entrara en su habitación y cerrara la puerta. La docilidad de Dynna lo complacía y también que no hubiese mencionado a su hermano muerto durante toda la velada. Una vez que fuera suya, se encargaría de borrar todos los recuerdos de Warren de la mente de Dynna. Los días siguientes pasarían con mucha lentitud, pero la espera merecería la pena.

Dynna sentía ganas de gritar, pero el temor de que alguien la oyera se lo impidió. Se arrancó la ropa y se lavó para eliminar cualquier rastro de las manos de Edmund. Tras ponerse el camisón, se acostó, pero sabía que no conciliaría el sueño. De algún modo, tenía que urdir un plan para liberar a Brage y empezó a idear diversos planes para sacarlo a hurtadillas de la torre. Drogar al guardia para que no les impidiera el paso sería sencillo, pero lo más difícil sería atravesar la Gran Sala sin ser vistos, al igual que lo había sido para ella y Matilda cuando lo intentaron.

Durante un momento, consideró la posibilidad de recurrir a la ayuda de sir Thomas, pero descartó la idea de inmediato. Su honor lo obligaba a mantenerse fiel a lord Alfrick y no podía hacer nada que comprometiera la palabra dada. No, tendría que hacerlo sola. Fuera cual fuese el plan que forjara, sería el suyo.

Mientras permanecía tendida intentando urdir un plan para salvarlo, Dynna pensó en Brage. Llevaba el recuerdo de su beso grabado en el corazón: había sido suave y cálido. El de Edmund, una tortura.

Dynna se preguntó cómo reaccionaría ante lo que ella pensaba proponerle al día siguiente. No sabía si la creería, pero debía intentarlo. De algún modo, tenía que convencerlo de que escapara con ella. Ambos se necesitaban. Ella necesitaba su fuerza y él su conocimiento de la torre, de la comarca y sus habitantes.

Juntos, podían hacer un intento de alcanzar la libertad.

Brage pasó una noche inquieta. El recuerdo de lady Dynna y el beso impidieron que conciliara el sueño hasta la madrugada. No había querido besarla, pero incluso mientras reflexionaba sobre todos los motivos por los cuales había sido un error, no lograba olvidar cuán maravilloso fue.

Brage procuró dejar de pensar en ella, pero fue en vano. Había visto su valentía; su coraje era mayor que el de muchos guerreros. Era una sanadora de talento que había luchado por salvarle la vida cuando los demás lo hubiesen dejado morir. Dynna era una mujer excepcional y no se merecía el destino que querían imponerle. Casarla con sir Edmund era una crueldad que Brage no le hubiera infligido al más detestado de sus enemigos. Se preguntó si existiría un modo de ayudarla, pero comprendió que incluso pensar en eso era inútil: él era un prisionero, incapaz de ayudar a nadie.

Entonces empezó a sopesar la posibilidad de escapar. Consideró que cuando la puerta se abriera llegado el momento resultaría sencillo dominar al guardia y hacerse con su arma. Armado con la espada, confiaba en su capacidad de escapar con vida de la torre.

Entonces el recuerdo de Dynna se interpuso en sus planes, pero descartó la idea de llevarla consigo. No tenía ni idea de lo que haría con ella y además supondría ponerla en peligro. Quería escapar a solas. Si lady Dynna lo acompañaba...

Brage se reconvino mentalmente. Era imposible, no funcionaría. Aún incapaz de dormir, se levantó de la cama y se acercó a la pequeña ventana. Con la vista clavada en la nocturna campiña, se preguntó cuándo debería hacer el intento.

Dynna no veía la hora de que se hiciera de día. No se molestó en tomar el desayuno. Reunió lo necesario para afeitarse a Brage y se dirigió directamente a la habitación de la torre, procurando no parecer demasiado ansiosa. Saludó a Clive, el hombre que estaba de guardia aquel día, fingiendo una despreocupación que no sentía. Al entrar en la habitación, vio que Brage estaba sentado a un lado de la cama, al igual que el día anterior.

—Llegáis temprano, milady —comentó Brage. Su recuerdo no había dejado de rondarlo casi toda la noche y ahora, al verla, le pareció aún más encantadora.

Dynna se aproximó porque quería evitar que Clive oyera sus palabras.

—He de hablar con vos, pero ha de ser en voz baja —le dijo—. Hablaremos mientras os afeitó.

Brage notó que estaba tensa y se preguntó qué querría decirle. Se repantigó en la cama apoyado en un brazo y le lanzó una media sonrisa.

—Hablaremos, si gustáis. Olvidaos del afeitado —contestó.

—Debo tener un motivo para acudir, y afeitarnos es ese motivo.

—Si pudiera elegir, preferiría caminar. —Su mirada no se despegó de la suya.

—Los prisioneros no eligen. Les dicen qué han de hacer y cuándo —dijo ella, y su voz expresaba la amargura que la embargaba.

Al recordar su situación, la sonrisa de Brage se borró y su mirada se volvió sombría.

—Por supuesto, lady Dynna. Olvidé mi situación. Soy un cautivo y estoy a merced de vos. —Se preguntó si habría imaginado el beso que compartieron.

—De eso he de hablaros.

—¿De qué? Nada ha cambiado. Vos lo dijisteis: soy el prisionero de lord Alfrick.

—Sois su prisionero, de momento —dijo, haciendo hincapié en las dos últimas palabras.

—¿Qué queréis decir?

—Ayer por la noche descubrí que pronto dejaréis de ser un prisionero; habréis muerto. —Mientras preparaba el agua para ablandarle la barba, intentaba comportarse como si mantuvieran una conversación informal, por si Clive se asomaba a la puerta, pero vio que Brage le lanzaba una mirada aguda.

—¿Qué oísteis, exactamente?

—Sir Edmund planea mataros, sean cuales sean los planes de su padre...

—¿Qué planea lord Alfrick?

Dynna le humedeció la cara y empezó a afeitarlo sin dejar de hablar.

—Lord Alfrick envió un mensajero para hablar con vuestro padre, ofreciendo liberaros a cambio de quinientas libras de oro. —La información conmocionó al vikingo—. Cuando descubrieron que erais el Halcón Negro, comprendieron que teníais un gran valor para los vuestros.

—Así que por eso permitieron que me curarais —comentó Brage en tono pensativo.

—El mensajero está a punto de regresar con la respuesta. Lord Alfrick está convencido de que aceptarán el trato.

Brage se enfadó. Su mayor deseo era recuperar la libertad, pero lo enfurecía que su padre se viera obligado a pagar por ella en oro. La noticia sólo reforzó su determinación de escapar cuanto antes. Se salvaría a sí mismo y evitaría que su padre pagara el rescate.

Dynna siguió contándole todo lo que había oído sin dejar de afeitarlo:

—Sin embargo, Edmund tiene otros planes. En cuanto obtengan el oro, os matará y también a todos quienes acudan para pagar el rescate.

Al oír aquello, Brage se puso todavía más tenso.

—¿Por qué me lo decís? —inquirió.

—Os propongo un trato.

—¿Qué clase de trato?

—Ya os he dicho que aquí soy tan prisionera como vos y, al igual que descubrí que vuestra vida está a punto de llegar a su fin, también sé que la mía correrá el mismo destino. Mi situación es desesperada. El padre Corwin y el padre Osmar

regresaron a la aldea antes de lo esperado. Anoche, lord Alfrick anunció que Edmund y yo nos casaremos dentro de una semana.

—¿Y eso qué relación guarda con un trato entre nosotros?

—No me casaré con Edmund —respondió ella en tono tajante y alzó la barbilla—. Me iré de aquí antes de la boda. El trato que os propongo es el siguiente: os sacaré de la torre, a condición de que me acompañéis hasta la casa de mis padres. Una vez que haya encontrado refugio allí, me encargaré de que podáis regresar a vuestro hogar sano y salvo.

Brage la contempló con expresión atónita. Comprendía su necesidad de escapar de Edmund, pero él debía escapar a solas. El plan de Dynna era demasiado peligroso.

—¿Acaso no os dais cuenta de cuán rápidamente descubrirán vuestra ausencia y que Edmund os buscará por todas partes cuando descubra que habéis escapado?

—Por eso necesito que me acompañéis. Juntos, lograremos escapar del destino que están a punto de imponernos.

—Me niego a hacer ese intento con vos.

Su negativa la conmocionó y la enfadó.

—De lo contrario, ¿cómo pensáis ponerlos a salvo? —insistió Dynna—. Os ofrezco la libertad. Si no me lleváis con vos, os matarán.

—No pienso quedarme aquí esperando que me maten. Ya estaba planeando escapar, pero no pienso llevarlos.

—¿Por qué no? Conozco la comarca y los habitantes.

—Si escapamos juntos, sir Edmund redoblará el esfuerzo por atraparnos. Sois una mujer, sólo seríais un estorbo.

—Caminaré tan rápidamente como vos, vikingo —contestó ella y un brillo desafiante asomó a sus ojos grises.

—Sería demasiado peligroso. Si estoy solo, puedo centrarme en luchar. Si me acompañáis, me preocuparía por vos.

—Lucharé a vuestro lado.

—Podríais morir —le advirtió Brage.

—No me importa. Prefiero morir ahora, intentando llegar al hogar de mis padres, que casarme con Edmund y pasar el resto de mis días sufriendo. ¿Dónde me refugiaría? ¿Qué amor encontraría entre sus brazos? —La idea hizo que soltara una carcajada dura.

Sus apasionadas palabras lo hicieron dudar. Recordó su propia desesperación anterior, y que hubiese preferido la muerte antes que las cadenas y la humillación de ser el prisionero de lord Alfrick.

Dynna acabó de afeitarlo y se puso de pie.

Brage la miró fijamente, contemplando su orgullo y su belleza. La idea de que se casara con Edmund, que estuviera en su poder, obligada a cumplir con sus deseos, a compartir su lecho, lo hizo rechinar los dientes. Estaba seguro de que sir Edmund era un hombre rudo. Brage quería ayudarla, pero no quería ponerla en peligro. Si algo le

ocurriera mientras estaba con él...

—No sabéis lo que estáis diciendo, Lady Dynna —dijo al fin.

—No me casaré con sir Edmund. Abandonaré esta torre y me dirigiré a casa de mis padres, donde estaré a salvo. Os ofrezco la oportunidad de acompañarme y obtener vuestra libertad. Tengo una pócima que servirá para drogar al guardia; puedo hacerme con vuestra espada y vuestro escudo y dispongo de los medios para que ambos salgamos de la torre. Sin mi ayuda, jamás escaparéis.

—Cuando me marche, iré solo —repitió Brage, desgarrado por la idea de dejarla a merced de Edmund.

Dynna estaba desesperada. Detestaba coaccionar a Brage para que la acompañara, pero no tenía otra opción.

—Si os negáis a acompañarme —dijo, y su rostro expresaba una fiera determinación—, me encargaré de que jamás escapéis de esta torre. Ordenaré al guardia que os vuelva a encadenar junto a los perros.

Al verse acorralado, Brage logró controlar su ira a duras penas.

—Sabéis cómo conseguir lo que queréis, milady —gruñó.

—Sólo porque me habéis obligado. Haré lo que sea necesario para salir de aquí.

Se miraron directamente a los ojos, y Brage vio que su determinación era implacable; ella lo había obligado a aceptar el trato y dudó entre admirar su coraje al enfrentarse a él o enfadarse por ser manipulado.

—Bien, vikingo, ¿tenemos un trato? ¿Aceptáis mis condiciones? En última instancia, os beneficiará. Sólo tendréis que acompañarme a casa de mis padres, después quedaréis libre para iros.

Brage no tenía elección.

—De acuerdo. Bien, ¿qué otro plan tenéis? ¿Cuándo nos marchamos?

—Regresaré esta noche, cuando Perkin esté de guardia. Le diré que he de ayudaros a hacer ejercicio. La pócima lo dormirá y, una vez que se haya dormido, será fácil escapar de esta habitación.

—¿Y la Gran Sala? ¿Cómo la atravesaremos sin ser descubiertos?

—Para cuando llegue la noche, todo estará planeado.

Brage aceptó la idea de que huirían juntos de la torre con resignación. Se preguntó cuándo habían dejado de ser enemigos y, si no lo eran, ¿qué eran?

—¿He de confiar en vos? —preguntó.

—No os preocupéis. Mañana por la mañana nos habremos librado de lord Alfrick y sir Edmund.

Brage estaba inquieto, pero no podía hacer gran cosa. Ella había forjado los planes, él no había participado, sólo tenía que llevarlos a cabo. La idea le disgustaba bastante.

Dynna notó su expresión tensa y preguntó:

—Estáis lo bastante recuperado como para intentarlo, ¿verdad?

—La mera idea de recuperar mi libertad me proporciona la fuerza de cinco

guerreros. —Al menos, Brage se alegró de que su plan por parecer debilitado estuviese funcionando.

—Regresaré más tarde, cuando se haya hecho de noche.

Brage observó cómo se marchaba, con la cabeza en alto y porte aristocrático. De no haber estado tan furioso por las circunstancias, habría considerado que era una mujer magnífica.

Esa tarde, sentadas en su habitación, Dynna y Matilda compartían unos tensos momentos.

—¿Puedes hacerte con ellos y ocultarlos? —preguntó Dynna.

—Cuando oscurezca, lograré sacarlos de la torre y los esconderé en el arbusto cerca de los árboles, junto a la primera curva del camino, pero ¿y vos, milady? ¿Cómo sacaréis al vikingo de la torre sin que os descubran? ¿Qué les diré a la mañana siguiente, cuando comprendan que os habéis ido?

—Quiero que tomes una pequeña dosis de la pócima somnífera, esta noche, antes de acostarte. Así podrás decir que te obligué a beberla y que dormías profundamente y no te enteraste de nada. Servirá para convencerlos de tu inocencia en este asunto.

Matilda asintió a desgana. Quería ir con lady Dynna.

—Tendréis cuidado, ¿verdad? —le preguntó.

—Ésta es la última oportunidad que tendré para regresar a casa. No me queda más remedio que tener cuidado.

—¿Y Brage? No confiéis demasiado en él. Podría resultar peligroso.

—Sé que es de naturaleza salvaje, pero por eso mismo me resulta útil. Ansía recuperar la libertad, tanto como yo la mía, y por eso me fío de él. —La angustia que sentía se reflejaba en su mirada.

—Mis plegarias os acompañarán.

—Me temo que las necesitare —susurró Dynna.

Más tarde, después de cenar, Dynna regresó a la habitación de la torre, cargada con su cesta de remedios y una jarra de cerveza para Perkin. A Perkin le encantaba la cerveza y Dynna había echado una buena dosis de su pócima en la jarra: dormiría como un tronco durante horas. No sabía con cuánta rapidez surtiría efecto, pero en cuanto Perkin se durmiera, ella y Brage dispondrían del tiempo suficiente para escapar.

Perkin, aburrido, permanecía sentado en el pasillo delante de la habitación. El día había sido largo y, cuando subió las escaleras para relevar al otro guardia, comprendió que la noche lo sería aún más. Estaba cómodamente sentado en la silla cerca de la puerta cuando oyó pasos. Se puso de pie y fue a investigar; ahora que el Halcón Negro se encontraba mejor, no era habitual que alguien lo visitara durante la

noche.

Perkin se asomó al hueco de la escalera y vio a lady Dynna.

—Buenas noches, milady. Veros en esta noche solitaria es un placer.

Dynna le lanzó la más seductora de sus sonrisas.

—Buenas noches, Perkin. Te he traído un poco de cerveza. Pensé que quizá te gustaría beber un trago.

—Os agradezco, milady. Resultará reparador —dijo y cogió la jarra. Pensar en otros y ocuparse de sus necesidades era típico de Dynna.

—Que lo disfrutes. ¿Cómo se encuentra nuestro prisionero esta noche?

—No ha dicho ni una palabra desde que cogí el relevo, pero es lo normal. Es un hombre tranquilo; lo único que me preocupa es que a veces los tranquilos son los más peligrosos.

—Lo sé. Me alegraré mucho cuando haya regresado con los suyos. —Hablabla completamente en serio.

—¿Queréis entrar?

—Sí. Su estado me inquietaba. Esta tarde parecía un poco débil, así que sería mejor comprobar que no vuelva a tener fiebre.

—Os abriré, milady. —Perkin dejó la jarra en el suelo y se apresuró a abrir la puerta—. ¿Queréis que me quede con vos?

—No. Estaré perfectamente. Te llamaré si te necesito.

Él se quedó esperando que entrara y después echó el cerrojo. Todavía sonreía cuando se acomodó en la silla, cogió la jarra y bebió un buen sorbo. Era estupendo que lady Dynna se acordara de él. La cerveza estaba fresca y disfrutó de cada gota.

—Habéis cumplido con lo prometido —dijo Brage una vez que la puerta se cerró a espaldas de Dynna.

—¿Acaso lo dudabais?

—No —repuso, sonriendo al ver su expresión fiera.

—Le dije al guardia que esta tarde estabais débil y que por eso vine a veros tan tarde. Poneos de pie: comprobaremos si podéis andar —sugirió; quería hablar de sus planes pero debía hablar en voz baja para que no la oyeran.

—Vos sois la sanadora.

Dynna se acercó a él y le rodeó la cintura con el brazo. El contacto con su piel desnuda era embriagador, pero sabía que debía resistirse a la atracción: no era momento de pensar en cosas semejantes, sólo en escapar.

—¿Podéis recorrer la habitación? —preguntó, interpretando el papel de enfermera solícita.

Brage no pudo evitar una sonrisa y respondió en voz baja:

—Con vuestra ayuda, princesa, creo que podría salir caminando de esta torre.

Ella le devolvió la sonrisa con cierto nerviosismo. Casi había llegado la hora de escapar y no podía disimular su angustia.

—Necesitamos una distracción —susurró, al tiempo que fingían recorrer la

habitación lenta y dolorosamente—. Eché la poción en la jarra de cerveza de Perkin. Si se apresura a beberla, debería dormirse de inmediato.

—Podría simular una caída.

—No creo que sea necesario. Limitaos a fingir que estáis demasiado débil para regresar al lecho. Perkin acudirá a ayudarme en cuanto lo llame, pero aguardemos un minuto más. Quiero darle tiempo a beberse toda la cerveza.

Brage estaba ansioso por salir de la torre, no había pensado en otra cosa. Ahora que había llegado el momento, la idea de abandonar la torre lo entusiasmaba, pero sabía que debía tener unos minutos más de paciencia.

—Decidme cuándo queréis que mis fuerzas flaqueen, milady.

Antes de que ella contestara dieron dos lentas vueltas más por la habitación.

—Creo que ha transcurrido el tiempo suficiente —dijo al fin—. ¿Estáis dispuesto?

—Más que dispuesto. —Brage la miró fijamente. El brillo plateado de los ojos grises de Dynna expresaba su férrea determinación, y se apiadó de cualquier hombre que intentara detenerla.

Se dejó caer contra ella adrede y ambos se tambalearon.

—¿Estáis bien? —preguntó Dynna, elevando la voz para que Perkin la oyera.

Brage tropezó y se apoyó en ella.

—Es como si no pudiera mantenerme en pie...

—¡Perkin! —exclamó, aterrada porque no lograba cargar con su peso.

—¿Sí, milady? ¿Qué...? —El guardia vio que luchaba por sostener al vikingo.

Dynna notó que Perkin no parecía adormilado en absoluto y se preocupó. Había creído que se bebería la cerveza de inmediato y le ahorraría la necesidad de fingir. Si no había sido así, no podrían escapar.

—De pronto perdió fuerzas... No puedo sostenerlo... —explicó Dynna. Brage llevaba razón cuando dijo que ambos caerían al suelo si él apoyaba todo su peso en ella. Ya sabía que era un hombre fornido y poderoso, pero hasta ese momento no había comprendido hasta qué punto.

Perkin dejó el arma a un lado y fue a rescatar a la princesa. Cogió el brazo sano de Brage, lo apoyó en su hombro y acompañó al fornido vikingo hasta la cama.

Brage soltó un gemido que parecía auténtico.

—Parece sufrir dolores, milady —comentó el guardia.

—Lo sé —repuso ella—. Lord Alfrick se disgustará si empeora. Es importante que siga gozando de buena salud.

Bajo el peso de Brage, Perkin se tambaleó un par de veces y su propia debilidad lo desconcertó. Cuando por fin le ayudó a recostarse, Perkin se sintió extrañamente mareado.

El guardia se volvió hacia Dynna y ella le sonrió.

—Gracias por tu ayuda —le dijo—. No sé que hubiera hecho sin ti.

—¿Estaréis bien? ¿Necesitáis alguna cosa? —preguntó el guardia; de pronto

experimentó una tremenda soñolencia.

—No. Todo está bien.

Perkin se dispuso a abandonar la habitación, pensando que lady Dynna era muy valiente. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, se tambaleó. Se apoyó contra la pared y le lanzó una mirada desconcertada a lady Dynna.

—Milady... —Entonces se cayó al suelo, soltó un suave gemido y se quedó inmóvil.

Dynna observó fascinada el efecto de la pócima. Esperaba que Perkin no se hubiese hecho daño al caer, y se apresuró a comprobar que sólo dormía y no estaba herido.

—¿Perkin? —dijo y le rozó el hombro.

Pero éste no se movió.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Brage.

—Debe de haber bebido toda la jarra para dormir tan profundamente —contestó ella, mirando por encima del hombro—. Cuando despierte estará bien, no se ha hecho daño.

Trató de levantar al guardia, pero no pudo.

—Ayudadme, quiero tenderlo en la cama.

Brage se acercó, se arrodilló a su lado y cogió al guardia en brazos; cuando Dynna intentó ayudarle, la apartó.

Atónita, observó cómo transportaba al fornido guardia hasta la cama. Al ver que había recuperado las fuerzas hasta ese punto se puso nerviosa: durante todos esos días había estado jugando con ella... Dynna sintió un punto de desconfianza: si la había engañado acerca de su capacidad física para escapar, ¿qué más podía haberle ocultado? Pensó en huir sola, mientras aún pudiera, pero se aferró a su plan original por necesidad. Juntos, la posibilidad de alcanzar el refugio de la casa paterna era mucho mayor.

Brage se enderezó y se volvió hacia ella, y entonces vio su expresión.

—Os dije que la perspectiva de la libertad me daría la fuerza de cinco vikingos.

—Sí, ya lo veo.

Sus miradas se encontraron. Brage vio las llamas que ardían en sus ojos y supo que estaba furiosa.

—Maniatémoslo y amordacémoslo —dijo el vikingo—. Así, si despierta antes de hora, no podrá dar la alarma.

—No le hagáis daño. Perkin es un hombre bondadoso y no nos ha hecho nada malo.

Brage desgarró la manta y usó las tiras para atar y amordazar al guardia. Perkin no se movió. Mientras Brage le sujetaba las muñecas y los tobillos con los trozos de la manta, Dynna abrió la cesta y sacó la túnica y las botas de cuero suave proporcionadas por Matilda y se las tendió.

Brage se puso la túnica; le quedaba estrecha pero le cubría el pecho. Las botas

eran de su talla. Después atravesó la habitación, cogió la espada de Perkin y la alzó, disfrutando del placer de volver a estar armado. Era una buena espada, y se alegró. Si se veía obligado a luchar, quería estar lo mejor armado posible. Puesto que no disponía de su propia espada, habría de conformarse con aquélla.

Dynna lo observó mientras empuñaba la espada y vio el resplandor fiero en su mirada, el mismo que había visto la primera vez. Ya no le parecía un prisionero: ahora volvía a ser el guerrero vikingo y al comprender lo que había hecho Dynna tragó saliva.

Brage notó su mirada y se volvió hacia ella. Permanecieron en silencio, contemplándose fijamente y comprendiendo que la osada aventura que estaban a punto de emprender podía ser mortífera.

—¿Estáis segura de que queréis acompañarme? —preguntó Brage.

—Estoy segura —contestó ella sin dudar ni un instante.

Se mantuvieron la mirada unos segundos más, sabiendo que su destino estaba escrito.

—Vamos, en marcha —dijo él al fin.

Salieron de la habitación a hurtadillas y cerraron la puerta con llave antes de descender las escaleras y emprender la primera fase de su huida.

Avanzaron en silencio, procurando ocultarse entre las sombras, y al aproximarse a la capilla oyeron pasos. Dynna sufrió un instante de pánico, porque no había dónde ocultarse y, desesperada, cogió a Brage del brazo e indicó la puerta de la capilla. Se deslizaron dentro del oscuro recinto, esperando y aguzando los oídos hasta que los pasos se acercaron y pasaron junto a ellos.

Cuando volvió a reinar el silencio, Dynna soltó un suspiro. Sólo entonces notó el temblor de sus manos y que Brage estaba justo detrás de ella con la espada dispuesta. Su mirada osciló entre él y el arma.

—Me niego a regresar a esa habitación o a ser encadenado —dijo Brage.

—Estoy preocupada... No creí que a esta hora de la noche alguien andaría por ahí. Creí...

—¿Lady Dynna? ¿Necesitáis ayuda?

Se volvieron sobresaltados al escuchar la voz. El padre Corwin, que había estado dedicado a sus plegarias cuando la puerta se abrió y Dynna entró acompañada por un extraño, sólo tardó un instante en comprender lo que ocurría.

La pregunta del padre Corwin atravesó el silencio de la capilla. Dynna soltó un grito ahogado y Brage dio un paso hacia el sacerdote, dispuesto a luchar.

—Padre... Brage... No... —lo cogió del brazo para detenerlo—. No imaginé que alguien estaría aquí...

Corwin reconoció el tono angustiado de su voz y comprendió. Que hubiera aceptado la propuesta matrimonial de Edmund sin protestar lo había sorprendido.

—No temáis, lady Dynna, no supongo una amenaza para vos —dijo, arrodillándose y sin alzar la vista.

—He de abandonar este lugar, padre Corwin. No puedo quedarme aquí, no puedo casarme con Edmund.

—No temáis. No he visto nada fuera de lo común esta noche.

Dynna sintió un gran alivio. Él tenía el poder de poner punto final a su huida y había optado por no hacerlo.

—Gracias.

—¿Dynna? —Brage todavía estaba dispuesto a arremeter y al hablarle no despegó la vista del sacerdote.

—No pasa nada —lo calmó ella—. El padre Corwin es un amigo.

Brage lo dudaba, pero no dijo nada. No obstante, estaba dispuesto a todo mientras aguardaba el desarrollo de los acontecimientos.

El padre Corwin notó la ferocidad del hombre que la acompañaba y en cierto modo se alegró de que estuviera allí para protegerla. Ella necesitaría alguien que la defendiera, y se sintió orgulloso de que Dynna osara desafiar a sir Edmund.

—Tened cuidado al atravesar la Gran Sala —les dijo el sacerdote—. Habrá ojos observando. Sin embargo, si yo me marchara a esta hora, nadie me detendría ni me interrogaría.

—¿Iríais con nosotros?

—No puedo, pero buscad y procurad encontrar aquello que Dios ha dispuesto para vuestra salvación —dijo, indicando la capilla y la puerta que daba a la pequeña habitación donde él dormía.

Las palabras del sacerdote la desconcertaron y comprendió que albergaban un significado oculto. Recorrió la capilla en busca de algo que pudiera servirles de ayuda mientras Brage vigilaba junto a la puerta. Cuando se detuvo ante la puerta que daba a la habitación del padre Corwin, vio que encima de su estrecha cama había dos casullas plegadas.

—¡Os referíais a esto! —susurró y las cogió.

—Que la paz sea con vos, hija mía —contestó el sacerdote, mantuvo los ojos cerrados y prosiguió con sus oraciones.

Dynna regresó apresuradamente junto a Brage, que no comprendía lo que estaba haciendo.

—¡Tomad! ¡Ponéoslo! —le ordenó.

—¿Qué es?

—Es la casulla de un sacerdote. Poneos la capucha y si alguien os dirige la palabra, asentid con la cabeza y seguid caminando. Simulad que rezáis.

Brage se puso la larga casulla y se cubrió la cabeza con la capucha.

—Bien... Yo me pondré la otra. Así, si alguien nos ve, creerá que somos el padre Corwin y el padre Osmar. A condición de guardar silencio, nadie sospechará de nosotros.

Brage ocultó la espada de Perkin entre los pliegues de la casulla y Dynna se envolvió en la otra. Una vez más, estaban preparados para escapar.

—¿Hay algo que pueda hacer por vos, padre? —imploró Dynna—. ¿Lo que sea?

—Sed salva y feliz, lady Dynna. Es el deseo de Dios.

—Gracias, padre...

Antes de abrir la puerta para dirigirse a la Gran Sala, ella y Brage intercambiaron una última mirada.

Mientras descendían la escalera, pensaban en la promesa del buen sacerdote: de que rezaría por ellos. Dynna añadió sus propios ruegos, mientras que Brage elevó una plegaria a Odín, suplicando que los condujera fuera de la torre. Una vez en la campiña, se sentía capaz de enfrentarse a cualquier enemigo.

—Casi hemos llegado —musitó Dynna cuando alcanzaron la última curva de la escalera.

Brage inspiró profundamente, tratando de tranquilizarse, y aferró con más fuerza la espada oculta bajo la casulla, dispuesto a todo. No recordaba el aspecto de la Gran Sala, porque la fiebre lo había vuelto borroso y continuó avanzando detrás de Dynna en esos críticos tramos.

Dynna ansiaba echar a correr y dejar atrás la sala, pero sabía que no debía llamar la atención, así que avanzó con pasos lentos, tal como lo hubieran hecho el padre Corwin y el padre Osmar.

Cuando empezaron a atravesar la sala, espió por debajo de la capucha y vio a cuatro o cinco hombres repantigados ante las mesas. Cuando pasaron a tres metros de ellos, su temblor aumentó y sostuvo el aliento, aterrada.

—Buenas noches, padre Corwin y padre Osmar —exclamó uno de los hombres.

Dynna notó que Brage aferraba la espada oculta y casi sucumbió al pánico, temiendo un enfrentamiento, pero no se dejó amilanar y saludó al hombre con una silenciosa inclinación de la cabeza. Brage la imitó y siguieron avanzando. Dynna temió que el hombre los siguiera o dudara de su disfraz. Cada paso que daban hacia la puerta era una tortura; cada segundo que pasaba estaba lleno de dolorosa expectación. No soltó un suspiro de alivio hasta que oyó a los hombres, que volvían a hablar de temas intrascendentes.

Tanto Brage como Dynna sabían que aún los esperaba la peor de las pruebas: Tendrían que pasar junto al guardia apostado ante la puerta principal, y si alguien los escudriñaría sería él.

Brage no soltó la empuñadura de la espada. Una vez superada la primera prueba sin incidentes y vislumbrando la libertad, estaba dispuesto a silenciar a cualquiera que lo desafiara. Apretaba las mandíbulas con feroz determinación y tensaba el cuerpo mientras permanecía alerta, preparado para enfrentarse a cualquier indicio de un problema.

Dynna veía la noche oscura al otro lado de la puerta principal de la torre y sabía que casi estaban a salvo. Treinta metros más y habrían escapado de la horrorosa torre, sólo treinta metros más... Agachó la cabeza para que nadie viera su rostro y comprobó que las largas y anchas mangas de la casulla le cubrían las manos.

Cada paso que daban los aproximaba a la parte más difícil del trayecto. Dynna estaba convencida de que, si lograban atravesar la puerta principal, lograrían llegar hasta el hogar de sus padres.

—Buenas noches, padre Corwin, padre Osmar —los saludó el guardia cuando se aproximaron.

Ambos asintieron con la cabeza y siguieron avanzando... esperando y rezando.

—¿Problemas en la aldea, padre? —preguntó el guardia, sin sorprenderse de que dos sacerdotes se dirigieran a la aldea a esas horas. Solían hacerlo para atender a sus feligreses cuando surgía la necesidad.

Brage y Dynna se pusieron tensos, conscientes de que debían contestar. Claro que Dynna no podía hablar: hacerlo hubiese puesto fin a cualquier esperanza. Rezó con más fervor que nunca, con la esperanza de que Brage supiera qué y cómo responder.

Brage se detuvo y habló con una voz tan profunda como la del padre Corwin, e igual de autoritaria:

—Nos han informado de que hay un enfermo, así que hemos de ir a rezar con la familia.

Dynna contuvo el aliento y aguardó la reacción del guardia. Suponía que los encararía, pero se sorprendió cuando el hombre les franqueó el paso.

—Espero que todo vaya bien —comentó.

—Al igual que nosotros. Buenas noches —añadió Brage.

Salieron fuera bajo el cielo cuajado de estrellas y, cuando estaban a punto de acelerar el paso para distanciarse de la torre lo más rápidamente posible, el guardia los llamó.

—¿Padre Corwin?

Ambos se detuvieron. Brage se mantuvo de espaldas a la torre y desenvainó la espada, dispuesto a dar muerte a cualquiera que intentara detenerlo.

—¿Sí? —contestó.

—¿Oiréis confesiones mañana?

Brage ignoraba de qué estaba hablando y miró a Dynna de soslayo, con la esperanza de que le indicara qué decir. Al oír la pregunta del guardia, Dynna había palidecido, se le hizo un nudo en la garganta y creyó que el fin se acercaba. Miró a Brage y vio que esperaba que ella le diera una indicación. Angustiada, asintió con la cabeza.

—Mañana las oiremos —dijo Brage—. Ven a verme por la mañana.

—Gracias, padre. Así lo haré.

Brage le lanzó una media sonrisa a Dynna y volvió a ocultar la espada bajo la casulla.

—¿Estáis dispuesto a ir a la aldea, padre? —le preguntó.

Dynna asintió y le devolvió la tensa sonrisa.

Ahora que habían logrado huir, ambos saborearon la libertad. Era una sensación embriagadora, sobre todo para Brage. Quiso detenerse y soltar un grito de júbilo, pero no lo hizo y siguió caminando lentamente.

—¿Hacia dónde, milady?

Dynna aún no osaba hablar, así que señaló en dirección a la aldea. A medida que

se alejaban de la torre, el corazón le latía apresuradamente y se sintió muy animada. ¡Esta vez no habría invasores vikingos que la raptaran y frustrarían sus planes! ¡Esta vez lograría ponerse a salvo! Sobreviviría gracias a su ingenio y haría todo lo que estaba en su poder para evitar que sir Edmund la atrapara, cuando saliera en su busca al día siguiente..., y sabía que la buscaría. Pero no regresaría junto a él. Había recuperado la libertad y no pensaba perderla. Dynna no echó a correr, pese a sus deseos de hacerlo. Siguió caminando tranquilamente; el guardia diría que ambos sacerdotes habían ido a la aldea tarde por la noche y no habían regresado durante su turno de guardia.

No volvieron a hablar hasta que dejaron atrás la primera curva del camino.

—¡Allí! Hemos de buscar allí —dijo Dynna al ver el arbusto y los árboles, donde Matilda había prometido ocultar el escudo y la espada de Brage. No sabía cómo la criada se las habría arreglado para escabullirse de la torre o si lo habría logrado, pero confiaba en que sí. Matilda jamás le había fallado cuando Dynna la necesitaba.

—¿Qué buscamos? —preguntó él.

Tras la explicación, se abrió paso entre los arbustos en busca de su bien máspreciado. Cuando vio el gran hatillo envuelto en una tela y oculto detrás de un árbol, casi soltó un grito de júbilo dedicado a Odín. Dejó el arma de Perkin a un lado y arrancó la tela. Cuando volvió a sostener la espada de dorada empuñadura en la mano, una llama ardió en su pecho. Hubo un momento en que creyó que nunca volvería a sostenerla. Recogió el escudo, e inclinando la cabeza hacia atrás, alzó ambos al cielo en ofrenda a los dioses que lo habían protegido y concedido su libertad. Tras un instante de silenciosa contemplación, Brage se sintió vivo, fuerte y preparado para entrar en batalla. Se quitó la casulla del sacerdote y permaneció de pie ante Dynna.

Dynna guardó silencio al observar a Brage. Volvía a ser el orgulloso guerrero vikingo con el que se encontró la primera vez. Bajo los rayos plateados de la luna, parecía un guerrero poderoso e invencible y comprendió cómo había adquirido su temible reputación. Tenía un aspecto magnífico y se sintió fascinada por su fuerza y su apostura.

Algo se agitó en su interior, pero reprimió la atracción. Ella no significaba nada para él, sólo la había acompañado durante la huida porque lo había obligado a hacerlo, y por ningún otro motivo.

Pero mientras reflexionaba al respecto, se le ocurrió que, ahora que estaba armado y en libertad, ya no la necesitaba para nada. Si decidía emprender el camino a solas, ella no podría impedirselo. Ni siquiera amenazándolo con informar a sir Edmund de su huida, puesto que él sabía que ella jamás regresaría a la torre.

Brage contempló a Dynna bajo la luz de la luna, aún envuelta en la casulla, y pensó que nunca había estado más hermosa. Tenía el valor de una docena de guerreros vikingos, poseía el ingenio suficiente para engañar al enemigo más poderoso, y sin embargo sólo era una mujercita. Su aspecto era delicado, pero él sabía

que era fuerte. Parecía frágil, pero él sabía que era una leona. Recordó su beso y supo que poseía el poder de seducir incluso al más fuerte de los guerreros para alcanzar su propósito. Él estaba allí, ¿no?

Brage sintió un intenso deseo de tocarla, de abrazarla y alabarla por su plan. Ninguna otra mujer lo había afectado así. Cuando se lanzaba al ataque, sólo pensaba en la aventura; sin embargo, no se quitaba a Dynna de la cabeza y ahora habían escapado juntos, algo que él había jurado que no permitiría. No trató de comprender, sólo se concentró en idear una manera de poner la mayor distancia entre ellos y la torre en cuanto amaneciera.

—¿Por qué no os quitáis la casulla, Dynna? Quizás entorpezca nuestra huida.

—Oh... —Ella había supuesto que le diría que se las arreglara sola, y se desconcertó al descubrir que estaba esperando que se quitara la casulla. Se la quitó con rapidez.

—¿Algo va mal? —preguntó Brage, al ver su expresión desconcertada.

—No, nada —contestó, y sintió un gran alivio al saber que él no se marcharía solo.

—Parecéis preocupada.

Dynna sabía que él era capaz de interpretar su estado de ánimo, así que respondió con sinceridad:

—Creí que quizá seguiríais camino a solas, puesto que ya disponéis de vuestra espada y vuestro escudo.

—¿Dudasteis de que cumpliría con mi parte del trato? —Entonces fue el turno de Brage de mostrarse sorprendido y decepcionado.

—No estaba segura.

—Os di mi palabra. Teníamos un trato —repuso él.

—Entonces será mejor que nos marchemos. Hemos de dirigirnos al oeste.

—¿A qué distancia se encuentra el arroyo más próximo?

—¿Por qué? —dijo sin comprender. Quería atravesar el terreno abierto lo más rápidamente posible durante la noche, pero al parecer él tenía otra idea.

—No cabe duda de que vuestro príncipe irá acompañado de perros cuando salga a buscarnos. Será mejor que ocultemos nuestro rastro pronto, disolverlo en el agua para que no nos encuentren.

Dynna aprobó su decisión y se puso en marcha.

Avanzaron junto al camino, pero sin pisarlo. Cuando alcanzaron la curva desde donde se apreciaba la torre por última vez, Dynna se volvió para echar una última mirada a lo que antaño fue su hogar. Ya no parecía acogedor y cálido; ahora se elevaba en medio de la noche, oscura y siniestra, tan amenazadora como Edmund y, al pensar en él y en el horror que suponía ser su esposa, se estremeció.

—Marchémonos —insistió con rapidez y se persignó—. Espero que jamás vuelva a ver ese lugar.

Al seguir sus pasos, Brage albergó la misma esperanza.

El cielo se nubló y la noche se volvió más oscura, dificultando su marcha, pero no dejaron de avanzar. Casi una hora después, cuando llegaron al arroyo, Brage se adentró en las aguas que le llegaban hasta las rodillas, seguido de Dynna. El agua estaba helada, pero ella no protestó, sólo se concentró en seguirle los pasos. Brage insistió en que permanecieran en medio de la corriente.

—Si los dioses nos acompañan, habrá una tormenta antes de que amanezca —dijo Brage, escudriñando el cielo. Las nubes parecían amenazadoras—. Una lluvia intensa ayudará a borrar nuestras huellas y no podrán encontrarnos —añadió.

—¿Y si no llueve?

—Entonces será mejor que hayamos recorrido la mayor distancia posible antes de que se haga de día. Nos perseguirán a caballo.

La idea la dejó helada, aún más que las aguas, y un temblor incontrolable la sacudió al recordar cómo Edmund la había perseguido a caballo durante la primera batalla. Entonces sólo pretendía humillarla. No le había hecho daño, pero esta vez no creyó que actuara con la misma indulgencia. Había ayudado a escapar al prisionero y había huido con él. Si Edmund lograba atraparla, no sentiría compasión.

—Puedo caminar más aprisa —le dijo a Brage, echando un vistazo hacia atrás; de repente se sintió perseguida—. Hemos de darnos prisa.

Él le lanzó una mirada azorada, porque hasta ese momento habían avanzado a un paso regular y se preguntó si ella lograría mantenerse a la par si él caminaba al ritmo acostumbrado.

—¿Estáis segura?

Ella asintió, y una vez dejado atrás el arroyo aceleraron el paso y se dirigieron hacia el oeste.

Dynna emprendió camino a campo traviesa. No quería encontrarse con nadie, porque esta vez no podía permitirse ningún error. Tenía que llegar al hogar de sus padres, pues eran los únicos que podían salvarla.

Siguieron caminando durante toda la noche, atravesando tierras de cultivo y tupidos bosques. Un par de horas antes del amanecer, Brage se detuvo y se volvió hacia ella. Hacía horas que estaban en camino, y Dynna respiraba con dificultad.

—¿Necesitáis descansar? —preguntó.

—¡No! No nos detengamos —insistió ella—. Nos queda poco tiempo, pronto será de día.

Su aguante lo sorprendió y lo complació, de manera que prosiguieron sin descansar.

Poco antes del amanecer empezó a tronar, advirtiéndolos de la tormenta que se avecinaba. Buscaron cobijo bajo unos árboles cuyas ramas inclinadas los protegieron de los elementos y de ser descubiertos.

Empezó a llover, un chaparrón torrencial que lavó la campiña. Los rayos iluminaban el cielo y los truenos retumbaban a su alrededor. Ambos permanecieron

sentados bajo los árboles separados por unos metros, encogidos para protegerse de la lluvia y escuchando la furia de la naturaleza.

—¿De verdad creéis que esto nos ayudará? —preguntó Dynna, procurando controlar el temblor que la sacudía, pero con cada ráfaga del viento que acompañaba la tormenta sentía aún más frío.

—Sí. Cualquier rastro de nuestras huellas desaparecerá. El terreno ya era bastante abrupto, pero la tormenta nos ha proporcionado más tiempo.

—Bien. Edmund adivinará adónde nos dirigimos y tratará de encontrarnos antes de que logremos reunirnos con mis padres. Pero una vez bajo la protección de mi padre, estaremos a salvo. —Tuvo un nuevo estremecimiento ante la idea de lo que sucedería si Edmund la encontraba antes de que alcanzara su hogar.

Brage la miró y se quedó paralizado: el vestido empapado le ceñía el cuerpo y al ver la curva de sus pechos se le hizo un nudo en la garganta. Eran firmes y redondeados y, unido al recuerdo de su beso, notó que lo invadía una oleada de calor y volvió a sorprenderse ante su reacción. Estaban huyendo para salvar la vida, y sin embargo, en vez de considerarla una compañera, cada vez más pensaba en ella como mujer..., una mujer muy atractiva. Distinguía el contorno de su cuerpo y sólo entonces notó que temblaba.

—Sentaos a mi lado —dijo. Ella le lanzó una mirada cauta y trató de impedir que le castañetearan los dientes—. Tendréis menos frío si os sentáis junto a mí, Dynna.

—No... Yo... —Vaciló, pues pretendía mantener distancia entre ambos.

Entonces cayó un rayo y, al ver su expresión desconfiada, Brage dijo:

—Deberéis aprender a confiar en mí. Jamás he obligado a una mujer a hacer algo en contra de su voluntad, y no pienso empezar a hacerlo con vos.

Dynna sabía que tenía razón. Si iban a viajar juntos, tenía que confiar en él. Podría haberla abandonado, pero cumplió con lo acordado.

—De acuerdo —asintió, y se acercó a él.

Dynna trató de mantener cierta distancia entre los dos, pero Brage le rodeó los hombros con el brazo, la atrajo hacia sí, alzó el escudo y protegió a ambos de la lluvia.

Aunque se resistía, una vez que Dynna se apretujó contra su cuerpo cálido y musculoso, descubrió que ansiaba acercarse aún más. Sabía que era absurdo, pero era la primera vez que se sentía a salvo y protegida tras la muerte de Warren. Apoyó la espalda contra el pecho de Brage y él le rodeó los hombros con el brazo.

Lentamente, dejó de estremecerse y el calor del cuerpo de él la envolvió.

—¿Creéis que nos atraparán? —preguntó, necesitando que él la tranquilizara.

—No, si de mí depende —contestó Brage sin titubear—. Logramos escabullirnos de la torre sin ser vistos y después se desencadenó la tormenta. Al parecer, esta noche la suerte nos acompaña.

—Supondría un cambio —contestó ella, recordando la muerte de Warren y su captura por los vikingos cuando estaba a punto de alcanzar la libertad.

Habló en tono tan triste que Brage le lanzó una mirada compasiva.

—Supondría un cambio para ambos —dijo.

Dynna notó que la miraba y alzó la vista. Cuando sus miradas se encontraron, una ráfaga de lluvia los azotó. Se acurrucaron uno junto al otro y sonrieron.

—A lo mejor nos daremos suerte. Quizá juntos, nuestra suerte cambiará —comentó Dynna.

—Pienso encargarme de que así sea. —Brage habló en tono convencido. Tenía su escudo y su espada. Estaba a solas con Dynna, enfrentándose a la naturaleza y a sir Edmund, y no tenía intención de perder ninguna de las dos batallas. Sólo tenía que acompañarla a casa de sus padres; después podría marcharse.

De pronto, los planes y la marcha nocturna la afectaron, Dynna se sintió invadida por el cansancio y, sin poder evitarlo, soltó un suspiro.

Brage se dio cuenta de que estaba agotada. La había obligado a caminar a paso de guerrero y ella lo había seguido sin rechistar. Hasta el más resistente de los vikingos tendría que descansar tras semejante caminata.

—Descansad un poco —le sugirió—. No tiene sentido seguir avanzando hasta que el tiempo no mejore.

—Pero he de permanecer alerta. ¿Y si viene alguien? —dijo ella en tono de preocupación.

—Yo me mantendré en guardia. Dormid mientras podáis.

—No —replicó Dynna y se enderezó. Recordaba que al principio él se había negado a que lo acompañara y estaba decidida a seguirle el ritmo. Se negaba a dejarse mimar—. Somos compañeros. Yo también me mantendré en guardia.

—No es necesario que ambos permanezcamos despiertos —insistió Brage.

—O aceptáis que nos turnemos o bien yo permaneceré despierta y ambos nos mantendremos en guardia.

Brage notó su expresión determinada, esa a la que empezaba a acostumbrarse, la barbilla levantada y el brillo retador en sus ojos, y comprendió que discutir sería inútil.

—De acuerdo —concedió—. Descansad; yo procuraré dormir cuando hayáis despertado.

Ella asintió y se recostó contra él para alejarse de la lluvia. Su lento respirar y el latido de su corazón tuvieron un efecto tranquilizador y Dynna dormitó.

Brage no se movió y permaneció en guardia, procurando protegerla de la tormenta. El cuerpo de Dynna apoyado contra el suyo le parecía delicado, casi frágil; no obstante, era inteligente, rápida y de un coraje extraordinario, nunca se había encontrado con una mujer de esas características. Las que había conocido con anterioridad, en vez de hablarle a los hombres de igual a igual y tratarlos con sinceridad, confiaban en su astucia femenina para conseguir sus propósitos.

Dynna despertaba su curiosidad. Era viuda, pero no había perdido cierta inocencia. Cuanto más tiempo pasaba junto a ella, cuanto más la conocía, tanto

mayor era su deseo de evitar que le hicieran daño. Sobre todo Edmund.

Cuando Dynna se durmió profundamente, Brage lo notó. Incluso apoyada contra su pecho había conservado una postura rígida, pero ahora, mientras dormía, se relajó por completo y, al contemplarla con la cabeza apoyada contra su hombro, sintió un intenso deseo de protegerla. Pese a la oscuridad, su piel parecía luminosa y quiso rozar la suavidad de su mejilla, pero se resistió: no quería perturbar su sueño. Recorrió su cuerpo con la mirada, la curva de sus caderas, e instintivamente la abrazó con más fuerza. Era hermosa, incluso envuelta en el vestido sucio y empapado. Las mujeres que había conocido siempre vestían prendas elegantes, se perfumaban y llevaban joyas para atraerlo. Gracias a su temple y su coraje, Dynna lo atraía más que ninguna otra.

Al recordar el beso que intercambiaron sintió una opresión en el pecho y se preguntó si aquel instante extático sólo había sido un momento fuera del tiempo, intensificado debido a lo peligroso de su situación, o si significó tanto como él había creído. Quería saberlo, quería averiguarlo. Pero aún no era el momento adecuado.

Decidido a protegerla de los terrores que la amenazaban, Brage la acunó entre sus brazos sin desprenderse de su espada, porque no estaba dispuesto arriesgar la vida de ella. La protegería con la suya si fuera preciso.

—¿Dices que el Halcón Negro ha escapado? —Edmund clavó la mirada en el criado llamado Hammond, de pie al otro lado de la habitación. Estaba furibundo—. ¿Cómo ocurrió? ¿Dónde está Perkin? ¡Tráemelo! ¡He de hablarle!

—Uno de los otros hombres le está ayudando a bajar, milord —dijo Hammond.

—¿Está herido? ¿Hubo una pelea? ¿Por qué nadie oyó nada?

—Quizá Perkin pueda explicároslo. Todo es muy extraño... El guardia apareció en la puerta de la habitación, apoyado en Clive para no caer.

—¿Es verdad lo que dice Hammond, Perkin? ¿Que el Halcón Negro ha escapado? —preguntó Edmund.

—Sí, milord. Anoche el Halcón Negro no se encontraba bien. Lady Dynna estaba con él; estaba muy débil y no podía mantenerse en pie. Entré en la habitación para ayudarlo a acostarse.

—¿Dynna estaba en la habitación?

—Sí, milord. Cuando desperté era por la mañana, el prisionero había desaparecido y yo estaba maniatado y amordazado, encerrado en la habitación.

—¡Te engañaron! —gruñó Edmund.

—Pero parecía enfermo y muy débil...

—¡Estoy seguro de que el prisionero se encontraba perfectamente, so idiota! ¡Escapó!

—¿Y lady Dynna, milord? —Perkin adoraba a Dynna y temía que le hubiese sucedido algo—. Quizá se la llevó consigo, tal vez le hizo daño...

—Comprobaré dónde está lady Dynna —dijo Edmund apretando los labios. Quería decirles lo que creía que había ocurrido, pero se contuvo; el guardia no tenía por qué saberlo aún. Primero debía comprobar que sus sospechas eran ciertas.

—Iré a buscarla —se ofreció Perkin, pero cuando se disponía a abandonar la habitación, gimió y se agarró la cabeza—. No me encuentro bien. Me duele la cabeza...

—¡Tal vez debiera cortártela! ¡Entonces dejaría de dolerte! —soltó Edmund en tono malvado.

Perkin no dudó ni un instante de que, si le apetecía, sir Edmund cumpliría con la amenaza.

—No lo comprendo, milord. ¿Cómo pudo haber sucedido? ¿Por qué no desperté cuando me maniató? Ni siquiera lo recuerdo. Sólo tengo un recuerdo borroso... y este dolor insoportable... —dijo, y se frotó las sienes tratando de comprender.

Edmund sabía qué había pasado y cuando habló, a duras penas logró controlar la ira que lo embargaba.

—Id en busca de lady Dynna y traédmela —les dijo a Hammond y Clive.

—Sí, milord —respondieron y se marcharon apresuradamente.

Edmund hizo caso omiso del doliente Perkin y caminó de un lado a otro, aguardando y preguntándose si encontrarían a Dynna, aunque sabía que ella también había desaparecido. Recordó los días pasados y cuán calma y casi sumisa se había mostrado. Ese cambio de actitud debería haberle advertido de que tramaba algo. Estaba acostumbrado a su carácter indómito, a luchar con ella en cada momento. Lo había dejado en ridículo y la idea le hacía hervir la sangre.

—¿Sir Edmund? Lady Dynna no estaba en su habitación. Busqué a Matilda con la esperanza de que supiera dónde se encontraba; curiosamente, la criada aún estaba durmiendo —le informó Hammond; Clive permanecía detrás de él, inquieto.

—¡Despertad a la criada ahora mismo! —ordenó Edmund en tono duro.

Casi arrastraron a una drogada y soñolienta Matilda ante su presencia. Edmund se enfrentó a ella y a Perkin.

—¿Sí, milord? —dijo Matilda, frunciendo el ceño y bizqueando. Le dolía la cabeza y sentía un gran letargo. Era como si arrastrara piedras.

—¿Dónde está tu ama? —preguntó Edmund.

—¿Durmiendo tal vez, milord? —respondió Matilda—. ¡Ay..., me duele la cabeza...!

—Tu respuesta no me hace gracia —masculló él—. ¿Dónde está lady Dynna?

—No lo sé —contestó y no mentía—. Anoche, cuando la vi, se preparaba para irse a la cama. Entonces acostumbro dejarla, si no me necesita. ¿Por qué, milord? —añadió, lanzándole una mirada curiosa y ligeramente inquieta—. ¿Algo va mal?

—El Halcón Negro ha escapado y, al parecer, lady Dynna se ha ido con él.

Matilda simuló estar conmocionada por la noticia, pero en realidad se alegraba de que su ama hubiera logrado escapar.

—No está en la torre —prosiguió Edmund, aproximándose a la desventurada criada—. Quiero que me digas lo que sabes acerca de esto. Eres su fiel criada. Quiero saber todo lo que te ha dicho acerca del prisionero.

Matilda lo contempló con expresión desconcertada.

—Sólo soy su criada, milord. Casi no me dijo nada sobre el Halcón Negro. Sólo sé que ya no tenía fiebre y que sus heridas cicatrizaban. Ella procuró que abandonara el lecho, pero ignoro si él se había recuperado.

—¡Es evidente que se había recuperado! —gritó Edmund; tenía ganas de estrangular a la criada—. ¡Se había recuperado hasta tal punto que de algún modo logró salir andando de la torre sin ser visto! ¡Anoche un vikingo pasó a nuestro lado y nadie lo notó! ¡Por suerte no nos masacró a todos mientras dormíamos!

—Yo estuve despierto y en pie hasta tarde —dijo Hammond—, pero no observé nada raro, milord. Todo estaba tranquilo.

—Registrad la torre, desde el techo hasta el subsuelo —ordenó Edmund—. Registrad cada rincón, cada sombra, cualquier posible escondrijo. Comprobadlo una vez, y después volved a comprobarlo y enviadme al guardia que estuvo apostado en la puerta anoche.

—Sí, milord. —Hammond abandonó la habitación, seguido de Clive.

Edmund se volvió hacia el guardia.

—¿Bebiste algo anoche, Perkin? ¿Algo fuera de lo habitual? —Después se dirigió a Matilda—: ¿Y tú, Matilda?

—Tomé una copa de cerveza con la comida, milord, como siempre —contestó Perkin. Se concentró, procurando recordar lo ocurrido y entonces recordó que Dynna le trajo una jarra de cerveza.

—¿Nadie os dio de beber o comer algo diferente? —preguntó Edmund.

—Lady Dynna... —soltó Perkin, aunque detestaba la idea de que una mujer tan encantadora le hubiera hecho algo así.

—¿Qué hizo nuestra bella Dynna?

—Me trajo una jarra de cerveza, anoche cuando fue a ver al prisionero.

—Ah, así que lady Dynna, nuestra sanadora que utiliza pócimas y medicinas, te dio de beber... —Edmund le lanzó una sonrisa cómplice y el odio resplandecía en su mirada al pensar en sus maquinaciones—. ¿Y tú, Matilda? ¿Qué te dio de beber tu ama?

—Antes de dejarla, bebí una pequeña copa de vino en la habitación de mi ama.

Ante la confirmación de sus sospechas, la expresión de Edmund se tornó aún más feroz.

—¿Tienes alguna idea de dónde podría encontrarse ahora mismo?

—No, milord. Dormí profundamente toda la noche. Esta mañana ni siquiera me di cuenta de que era muy tarde. Suelo levantarme al alba.

—Ve a buscarla junto con los demás. Encuentra a tu ama y tráemela. Si valoras tu vida, te convendría rogar que la encuentren en la torre.

—¿Adónde podría haber ido?

—¡Sí, adónde, dado que el vikingo ha desaparecido! —rugió Edmund, rojo de ira. Aún no habían informado a su padre de la huida del vikingo, y no quería decirle nada antes de saber todos los detalles.

Edmund se acercó a la ventana de su habitación con los puños apretados. Al contemplar el paisaje empapado por la lluvia maldijo el tiempo, que no daba muestras de mejorar. Hasta donde alcanzaba la vista, nubes plomizas cubrían el cielo. Si Dynna y el Halcón Negro habían logrado huir de la torre, rastrearlos resultaría imposible. La lluvia, que no había dejado de caer desde la madrugada, habría borrado sus huellas.

Edmund se sentía profundamente humillado e hizo crujir los dientes, presa de una furia silenciosa. Siempre había sabido que Dynna era una mujer briosa, pero esa vez había ido demasiado lejos. La encontraría, y entonces...

Frunció el entrecejo al pensar en el castigo al que la sometería. Había planeado honrarla convirtiéndola en su esposa, pero ya no. Al escapar con el vikingo, ella había escrito su propio destino. Se quedaría con ella y con su dote, pero no se casarían. Había demostrado que era indigna de ser su dama. Se la llevaría al lecho y la usaría como le viniera en gana. Antes la deseaba, ahora sólo la aborrecía. Había planeado enseñarle a obedecer, ahora la haría sufrir, la castigaría y la humillaría ante todo el mundo.

Entonces pensó en su padre y la ira de Edmund dio paso a un escalofrío: lord Alfrick estaría furioso ante la pérdida de su prisionero. Pronto, Hereld regresaría con noticias de Anslak. Sin el Halcón Negro, no habría intercambio. Debía encontrarlo y estaba convencido de que cuando lo hiciera, también encontraría a su «prometida».

Estaba seguro de que su padre no se opondría a sus intenciones con respecto a Dynna. A fin de cuentas, ella había estropeado sus meticulosos planes liberando al vikingo.

El recuerdo del interés que Dynna demostró por el vikingo desde el principio acuciaba a Edmund y se preguntó si se habría acostado con él cuando lo visitaba a solas, en la habitación cerrada con llave. La posibilidad incrementó su cólera. ¡Acabaría por ver muerto al Halcón Negro! Lo mataría lenta y dolorosamente ante la mirada de Dynna; la obligaría a arrastrarse ante él, suplicando compasión y perdón y disfrutaría cada instante de su subyugación.

La imagen lo complació y sonrió por primera vez aquella mañana, una sonrisa que no guardaba la menor relación con la alegría o el júbilo. Dynna pagaría por lo que había hecho.

—¿Algo te ha complacido, hijo mío? —preguntó lord Alfrick entrando en la habitación acompañado de sir Thomas. Se había encontrado con un criado en la escalera, al que le preguntó dónde encontrar a Edmund.

—Sonreía porque imaginaba que el Halcón Negro estaba muerto. —Edmund se volvió hacia su padre, la conversación que se vería obligado a mantener no le hacía ninguna gracia.

—No olvides, hijo mío, que el Halcón Negro debe estar vivo para poder hacer el intercambio —le advirtió su padre.

—Comprendo. —El hecho le disgustaba—. He de darte una noticia, pero no es buena.

—No sé de qué hablas —dijo Alfrick con expresión inquisidora—. ¿Qué noticia? ¿Acaso Hereld ha regresado con la negativa de Anslak a pagar?

Ojalá fuera tan sencillo, pensó Edmund.

—No. Hereld todavía no ha regresado de su viaje.

—Entonces ¿qué te preocupa?

—Acaban de informarme de que el Halcón Negro ha escapado.

Durante unos segundos reinó el silencio, luego lord Alfrick rugió:

—¿Qué?

—¿Decís que el Halcón Negro ha desaparecido? —preguntó sir Thomas a su vez.

—¿Cómo es posible? —exclamó Alfrick—. ¿Y Perkin? ¿No estaba vigilando la puerta? ¿Lo han matado?

—Perkin no está muerto, padre.

—¡Hubiese sido mejor para él que lo estuviera! —gritó lord Alfrick, encolerizado.

—No, padre. Al parecer, lo drogaron, lo durmieron administrándole una pócima preparada por mi amada prometida —dijo Edmund en tono violento.

—¿Dices que Dynna ayudó a escapar al Halcón Negro? —preguntó Alfrick.

—Eso es lo que parece.

—¿Dónde está? —gruñó su padre.

—Ella también ha desaparecido —contestó Edmund en tono abrupto—. Están registrando la torre, pero creo que ella drogó a quienes podrían interponerse en su camino y huyó con el vikingo en algún momento de la pasada noche.

Lord Alfrick estaba tan indignado como su hijo.

—En cualquier momento habrá noticias sobre el intercambio. Hereld regresará en los próximos días. ¡Encuentra al vikingo, Edmund! Utiliza cualquier recurso, pero encuéntralo. ¡Y tráemelo! —dijo, con los ojos brillantes de ira.

—Sí, padre.

—Sir Thomas. —Lord Alfrick se dirigió a su hombre de confianza.

—Sí, milord.

—Acompañad a mi hijo y prestadle la ayuda necesaria. Debo hacerme con el Halcón Negro antes de que los vikingos lleguen con el rescate. ¡Ha de ser encontrado!

En ese momento, Hammond regresó para informar sobre el registro de la torre. Edmund le ordenó que contestara con rapidez.

—Lamento decirles que no encontramos nada, sir Edmund. No hay rastros de lady Dynna ni del prisionero. Lo único que echamos a faltar es el escudo y la espada del Halcón Negro, y también la de Perkin.

Le dijeron que podía marcharse justo cuando apareció otro hombre.

—Milord, sir Edmund, soy Angus —se presentó—. Anoche estaba de guardia

ante la puerta.

—¿Observaste algo raro? ¿Tarde, quizá después de medianoche?

—No, milord. Fue una noche tranquila. Los únicos que salieron de la torre fueron el padre Corwin y el padre Osmar, camino de la aldea.

—¿El padre Corwin y el padre Osmar? —dijo lord Alfrick en tono duro—. ¿Por qué los piadosos padres habrían de abandonar la torre a semejante hora?

—Dijeron que iban a visitar a un enfermo. Los observé un rato, y se dirigieron a la aldea.

—¿Cuándo regresaron? —Alfrick desconfió de inmediato.

—No lo sé. No los he visto.

—Puedes irte. —Lord Alfrick se dirigió a su hijo y sir Thomas—. Edmund, ve en busca de los sacerdotes y tráemelos. Los recibiré en mi cámara privada junto a la Gran Sala.

Edmund salió de la habitación con paso firme y se dirigió a la capilla.

Lord Alfrick miró a sir Thomas.

—Si Dynna ha escapado —le dijo—, hay un solo lugar adonde iría, y es a casa de sus padres. Buscaremos en esa dirección. Quiero recuperar al Halcón Negro.

—¿Y qué hay de Dynna?

—Ya no significa nada para mí. Ha avergonzado a mi hijo rompiendo su promesa de casarse con él.

—¿Y si el vikingo la tomó como rehén? —preguntó sir Thomas, preocupado por la princesa. La idea de que le hicieran daño le resultaba insoportable.

—¿Habéis olvidado que tanto Perkin como Matilda fueron drogados? Ella es experta en hierbas y pócimas curativas. Ella lo planeó. Sabía exactamente qué estaba haciendo.

Sir Tomas lo miró fijamente, veía que estaba realmente enfadado y que deseaba castigar tanto al prisionero como a Dynna. Sir Thomas quería abogar por ella, pero no dijo nada. No podía reconocerlo abiertamente, pero comprendía la decisión de Dynna de volver a escapar para evitar la boda convenida. Lady Dynna había amado a Warren, pero Edmund... Edmund no se parecía a su hermano en absoluto; sir Thomas aún lamentaba la muerte inesperada del joven. A veces observaba la maldad de Edmund y se hacía preguntas sobre las circunstancias en torno a la muerte de Warren en el accidente de caza...

Lord Alfrick y sir Thomas abandonaron la habitación y bajaron a la cámara privada junto a la Gran Sala para aguardar la llegada de los sacerdotes. El padre Corwin y el padre Osmar no tardaron en reunirse con ellos, acompañados de Edmund.

—¿Qué ha ocurrido, milord? —preguntó el padre Corwin al ver la expresión tensa de Alfrick.

Éste les contó la funesta noticia.

—¿Decís que el vikingo se ha llevado a lady Dynna como rehén? —fue el

comentario espantado del padre Osmar.

—No. Creemos que ayudó a planear su huida.

—¿Lady Dynna? —El padre Corwin parecía conmovido—. Pero ¿cómo?

—De eso quisiera hablaros. Anoche, cuando partisteis rumbo a la aldea, Angus vigilaba la puerta de la torre. Me pregunto si visteis algo raro al regresar.

—Lo siento, milord, pero no comprendo. —El padre Osmar le lanzó una mirada desconcertada—. Anoche no fui a la aldea.

—Ni yo —añadió el padre Corwin; no mentía—. Oré en la capilla hasta tarde y luego me retiré.

Lord Alfrick lanzó una mirada elocuente a Edmund y sir Thomas.

—Angus, ¿qué llevaban los padres anoche, cuando abandonaron la torre?

—Sus habituales casullas oscuras, milord.

—Eso es imposible —dijo el padre Osmar.

—Decidme, ¿tenéis más de una casulla?

—Tengo varias. Están en mi habitación —contestó el padre Corwin.

—Yo también tengo varias —añadió el otro sacerdote—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Angus está seguro de que anoche vio salir a dos personas, o al menos a dos personas vestidas como vosotros. Comprobemos si vuestras casullas aún están en vuestras habitaciones.

Se dirigieron a toda prisa a las habitaciones de los sacerdotes y abrieron la puerta del padre Corwin; tras registrarla, comprobaron que faltaban las casullas.

—No las eché en falta esta mañana, puesto que ya había preparado la ropa que me pondría hoy —les explicó el sacerdote.

—¿Y no visteis ni oísteis nada inusual durante toda la noche? —preguntó Edmund en tono duro.

—Nada en absoluto. Oré hasta muy tarde y después me retiré. —No mentía. Que lady Dynna acudiera a la capilla no era inusual, pues solía rezar allí con frecuencia. Al contemplar a sir Edmund, supo que ella rezaba para librarse de él. Deseaba de todo corazón que lograra llegar sana y salva adondequiera que se dirigía. Se merecía ser feliz.

—¿Estáis seguro? —insistió Edmund, con la esperanza de que recordara algo extraño sucedido a altas horas de la noche.

—Por supuesto que lo estoy. ¿Acaso creéis que os mentiría? —contestó en tono desafiante; detestaba a Edmund pero sabía que no debía manifestar sus sentimientos abiertamente.

—Edmund no dudaba de vuestra sinceridad, padre. Sólo ansía encontrar a lady Dynna —terció lord Alfrick—. ¿Y vos, padre Osmar, qué hacíais anoche?

—Me retiré muy temprano. Estaba fatigado, el día fue muy largo.

Lord Alfrick asintió, aceptando sus palabras.

—¿Necesitáis algo más de nosotros, milord? —preguntó el padre Corwin.

—Sólo vuestras plegarias. Rogad que deje de llover para que podamos encontrar

al Halcón Negro antes de que llegue su padre con el oro del rescate.

Los sacerdotes abandonaron la habitación con la cabeza inclinada en actitud reverente.

—Sigo pensando que es extraño que su criada ignorase su plan de escapar —dijo Edmund.

—¿Por qué lady Dynna habría de administrarle la poción si Matilda conocía sus planes? —Thomas intentó desviar la sospecha de la criada. Sabía que Edmund tenía muy mal genio y no quería que Matilda pagara por la huida de Dynna.

—Es verdad —asintió lord Alfrick—. No malgastes tu tiempo con la criada. Es más importante que iniciemos la búsqueda de ambos lo antes posible. Puesto que es evidente que abandonaron la torre antes del amanecer, nos llevan una ventaja considerable. El Halcón Negro vuelve a estar armado, así que no resultará fácil atraparlo con vida, pero hemos de hacerlo.

—Dynna procurará regresar junto a su familia, no tiene otro lugar adonde ir. En cuanto amaine la lluvia cabalgaré en busca de ellos. No regresaré hasta lograrlo —dijo Edmund en tono áspero y se dirigió rápidamente a los establos para prepararse. Volvió a maldecir a Dynna y a la lluvia que le dificultaba la empresa.

—Cabalaré junto a sir Edmund en cuanto mejore el tiempo. ¿Requerís algo más de mí? —preguntó sir Thomas, dirigiéndose a su señor. Su ofrecimiento parecía normal, pero además de encontrar a Dynna y al vikingo tenía otros motivos para querer acompañarlo.

—No. Podéis marcharos.

—Si me necesitáis, estaré en la Gran Sala, esperando que amaine la tormenta.

Una vez se hubo marchado, lord Alfrick permaneció en su cámara privada, rumiando lo ocurrido y planeando una estrategia para habérselas con Anslak, en caso de que llegara para realizar el intercambio antes de que encontrasen a su hijo.

Sir Thomas entró en la Gran Sala y vio que el padre Corwin se disponía a subir las escaleras que conducían a la capilla.

—Padre Corwin... —lo llamó—. ¿Tenéis tiempo para beber una jarra de cerveza antes de iniciar vuestras oraciones?

—Me agradaría. —Intercambiaron una mirada de complicidad y tomaron asiento ante una de las mesas—. Parecéis preocupado, sir Thomas —prosiguió el sacerdote—. ¿Necesitáis hablar conmigo? ¿Hay algo que aflige vuestra alma?

—No, padre —dijo soltando una risita—. No estoy en pecado, sólo disfruto de la paz ofrecida por vuestra compañía.

—Y yo de la vuestra.

—Siento predilección por lady Dynna. La aprecio y me preocupa lo que pueda ocurrirle.

El sacerdote echó un vistazo en torno para asegurarse de que podía hablar sin ser oído. Luego se dirigió a sir Thomas en voz baja:

—Yo también estoy preocupado. Edmund sólo piensa en su humillación, pero yo

sólo puedo pensar en el dolor que Dynna sufriría si se casara con él. Antes ya la habría tratado con dureza, pero ahora...

—Lo sé. Es una mujer demasiado buena como para que la obliguen a casarse con él. Warren era un buen marido, pero éste... —Sir Thomas sabía que referirse a Edmund de ese modo no estaba bien, pero no podía evitarlo.

—Warren amaba a Dynna. Fue un marido bondadoso y fiel. La habría hecho feliz... si hubiese seguido con vida... —El padre Corwin se interrumpió, para que sir Thomas supiera que él también albergaba dudas acerca de la muerte prematura de Warren.

Sus miradas se encontraron y ambos comprendieron que habían hallado un alma gemela. Guardaron silencio, al tiempo que se preguntaban qué podían hacer para ayudar a Dynna.

—Rogaremos a Dios que esté a salvo —dijo el padre Corwin por fin.

—Es mi mayor deseo —repuso sir Thomas, asintiendo con aire pensativo—. Quisiera volver a verla feliz.

—Yo también.

El constante rumor de la lluvia lo adormilaba y Brage se obligó a permanecer alerta. El tiempo transcurría con lentitud y el cielo gris comenzaba a clarear. Le hubiese gustado descansar, pero ahora no podía permitírselo. Dormiría cuando el peligro fuera menor. Ahora no era el momento.

Brage recordó que Dynna había insistido en compartir la guardia y no dudaba de su deseo de ayudarle. Sabía que era tan lista e ingeniosa como cualquier hombre, pero si los descubrían sería necesario recurrir a la fuerza bruta para conservar la vida y la libertad, y ella no era lo bastante fuerte como para blandir una espada y enfrentarse a Edmund y a sus hombres.

Dynna estaba acurrucada entre sus brazos. Brage sabía que debía de estar exhausta para dormir tan profundamente. Se dedicó a contemplarla y su mirada acarició la curva de su cuello y el delicado contorno de su mejilla. Las manchas oscuras bajo sus ojos atestiguaban su cansancio y no se sintió culpable por dejarla dormir. Para mantenerse a la par de él necesitaba descansar. Siguió rodeándola con el brazo, protegiéndola, dándole calor y consuelo sin dejar de permanecer alerta.

Más tarde, cuando la lluvia se convirtió en una llovizna, Brage supo que debían volver a ponerse en marcha. Detestaba despertarla, pero no le quedaba otra opción. Si querían conservar la libertad, no podían quedarse en el mismo lugar durante demasiado tiempo.

—Milady —dijo en voz baja y le rozó la mejilla—. Ha amanecido y debemos seguir.

Dynna despertó, sobresaltada. Había soñado que volvía a estar en casa con su madre, sana y salva, y amada. Despertar bajo la lluvia en medio del fango y el peligro

supuso una conmoción. Lo único que la tranquilizó fue la presencia de Brage y entonces recordó su promesa.

—No me despertasteis para mi turno de guardia —protestó.

—La noche fue tranquila. Bajo la lluvia reinaba el silencio.

—Eso no fue lo que acordamos.

—Aún no siento la necesidad de descansar —contestó Brage—. Venid, hemos de ponernos en marcha mientras todavía haya tiempo.

Dynna se dio cuenta de que seguir discutiendo era en vano y, aunque no le gustaba reconocerlo, incluso ante sí misma, su necesidad de dormir había sido muy grande. Sus ropas empapadas eran un incordio, pero todo merecía la pena con tal de haberse librado de Edmund.

—Estoy preparada —dijo—. Nos dirigiremos al norte y después otra vez al oeste.

Entonces observó un destello parecido al respeto en la mirada de él. No sabía qué esperaba de ella, pero Dynna había prometido que le seguiría el ritmo.

Abandonaron el refugio de los árboles y una vez más avanzaron a campo traviesa, alejándose de la torre. La llovizna era persistente y no cesó hasta bien entrada la mañana, cuando el cielo empezó a despejarse.

—Quizás ahora se seque mi vestido —comentó Dynna; su prenda empapada la incomodaba.

También Brage iba empapado, pero estaba acostumbrado a la incomodidad. Las palabras de Dynna eran una afirmación, no una queja, pero comprendió que debía encontrar ropa seca para ella. Hasta ese momento se habían mantenido alejados de cualquier vivienda, pero entonces Brage se encaminó hacia lo que, a lo lejos, parecía una pequeña granja.

—Esperadme aquí —dijo cuando se detuvieron en un alto a cierta distancia de la choza. Divisó a un hombre y una mujer trabajando en los campos, lejos de la casa, y consideró que podía acercarse sin peligro.

—¿Qué pretendéis hacer? —preguntó ella, nerviosa ante la idea de que los descubrieran.

—Obtener comida, Dynna. Aquí tiene que haberla.

Dynna había estado hambrienta desde que se despertó, pero se lo había callado. Se culpaba a sí misma por no haber pensado en llevar comida.

—¿Y si os atrapan?

Brage le lanzó una mirada incrédula. Era un saqueador avezado. ¿Cómo podía dudar de su capacidad de obtener comida?

—Tranquilizaos. Nadie me verá —contestó.

Se desprendió del escudo, le indicó que no se levantara y avanzó cautelosamente con la espada en la mano. De manera furtiva se deslizó dentro de la choza de una sola habitación, observado nerviosamente por Dynna desde el alto.

Había sospechado que la familia sería pobre y no se equivocó. Se apropió de media hogaza de pan duro y un trozo de queso y luego registró sus escasos bienes y

encontró lo necesario para encender un fuego. Envolvió todo en un paño y, cuando se disponía a salir de la choza, vio un pequeño cofre a los pies de la cama. Lo abrió y encontró un vestido rústico demasiado holgado para Dynna y una túnica y pantalones de hombre que parecían más pequeños. Al menos estaban secos, y sin pensárselo dos veces también se los llevó, salió de la choza sin ser visto y regresó junto a Dynna.

—Hemos de irnos —le dijo—, si regresan a la choza antes de la puesta del sol podrían descubrir el robo.

—¿Encontrasteis alimentos? —preguntó ella, con la vista clavada en el hatillo.

—Lo bastante para un par de días. Volveré a robar más si fuera necesario —contestó él.

Dynna pensó que el padre Corwin se sentiría consternado por el robo, pero sin la osadía de Brage hubieran pasado hambre. Estaba impaciente por alejarse, detenerse y comer.

Antes de buscar un sitio para descansar, Brage se aseguró de que hubiesen recorrido una distancia considerable. Por fin descubrió un lugar tranquilo en la arbolada orilla de un pequeño arroyo, lo bastante apartado para proporcionarles el refugio necesario.

Brage le tendió la ropa.

—No sé si os sentará bien, pero al menos está seca —dijo, observando el vestido húmedo y cubierto de lodo de Dynna.

—Ponerme ropa seca será maravilloso, os agradezco que hayáis pensado en ello —respondió ella, reprimiendo el deseo de darle un abrazo.

—No es bonita, pero os dará calor mientras la vuestra se seca.

La sonrisa que Dynna le lanzó era tan atractiva que Brage se conmovió. Estaba seguro de que si le hubiese ofrecido el más elegante de los vestidos y las joyas más opulentas, no habría parecido más encantada. Era la primera vez que la veía feliz y eso lo complació, y también saber que él era la causa.

Dynna cogió las rústicas prendas de lana y trató de ocultarse tras unos arbustos. Le lanzó una tímida mirada por encima del hombro, porque sabía que él podía verla.

—No temáis, lady Dynna, me volveré de espaldas para ofreceros la necesaria intimidad —dijo, antes de que ella pudiera pedírselo, porque había visto su mirada de incertidumbre, pero consciente de que le costaría esfuerzo cumplirlo.

Dynna le agradeció en voz baja, se volvió y se quitó el húmedo vestido, pegado a su cuerpo como una segunda piel; despojarse de él supuso un gran alivio. Sólo permaneció desnuda un momento, hasta que se puso la rústica prenda del campesino. La tela era áspera y le arañaba la piel, pero no protestó porque estaba seca y la abrigaba. Como la túnica era corta, se dio cuenta de que era una prenda masculina, mucho más corta que una femenina y que dejaba sus piernas al desnudo, así que se puso los pantalones y se ajustó la cintura. Era la primera vez que llevaba pantalones y la sensación resultaba extraña. Recogió su ropa húmeda y surgió de detrás de los arbustos.

Brage aguardaba armado de paciencia. Había oído cómo se quitaba el vestido empapado y sabía que en ese momento estaba desnuda en medio del bosque y se la imaginó como una ninfa, una criatura del bosque delicada y hermosa.

La imagen casi hizo que soltara un gemido; la idea de Dynna desnuda y próxima encendió su ardor. Recordó el beso, la suavidad de su cuerpo apoyado contra el suyo mientras ella dormía y la sonrisa que le ofreció cuando le tendió la ropa seca. Brage la deseaba con un ansia feroz que ponía a prueba su control.

Intentó reprimir los sentimientos que ella le despertaba y se concentró en vigilar el terreno abierto para comprobar si aparecían Edmund y sus hombres. Trató de distraerse con otras ideas y notó que su camisa también estaba mojada. Se la quitó y la colgó encima de un arbusto para que se secara. El día era templado y no tendría frío con el pecho desnudo.

Justo después de poner a secar la camisa, Dynna salió del bosque.

—Me he cambiado —anunció.

Al oír su voz, Brage ya no pudo seguir esperando y se volvió para contemplarla. Se miraron a los ojos significativamente.

Brage había creído que verla vestida con una túnica y unos pantalones masculinos no lo excitaría, pero se equivocaba.

Dynna no despegó la vista del torso desnudo del vikingo y los latidos de su corazón se aceleraron. Se dijo que esa sensación era ridícula: ella lo había lavado y cuidado durante días sin sentir nada similar, pero su ancho pecho resultaba tan atractivo que descubrió que quería tocarlo..., no para curarlo sino para amarlo, como a Warren.

—¿Estáis conforme con las prendas? —logró preguntar Brage.

—Sí, gracias. Pero me pregunto si alguna vez habíais visto a una mujer llevando ropa de hombre.

—No, pero vuestro aspecto no me desagrada —dijo en tono muy elocuente.

Dynna se ruborizó.

—¿Vuestra camisa también estaba mojada? —tartamudeó.

—Sí. Dadme vuestras cosas y, mientras comemos, las pondré a secar junto a las mías.

Ella le tendió sus prendas mojadas. Tras colgarlas de los arbustos, se sentaron y Brage sacó el pan y el queso del hatillo. Arrancó un buen trozo para él y otro para Dynna; después cortó dos trozos de queso y envolvió el resto para consumirlo más adelante.

Dynna aceptó el pan y el queso con entusiasmo. Aunque era el más modesto de los alimentos, le pareció absolutamente delicioso.

Observó a Brage mientras comía y se dio cuenta de que no tenía dificultad para mover el hombro herido; actuaba como si estuviera completamente curado y su fuerza y capacidad de recuperación la maravillaron.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

—Así es. Sois una buena sanadora. Dudo que otro me hubiera curado tan bien como vos.

—Es un talento que aprendí de mi madre.

—Entonces agradezco que vuestra madre os lo haya enseñado.

Sus miradas se encontraron, y ninguno de los dos la desvió. Era como si pasara una eternidad mientras se contemplaban mutuamente, presas de la fascinación. Ya no eran un guerrero vikingo y una mujer sajona: enemigos jurados. Ahora eran un hombre y una mujer, y comprenderlo les abrasó el alma.

El primero en romper el silencio fue Brage. Era un guerrero, y no podía olvidar que el peligro estaba muy próximo. Aunque ella lo atraía más que ninguna otra mujer, sabía que su seguridad era lo más importante. Debían mantener la distancia entre ellos y sir Edmund. Por ahora no debía pensar en otra cosa.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo—. Seguro que Edmund ya cabalga campo traviesa en busca de nosotros.

Al oír mencionar el nombre de Edmund Dynna regresó al presente y se puso de pie.

—Tenéis razón —contestó—. Ya hemos descansado bastante.

Recogió los alimentos y las ropas húmedas mientras Brage cogía su espada y su escudo. Empezaron la marcha, a paso más rápido ahora que habían comido.

Siguieron caminando toda la tarde sin descanso, siempre en dirección al hogar de Dynna. Justo antes del anochecer el sol volvió a lucir.

Que no se encontraran con nadie supuso un alivio para Dynna. Entonces comprendió que si ella y Matilda hubieran seguido por esa ruta la primera vez, habrían alcanzado hacía tiempo la casa de sus padres.

Al recordar a su criada, Dynna se preguntó cómo le habría ido a la joven al enfrentarse a la ira de sir Edmund. Estaba convencida de que tanto lord Alfrick como Edmund se habrían encolerizado al descubrir que ella había huido con Brage, y esperó que no la hubieran pagado con Matilda. Una vez alcanzada la casa de sus padres, mandaría llamar a su fiel criada. Mientras tanto, rogó que no le ocurriera nada malo y que lograra permanecer a salvo.

—¿Hay algo que os preocupa? —preguntó Brage, observando su expresión sombría.

—Matilda, mi criada. Temo que sufra una desgracia porque la abandoné y la dejé expuesta a la ira de ambos.

—La moza ¿sabe adónde nos dirigimos?

—No. No le conté mi plan, para no ponerla en peligro, pero Edmund es capaz de una gran crueldad cuando lo frustran.

—Es a vos a quien quiere. No perderá el tiempo con ella, una vez que se convenza de que no puede ayudarle.

—Eso espero.

—Y por eso seguiremos caminando hasta que se ponga el sol. Los días siguientes

serán los más peligrosos.

Ella asintió.

—No temáis, no os fallaré. He dicho que os seguiré el paso, y lo haré.

Una vez más, Brage admiró su valor y la mirada que le lanzó le dijo que su respuesta lo complacía. Siguieron avanzando, alejándose cada vez más de los demonios que los perseguían.

Acababa de ponerse el sol cuando oyeron el rugido de un arroyo profundo y correntoso, y Dynna sintió un gran desánimo. Sabía que debían cruzar otro arroyo, pero no creyó que el nivel del agua estaría tan alto y que sería tan turbulento. Las lluvias del norte debían de haber sido más intensas ese año.

Dynna y Brage se acercaron a la orilla y contemplaron las aguas. Brage examinó ambas orillas y procuró descubrir el mejor lugar para vadear el arroyo, cuyas aguas le llegaban a la cintura. La corriente parecía peligrosa y sabía que si perdían el equilibrio, resultaría difícil recuperarlo.

—A lo mejor deberíamos acampar en esta orilla y atravesar el arroyo mañana —comentó Dynna; aborrecía la idea de volver a mojarse. El arroyo era tan profundo y la corriente tan poderosa que no podrían impedirlo. Por la mañana el nivel del agua habría bajado y cruzar sería más fácil.

—Aún hay bastante luz como para vadearlo —contestó él sin mirarla, así que no notó su angustia. Brage se había criado rodeado de arroyos como aquél. Sabía que atravesarlo no sería sencillo, pero también que lo lograrían si tenían cuidado.

Dejó a Dynna en la orilla y buscó el lugar menos peligroso para vadear el arroyo. Tardó unos minutos en medio de la penumbra, pero por fin lo encontró. La orilla era abrupta, pero en ese lugar la corriente parecía menos amenazadora. Fue en busca de Dynna y la condujo hasta el lugar.

—Seguidme —dijo, se deslizó hacia abajo por el terraplén y se dispuso a vadear las tumultuosas aguas.

Dynna supo que no le quedaba otro remedio. Mantenerse alejada de Edmund era más importante que cualquier inconveniente pasajero. Empezó a bajar por el terraplén para unirse a Brage, pero no había contado con que fuera tan resbaladizo y se deslizó hasta la orilla.

—No os mováis —ordenó Brage, se adentró en el arroyo y comprobó que no fuera demasiado peligroso para ella.

Avanzó lenta y cautelosamente a través de la corriente, sosteniendo la espada y el escudo por encima del agua, y se alegró de que el nivel no superara la cintura. La ribera opuesta era menos abrupta; dejó la espada y el escudo allí y regresó en busca de Dynna.

—Coged mi mano y os ayudaré —dijo al acercarse a la orilla donde ella lo aguardaba.

Le tendió la mano, de pie y con el agua hasta los muslos. Aunque en ese punto la profundidad no suponía un peligro, la corriente era poderosa y no quería ponerla en

peligro. Cuando ella estiró el brazo para coger su mano, haciendo malabarismos con el hatillo de la ropa y los alimentos, resbaló, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al agua.

Brage reaccionó instintivamente, la cogió en brazos y la abrazó, evitando que se mojara.

—¿Estáis bien? —preguntó.

Dynna lo miró a los ojos; que la hubiese rescatado la había dejado sin aliento, pero también se debía a algo más.

—Sí.

Brage se quedó inmóvil en medio de las frías aguas, inconsciente de todo cuanto lo rodeaba excepto del peso precioso de Dynna entre sus brazos. Al mirarla a los ojos, vio que reflejaban un anhelo igual al suyo y no pudo detenerse..., no esta vez. Incluyó la cabeza y sus labios buscaron apasionadamente los de ella.

El beso despertó el fuego largamente reprimido de su pasión y la llama de su deseo se encendió. Dynna le correspondió sin reserva, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso. La intensidad del abrazo embriagador conmocionó a ambos.

Intercambiaron apasionadas miradas mientras Brage vadeaba el arroyo evitando que Dynna se mojara, aunque sólo tenía ojos para ella. Cuando alcanzaron la ribera opuesta no se detuvo, sino que se dirigió en línea recta hacia unos árboles, donde la tendió en un lecho de suave hierba.

Brage se tumbó a su lado y volvió a besarla, en osada proclamación de su anhelo. Dynna soltó un gemido. Warren había sido un amante tierno y gentil, pero sus besos nunca la habían excitado hasta ese punto. Cuando Brage de pronto se apartó, ella abrió los ojos preguntándose el motivo, dispuesta a suplicar que no la dejara.

—¿Brage? —susurró con voz ronca y le tendió los brazos.

El vikingo tuvo que hacer un esfuerzo por no olvidar su misión, pero sabía cuál era su deber.

—Volveré de inmediato —dijo.

Dynna era todo lo que deseaba y necesitaba, pero por eso debía protegerla y permanecer siempre alerta, de manera que volvió a cruzar el río hasta la otra orilla, recogió su escudo y su espada y regresó junto a ella con rapidez.

Dynna observó su regreso, iluminado por la luz del atardecer, y una ardorosa ansiedad la embargó. Alto y de anchos hombros, cuando se acercó a ella con la espada en la mano tenía un aspecto casi salvaje. La barba le había crecido y le daba un aspecto aún más peligroso. El pulso se le aceleró: Brage era muy masculino. Sus pantalones, empapados tras atravesar el arroyo, estaban pegados a sus piernas largas y poderosas como una segunda piel y Dynna, que conocía a los hombres, comprobó cuánto la deseaba, pero en vez de avergonzarse, se sintió complacida. Sin embargo, cuando él dejó el arma en el suelo, la consciencia del peligro que corrían amenazó con apagar su pasión.

Brage notó el destello de temor en su mirada y se arrodilló junto a ella.

—A mi lado estáis a salvo. Nadie os hará daño mientras yo siga con vida —juró y su mirada expresaba la intensidad de sus sentimientos.

—Lo sé —dijo ella en voz baja.

—No sé qué nos traerá el mañana, pero tenemos esta noche... —continuó él.

—Compartámosla hasta el final —murmuró Dynna y le acarició la mejilla.

El suave roce de la mano de ella lo hizo resollar. Se quitó las prendas empapadas, pues no quería humedecer las de ella, y al atraerla hacia sí y notar la suavidad de su cuerpo soltó un gemido. La contempló en la penumbra y vio que el rostro de Dynna expresaba el mismo deseo que el suyo.

—Esta noche sois mía —dijo y la besó apasionadamente.

Dynna lo abrazó y sus manos recorrieron el cuerpo del vikingo, memorizando cada uno de sus poderosos músculos.

Dado que la amenaza de ser descubiertos pendía sobre sus cabezas, ella comprendió que quizá sería la única noche que pasarían juntos, y estaba decidida a compartir su pasión con Brage. Lo había deseado desde el primer momento, aunque hasta ahora no lo había admitido ante sí misma. Pertenecían a dos mundos diferentes y seguirían haciéndolo, pero en esos momentos estaban juntos y eso era lo único que importaba.

Su ardor mutuo aumentaba con cada minuto que pasaba y no estaban dispuestos a renunciar a ello. La incertidumbre del futuro al que se enfrentaban aumentaba la urgencia de la situación.

Brage la acarició con mucha suavidad por encima de las rústicas prendas de campesino que le cubrían el cuerpo, pero anhelaba una proximidad aún mayor. Quería tocar su piel desnuda y sedosa, quería penetrar en su aterciopelada intimidad. Quería hacerla suya y, mascullando con impaciencia, se apartó y la ayudó a desnudarse.

Dynna se alegró de desprenderse de la ropa. Quería apretujarse contra él, sentir cómo su ardor entibiaba sus carnes y la presión de su torso duro contra sus pechos sensibles.

Cuando Brage le quitó la túnica, ella arqueó el cuerpo y su recompensa fue el gruñido de apreciación que soltó al ver sus pechos desnudos por primera vez. Cuando Brage los acarició y sus labios rozaron la carne tierna, Dynna soltó un grito ahogado y le presionó la cabeza contra sus pechos, embriagada por el toque íntimo.

Brage volvió a acostarla sobre la hierba y ella lo atrajo hacia sí y le rodeó el cuerpo con los brazos. Cuando él se apartó, se sintió perdida durante un instante, pero la mirada de deseo ardiente que él le lanzó hizo que comprendiera que la separación sólo sería momentánea. Brage le quitó los pantalones de hombre, dejando al desnudo sus piernas largas y esbeltas. Las acarició, disfrutando de su elástica firmeza.

—Sois muy bella, Dynna —dijo; en su mirada ardían las llamas de la pasión y otro sentimiento al que aún era incapaz de dar nombre. Nunca había deseado tanto a una mujer.

—Me alegra que os lo parezca. Vos también me parecéis bello —contestó ella con voz enronquecida y le tendió los brazos.

—Los hombres no son bellos.

—Vos lo sois.

Brage se alegró de que la frustrante barrera de ropa hubiera desaparecido cuando sus cuerpos se unieron. Dynna lo acarició y lo besó, provocándole reacciones cuya intensidad sorprendió a Brage. Ambos ansiaban fundirse amorosamente el uno con el otro, esperando encontrar consuelo y paz.

Cuando por fin se dispuso a poseerla, Dynna estaba preparada. Se abrió a su virilidad, acogiéndola en lo más profundo de su cuerpo, le rodeó las caderas con las

piernas y corcoveó al ritmo de la pasión del vikingo. La generosidad con la que Dynna lo amaba casi lo dejó sin sentido mientras la penetraba profundamente, se retiraba y volvía a penetrarla. Unirse a ella era un puro éxtasis.

Cuando sus labios se encontraron, se sumieron en el frenesí. Sus manos no permanecieron inactivas al tiempo que se movían rítmicamente. Ella lo deseaba, deseaba lo que estaba ocurriendo. No sabía qué traería el mañana, y en ese preciso instante no tenía importancia. Lo único que le importaba era Brage.

Brage nunca había conocido una pasión tan libre y salvaje. Ignoraba si se debía a lo desesperado de su situación o a lo que ambos sentían el uno por el otro, y le era indiferente. Estaba fascinado, perdido en un océano de sensualidad hechizada que le provocaba una excitación mayor de lo que hubiera creído posible.

Ser poseída por Brage le resultaba tan excitante que Dynna se abandonó a la sensación. Sentir su calor en el interior de su cuerpo la enloquecía de gozo y lo abrazó agitando las caderas, procurando darle placer. Las caricias y los besos de Brage generaban un anhelo ardiente en sus entrañas y Dynna se apretó aún más estrechamente. Cuando él volvió a besarle el pecho, el éxtasis que crecía en su interior estalló y se aferró a él al tiempo que las sensaciones de aquel clímax perfecto agitaban su cuerpo.

Brage notó su expresión satisfecha y la besó. Ella le devolvió el beso mientras él seguía moviéndose hasta estremecerse de placer en cuanto alcanzó la cúspide de su propia excitación. La abrazó, jadeando. Nunca había experimentado un goce tan perfecto.

Juntos, regresaron a la realidad sin dejar de rodearse con los brazos, con los miembros entrelazados. Guardaron silencio; ninguno de los dos sentía la necesidad de hablar. Sus cuerpos habían expresado su necesidad con una elocuencia mucho mayor que las palabras.

—No sabía que podía ser tan dulce... —murmuró Dynna por fin, una vez recuperadas las fuerzas.

—Yo tampoco —contestó él, se apoyó sobre los codos y la contempló.

El movimiento hizo que sus caderas presionaran las de ella con más fuerza y ambos intercambiaron una mirada maravillada. Brage hubiera preferido permanecer perdido en la bruma del amor, pero a medida que su pasión se desvanecía, recuperó el juicio. Se apartó de Dynna y se situó más cerca de su espada.

Pero Dynna no quería separarse de él y se tendió a su lado. Brage la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza en su hombro, le palpó el pecho y notó el pesado latido de su corazón.

—Ahora quien se alegra de ser una sanadora de talento soy yo —dijo.

Él soltó una suave carcajada.

—Podéis sanarme siempre que lo deseéis.

—Supondría un placer —contestó Dynna en tono seductor.

—Pero sufro un dolor molesto, mujer.

Dynna creyó que su herida se había vuelto a abrir mientras hacían el amor; se incorporó preocupada y le examinó el hombro, creyendo que volvía a dolerle.

—No, moza. Lo que me duele no es el hombro sino esto —dijo Brage, le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Creo que un beso me curaría.

Dynna comprendió que bromeaba, y con ojos brillantes se encargó de curar su dolor, besándolo.

Brage no sospechó que un mero beso bastaría para volver a excitarlo tan pronto, pero así fue. Durante un momento, pensó que ella era una bruja que lo había hechizado, pero cuando Dynna se montó encima de él y lo acogió en lo más íntimo de su cuerpo, ya no pensó en nada.

Más tarde, cuando Dynna dormía a su lado, Brage se dio cuenta de la intensidad de sus sentimientos por ella. Había cumplido con su promesa, lo había igualado en todo. Veló su sueño, sabiendo que era la única mujer que le había demostrado tanta valentía y sinceridad. No se había mostrado virginal y tímida mientras hacían el amor y saber que le había proporcionado placer lo complacía.

Incluso ahora, tras poseerla en dos oportunidades, el deseo volvió a renacer en sus entrañas al pensar en volver a disfrutar de su pasión. No estaba dispuesto a malgastar ni un minuto de la noche oscura, así que la despertó con un beso y empezó a acariciarla una vez más.

Cuando por fin ambos quedaron exhaustos, Brage la rodeó con los brazos y la protegió durante lo que quedaba de la noche.

Dynna despertó cuando la aurora teñía el cielo y las aves iniciaban sus cantos. Mantuvo los ojos cerrados y se acurrucó contra el pecho de Brage. La sensación de sentirse protegida y segura entre sus brazos era maravillosa.

No se sentía culpable por lo que habían compartido. Había deseado hacerle el amor. Aunque el futuro de ambos era incierto, al menos le quedaría el recuerdo de esa noche. Se movió y Brage despertó de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, poniéndose en guardia y cogiendo la espada.

—Es de madrugada —contestó ella en voz baja; no quería desprenderse de su abrazo.

—Entonces hemos de ponernos en marcha, y rápido.

Brage se dispuso a vestirse pero el dulce cuerpo de Dynna apretado contra el suyo supuso una tentación irresistible.

Dynna percibió su reacción y le lanzó una sonrisa seductora. Warren había sido un buen amante, pero nunca tan apasionado como Brage.

—¿Hemos de marcharnos ahora mismo...? —preguntó.

Por respuesta recibió un gruñido de frustración, al tiempo que la lógica luchaba contra el deseo. El sentido que siempre había mantenido al guerrero con vida le decía que debía refrenarse para poder protegerla, pero fue la seguridad de Dynna lo que le proporcionó la fuerza para resistirse a su mayor deseo.

El beso de Brage fue profundo y salvaje y su abrazo le informó de que no la

rechazaba.

—No puedo arriesgar vuestra vida, amor mío —dijo en un tono que delataba su conflicto interior—. Hemos de seguir caminando mientras podamos.

Las lágrimas ardían en los ojos de Dynna cuando alzó la mano para acariciarle la mejilla. Era el primero que anteponía su seguridad y su felicidad a todo lo demás. Que ese hombre, ese vikingo que antes había sido su prisionero, la protegiera con su vida la conmovía.

—Sólo tardaré un momento en prepararme —anunció ella.

Se puso de pie y lo besó con dulzura y suavidad, después abandonó el refugio de sus brazos y fue a lavarse a orillas del arroyo. Consideró llevar su propio vestido, pero aún estaba húmedo, así que se conformó con ponerse las prendas robadas y se vistió con rapidez.

Brage también se vistió, sin dejar de vigilar a Dynna. Tuvo que reprimir el deseo de acercarse a la orilla y ayudarla a lavarse. No podía olvidar su piel sedosa y el dulce peso de sus pechos bajo sus manos. En contra de su voluntad, su cuerpo volvió a inflamarse y procuró pensar en la comida.

Cortó un trozo de pan y queso para ambos y comieron mientras seguían caminando, dejando atrás su paraíso compartido. Juntos, se aventuraron hacia lo desconocido.

Era por la tarde cuando Edmund y sus hombres cabalgaron hasta la pequeña choza. Tras mirar en torno unos minutos, por fin descubrieron al granjero y a su mujer trabajando en los campos. Edmund hizo caso omiso del hecho de pisotear los cultivos que se afanaban en cuidar. Lo único que le importaba era encontrar a Dynna y al vikingo... y pronto.

—¿Habéis visto a un hombre y una mujer? —les preguntó.

El campesino lo miró fijamente y se preguntó por qué habría acudido a ellos.

—No hemos visto a nadie, milord.

—¿Y no ha ocurrido nada inusual?

Entonces su mujer lo interrumpió:

—Díselo, Dorcas. Dile lo de los alimentos y las prendas que echamos en falta.

—¿Alimentos? ¿Prendas? —repitió sir Thomas.

—Ayer, mientras trabajábamos en los campos, alguien entró en la casa y se llevó pan y queso de la alacena —explicó el hombre—, junto con mi otra túnica y mis pantalones. Fue extraño, no vimos a nadie y tampoco oímos nada.

—¿No había huellas? ¿Ningún indicio de la dirección que emprendieron los ladrones?

—Ninguno, milord. Cuando regresamos a casa era casi de noche, y por la mañana, las posibles huellas se habían borrado.

Edmund echó un vistazo a sus hombres.

—Desplegaos en todas direcciones —les ordenó—. Registradlo todo. Encontradlos.

Sir Thomas se puso en cabeza. Una vez cesada la lluvia, habían cabalgado de la mañana a la noche y sus caballos empezaban a cansarse, pero no abandonarían la búsqueda hasta encontrar al Halcón Negro.

Sir Edmund tenía presente que Hereld regresaría en cualquier momento, y sin duda, los vikingos no tardarían en seguirle los pasos para pagar el rescate. El tiempo se estaba acabando, no podían cometer más errores. Tenían que encontrar al Halcón Negro.

Era casi de noche cuando uno de los hombres alcanzó el lugar por donde Brage y Dynna habían vadeado el arroyo.

—¡Aquí, sir Edmund! —exclamó—. ¡Fue aquí por donde cruzaron!

Mientras Edmund examinaba el terreno, el ansia por encontrarlos aumentó y cabalgó hasta la orilla opuesta. Desde que abandonaron la torre, por primera vez sentía que estaban a punto de darles alcance.

Su frustración había sido grande. Procuró utilizar los perros pero, justo como había temido, la lluvia había borrado las huellas y resultaron inútiles. A partir de entonces, no les quedó más remedio que registrar todas las rutas posibles que conducían al hogar de los padres de Dynna; sólo era cuestión de tiempo que el vikingo volviera a estar bajo su control y Dynna, en su lecho.

—¿Queréis que sigamos buscando o que acampemos y prosigamos la búsqueda mañana por la mañana? —preguntó sir Thomas, cabalgando hasta Edmund que permanecía en el claro montado en su caballo.

Edmund quería continuar, pero temió que si oscurecía demasiado, quizá no encontrarían las huellas.

—Acamparemos aquí y cabalgaremos al alba —anunció.

—Se lo diré a los hombres —respondió sir Thomas.

Cuando volvió a estar solo, Edmund desmontó y echó un vistazo en torno. Dynna había pasado por allí hacía poco. Edmund esbozó una sonrisa cruel. Pronto la habría recuperado y sería suya. La idea supuso un respiro, pero saber que se encontraba tan próxima impidió que se sumiera en un sueño profundo. Recordó que su padre le había ordenado que regresara con el vikingo lo antes posible y juró que no descansaría hasta encontrar al Halcón Negro.

Dynna y Brage avanzaron rápidamente a través de la campiña, distanciándose de la torre, pero ambos sabían que por más kilómetros que recorrieran, el peligro podía acecharlos detrás de la siguiente colina.

Brage tuvo que hacer un esfuerzo por concentrarse en la huida. Durante un saqueo, nunca había dejado que una mujer irrumpiera en sus pensamientos, sin embargo, no dejaba de pensar en Dynna. El recuerdo de su amor estaba grabado a

fuego en su alma y lo perseguía. Ninguna otra mujer se había entregado a él con tanta sinceridad ni lo había satisfecho tan completamente. Descubrió que no quería apartarse de ella, que deseaba tocarla cada vez que se presentaba la oportunidad. Eran emociones desconocidas y debía luchar contra ellas; no podía permitir que lo distrajeran, debía permanecer alerta.

Dynna había seguido caminando a la par de las largas zancadas de Brage. Estaba exhausta, pero sabía que, como a ella, a él lo impulsaba la necesidad de ponerse a salvo, así que no protestó ni trató de aminorar la marcha. De vez en cuando, Brage le lanzaba un vistazo para comprobar que se encontraba bien, y sus miradas se encontraban. En ese momento, Dynna notaba que él recordaba todo lo ocurrido entre ambos y le regalaba una silenciosa sonrisa. Con ello bastaba: las palabras resultaban innecesarias. Brage siguió adelante, optando por la ruta más difícil para engañar a quien osara perseguirlos.

Cerca de mediodía se detuvieron para beber las límpidas y frescas aguas de un arroyo, descansar un momento y compartir el pan y el queso. Brage había estado pensando en Warren; quería saber más acerca de él.

—Habládme de vuestro marido, Dynna —preguntó en tono indiferente, pero lo último que sentía era indiferencia.

—¿Qué queréis saber? —repuso ella cautelosamente.

—¿Qué clase de hombre era? Seguro que no se parecía a Edmund, ¿verdad?

—Eran tan diferentes como lo es el deslumbrante sol matinal de la oscura y tenebrosa noche —contestó con rapidez, apresurándose a salir en defensa de Warren—. Mi marido era un hombre bondadoso, de buen corazón y generoso con todos sus seres queridos.

—¿Hace mucho que ha muerto?

—Menos de un año. Perdió la vida inesperadamente, en un accidente de caza. Siempre lamenté no haber podido despedirme de él.

Brage observó su mirada triste y preguntó:

—¿Lo amabais?

—Fue bondadoso conmigo, tierno y comprensivo.

—Pero ¿lo amabais? ¿Queríais casaros con él? —Aunque ignoraba el motivo, para él era muy importante conocer los auténticos sentimientos de Dynna con respecto a su marido muerto.

Antes de la noche anterior, Dynna hubiese respondido afirmativamente, pero tras las horas de esplendor en brazos de Brage, ya no estaba segura de nada. Luchando por encontrar la respuesta a su pregunta, contestó:

—La boda con Warren fue arreglada en beneficio de las tierras de ambos, pero no tuve inconveniente en casarme con él.

Su respuesta evasiva no despejó las dudas de Brage acerca de los sentimientos de ella. Al parecer, Dynna no podía o no quería decirle lo que él ansiaba saber. Si hubiese amado a sir Warren, lo habría confesado, ¿verdad? Amar a tu esposo no

suponía una vergüenza, pero de algún modo la idea de que ella fuera incapaz de darle una respuesta directa lo llenó de felicidad.

Tras responder a las preguntas de Brage, Dynna empezó a preguntarse acerca de su pasado. De repente se imaginó que tal vez tenía una esposa que lo esperaba. La idea la consternó.

—Ahora soy yo quien ha de haceros una pregunta —dijo por fin, disponiéndose a oír las palabras que esperaba: que una mujer que lo amaba cuidaba de su hogar mientras él se dedicaba a saquear.

—¿Qué queréis saber? —preguntó él, alzando las cejas. Antes de hacerle la temida pregunta, Dynna tomó aire—. ¿Acaso os preocupa algo?

—Si estáis comprometido con otra, lo ocurrido entre vos y yo sería un pecado, tanto ante Dios como ante los demás.

Su sinceridad le provocó una sonrisa.

—No temáis, Dynna mía. No tengo una esposa que cuenta los días hasta mi regreso o que lloraría mi muerte.

Dynna no trató de disimular su satisfacción y la sonrisa que le iluminó el rostro hizo que una oleada de deseo invadiera a Brage. No pudo evitar acercarse a ella y abrazarla. Antes de besarla, la contempló durante unos momentos. Ella le correspondió sin reserva alguna y le rodeó el cuello con los brazos. Cuando Brage interrumpió el beso, la pasión volvió a consumirlos y lo único que los mantuvo separados fue saber que, a plena luz del día, podían descubrirlos.

—Hemos de seguir —dijo él en tono apesadumbrado.

Recogieron sus escasas pertenencias y siguieron viaje, en dirección al refugio que los esperaba al final.

Sólo se detuvieron al caer la tarde. La oscuridad empezaba a cubrir los campos mientras acababan con los restos de pan y queso. Ambos estaban expectantes al recordar el abrazo que habían compartido durante el almuerzo.

El deseo ardiente de hacer el amor con Brage había consternado a Dynna. Lo había seguido toda la tarde sin despegar la vista de él, maravillada por su fuerza y su resistencia, sus movimientos fluidos incluso al atravesar el más abrupto de los terrenos, por el movimiento de los músculos de sus brazos y sus piernas. De vez en cuando, cuando su mirada azul y penetrante se cruzaba con la suya, Dynna notaba el ardor que había dejado su impronta en ella la noche pasada y supo que no había sido un sueño.

Dynna se puso de pie y, en silencio, extendió su vestido en la hierba. Brage se sintió confuso.

—¿Acaso el vestido aún está mojado y por eso lo extendéis para que se seque? Porque en ese caso, el rocío lo humedecerá aún más antes de que amanezca.

—Ya está seco, mi señor vikingo.

—¿No queréis volver a llevarlo? —Brage creyó que, una vez seco, volvería a ponérselo. El tejido era muy fino y mucho más suave que las prendas del campesino.

—He descubierto que me resulta mucho más fácil mantenerme a vuestra vera llevando pantalones. Aunque me temo que Matilda no aprobaría mi descaro —dijo, sonriendo al ver que él mantenía la vista clavada en sus piernas.

Brage le devolvió la sonrisa. Una vez más, demostraba ser muy distinta de las mujeres que conocía. No le daba importancia a su aspecto, sólo a cumplir con lo que le había prometido: que no sería un obstáculo para él. Brage se aproximó y la abrazó.

—Yo apruebo vuestro descaro de todo corazón —dijo y le alzó la barbilla para besarla. Ahora que estaba entre sus brazos, se sentía completo—. Así que ¿a qué jugáis con ese vestido?

—Sólo he preparado un lecho para complaceros —contestó con voz enronquecida.

Al oír sus palabras, la mirada de Brage se encendió y las llamas de la pasión lo consumieron. Un escalofrío de excitación recorrió la espalda de ella. Él volvió a besarla y Dynna sucumbió al roce de sus labios.

Tras tenderse en el sencillo lecho, se abrazaron arrastrados por la vorágine de deseo que había ido en aumento durante todo el día. Se acariciaron y se apresuraron a quitarse la ropa que se interponía entre ambos y, cuando por fin las barreras que los separaban desaparecieron, sus cuerpos se unieron.

Brage se sumergió en lo más profundo del cuerpo de Dynna. Sabía que con el tiempo lo separarían de ella y eso aumentaba la desesperación con la que hacían el amor, como si ambos quisieran disfrutar de esos breves momentos de libertad. Se abrazaron, unidos en espíritu y en deseo, hasta alcanzar la cumbre del éxtasis. Después se desplomaron juntos, agotados pero satisfechos.

Dynna alzó la vista y contempló el cielo cuajado de estrellas. No sabía cómo había llegado a entregarse tan libremente a un hombre que hacía sólo unos días era su enemigo. Pero guarecida entre sus brazos, no se sentía amenazada: más bien, que nada podría hacerle daño mientras estuviera con él.

Su corazón se llenó de congoja al comprender que sólo dispondrían de un breve tiempo para estar juntos. Él regresaría con los suyos y ella también.

—Quiero más, Brage —susurró, sintiendo una osadía mayor que nunca, porque era la primera vez que se atrevía a decirle semejantes palabras a un hombre.

Las palabras fueron suficientes para él. Se tendió encima de ella y la poseyó con un único movimiento. Ella lo aceptó completamente, disfrutando del placer de la unión. Las manos de Brage exploraron sus carnes sedosas, dejando un rastro ardiente, volviendo a excitarla hasta que ambos se movieron al unísono en busca de la máxima satisfacción.

Brage anhelaba decirle que él también la deseaba, pero no pudo. Pronto tendrían que separarse. No podía llevarla consigo en el viaje de regreso a su hogar. Sería demasiado peligroso. Era mucho mejor acompañarla hasta el hogar de sus padres y dejarla allí, sabiendo que estaría a salvo. No resultaría fácil abandonarla, pero no tenía otra opción.

Hicieron el amor con rapidez y violencia y, tras sumirse en una oleada de placer, se quedaron sin aliento. Permanecieron tendidos y abrazados en silencio, felices por la belleza de su amor, con los corazones latiendo al unísono.

Después durmieron.

Cuando despertaron al amanecer, el deseo de quedarse en medio del bosque compartiendo su intimidad resultaba casi abrumador, pero ambos sabían que era imposible. No podían olvidar la amenaza que suponía Edmund.

Brage estrechó a Dynna entre sus brazos durante un largo momento, después recogieron sus cosas y emprendieron el camino.

Al atravesar varios espacios abiertos, ambos se pusieron nerviosos y no bajaron la guardia. Se les habían acabado los alimentos y pronto Brage debería ir en busca de más.

Poco después de mediodía, Brage divisó a los jinetes. Aún estaban lejos pero se dirigían hacia ellos.

—Es Edmund... —Dynna soltó un grito ahogado al reconocer su corcel. Se echó a temblar, pero sabía que ése no era el momento de dejar que sus temores anularan su juicio. Se encontraban en el linde de un bosque y Brage la cogió del brazo y la arrastró hacia la protección del denso follaje.

—¿Nos han visto? —preguntó ella, jadeando tras el esfuerzo de correr junto a él a toda velocidad a través del enmarañado sotobosque. La carrera hizo que recordara aquel primer día horroroso, cuando los hombres de Brage la habían atrapado a ella y a Matilda. Su única esperanza era que esta vez no corrieran el mismo destino.

—No lo sé, pero no correré ningún riesgo.

Brage siguió corriendo sin mirar atrás, dirigiéndose a los matorrales más tupidos. Sabía que allí sería complicado seguirles el rastro y que los caballos tendrían dificultades para avanzar. Ante ellos se elevaba un reborde rocoso y, aunque no les ofrecía mucha protección, al menos les cubriría las espaldas cuando él se enfrentase a sus atacantes.

—¡Guareceos allí! —ordenó.

Dynna ya estaba exhausta, pero se negaba a abandonar. Edmund les pisaba los talones y el terror de que volviera a atraparla le proporcionó la fuerza necesaria.

Brage la empujó dentro de la zona protegida, dispuesto a defenderla. Sostenía la espada con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos al tiempo que la tensión de la batalla próxima lo embargaba. Se preguntó cuántos hombres lo atacarían, pero sabía que no iba a regresar a la torre para que le dieran muerte. Mejor morir allí empuñando el arma e ir al Valhala en vez de convertirse en la víctima del plan astuto y mortífero de los sajones.

—Están cerca —advirtió a Dynna en voz baja—. Callaos. Cualquier ruido nos delatará...

Mientras permanecían uno junto al otro, oyeron el ruido de los cascos de un corcel que se abría paso a través del bosque en dirección a ellos. Oyeron el crujido de

ramas rotas y el rumor de las hojas.

Dynna contuvo el aliento, suplicándole a Dios que los protegiera de la crueldad y la astucia de Edmund.

Brage no disponía de tiempo para suplicarles a sus dioses. Se concentró en los pasos del caballo y aguardó, tensando los músculos. Sus sentidos le advirtieron del peligro y miró en torno, procurando descubrir a sus perseguidores. Si podía, sería el primero en atacar. Era la única posibilidad de sobrevivir. Si lograba matar a uno de los hombres de Edmund, podría apoderarse de su arma y su caballo. Entonces estaría en las mismas condiciones que los demás, y quizá lograría alejarlos de Dynna, dándole tiempo a escapar. Oyó que el caballo se detenía y aguardó. Luego oyó cómo volvía a ponerse en movimiento y se acercaba más y más...

Cuando el jinete estaba a punto de aparecer, Brage alzó la espada. Oyó el relincho del corcel y comprendió que los sajones los descubrirían. El que los había perseguido sabía lo que estaba haciendo. No habría escapatoria, ni refugio, ni regreso al hogar.

Brage se preparó, listo para entrar en combate.

Dynna temblaba de miedo al tiempo que su perseguidor se aproximaba. El hombre de Edmund estaba muy próximo. Ojalá fuesen invisibles, pensó. Ojalá tuvieran alas para echar a volar de aquel lugar que se había convertido en una trampa mortal en vez de un refugio. Ansiaba ponerse a salvo, junto con Brage. No quería que perdiera la vida protegiéndola.

La idea de que podía morir la desesperaba y Dynna casi tendió el brazo para tocarlo, para tranquilizarlo, pero en ese preciso instante apareció el caballo y tuvo que reprimir un grito de terror.

Brage estaba en tensión. Toda la huida había sido inútil. Todos sus planes habían sido en vano.

Oyó cómo el corcel se detenía ante su escondrijo y alzó la espada, dispuesto a matar al que los había encontrado. Si tenía que morir, no les facilitaría la tarea.

Todo ocurrió en un instante. Cuando Brage se disponía a asestar un golpe mortal, Dynna se abalanzó sobre él y lo cogió del brazo que sostenía la espada. Brage se zafó, decidido a luchar contra el jinete, pero al alzar la vista se detuvo: era sir Thomas, y los miraba directamente.

Brage lo contempló con expresión desafiante, sin soltar el arma. El semblante de sir Thomas era amistoso, pero le lanzó una mirada de advertencia; luego echó un vistazo a Dynna y constató que estaba ilesa.

Dynna le devolvió la mirada sin parpadear, una mirada que expresaba que estaba allí porque así lo había elegido.

Sir Thomas dudó entre sonreír aliviado por haberla encontrado y fruncir el ceño, preocupado por su situación. Se alegró al ver que no había sufrido ningún daño, pero la proximidad de Edmund lo alarmaba. Quería verla libre de Edmund, pero su honor lo obligaba a ser fiel a lord Alfrick. Desvió la vista, no quería que su rostro revelara lo que sentía al haberlos descubierto.

—Si yo quisiera abandonar este sitio, continuaría a lo largo de la hondonada hasta alcanzar el cabo. —Hablabla en voz baja, sin apenas mover los labios—. Desde allí, avanzaría en línea recta a lo largo de Woodford Way hasta la fuente de Brightwell. Hoy sería el camino menos peligroso.

—¿La fuente de Brightwell? —susurró Dynna.

—Se encuentra hacia el norte y el oeste —prosiguió sir Thomas—. Y si un hombre quisiera ayudar a un amigo, procuraría conducir a sus enemigos en la dirección opuesta.

Las lágrimas humedecieran los ojos de Dynna, conmovida por la ayuda.

—Gracias, sir Thomas —musitó.

—¿Los habéis visto? —El grito de sir Edmund resonó muy cerca.

Brage y Dynna se quedaron inmóviles, con los músculos en tensión, aguardando la respuesta de sir Thomas y observándolo fijamente. Podía salvarlos o causarles la muerte.

No tuvieron que esperar mucho.

—No. Creí ver algo que se movía, pero me equivoqué —respondió sir Thomas en tono normal.

—¡Milord! ¡Mirad lo que he encontrado correteando por el bosque! —El grito de otro de los hombres de Edmund resonó a lo lejos.

Brage y Dynna oyeron cómo los caballos se alejaban de su escondrijo.

—Después de todo, parece que sí hemos visto a alguien que se dirigía hacia aquí —gritó sir Thomas mientras observaba al hombre que empujaba a dos chiquillos hacia sir Edmund. Antes de espolear al caballo para reunirse con los demás, se dirigió a Brage mascullando en voz baja—: Os lo advierto, vikingo. Procurad que nadie le haga daño a Dynna. Aborrecería dedicar el resto de mi vida a perseguiros.

La amenaza de sir Thomas conmocionó a Brage; lo respetaba lo bastante para saber que hablaba en serio. Sir Thomas era un buen amigo, pero también sería un enemigo implacable. No tuvo tiempo de contestarle, porque un segundo después sir Thomas hizo girar su caballo y se alejó.

Como aún estaban en peligro, Brage empujó a Dynna dentro del escondrijo y le dio la espalda, protegiendo el cuerpo de ella con el suyo mientras observaban en qué dirección cabalgarían sir Edmund y sus hombres.

Cuando sir Thomas se acercó, Edmund mascullaba maldiciones. Al creer que había acorralado al Halcón Negro y a Dynna se sintió muy animado, convencido de que regresaría junto a su padre con el vikingo como prisionero, con tiempo de sobra para realizar el intercambio. Pero sólo había perdido el tiempo persiguiendo a dos chiquillos campesinos a través del bosque, y cuando los arrastraron ante él les lanzó una mirada furibunda.

—¿Habéis visto a un hombre alto de cabellos oscuros y a una mujer de ojos grises que viajaban juntos a pie? —les preguntó. Puede que no hubiese encontrado a quienes buscaba, pero tal vez obtendría alguna información de esos dos.

—No, milord —contestó el más alto de los chiquillos en tono nervioso—. Sólo hemos visto a los nuestros y a nadie más.

—¿A qué distancia está vuestra aldea? —preguntó sir Edmund.

—Está junto al río.

—Os llevaremos allí, para comprobar si otros han visto a quienes buscamos. —Edmund estaba enfadado, pero no derrotado. No descansaría hasta volver a atrapar a Dynna y al vikingo—. Traedlos —les dijo a dos de sus hombres—. Cabalguemos.

Brage aguardó a que el sonido de los cascos se desvaneciera y sintió alivio al comprobar que cabalgaban en dirección opuesta. Sin embargo, tanto él como Dynna permanecieron inmóviles durante lo que parecía una eternidad. El corazón les latía con fuerza y resollaban, pero no se movieron.

Cuando dejaron de oír los golpes de los cascos, Brage dijo:

—Quedaos aquí mientras compruebo que no hay peligro.

—Tened cuidado... —repuso Dynna y se echó a temblar.

Brage se aventuró al exterior con mucha cautela y recorrió con la vista el bosque que los rodeaba, tratando de ver algún rastro de sir Edmund o de sus hombres, pero constató que estaban a solas en el bosque.

Se giró hacia Dynna y entonces comprobó que estaba pálida, el terror la atenazaba. Se había mostrado tan valiente durante tanto tiempo que, al verla tan aterrada, se le encogió el corazón y exclamó:

—No hay peligro.

Al oír sus palabras, Dynna corrió hacia él. Quería tocarlo, asegurarse de que se encontraba bien. ¡Podrían haberlo matado! Se había salvado por los pelos... Durante aquellos breves minutos temió ver cómo derribaban a Brage ante sus ojos y la posibilidad la había dejado conmocionada y agotada.

—Si nos hubiese encontrado cualquier otro de los hombres de Edmund, os habría matado... —La idea aún la aterrorizaba.

—Puede que lo intentara... —dijo Brage, con una ferocidad que hizo que ella recordara que era un guerrero vikingo: salvaje, decidido y sin temor.

—Sir Thomas nos salvó a los dos.

—Ese hombre debe de sentir un profundo aprecio por vos.

—Es un hombre de honor. Fue un amigo para Warren, y ahora lo es para mí. Es bondadoso y de buen corazón. Pondría mi vida en sus manos.

—No fue la primera vez que os defendió de sir Edmund —comentó Brage.

—¿Cómo lo sabéis?

—Aquella noche en la torre, cuando Edmund os habría golpeado si sir Thomas no hubiese intervenido, os estaba observando.

Dynna se estremeció al recordar aquel momento atroz y también por lo próxima que había estado de volver a caer en manos de Edmund hacía unos minutos.

El temor que ensombrecía su mirada afectó a Brage, y una desacostumbrada oleada de ternura lo invadió. Se acercó a ella y le acarició los cabellos.

—Observar la escena fue duro para mí, puesto que estaba encadenado —dijo, mirándola a los ojos—. Me alegré de que acudiera en vuestra ayuda.

—Edmund es un hombre cruel. Hubiera disfrutado golpeándome.

Dynna volvió a temblar y Brage la estrechó entre sus brazos.

—No os preocupéis —la tranquilizó—. Mientras yo esté a vuestro lado, nadie os hará daño.

La confianza de Brage renovó sus fuerzas y el temor que sentía disminuyó. Al alzar la mirada para contemplarlo, supo que a su lado siempre estaría protegida.

—Hubo un momento en que creí que me detestabais —declaró ella—. Me apartasteis de vos y dijisteis que no queríais que manos sajonas os tocaran.

Al recordar el placer que sus manos le habían proporcionado, Brage sonrió.

—Detestaba a los vuestros, no a vos, milady. Desde la primera vez que os vi junto a Ulf, sospeché que no erais una criada. Luego, cuando mi hermano me contó que lo atacasteis con un puñal, supe que erais una mujer audaz.

—Matilda y yo estábamos desesperadas. Teníamos que escapar...

—Sois valiente, inteligente y bella. Nunca he conocido a una mujer como vos —dijo, se inclinó y la besó con suavidad.

El roce de sus labios le levantó el ánimo.

—Al principio os temía —musitó.

—¿Y ahora, dulce Dynna? —preguntó él con voz baja y sensual.

Su respuesta fue un beso apasionado. Ambos permanecieron abrazados, en silenciosa celebración por seguir juntos y a salvo... de momento.

Por fin, y de mala gana, se separaron. Si por él fuera, jamás soltaría a Dynna, pero sir Edmund aún podía estar cerca. No podían arriesgarse.

—Hemos de seguir adelante mientras podamos.

Ella asintió.

—Si Edmund nos ha seguido hasta aquí, tal vez sospeche adónde nos dirigimos —dijo.

—¿A cuánta distancia se encuentra vuestro hogar?

—Andando, y si el tiempo no cambia, nos llevará cuatro días.

—¿Y a caballo?

—Dos días, como mucho. Pero no disponemos de cabalgaduras.

Él la miró de soslayo.

—Entonces no sólo necesitamos más comida, también hemos de hacernos con un caballo. Si queremos alcanzar el hogar de vuestros padres antes de que llegue Edmund, debemos apresurarnos.

La idea de robar un caballo además de la comida disgustaba a Dynna, pero sabía que era un asunto crucial y esperó que les perdonaran.

—Cerca de Woodford Way hay varias granjas pequeñas. Allí a lo mejor encontraremos un caballo. —Odiaba planear un robo, pero no tenían otra opción.

Antes de encaminarse a la hondonada compartieron un último abrazo.

—Espero que sir Thomas logre mantener alejado a Edmund —comentó Brage.

—Él hará todo lo posible para ayudarnos, sin traicionar su honor.

La frustración de sir Edmund iba en aumento. Acababan de dedicar una hora a interrogar a todos los habitantes de la aldea sobre Dynna y el Halcón Negro, pero resultó un empeño inútil. Nadie los había visto. Era como si Dynna y el vikingo hubieran desaparecido por completo. Pero Edmund sabía que eso era imposible.

—Han de estar en algún lugar próximo. Lo único que ella puede hacer es refugiarse en casa de sus padres —dijo Edmund en tono colérico mientras permanecía junto a sir Thomas en el linde de la aldea, con la vista clavada en la bucólica campiña. Sabía que ella estaba allí fuera, en alguna parte.

—Quizá nos hayamos equivocado, milord. Tal vez lady Dynna no se dirigió hacia aquí.

—¿Qué queréis decir?

—En esta ocasión es diferente de la primera vez que huyó. Esta vez la acompaña el vikingo. Él quiere regresar a su tierra natal. Creo que sospecharían que el primer lugar en el que los buscaríais sería en el hogar de su familia, así que evitarían dirigirse hacia allí.

Sir Thomas procuraba evitar que sir Edmund se dirigiera al auténtico destino de Dynna.

Edmund le lanzó una mirada enfadada. Lo enfurecía que le recordara que Dynna ya había huido de él en otra oportunidad. Dudaba de la lealtad de sir Thomas y decidió que, tras la muerte de su padre, se desharía de ese hombre.

—Y yo os digo que es el primer lugar al que se dirigirán —insistió—. ¿Dónde

más hallarían la asistencia necesaria para ayudar al vikingo a escapar a su tierra natal?

—Pero debéis tener presente, milord, que él es un saqueador vikingo que sabe vivir de la tierra. El Halcón Negro no sería tan tonto como para acompañar a Dynna hasta allí. Y tampoco olvidéis que ella no es su rehén. Es una mujer inteligente y sabrá dónde la buscaréis. No los encontraremos en casa de sus padres —argumentó.

—Puede que tengáis razón, y si mi padre estuviera aquí, estoy convencido que seguiría vuestro consejo. Pero no es así y esta vez me dejaré guiar por mi propio instinto.

La frustración embargaba a sir Thomas, pero ya no podía decir más. Si seguía tratando de convencer a sir Edmund de dirigirse en dirección opuesta llamaría la atención sobre sí mismo, así que dejó de insistir y se resignó a seguir a sir Edmund adonde fuera. Trataría de proteger a Dynna si la descubrían, pero no podía hacer mucho más.

—Venid, sir Thomas. Reunid a los hombres. Cabalgaremos hacia el hogar de Dynna.

Sir Thomas obedeció. Al impartir las órdenes a los hombres su única esperanza era que Dynna y el Halcón Negro hubiesen seguido sus indicaciones y se mantuvieran a salvo, a distancia de ellos.

Esa noche, en medio de la oscuridad, Brage dejó a Dynna en su escondrijo y se arrastró hasta la pequeña granja. Hacía rato que la lumbre de la casa se había apagado y era hora de hacerse con el caballo que necesitaban con tanta urgencia.

Cuando se acercó, el caballo se quedó quieto y, aliviado, comprobó que se trataba de un corcel domado y bien entrenado. Su alivio fue aún mayor cuando la yegua no protestó al ponerle el cabestro. No trató de montarla sino que la condujo fuera del corral lenta y silenciosamente.

Dynna se había quedado esperando su regreso; cada instante de separación le parecía eterno y se sintió muy animada cuando Brage volvió conduciendo el caballo.

—¿No tuvisteis problemas? —preguntó.

—No. Todo estaba tranquilo. La yegua no se resistió —dijo acariciando el cuello del animal.

El respeto que él le inspiraba aumentó.

—Entonces cabalgemos —contestó—. Aunque es de noche, en este tramo el trayecto a lo largo de Woodford Way no es peligroso.

Montaron a pelo en la yegua y Brage acomodó a Dynna delante de él. Avanzaron lentamente, no querían que nadie los oyera.

Por mucho que se esforzó por concentrarse en cabalgar, Brage no logró evitar el placer de montar abrazado a Dynna; iba apoyada contra su pecho, los muslos apretados contra los suyos y las caderas encajadas en las suyas. Si no hubiesen estado

huyendo para salvar la vida, quizá se hubiera permitido dejarse distraer por la proximidad de ella. En vez de eso se obligó a concentrarse en cabalgar.

Sentada delante de Brage con la espalda pegada a su duro pecho, Dynna volvió a pensar en Warren. Brage no se parecía a su marido en absoluto, y sin embargo la atraía de un modo elemental que iba en contra de toda lógica. Sólo hacía quince días que se conocían; sin embargo, era como si lo conociera desde siempre. Warren nunca le había despertado semejantes sentimientos. Había sentido afecto por él, era un buen marido y se llevaban bien, pero jamás había existido esa tensión entre ellos..., esa pasión que aumentaba con cada caricia y cada beso.

Brage cabalgaba a paso firme y no se detuvo hasta que el terreno se tornó más abrupto. Habían intercambiado escasas palabras, no querían poner en peligro su seguridad. Cuando por fin buscó un lugar para descansar volvió a ser en un bosquecillo que los ocultaría.

Tras deslizarse del lomo del caballo, Brage le tendió los brazos a Dynna y la ayudó a desmontar. Cuando su cuerpo rozó el de ella el contacto fue arrobador, incluso tras las muchas horas de montar abrazados. Ambos olvidaron el cansancio y se amaron, ansiosos por fundirse el uno con el otro.

Una vez satisfecha su salvaje pasión, permanecieron tendidos el uno junto al otro, disfrutando de los robados momentos de descanso.

—Habládme de vuestra familia, Dynna —dijo Brage. Sabía que pronto se enfrentaría a ella y quería estar preparado.

—Sólo tengo madre y padre. Tenía un hermano menor, pero murió de niño, hace muchos años.

—Lo amabais. —Era una afirmación, no una pregunta, porque Brage había notado la tristeza de su voz.

—Muchísimo.

Guardaron silencio un momento, recordando sus propias pérdidas.

—¿Y vos, señor vikingo? ¿Cómo es vuestra familia? —preguntó Dynna, porque necesitaba saber más cosas de él—. Sólo sé que sois el Halcón Negro, hijo de Anslak y poco más, excepto que tenéis un hermano llamado Ulf.

—Ulf es mi hermanastro, el hijo de la amante de mi padre —respondió—. Es mayor que yo.

—¿Sois amigos?

—Parecéis sorprendida.

—Según mi experiencia, a menudo los herederos legítimos maltratan a los hijos de las amantes.

—De jóvenes, Ulf y yo solíamos competir. Ambos queríamos impresionar a nuestro padre con nuestra fuerza y destreza, pero ahora él se enorgullece de protegerme. Sin embargo, cuando vuelva a verlo le diré lo mal que lo hizo la última vez.

Brage se interrumpió y una idea desagradable le cruzó por la mente. Frunció el

ceño, procurando convencerse de que era imposible, pero no lo logró. De jóvenes, él y Ulf habían peleado por todo, procurando determinar cuál de los dos era el predilecto de su padre. ¿Acaso las risas de Ulf cuando Brage lo derrotaba sólo encubrían sus auténticos sentimientos? Pensarlo le rompía el corazón, pero...

—¿Y el resto de vuestra familia? —continuó Dynna.

—Mi madre murió cuando yo era niño —contestó.

—¿Es gracias a ella que tenéis el cabello oscuro?

—Era irlandesa, una esclava hasta que mi padre la liberó y se casó con ella. De ahí mi apodo de Halcón Negro.

—¿Así que vuestro título no se debe a vuestro corazón sino a vuestros cabellos? —bromeó Dynna con voz sensual.

—¿Creísteis que mi corazón era negro?

—Las historias de vuestros pillajes son conocidas en toda la comarca. Muchos creen que vuestra alma y vuestro corazón son negros como la brea. Otros afirman que no tenéis perdón. Sois el Halcón Negro, el más fiero de todos los saqueadores vikingos.

Brage la estrechó entre sus brazos.

—¿Queréis que saquee vuestro puerto, princesa? ¿Vuestro bien máspreciado?

—Ya habéis acabado con mi resistencia, señor vikingo. Sólo me queda someterme al poder que ejercéis sobre mí —dijo, le deslizó los brazos alrededor del cuello y lo besó—. Criaros sin una madre que se ocupara de vuestras necesidades debe de haber sido difícil para vos.

Brage se encogió de hombros al tiempo que Dynna apoyaba la cabeza en su hombro.

—No lo noté. Tenía a mi padre. Más adelante, mi padre se casó con Tove y tuvieron un hijo: Kristoffer.

—Así que tenéis dos hermanastros. ¿Kristoffer también navega con vos?

—Desde hace poco. Es joven y ansía alcanzar su propia gloria. —Brage sonrió al recordar el entusiasmo de Kristoffer antes de emprender el ataque. Navegar con él y con Ulf lo había excitado e hizo una mueca al pensar cuánto habría sufrido el joven al ver que el poderoso Halcón Negro caía derrotado. Se alegró de que el poco experimentado joven no hubiera sufrido heridas durante la batalla; al recordarla volvió a pensar en la traición y la sospecha que lo corroía.

Dynna, tendida junto a él, notó que se ponía tenso.

—¿Hay algo que os preocupa? —preguntó.

—Estaba pensando que entre mis hombres hay un traidor —reconoció.

—Recuerdo que hablasteis de ello cuando estabais afiebrado. ¿Sabéis quién es?

Brage repasó mentalmente todo lo ocurrido. Trató de evocar las conversaciones con Ulf mientras navegaban, procurando recordar cualquier comentario sutil o acción que revelaran que él era el traidor, y entonces le vinieron a la memoria sus palabras: «Si no fuera por unas pocas palabras dichas ante los dioses, sería yo quien

encabezaría este ataque. En vez de eso, he sido relegado por nuestro padre para cubrirte las espaldas...»

Una punzada de dolor lo había atravesado al pronunciar aquellas palabras, no en tono de chanza sino dichas por alguien que lo envidiaba y quería ocupar su posición. Ulf... No podía ser Ulf, y sin embargo... ¿quién más podría haber sido?

—Me temo que sí —replicó entre dientes—. ¡Y ansío que llegue el día en que pueda vengarme del *niding*!

—¿Qué significa *niding*? —Dynna nunca había oído esa palabra.

—Es un término vikingo que describe a alguien que es desleal y cobarde, y éste es ambas cosas. —Pero al decirlo, la idea le resultó repugnante. Ulf, el hombre en quien había confiado durante años, su hermano y su amigo... ¿un traidor?

—¿Por qué alguien habría de traicionaros? ¿Acaso todos vuestros hombres no comparten el botín?

—Sí.

—Entonces ¿por qué os traicionarían?

—Yo mismo me lo he preguntado. ¿Por qué, en efecto? Averiguaré la respuesta antes de que el hombre yazca muerto a mis pies. ¡Mis hombres eran los mejores entre todos los guerreros, y ahora muchos han muerto por su culpa! —Obtendría su venganza; pronto volvería a estar en su hogar y descubriría al traidor.

—Lamento vuestro sufrimiento. El culpable debe de odaros, porque de lo contrario, ¿por qué les causaría tanto dolor y pena a los demás?

—No lo sé. Siempre he sido un hombre de honor, y creí que quienes me seguían, también.

—Sir Edmund y lord Alfrick sabían que atacaríais con cuatro semanas de antelación. Por eso dispusieron del tiempo suficiente para recurrir a la ayuda de sus vecinos. Sea quien fuere el que le reveló vuestros planes a lord Alfrick, tuvo que hacerlo mucho antes.

Brage hizo memoria de las semanas anteriores a hacerse a la mar. Muchos de sus hombres habían estado en sus granjas, lejos de la aldea de Anslak. Ulf y varios otros habían estado ausentes durante un tiempo. Incluso el joven Kristoffer, comerciando en Hedeby. Nada de ello suponía una prueba condenatoria.

—Ojalá hubiera estado presente cuando mi padre recibió la noticia de que yo seguía con vida —se lamentó Brage—. La reacción de cada uno de ellos hubiese resultado elocuente.

—Quizá jamás averigüéis quién fue el auténtico traidor.

—Puede —dijo Brage, encogiéndose de hombros—, pero creo saberlo. Descubriré la verdad con el tiempo. No me apresuraré a llegar a una conclusión sin pruebas.

Entonces se dio cuenta de que nunca le había hablado a una mujer de esa guisa. Siempre le habían resultado distantes. Las adoraba por su suavidad y la satisfacción física que sus cuerpos le proporcionaban, pero no había amado a ninguna ni

mantenido una conversación íntima con ellas..., hasta ese momento, con Dynna. Le había hablado como hablaría con su padre y ello supuso una revelación y se maravilló por la confianza pertinaz que le inspiraba. Habían iniciado aquella aventura en desacuerdo: él sin confiar en ella, ella obligándolo a cumplir contra su voluntad, y ahora...

La idea de que la atracción mutua quizá supusiera algo más que una pasión física causada por la desesperación que ambos compartían lo intrigaba. Era como si de pronto viera a Dynna con otros ojos: no sólo era valiente e inteligente, también era tierna y sensible.

Junto a ella, Brage no logró resistirse a la tentación. La suave curva de sus pechos contra el suyo y la dulce curva del muslo de Dynna fue un incentivo más que suficiente. La alzó y la besó con una pasión que sorprendió a ambos. Ella le devolvió los besos y las caricias, y saber que ella lo deseaba tanto como él a ella lo llenó de satisfacción.

Que Brage quisiera volver a poseerla la llenó de deleite. Había notado su dolor al hablarle de la traición y quiso aliviar su tormento. Aunque sus palabras parecían haberle servido de consuelo, ahora lo que deseaba para solazarse era su cuerpo y se entregó a él generosamente.

Cuando unieron sus cuerpos el placer fue exquisito y ambos compartieron sus más profundos anhelos. Después se durmieron, abrazados, saciados y contentos.

Anslak estaba de pie en la proa de su nave, con la vista clavada en el horizonte occidental. Pronto alcanzarían las tierras que buscaban. Pronto habrían recuperado a Brage. Habían zarpado cinco naves, cada una tripulada por al menos cincuenta guerreros. Si les preparaban una emboscada cuando fueran a por Brage, estarían preparados.

Anslak echó un vistazo a Kristoffer, que iba en la proa de la nave de Brage. Kristoffer había celebrado la noticia de que irían a rescatar a su hermano con tanto desenfreno que tuvieron que cargarlo en brazos hasta la nave, pero ahora, a medida que se acercaban a la costa, dirigía a sus hombres con mano y mirada firme y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurar que su hermano regresara sano y salvo.

Anslak dirigió la mirada a un tercer *drakkar* al mando de Ulf y vio que su hijo mayor hablaba con sus hombres. Ulf era un excelente cabecilla y un fiero guerrero. Había sido el mejor amigo de Brage y Anslak sabía cuánto sufrió cuando creyeron que su hermano estaba muerto.

También Tove se alegró al saber que Brage estaba vivo y les prometió que a su regreso se celebraría una fiesta interminable.

Anslak se sentiría satisfecho cuando Brage volviera a pilotar su propia nave y sólo esperaba que lord Alfrick no lo hubiese tratado demasiado mal. Pronto lo sabrían

y, en caso de que así fuera, le pagarían con la misma moneda.

Hereld fue recibido en audiencia por lord Alfrick en cuanto llegó.

—¿Qué noticias traes de Anslak el vikingo? —preguntó lord Alfrick.

—Se hizo a la mar un día después de mi partida —contestó Hereld y rápidamente le dijo dónde se encontraría el vikingo con ellos.

—Una buena elección —dijo lord Alfrick en tono pensativo—. Ese sitio ofrece escasas oportunidades para una emboscada.

—Estará allí de madrugada, pasado mañana. Antes de pagar el oro del rescate quiere comprobar que su hijo está vivo e ileso.

—Bien —repuso lord Alfrick en tono abrupto.

—He cumplido con vuestras órdenes, milord —prosiguió Hereld, una manera sutil de informarle que esperaba el pago prometido.

—Sí, lo has hecho. —Alfrick indicó a uno de sus hombres que se acercara con un pequeño cofre—. Y recibirás tu recompensa. Te pagaré la mitad ahora y la otra mitad cuando me hayan pagado el rescate.

Lord Alfrick cogió el cofre y se lo entregó a Hereld.

—Sois un hombre justo y honesto, milord. —Al notar el peso del pequeño cofre, Hereld se postró—. Llevarle vuestro mensaje a Anslak fue un honor y contaré alabanzas de vos ante todos. No sólo sois un feroz y poderoso guerrero, también sois un hombre de palabra —añadió, e hizo una reverencia.

—Descubrirás que cuando todo haya acabado, tu honor será aún mayor. Puedes irte, pero no te alejes. Quiero que pasado mañana, cuando llegue Anslak, me acompañes.

—Sí, milord. Allí estaré —respondió Hereld. Seguro de que ahora todo se desarrollaría sin complicaciones, se abrazó al cofre y abandonó la habitación.

Alfrick lo observó mientras se iba, casi divertido por su actitud. Lo único que le importaba a Hereld era obtener beneficios. Al menos, frente a alguien tan descarado, uno sabía a qué atenerse.

Entonces volvió a pensar en el Halcón Negro y el rescate y, no por primera vez, maldijo la situación en la que se encontraba. Los vikingos desembarcarían en la costa en un día, esperando recuperar a uno de los suyos. La única esperanza de Alfrick era que, para entonces, Edmund hubiera regresado con el prisionero. De lo contrario, se vería obligado a idear el modo de apaciguar a Anslak y evitar el derramamiento de sangre. Hereld había dicho que el jefe vikingo no era un hombre compasivo. Si decidía no dar crédito a que el Halcón Negro había escapado, quizá se produciría una terrible batalla..., una en la que él saldría derrotado. Alfrick sabía que debía encontrar un modo de evitar el enfrentamiento y sólo esperaba que fuera capaz de hacerlo.

Hereld, sir Roland y diversos amigos de éste disfrutaban de una copa de hidromiel en la Gran Sala. Todo lo sucedido lo había puesto de muy buen humor y no veía la hora de que se realizara el intercambio para cobrar el resto de la recompensa prometida.

—¿Dónde están sir Edmund y sir Thomas? —le preguntó a sir Roland, ya que no los había visto desde que regresó a la torre.

Sir Roland le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Es que no lo sabéis? ¿Acaso lord Alfrick no os lo dijo?

—¿Decirme qué? —De repente el tono del otro inquietó a Hereld.

—Que el Halcón Negro ha escapado.

—¿Que ha hecho qué? —exclamó Hereld en tono estupefacto. Lord Alfrick había dicho que quería que lo acompañara cuando se encontrase con Anslak al día siguiente, pero Hereld sabía que sería suicida si no disponían del prisionero para realizar el intercambio.

—Al parecer, lady Dynna le ayudó a escapar y lo acompañó con el fin de evitar el matrimonio con sir Edmund. Hace días que sir Edmund ha estado peinando la campiña en busca de ambos. Hasta ahora no hemos tenido noticias. ¿Cuándo se supone que han de llegar los vikingos?

—Llegarán pasado mañana. Se ha fijado un lugar de reunión. Están más que dispuestos a pagar el rescate para recuperar al Halcón Negro.

—Y ¿qué harán si el Halcón Negro no aparece? —preguntó uno de los hombres.

—No sabría decirlo. —Hereld mentía, porque no quería que supieran cuán asustado estaba ante esa posibilidad—. Puede que se alegren de que haya escapado.

—Eso sería lo mejor —comentó sir Roland.

—Sí, es verdad —asintió Hereld y vació la copa de hidromiel de un trago.

Contempló a los hombres que lo rodeaban y se preguntó si sabrían que sólo les quedaban unas horas de vida. Si el Halcón Negro no aparecía, Anslak se enfurecería y lo que ocurriría después no sería agradable.

Hereld se puso de pie, fingiendo estar cansado.

—Volver a veros ha sido un placer —dijo—, pero el viaje fue largo y he de retirarme. Os veré mañana.

Los demás le desearon las buenas noches en tono indiferente.

Hereld cogió el cofre y abandonó la Gran Sala simulando tranquilidad. Volvió a dirigirse a su nave procurando disimular su nerviosismo, pero en cuanto subió a bordo ordenó a sus hombres que se dispusieran a hacerse a la mar.

—¿Qué ocurre, Hereld? ¿Por qué has regresado de la torre tan pronto? —preguntó uno.

—Hemos de dirigirnos al sur, esta misma noche.

—Pero ¿por qué?

Hereld les explicó la situación nefasta en la que se encontraban.

—El Halcón Negro ya no es el prisionero de lord Alfrick y no quisiera estar cerca de la torre cuando Anslak descubra lo ocurrido.

—¿Te has hecho con la recompensa que lord Alfrick te prometió?

—Con la mitad, y me conformaré con ello, a condición de seguir vivo para disfrutarla. Zarpemos ahora, antes de que amanezca. Quiero ponerme fuera del alcance de lord Alfrick antes de que descubra que he huido.

Mientras se hacían a la mar, Hereld consideró que sus cien libras de oro y la suma contenida en el cofre que le entregó lord Alfrick suponían un pago razonable, pero pensaba que no le debía la vida.

Brage y Dynna se levantaron al alba y cabalaron todo el día. Se sentían hambrientos y el caballo estaba cansado, pero no se detuvieron. Apenas se tomaron un breve descanso. La torre de sus padres estaba a su alcance y cabalgarían toda la noche si fuera necesario, porque les urgía llegar antes que Edmund.

Poco después del ocaso, tras remontar una colina, Brage vislumbró la torre del padre de Dynna y sus extensas propiedades por primera vez.

—Hemos llegado... —exclamó ella, y las lágrimas bañaron sus mejillas al ver el hogar familiar.

—Es verdad, pero puede que Edmund también se encuentre allí —comentó Brage; aún no estaba dispuesto a bajar la guardia.

—No veo indicios de su presencia o de sus hombres.

—Podrían encontrarse en el interior. Hemos de ser precavidos y no apresurarnos a entrar.

Dynna sabía que tenía razón.

—Aguardemos hasta que oscurezca —sugirió—, hay una entrada secreta. Me adelantaré y comprobaré que podéis entrar sin correr peligro.

Brage asintió.

—Las tierras de vuestro padre, ¿son extensas?

—Sí, pero no tanto como las de lord Alfrick. Por eso mi padre aprobó y fomentó mi matrimonio con Warren. Supuso una medida diplomática provechosa, porque la alianza nos reforzó.

—¿Qué opinará vuestro padre de vuestro regreso al hogar?

—Lo comprenderá. Mientras que Warren gozaba de su aprobación, todos sabían que si Edmund hubiera pedido mi mano se la habría negado.

—Vuestro padre es un hombre sabio.

Dynna asintió y añadió:

—Ahora estaremos a salvo. —En ese lugar, ella había disfrutado del afecto y de la aceptación más absoluta. Allí habían transcurrido los días más felices de su vida: estaba en su hogar.

—¿Estáis segura de que vuestros padres me darán la bienvenida? —quiso saber Brage.

—Confían en mí. Vos me habéis ayudado, señor vikingo. Os ayudarán.

Brage esperó que estuviera en lo cierto. En ese momento comprendió hasta qué punto la delación del traidor lo había afectado. Ahora desconfiaba de todos, dispuesto a encontrar engaños y traiciones, y se preguntó si algún día volvería a recuperar la confianza en los demás.

—Venid, os mostraré dónde podéis ocultaros hasta que haya oscurecido lo bastante como para que yo pueda entrar —añadió Dynna.

Condujo a Brage a una zona boscosa detrás de la torre y permanecieron ocultos hasta que cayó la noche.

—Tal vez tarde un poco, pero no temáis: regresaré a por vos —le prometió Dynna.

Se contemplaron en la penumbra; Brage la abrazó y se besaron antes de separarse: ambos barruntaban que su vínculo cambiaría cuando ella hubiese atravesado el portal de la torre.

—Tened cuidado, Dynna —le advirtió.

—Lo tendré. —Después se marchó y se encaminó hacia la pequeña puerta oculta.

Tal como Dynna había supuesto, sir Eaton, el más antiguo de los hombres al servicio de su padre, estaba de guardia ante la puerta.

—¡Lady Dynna! —exclamó, sorprendido y desconcertado cuando ella apareció en medio de la oscuridad. La miró fijamente, con expresión perpleja. Era ella, no cabía duda, pero llevaba ropas de muchacho.

—¡Sir Eaton! Felices los ojos que os ven —lo saludó con una cálida sonrisa.

—Yo también me alegro de veros, milady, pero ¿qué estáis haciendo aquí? —Cuando Dynna visitaba la torre no acostumbraba entrar por allí, sino que cabalgaba orgullosamente a través de la puerta principal.

—Es una larga historia y ahora no tengo tiempo de contárosla. Decidme, sir Eaton, ¿alguien ha acudido a la torre hoy?

—Acudieron toda clase de personas, como de costumbre —contestó él, todavía perplejo.

—Quienes me preocupan son Edmund, el hermano de mi difunto esposo, y sus hombres. ¿Han llegado hoy?

—Oh, no, milady. Lo sabría. Nadie por el estilo ha acudido a la torre.

—Gracias a Dios —contestó Dynna, muy aliviada. Ahora podía regresar junto a Brage.

—¿Adónde vais, lady Dynna? No podéis marcharos así...

—Volveré de inmediato. Os ruego que informéis a mis padres de que he regresado y me acompaña alguien en quien confío. Decidles que es importante que me reúna con ellos ahora mismo.

—Sí, milady. —Sir Eaton la siguió con la mirada y luego se apresuró a cumplir

sus órdenes.

Dynna regresó a toda prisa al lugar donde la aguardaba Brage con el caballo.

—Podemos entrar sin peligro —le dijo—. Edmund todavía no ha llegado.

—Hemos de agradecersele a sir Thomas —respondió Brage, y emprendieron camino a la torre conduciendo al caballo.

Brage albergaba la esperanza de que sir Thomas hubiese logrado dirigir a sir Edmund en dirección opuesta a la torre. En ese caso, dispondría del tiempo necesario para emprender el regreso a su hogar. No obstante, si llegaba en uno o dos días, escapar resultaría difícil pero no imposible. Sea como fuere, ahora eso no tenía importancia, porque lo importante era que habían alcanzado la torre sin ser atrapados, y que los padres de Dynna la protegerían.

Brage siguió a Dynna a través de la estrecha puerta y alcanzó el interior de la fortaleza. Uno de los hombres de su padre acudió a su llamado y se hizo cargo del caballo.

Sir Eaton salió a su encuentro cuando se acercaron a la sala. Al ver al hombre alto que llevaba el escudo y la espada vikinga casi desenvainó la suya para defenderse. Dynna notó que estaba nervioso y se interpuso entre ellos.

—No temáis, sir Eaton. Éste es Brage y desde que abandoné las tierras de lord Alfrick ha sido mi protector.

—¡Pero es un vikingo, milady! —protestó sir Eaton, con la vista clavada en Brage.

—Lo es, pero está aquí como amigo, no como un enemigo.

—Lo que vos digáis, milady —dijo, retrocediendo y franqueándoles el paso—. Vuestros padres os aguardan en su cámara privada.

Con la cabeza erguida, Dynna hizo pasar a Brage e ignoró las miradas curiosas de los hombres de su padre que ocupaban la Gran Sala.

—Por aquí —dijo, avanzando con paso majestuoso y seguida de Brage, que echó un vistazo en torno a la torre. Aunque amplia y limpia, no era del mismo tamaño que la de lord Alfrick.

Dynna se detuvo ante una puerta cerrada y llamó una vez antes de ser invitada a entrar. Al abrir vio a su madre, de pie junto a su padre al otro lado de la habitación. Incapaz de contenerse, corrió hacia ellos y prácticamente se arrojó en brazos de su madre.

—¡Madre! —exclamó con las mejillas bañadas en lágrimas—. ¡He vuelto a mi hogar!

—Hija querida, he sentido una gran angustia por ti. —Lady Audrey estrechó a su hija en brazos y derramó sus propias lágrimas de alegría. Sólo había visto a Dynna una vez desde la muerte de Warren, justo después del accidente. Quiso llevarse a Dynna a casa, pero lord Alfrick no cedió a su deseo y lo prohibió—. Creí que nunca volvería a verte.

—Ni yo a ti, madre —dijo ella—. Hubo momentos en los que no sabía si lograría

llegar hasta aquí.

Lord Garman, el padre de Dynna, carraspeó para que las dos mujeres a quienes más quería en el mundo dejaran de llorar y le lanzó una mirada a Brage.

—Has traído a una visita, hija. ¿Quién es este vikingo?

—Padre, madre, éste es Brage. Me ayudó a escapar de la torre de lord Alfrick.

—¿Qué? ¿Has tenido que escapar, y nada menos que con un vikingo? ¿Qué clase de tontería es ésta? ¿Acaso al ser la viuda de Warren no fuiste apreciada y cuidada? —preguntó lord Garman, enfadado y perplejo.

—No, padre. Fue horroroso. Lord Alfrick mandó que me casara con Edmund. El sacerdote había llegado y la boda se celebraría en un par de días —le explicó—. Lo siento, padre, pero no podía hacerlo. Edmund no es el hombre que fue Warren.

—Ambos conocemos su carácter, pero no tenías necesidad de huir de allí, ¿verdad?

—Sí. Era la única manera de salvarme. Hace varias semanas, Matilda y yo tratamos de escapar pero fuimos atrapadas por los vikingos cuando desembarcaron para atacar.

—Hemos recibido noticias del ataque, acerca de la derrota que lord Alfrick infligió a los vikingos y de la captura del... —Garman adoptó una expresión de sospecha y se volvió hacia Brage.

—Sí, padre. Es el Halcón Negro.

—¿Y lo has traído aquí? —Garman estaba indignado.

—Ha venido como amigo. Tras la batalla, Alfrick me ordenó que lo curara. Por casualidad, descubrí que Edmund planeaba devolverlo a los suyos después de cobrar un rescate y, una vez que se hiciera con el oro, pensaba matarlo antes de que pudiera regresar a su hogar. Fue entonces que comprendí lo que debía hacer.

Dynna miró a Brage, que permanecía en silencio.

—Te viste obligada a escapar, acompañada por el Halcón Negro... —su padre acabó la oración en tono incrédulo.

—No te enfades, padre. No soportaba la idea de que Edmund me tocara. Hubiera preferido morir antes que casarme con él. Es un hombre que goza con la crueldad.

Garman había tratado con Edmund en el pasado y sabía la clase de hombre que era.

—Está bien, hija mía. Lo comprendo —dijo y la abrazó.

—Supliqué a Brage que me ayudara a escapar de la torre. Le prometí que a cambio de acompañarme hasta aquí sana y salva, le ayudaríamos a regresar a su tierra natal.

Audrey y Garman contemplaron al vikingo. Era alto, moreno y apuesto, de expresión feroz y porte orgulloso. No era de extrañar que gozara de una fama tan terrible... Su presencia era intimidante.

—Os estamos agradecidos por acompañar a nuestra hija a casa, Brage —dijo Audrey, y después se presentó a sí misma y a su marido al vikingo.

Brage asintió con la cabeza, agradeciendo las palabras de Audrey. Ahora sabía de dónde procedía la belleza de Dynna. Aunque ya peinaba canas, la madre de Dynna era una mujer hermosa, alta, delgada y encantadora.

—Es bueno que hayamos llegado aquí sanos y salvos y os agradezco la bienvenida —contestó Brage.

—Dynna sabe juzgar a los demás. Seréis tratado como uno de los nuestros —dijo lord Garman.

—¿Qué necesitaréis para vuestro viaje al hogar? —preguntó Audrey.

—Una nave pequeña y ayuda para tripularla. Yo también he de escapar del destino que lord Alfrick y Edmund han planeado para mí.

—Contad con ello —respondió Garman—. Mañana nos dirigiremos a la costa y dispondremos vuestro medio de transporte.

Dynna le lanzó una sonrisa a Brage, encantada de que sus padres se mostraran tan comprensivos con respecto a la situación. Audrey notó la mirada que su hija le lanzó al vikingo y comprendió lo que sus palabras no manifestaban.

—Hay algo más... —empezó ella—. Algo decisivo, padre.

—¿Qué es, hija mía?

—Si Edmund viniera aquí, no debe enterarse de nuestra presencia porque de lo contrario, sería capaz de cualquier cosa.

—La mantendremos en secreto, Dynna. Ahora venid, comamos y hablemos de las medidas a tomar para que Brage pueda hacerse a la mar.

—Mientras vosotros habláis, llevaré a Dynna arriba para que pueda tomar un baño y ponerse ropa más adecuada. También dispondré ropa limpia para vos, Brage —dijo la madre.

Brage observó cómo Dynna subía las escaleras y no la perdió de vista hasta que desapareció. Garman no dejó de notar su interés.

—Os agradezco vuestra ayuda —le dijo al padre de Dynna—. No estaba muy seguro de cómo me recibiríais.

—Cualquier hombre que evita que mi hija sufra daño merece mi eterna gratitud. Venid, bebamos una jarra de cerveza mientras aguardamos su regreso. Podéis dejar vuestra espada y el escudo aquí. No corréis peligro mientras permanezcáis en mi torre.

Brage quiso creerle, pero se negaba a abandonar sus armas tras haber sido desposeído de ellas durante tanto tiempo. Además, Edmund seguía suponiendo un peligro.

—Las llevaré conmigo —dijo con determinación.

Lord Garman asintió y lo acompañó hasta la mesa de la Gran Sala. Brage dejó el escudo y la espada a mano.

Lord Garman lo notó, pero no dijo nada. Veía que el vikingo era un excelente guerrero y deseó disponer de varios hombres como él que le ayudaran a proteger la torre. Sus propias defensas eran inadecuadas; sus hombres preferían dedicarse al

cultivo de la tierra en vez de luchar. Sus tierras no estaban próximas a la costa, así que no habían sufrido los mismos devastadores saqueos vikingos que los demás. Garman sabía que si alguna vez sufrían un ataque o un sitio, no serían capaces de ofrecer mucha resistencia. Por eso había permitido que Dynna se casara con Warren en primer lugar. Lord Alfrick era capaz de reunir un ejército poderoso y, teniéndolo como aliado, pocos osarían atacarlo a él.

—Gracias, madre —dijo Dynna cuando entraron en la habitación que había ocupado de joven.

—¿Por qué me agradeces, cielo?

—Por comprender mi necesidad de escapar.

Por fin, Dynna empezaba a relajarse. Estar en compañía de sus padres le proporcionaba la anhelada seguridad. Allí, junto a su familia, nadie podía hacerle daño.

—Cuéntame todo lo ocurrido, hija. —Audrey insistió en que le hablara de su desgracia y de su huida.

Dynna le contó todo, de principio a fin: la decisión de lord Alfrick de casarla con Edmund en contra de su voluntad, y su decisión de escapar junto a Brage.

—Pero ¿dónde está Matilda? Si la llevaste contigo la primera vez, ¿por qué no te acompañó en esta ocasión? Me parece inimaginable que te dejara marchar sola. —Audrey sabía que la criada le era muy fiel a su hija.

Dynna le contó cómo había escapado y que había mantenido su plan en secreto adrede, para evitar poner en peligro a Matilda.

—¿Y qué pasa con este Brage? —preguntó, recordando cómo lo había mirado—. ¿Qué significa el vikingo para ti?

—Pues nada, madre. —Notó que el rubor le cubría las mejillas. Nunca había logrado mentirle a su madre.

Audrey continuó como si no la hubiera oído:

—Sientes algo por él. ¿Qué clase de hombre es?

La perspicacia de su madre no sorprendió a Dynna: siempre parecía saber lo que pensaba y sentía.

—No sé qué siento por él, madre. Es un hombre fiero y salvaje, pero también tierno y afectuoso —contestó con expresión pensativa, que luego se tornó casi triste.

—¿Y qué más? —pregunto Audrey, porque sabía que Dynna no le había revelado todo, ni a ella y quizá tampoco a sí misma.

—Temo que mañana, cuando se marche, nunca volveré a verlo —dijo, alzando la vista y contemplando a su madre—. No sé si podré soportarlo.

—Entonces significa algo para ti. —Audrey lo comprendía perfectamente. El vikingo era muy apuesto y habían estado juntos y a solas durante muchos días.

—Sí, es verdad —dijo Dynna, lanzándole una mirada desesperada—, pero no lo

comprendo. Lo que siento por él es tan distinto de lo que sentía por Warren... La intensidad de mis sentimientos es casi aterradora; hay momentos en los que creo haberlo imaginado todo, pero después...

—Después, ¿qué?

—Después vuelve a tocarme, y sé que lo que siento por él no es un sueño.

—Mañana por la mañana, una vez que se haya marchado, es casi seguro que no volveréis a encontraros. Perteneceis a mundos diferentes.

—Lo sé. —La idea le provocaba una profunda angustia, pero sabía que debía dejarlo marchar—. No puedo impedírselo.

Su madre asintió con la cabeza.

—¿Sabes qué siente él por ti? —preguntó.

—No me ha dicho nada, excepto que me considera valiente y que nunca ha conocido a una mujer como yo —dijo, suspirando—. Pero no me siento valiente cuando pienso que he de separarme de él para siempre.

—Entonces hemos de ver qué ocurre esta noche. A lo mejor también comprenderá que tú eres importante para él.

—Eso sería maravilloso...

Audrey se limitó a sonreír. Su hija se merecía la felicidad y si unirse a ese vikingo se la proporcionaba, pues que así fuera. Una tregua entre ellos y los vikingos también sería muy positiva: tanto para el comercio como para poner fin a la amenaza de una guerra, por no hablar del júbilo que brillaba en la mirada de su hija al pensar en su guerrero.

Audrey decidió que hablaría del tema con Garman más adelante, cuando estuvieran a solas.

Dynna tomó un rápido baño, se restregó el cuerpo y el cabello para quitarse la suciedad acumulada tras los muchos días de viaje. Ayudada por su madre, peinó su larga y enredada melena y luego se puso una de las túnicas de su madre y un sobrevestido bordado. Era de un suave color rosa que aumentaba el brillo de sus ojos grises y el rubor de sus mejillas expuestas al sol.

—Estás preciosa. Ven, mírate en el espejo —la animó su madre y le indicó que se colocara delante del espejo de bronce pulido.

Su aspecto la complació y Dynna abrazó a su madre.

—¿Regresamos a la sala?

—Los hombres nos esperan —contestó su madre. Ambas salieron de la habitación y bajaron las escaleras que conducían a la Gran Sala.

Era como si Brage notara la presencia de Dynna; alzó la cabeza, dirigió la mirada hacia las escaleras y vio bajar a ambas mujeres. Guardó silencio y contempló a Dynna, que le pareció más hermosa que nunca y no desprendió la vista de ella. Ese instante comprendió que hacerse a la mar sin ella no resultaría fácil.

Las mujeres se sentaron ante la mesa y Garman indicó a los criados que sirvieran la comida. Dynna y Brage comieron con buen apetito, porque casi no habían probado

bocado durante todo el día.

—Viajaremos hasta la costa por la mañana —anunció lord Garman—. Si el tiempo es propicio, dentro de un día Brage dispondrá de una nave.

Dynna logró sonreír, pero sin alegría, y se volvió hacia Brage.

—Es bueno que regreséis a vuestro hogar. Sé cuánto lo echáis de menos, y también a vuestra familia.

—Será bueno volver a verlos, pero no descansaré hasta descubrir quién me ha traicionado.

Lo que lo impulsaba era el deseo de venganza, el mismo que lo mantuvo con vida cuando otros hombres de menor valía hubieran sucumbido a sus heridas. Dynna no dijo nada más, estaba apesadumbrada.

Durante el resto de la comida charlaron animadamente y, cuando llegó la hora de retirarse, Dynna quiso pasar unos minutos a solas con Brage.

—Será mejor que Brage se aloje en la habitación de la torre: está apartada y pocos conocen su existencia —dijo Garman—. Si hubiera problemas, podrá ocultarse allí.

Dynna casi deseó que su padre le adjudicara una habitación más próxima a la suya, pero por su propio bien era mejor que sus habitaciones estuvieran alejadas. Fuera lo que fuere que ambos debían decirse, habría de ser dicho esa misma noche. Porque al día siguiente él habría partido.

—Lo acompañaré hasta su habitación —dijo Dynna a sus padres.

—Le diré a las criadas que os preparen un baño y ropa limpia —ofreció Audrey.

Brage volvió a darles las gracias, se puso de pie, recogió la espada y el escudo y siguió a Dynna.

Ambos se dirigieron a las escaleras y las subieron lentamente.

—Pronto todo habrá acabado y emprenderéis el camino a casa —dijo Dynna en voz baja.

—Creí que sería imposible abandonar este lugar sin librar una batalla.

—Quizás haya momentos en que las cosas se desarrollan como es debido. Tal vez los finales felices existen. —Dynna habló sin mirarlo, el dolor que le provocaba la separación era demasiado grande.

Ambos alcanzaron la habitación situada en lo alto de la torre y permanecieron de pie, a solas.

—¿Vendréis por la mañana a despedirme junto con vuestro padre?

—No podría dejar que os marchéis sin deciros adiós.

Brage se acercó a ella, la abrazó y se fundieron en un beso ardiente. Cuando la criada llamó a la puerta, Dynna se apartó. Clavó la mirada en los rasgos amados como para memorizarlos y grabárselos en el corazón. La criada volvió a llamar y le abrió la puerta.

—He de desearos buenas noches, señor vikingo —dijo, mientras las criadas entraban para prepararle el baño.

—Buenas noches, Dynna —repuso Brage y se quedó mirando cómo se marchaba

de la habitación. De su vida. Le pareció ver una lágrima en su mejilla, pero no estaba seguro de ello.

Cuando las criadas cumplieron con su tarea y se marcharon, Brage se sumergió en la tina y se lavó. Estaba de mal humor. Volvieron a llamar a la puerta y una de las criadas entró.

—Me preguntaba si necesitáis algo más —preguntó la criada; le ofrecía algo más que sus servicios. El vikingo era un hombre apuesto y si él lo deseara, ella no tendría inconveniente en consolarlo.

—No. Vete. Quiero estar a solas. —No deseaba un rápido revolcón con una criada y se sorprendió al comprobar que la idea le disgustaba. Sólo había una mujer que deseaba tener en su lecho, sólo una que despertaba su ardor, y ésa era Dynna.

Brage maldijo en voz baja. El deseo de venganza lo impulsaba a regresar junto a los suyos y descubrir al traidor. Pero, aunque procuró centrarse en la necesidad de que el culpable pagara sus culpas, no logró apartar a Dynna de sus pensamientos.

Dynna... Se le apareció su imagen: Dynna la valiente... Dynna la sanadora... Dynna la amante... Volvió a maldecir. ¿Acaso era imposible olvidar la atracción que sentía por ella, al igual que había olvidado a las otras mujeres de su vida?

Con la mirada perdida, Brage recordó su coraje y su belleza, su reacción ante sus caricias y sus besos, y descubrió que anhelaba volver a estrecharla entre sus brazos, acariciarla y hacerle el amor esa misma noche, en una cama auténtica y confortable, no en medio de la naturaleza. Quería ir a su habitación pero sabía que no debía, no esa noche y en casa de sus padres.

Terminó de bañarse y trató de dormir, pero no pudo. Se había acostumbrado a hacerlo a su lado. Cuanto más pensaba en Dynna, tanto más aumentaba el anhelo de estar junto a ella. Pensó en el regreso a su hogar, en reunirse con su familia, pero la perspectiva no le proporcionaba alegría a menos que Dynna estuviera con él.

Incapaz de descansar, Brage se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. ¿Qué clase de mujer era aquella hechicera que lo perseguía incluso cuando se preparaba para hacerse a la mar, regresar a su hogar y recuperar la libertad? Se detuvo ante una de las estrechas ventanas de la torre y contempló el despejado cielo nocturno. Las estrellas brillaban y la luna era plateada. Era una noche para los amantes y sin embargo él estaba solo, como Dynna.

De algún modo, en ese momento Brage comprendió que era una noche para amantes. Ellos habían sido amantes. Estaban destinados a estar juntos: él, el intrépido Halcón Negro, y ella, la valiente sajona que lo había domado. Por fin lo reconoció ante sí mismo: amaba a Dynna. Nunca le había dicho esas palabras a ninguna mujer. Nunca se había declarado, pero ahora lo haría, porque la amaba y sólo la quería a ella.

Brage sintió el impulso de dirigirse a su habitación y confesarle su amor. Quería decirle que lo acompañara a su tierra natal y se convirtiera en su esposa. Quería tenerla a su lado, todos los días y todas las noches. Entonces se la imaginó con el hijo de ambos abultándole el vientre y, para su gran asombro, descubrió que la idea le

agradaba. Estaban destinados a estar juntos y la idea de separarse de ella le resultaba intolerable.

Entonces sintió un enorme alivio y una gran expectación. Al día siguiente, antes de abandonar la torre con su padre, le declararía su amor a Dynna. Le pediría que se convirtiera en su esposa.

Por fin Brage se tranquilizó. Volvió a tumbarse en la cama y se durmió, ansiando que llegara el alba para verla y expresarle sus sentimientos. La llevaría consigo a su hogar, porque no podía imaginar la vida sin ella.

Dynna daba vueltas en la cama. Tras dejar a Brage, había comprendido la intensidad de los sentimientos que él le despertaba. Lo amaba como nunca había amado a ningún otro. La idea de perderlo le rompía el corazón. La muerte le quitó a Warren, pero Brage... ¡Brage estaba vivo! Su único temor era que se marchara sin saber que ella lo amaba.

Dynna no tardó en decidir lo que debía hacer. No le resultaría fácil: nunca había osado proclamarle su amor a un hombre. Con Warren no fue necesario, pero era Warren. Ahora era Brage, el hombre cuyas caricias le encendían el alma, el hombre al que quería amar durante toda su vida. No soportaba la idea de que por la mañana la abandonara. Ignoraba lo que él diría cuando le manifestara su amor y le dijera que no quería que se marchara, pero no podía dejar pasar el momento sin expresarle sus sentimientos.

Tal como había descubierto tras la muerte de Warren, la vida era demasiado breve y a menudo cruel. Dynna sabía que, mientras pudiera, debía aferrarse a la felicidad. Se levantaría antes de que amaneciera y le diría a Brage que lo amaba. No podía dejarlo marchar y, tras tomar esa decisión, se acostó y logró conciliar el sueño, porque al fin sabía lo que quería y cómo conseguirlo.

El desastre ocurrió sin aviso previo. La paz reinaba en la torre, pero un instante después los hombres de sir Edmund atravesaron la puerta y cuando sir Eaton y varios de los hombres de lord Garman trataron de cerrarles el paso, hallaron la muerte.

—Resultó tan fácil como había calculado —se vanaglorió sir Edmund al entrar en la Gran Sala. Había irrumpido con tanta rapidez que nadie dio la alarma.

Sir Thomas logró controlarse, pero ansiaba derribar al hombre sanguinario que encabezaba el ataque. Había tratado de convencer a Edmund de que no recurriera a la fuerza para entrar en la torre, procuró decirle que si Dynna y el vikingo no se encontraban allí, las consecuencias serían graves, pero sir Edmund se había empeinado hasta tal punto en que se hallarían allí que no quiso atender a razones. Así que a sir Thomas no le quedaba otro remedio que tratar de encontrar a Dynna y mantenerla fuera de peligro.

Siguió a Edmund, que subía la escalera de dos en dos. Encontrar la habitación principal no resultó difícil e irrumpieron en ella, sobresaltando a lady Audrey y lord

Garman, que dormían profundamente. Lord Garman trató de incorporarse, pero uno de los hombres de sir Edmund se lo impidió presionándole el pecho con la espada.

—¿Dónde están? —gritó sir Edmund, acercándose a los pies de la cama.

—¿Dónde están quiénes? —preguntó lord Garman—. Y ¿qué significa esto?

—No os hagáis el inocente. Quiero saber dónde se ocultan vuestra hija y el vikingo al que ayudó a escapar.

—No sé de qué estáis hablando.

—No mintáis, lord Garman. No os conviene...

—¡No me amenacéis!

—Haré algo más que amenazaros —gruñó Edmund y apoyó la mano en la empuñadura de su espada—. Quiero al vikingo y a Dynna, y los quiero ahora.

Como lord Garman no respondió con la suficiente rapidez, Edmund le hizo un gesto a su hombre y éste presionó la espada con más fuerza contra el pecho de lord Garman y lo obligó a tumbarse de espaldas.

Lady Audrey los contemplaba con mirada aterrada y se volvió hacia sir Edmund.

—¿Por qué hacéis esto? Somos los aliados de vuestro padre. ¿Por qué habéis atacado nuestro hogar? Sólo teníais que pedir permiso y os hubiéramos invitado a pasar.

—No me interesa vuestra invitación. Mientras me entreteníais sirviéndome cerveza y vino, el vikingo y Dynna hubieran escapado. No: sé que están aquí.

—No sé de qué estáis hablando —insistió lord Garman.

Sir Edmund le lanzó una mirada incrédula.

—Si no queda más remedio, registraré esta torre piedra por piedra hasta encontrarlos. Sería mucho más sencillo que me dijerais dónde están.

Audrey y Garman intercambiaron una mirada, pero guardaron silencio.

—Registrad todas las habitaciones —ordenó el caballero.

Los hombres se apresuraron a cumplir sus órdenes. Sir Thomas se aseguró de encabezar la búsqueda. Si encontraban a Dynna sería él quien la llevaría ante Edmund. No permitiría que otras manos la tocaran.

Sólo tuvieron que registrar tres habitaciones antes de encontrar a Dynna. Sir Thomas abrió la puerta de par en par y se enfrentó a ella.

—¡Sir Thomas! —Dynna se incorporó, cubriéndose el pecho con el cobertor.

—Debéis acompañarme —dijo sir Thomas en tono severo, para evitar que los hombres dudaran de su lealtad.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Edmund está en la habitación de vuestros padres y quiere que os traigan a vos y al vikingo ante él. Debéis acompañarme, o me veré obligado a arrastraros. —Detestaba decir esas palabras, pero no tenía opción. Sería mejor que la llevara él, y no los otros.

Dynna asintió y abandonó el lecho procurando conservar la calma. Le temblaban las rodillas pero se envolvió en un chal y avanzó majestuosamente delante de sir

Thomas. Sabía que él la ayudaría cuanto pudiera.

Sir Edmund aún vigilaba a Garman y Audrey cuando oyó los gritos triunfales de sus hombres resonando en el pasillo. Clavó la mirada en la puerta y, cuando Dynna entró en la habitación seguida de sir Thomas y los demás, esbozó una amplia sonrisa.

—¿Así que no sabíais nada de vuestra hija, lord Garman? —dijo con sorna—. Mi padre sentirá un gran interés cuando sepa que me mentisteis.

—¿Cómo os atrevéis a irrumpir en el hogar de mis padres y maltratarnos? —exclamó Dynna cuando la arrastraron ante Edmund.

—Ya os he dicho, dulce Dynna, que me atrevería a mucho con vos. ¿Dónde está el vikingo?

—No lo sé.

—Por algún motivo, me siento incapaz de dar crédito a vuestras palabras. Quiero saber dónde está. No tengo tiempo para los acertijos. Si valoráis la vida de vuestros padres, responderéis con rapidez y me diréis la verdad. Una vez más, ¿dónde está el vikingo?

—Se ha ido —contestó Dynna en tono tenso, con la esperanza de que Brage hubiera notado la llegada de los invasores y logrado escapar.

—¿Se ha ido? ¿Cuándo se marchó?

—Esta noche. Se marchó justo después de medianoche. Estoy segura de que está camino de su hogar.

—¡Mentís! —gritó Edmund enfurecido, y la abofeteó violentamente—. ¡Ha de estar aquí!

—Os digo que se ha marchado —repitió ella, esperando convencerlo. Le ardía la mejilla, pero no se encogió.

El rostro de Edmund expresaba el odio más absoluto.

—Pues no os creo. Traedme a su madre —le dijo a uno de sus hombres.

Uno de ellos arrastró a Audrey de la cama; Edmund desenvainó su puñal y, mientras el hombre la aferraba, presionó la hoja afilada contra la garganta de Audrey.

—¡Os estáis excediendo! —Lord Garman trató de incorporarse para acudir en ayuda de su mujer, pero el otro hombre se lo impidió con la espada.

—Bien, mi encantadora prometida, que sepáis que acabar con la vida de vuestra madre no me causará ningún dolor. Sé que la amáis más que a nadie. ¿La veréis morir para salvar al vikingo? ¿Provocaréis su muerte por negaros a entregarme al Halcón Negro?

—No seríais capaz... —Dynna soltó un grito ahogado.

—Claro que sí —dijo y un hilillo de sangre brotó de la garganta de Audrey—. Si he de matar a todos los ocupantes de la torre... pues que así sea. Luego diré que fueron los vikingos. No quedaría nadie con vida para contradecirme —añadió y soltó una carcajada astuta al ver la desesperación de Dynna.

Audrey soltó un gemido aterrado. Siempre había sabido que Edmund estaba loco, pero no que era capaz de comportarse como un bárbaro. Lord Garman observaba la

escena desde la cama, sin poder hacer nada. Estaba acostumbrado a proteger a los suyos y la incapacidad de salvar a su mujer y a su hija de Edmund lo llenaba de ira. Pensó que tal vez podría moverse lentamente y atacar al hombre que lo amenazaba con la espada, pero Edmund lo notó.

—Si os movéis un solo milímetro, lord Garman, haré que os atraviesen con la espada... ¡después de observar cómo le corto el cuello a vuestra mujer!

Se volvió hacia ésta y dijo:

—Bien, ¿dónde está el vikingo?

Dynna no sabía qué hacer. Dos de sus seres queridos estaban a punto de morir porque se negaba a revelar dónde se encontraba Brage, pero si le decía dónde se ocultaba, Edmund acabaría por matarlo. Apretó las manos para evitar que temblaran. ¿Cómo sacrificar a Brage para salvar a sus padres? ¿Qué otro remedio le quedaba?

—¡Os diré lo que queréis saber! —exclamó lord Garman, sabiendo que no le quedaba más remedio. Una vez acostados, Audrey le había revelado cuánto amaba su hija a Brage, de manera que podía imaginar su dolor al tener que elegir entre salvar sus vidas o la de Brage.

—Ah, un hombre sensato. Me agrada —repuso Edmund—. Si vuestra hija me dice dónde está, tal vez os perdone la vida. Quiero que sea ella quien me diga dónde se encuentra el Halcón Negro. ¿Y bien, amada mía? —se burló—. ¿Dejaréis morir a vuestros padres o me lo diréis?

La decisión le provocaba náuseas, pero no podía hacer otra cosa y le dijo lo que quería saber.

Edmund apartó a Audrey de un empujón.

—¡Vigiladlos hasta mi regreso! —ordenó a sus hombres y echó a correr, empecinado en encontrar al Halcón Negro.

Audrey se desplomó en brazos de su marido, sollozando. Dynna se acercó a ellos apresuradamente. Dos hombres permanecieron en la habitación, vigilándolos.

Espada en mano, sir Edmund subió las escaleras que daban a la habitación de la torre. Sir Thomas y los demás le pisaban los talones. Encontraron la habitación sin ninguna dificultad y, antes de vencer el último obstáculo, intercambiaron miradas triunfales. Entonces sir Edmund echó abajo la puerta con gran estruendo.

Cuando la puerta se abrió violentamente, Brage despertó de inmediato, empuñó la espada que yacía a su lado y se preparó para entrar en batalla. La ira lo embargó al ver a Edmund avanzando hacia él y en cuanto comprendió que los habían descubierto lo consumió la preocupación por Dynna. ¿Estaba a salvo? ¿Había logrado eludir a Edmund?

Brage se lanzó al ataque blandiendo la espada, pero Edmund se defendió de la feroz embestida. Si hubieran estado al aire libre, Brage no habría tenido dificultad para acabar con él, pero como estaba atrapado en la pequeña habitación en la que irrumpía un número cada vez mayor de los hombres de Edmund, la muerte parecía su única salida.

Siguió luchando sin dejar de pensar en Dynna, cada vez más decidido a matar a Edmund antes de que lo derribaran. Aunque quizá fuera lo único que podía hacer por ella, la salvaría de Edmund.

Los hombres que entraron en la habitación estaban armados y preparados. No habían dejado de perseguir al vikingo y ansiaban atraparlo. Observaron a Edmund mientras éste libraba su batalla más importante.

—¡Quiero matarte, vikingo! —gruñó Edmund, volviendo a lanzarse contra Brage, embistiendo y atacando al tiempo que trataba de arrinconarlo contra la pared.

—Inténtalo, sajón —lo desafió Brage, y sus espadas entrechocaron.

Sir Thomas los observaba desde la puerta. Vio el ansia de sangre en sus miradas y supo que la lucha sería a muerte y, por más que deseaba la victoria de Brage, no podía permitir que ocurriera. Casi no quedaba tiempo, debían regresar junto a sir Alfrick de inmediato.

—¡Olvidáis vuestro propósito, sir Edmund! ¡Cesad de luchar! —ordenó sir Thomas y entró en la habitación desenvainando su espada. Sabía que su intromisión enfadaría a Edmund, pero le era indiferente.

Al oír sus palabras, Edmund hizo rechinar los dientes porque sabía que sir Thomas llevaba razón.

Brage quería seguir luchando, estaba dispuesto a pelear hasta la muerte, pero sir Thomas se interpuso entre él y sir Edmund con la espada en la mano.

—Bajad el arma, vikingo.

Brage la aferró aún con más fuerza.

—A lo mejor nuestro amigo desea morir —comentó sir Edmund—. En ese caso, estaré encantado de complacerlo.

—Decís tonterías —lo corrigió sir Thomas—. Hemos de abandonar la torre ahora mismo y regresar junto a vuestro padre.

Cuando el hombre mayor lo reprendió una vez más, sir Edmund volvió a enfadarse, pero sabía que tenía razón y bajó la espada.

—Dadme vuestra arma —le dijo sir Thomas a Brage.

Ambos intercambiaron una mirada y, lenta y cautelosamente, Brage se la entregó.

Dos de los hombres de Edmund lo cogieron y empezaron a arrastrarlo fuera de la habitación. Al pasar junto a Edmund, éste ordenó:

—No lo matéis, pero haced lo necesario para que no nos cause problemas.

Cuando hubieron asentido y se marcharon, Edmund se acercó a sir Thomas con los ojos brillando de ira y la respiración entrecortada.

—Sólo lo diré una vez: ¡jamás volváis a reprenderme ante mis hombres!

—Me he limitado a advertiros, puesto que soy el consejero de vuestro padre —respondió. Notó la ira en la mirada de Edmund y no envainó la espada, por si acaso—. Vuestro padre me dijo que me asegurara de que el vikingo regresara con vida, para poder realizar el intercambio. Me limito a seguir las órdenes de milord.

Edmund notó la mirada inflexible de sir Thomas y su actitud agresiva. Sólo disponía de un modo de guardar las apariencias y lo aprovechó. Sonrió reprimiendo su ira.

—Tenéis razón. Vivo, el Halcón Negro tiene mucho más valor para nosotros que muerto. Regresemos a las tierras de mi padre para hacernos con el oro —dijo, y pasó junto a sir Thomas sin mirarlo. Se dirigió a la habitación de los padres de Dynna, donde algunos hombres aguardaban su regreso ante la puerta—. Cuatro de vosotros me acompañaréis, los demás han de aguardar junto a los caballos, pronto nos marcharemos. —Los hombres lo siguieron y entraron en la habitación, donde otros dos hombres seguían vigilando a lady Audrey y lord Garman—. El vikingo es nuestro —anunció Edmund.

—¿Brage está vivo? —preguntó Dynna, incapaz de ocultar su tormento. Aguardaba las noticias, presa del terror: quería saber la verdad y cuando se volvió hacia Edmund, las lágrimas le empañaban los ojos.

—¿Por qué os preocupa la vida de un miserable vikingo, dulce mía? —gruñó Edmund, enfurecido al comprender lo que significaba su angustia—. No temáis, querida mía, el Halcón Negro está vivo y me encargaré de que siga con vida hasta que hayamos cobrado el rescate exigido —añadió en tono sarcástico. Luego se dirigió a sus hombres—: Vosotros seis permaneceréis aquí vigilándolos hasta que yo regrese. Mantened a milord y milady encerrados en su habitación hasta la noche, luego soltadlos. Dos de vosotros permaneceréis con Dynna en su habitación para «protegerla» de día y de noche. No quiero que salga de la habitación y no quiero que se quede a solas con uno de vosotros. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí, sir Edmund —contestaron al unísono.

—Bien. Obedeced mis órdenes al pie de la letra; sabré si no lo hacéis. Una vez realizado el intercambio del vikingo por el oro, regresaré a por Dynna.

Los hombres estaban temerosos; habían visto lo que les ocurría a quienes lo desobedecían y no querían correr la misma suerte.

—Venid conmigo, Dynna. He de hablar con vos a solas. —Sin aguardar su respuesta, la cogió dolorosamente del brazo, casi la arrastró fuera de la habitación y

cerró la puerta detrás de ellos.

Dynna refrenó su furia y obedeció, puesto que no quería causarles más problemas a sus padres. No habló hasta que alcanzaron la sala:

—¿Qué queréis de mí? Huí de la torre porque no deseo casarme con vos. Nada ha cambiado.

—Ah, pero es que todo ha cambiado y hemos de hablar de muchas cosas.

—No hay nada de que hablar.

—Habéis de saberlo, Dynna... —dijo en tono feroz y la atrajo hacia sí—. Sois mía. Soy vuestro dueño. —Su mirada era fría y amenazadora—. Cuando haya acabado el asunto del vikingo regresaré a por vos, pero no creáis que compartiré mi nombre y mi título con vos. Dejad de preocuparos, no os tomaré por esposa. Ahora seréis mi puta. Satisfaréis mis necesidades y cumpliréis con mis deseos. Seréis menos que la última de las esclavas. Os usaré, porque vuestro cuerpo es exuberante, pero jamás disfrutaréis del honor de llevar mi nombre, y tampoco de mi posición.

—Antes prefiero morir. Prefiero la muerte antes que la deshonra —replicó ella. El corazón le latía con fuerza y las ideas se agolpaban en su cabeza.

Edmund la abofeteó con todas sus fuerzas y Dynna cayó de rodillas.

—No disfrutaréis de semejante placer. Me aseguraré de que sufráis mientras a mí me complazca. Tal vez, cuando me haya cansado de vos, seré yo quien os conceda ese alivio —gruñó, mirándola fijamente mientras Dynna, con actitud impenitente, permanecía arrodillada a sus pies. Sus ojos grises brillaban como la plata y tenía los labios ensangrentados e hinchados. Edmund hubiera deseado derribarla y apoderarse de eso que tanto ansiaba poseer. Quería azotarla hasta doblegarla, la deseaba con un ansia que no podría saciar ni en cien años, pero no disponía del tiempo suficiente.

—La muerte sería un placer, comparado con compartir vuestro lecho —se reafirmó ella.

Edmund soltó una fría carcajada.

—Hay muchas mujeres que estarían en desacuerdo con vos..., muchas que estarían encantadas de ocupar vuestro lugar.

—He conocido las caricias de un hombre. Sois un animal. ¡Brage es diez veces más hombre que vos!

Él la cogió de las muñecas, la obligó a ponerse de pie y la aplastó contra su pecho. Ahora que ella confirmaba lo que siempre había sospechado, su ira se desbordó.

—¡Es una pena que no disponga del tiempo necesario para demostraros cuán equivocada estáis!

A Dynna ya no le importaba lo que le haría. Su mundo había sido destruido.

—¡Los días de vuestra vida no os alcanzarán para demostrar que estoy equivocada!

Edmund la aferró con violencia aún mayor y se restregó contra ella, para que supiera lo que le haría cuando regresara.

—Nadie podría haberme dicho las cosas que me dijisteis y seguir con vida. No dejasteis de luchar contra mí, pero eso se ha acabado. Os domaré y os entrenaré. Os veré dócil a mis pies. Sois mía. Sólo lo aplazaré hasta que me haya encargado de entregar al vikingo a mi padre. Si las circunstancias fueran otras, me quedaría y os demostraría que vuestro desafío se ha acabado.

Dynna notó la dureza de su virilidad y se sintió asqueada. La potencia de Brage la había excitado, pero Edmund le causaba repugnancia.

—¡Os detesto!

Edmund sonrió.

—Y me detestaréis todavía más antes de que haya acabado con vos. Volveré. Y pretendo encontraros dispuesta cuando regrese.

La apartó de un empujón y abrió la puerta para dejarla pasar. Llamó a dos guardias y les ordenó que salieran al pasillo. Tras indicarles cómo debían tratar a Dynna durante su ausencia, se marchó sin mirar hacia atrás.

Cuando Edmund salió a los jardines, el vikingo estaba sujeto a un caballo, inconsciente.

—Se resistió a acompañarnos —dijo uno de los hombres.

Edmund se limitó a sonreír e hizo caso omiso de la mirada de desaprobación que le lanzó sir Thomas. El vikingo estaba como Edmund quería que estuviera.

Se dispusieron a emprender la cabalgada. Sir Edmund alzó la vista y vio a Dynna, observándolo desde una de las ventanas de la torre. Le lanzó un saludo triunfal y montó en su corcel.

—Hemos de regresar a nuestra torre —dijo a sus hombres—. Queda poco tiempo, tendremos que cabalgar como el viento.

Abandonaron la torre; a sus espaldas dejaban la muerte, la destrucción y la desesperanza.

—Venid, lady Dynna, hemos de irnos —dijo Balder, uno de los hombres de Edmund y le indicó que lo siguiera.

Ella asintió con gesto cortante y se alejó de la ventana.

—¿Adónde te llevan, Dynna? —preguntó su madre en tono preocupado.

—Hemos recibido instrucciones de mantenerla encerrada en su habitación hasta que sir Edmund regrese —contestó Balder.

—Iré con ella —declaró su madre con voz firme. Temía por la vida de su hija y no quería dejarla a solas con los hombres de Edmund.

—No. Debéis permanecer en vuestras habitaciones hasta mañana. Sólo entonces podréis salir.

—¿Cómo te atreves? —rugió sir Garman, furioso y humillado por el trato recibido por parte de los hombres de su supuesto aliado.

—Recibimos órdenes de sir Edmund y no las desobedeceremos.

Lord Garman comprendió que los impulsaba el miedo y discutir resultaría inútil. Un día parecería una eternidad, pero llegaría a su fin. Los guardias salieron de la habitación y cerraron la puerta con candados.

—¿Garman? —Audrey pronunció su nombre en tono dubitativo.

—Aguardaremos el momento oportuno, amor mío —dijo él, se acercó y la abrazó—. Mañana podrás visitar a Dynna libremente.

—Pero ¿no le sucederá nada malo? Y ¿qué pasará con Brage?

—Estoy seguro de que Edmund no quiere que le hagan daño a Dynna, pero en cuanto al vikingo... dudo que para el fin de semana siga con vida.

Se acomodaron en la habitación en silencio, esperando que se hiciera de día. Estaban cautivos en su propio hogar, prisioneros de la venganza y el odio de Edmund.

Mientras tanto, Dynna entró en su habitación. Cuando se disponía a cerrar la puerta, dos hombres la siguieron.

—¿Qué significa esto? —preguntó alarmada—. ¿Acaso no disfrutaré de ninguna intimidad?

—No, milady. Lord Edmund ha ordenado que os acompañemos constantemente, que no os perdamos de vista.

—¡Pero eso es ridículo!

—Son sus deseos, y debemos cumplirlos. —Se veía que los hombres tampoco comprendían el motivo de su preocupación. ¿Qué podía haber hecho ella para despertar la desconfianza de Edmund hasta tal punto? Sin embargo, sabían que era mejor no cuestionar sus motivos. Harían lo que les ordenaron, puesto que no deseaban sufrir las consecuencias de la cólera de Edmund.

—Pero... —empezó Dynna.

—El asunto está decidido —la interrumpió Balder—. Permaneceremos aquí con vos hasta que él regrese. Será mejor que lo aceptéis.

Dynna notó la determinación de los dos hombres y comprendió que estaba atrapada. Quizá más adelante se le ocurriría un modo de ayudar a Brage.

Cerraron la puerta con llave. Balder cogió la llave y ambos hombres se sentaron al otro lado de la habitación.

Dynna se tumbó en la cama, se cubrió con las mantas y trató de controlar el llanto mientras recordaba todo lo ocurrido. Se habían llevado a Brage, maniatado e indefenso. Había visto cómo lo sujetaban al lomo del caballo. Sólo le quedaba la esperanza de que sir Thomas lograra ayudarlo y elevó sus plegarias suplicando que Brage se librara del destino que Edmund le había preparado. Debía de haber algo que ella pudiera hacer...

Durante el resto de la noche Dynna permaneció despierta, tendida en silencio, procurando pasar por alto que dos fornidos guardias la vigilaban y tratando de idear el modo de salvar a Brage.

Cuando Brage despertó, descubrió que colgaba a través del lomo del caballo y que estaba maniatado, agitándose con cada paso del animal. Permaneció inmóvil durante un rato, procurando tranquilizarse. Sir Thomas, que conducía el caballo, vio que Brage se movía y no dijo nada. Pero uno de los hombres lo notó y exclamó:

—¡Está despierto, sir Edmund!

Al oír el grito, sir Edmund detuvo a los jinetes, desmontó y se acercó al caballo conducido por sir Thomas. Cogió a Brage del cabello, le levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Bien, has despertado por fin... El famoso y temido Halcón Negro está despierto. —Una sonrisa cruel y desdeñosa le arrugó los labios delgados—. Intentaste escapar de mí, pero fracasaste. Te encontré, vikingo, y vuelves a ser mi prisionero, gracias a la encantadora Dynna.

—¿Dynna? —Brage no pudo evitar preguntar—. ¿Qué pasa con ella? ¿Qué le has hecho?

Al ver la mirada inquisidora de Brage, Edmund sonrió, bajó la voz y dijo:

—Ah, sí: fue Dynna quien me dijo dónde te ocultabas. Se mostró muy dispuesta a cooperar. Ella y yo hicimos un trato.

Hasta ese momento, Brage no había dado crédito a las palabras de Edmund, pero cuando éste mencionó un trato, se maldijo por ser un imbécil.

—¿Un trato?

—Sí, me informaría de tu paradero, a cambio de poder quedarse con sus padres. La convencí mientras estábamos en la cama. Suplicó que le permitiera quedarse en la torre, así que hicimos un trato. Podrá permanecer junto a sus padres, a condición de compartir mi lecho cuando a mí me plazca. Así que como ves, ella obtuvo lo que quería, y tú vuelves a estar en mi poder.

La ira se apoderó de Brage. Todo lo que decía Edmund encajaba: Dynna le había dicho que haría lo necesario para salvarse, y eso fue lo que hizo. ¿Por qué creyó que entre ambos existía algo más que la mera conveniencia? Una vez alcanzado el hogar de sus padres, ya no lo necesitaba.

Edmund notó el destello de cólera en la mirada de Brage y comprendió que había puesto el dedo en la llaga. Eso lo complacía.

—Dynna siempre ha comprendido cómo son las cosas con mucha rapidez —prosiguió—. Siempre supo cómo utilizar a los demás, como ha hecho contigo.

Brage maldijo a Dynna en silencio. Lo había traicionado para salvarse. Comprendió que debía haberla dejado ante la puerta de la torre de su padre y seguir viaje a solas. Era la segunda vez que alguien en quien confiaba lo traicionaba, y su única esperanza era que un día pagarían sus culpas...

—Sir Thomas —exclamó Edmund, y se apartó de Brage—, dejad que el vikingo monte, pero atadle las manos a la espalda y seguid conduciendo su caballo. No quiero

problemas durante el viaje de regreso. Hemos de darnos prisa, no podemos retrasarnos.

Sir Thomas se apresuró a desatar a Brage y bajarlo del caballo. Luego lo maniató y le ayudó a montar. Dada la proximidad de Edmund, no tuvo oportunidad de hablarle.

Después siguieron cabalgando. Edmund estaba decidido a alcanzar la torre de su padre lo antes posible. Sabía que debían darse prisa.

Anslak examinó el lugar de desembarco con mirada crítica. Suponía que habría problemas; no confiaba en que los sajones cumplieran con su palabra, pero no notó indicios de una trampa. Les indicó a Ulf y Kristoffer que acercaran sus naves a la suya.

—Quiero que desembarques conmigo, Ulf. Kristoffer, coge la nave de Brage y dos más, y permanece en alta mar. Si hubiera un problema, te lo indicaré bajando la vela de mi nave.

Anslak y Ulf navegaron hacia la costa, mientras que Kristoffer mantenía alejadas las naves bajo su mando.

Kristoffer permaneció en la proa del *drakkar* de Brage, observando los movimientos de los otros dos. Quería estar preparado en caso de que su padre necesitara de él. Aunque los hombres de su hermano habían obedecido sus órdenes durante la navegación, sabía que se alegrarían de recuperar a su jefe. Se preguntó cuánto maltrato habría sufrido su hermano a manos de los sajones y cuándo estaría lo bastante recuperado para volver a hacerse a la mar. Sabía que la respuesta no tardaría en llegar.

El momento del intercambio estaba próximo cuando las naves de Anslak y Ulf atracaron en la costa. Los hombres que los seguían estaban preparados para luchar. Recordaban la última vez que desembarcaron en ese lugar y estaban más que dispuestos a derramar sangre sajona para compensar las bajas sufridas en aquella oportunidad.

—No lucharéis a menos que os lo ordene —les dijo Anslak—. Haremos el intercambio y nos llevaremos a Brage sano y salvo. Es nuestro único propósito y es lo único que haremos.

Los hombres manifestaron su acuerdo con un gruñido. Comprendían su deseo de actuar con cautela, pero hubiesen preferido luchar.

Ordenó a dos hombres que llevaran el oro a la proa de la nave, pero les dijo que no lo descargarán hasta que vieran que Brage estaba con ellos.

—La mitad de vosotros permaneceréis en la nave, los demás nos seguirán, pero a cierta distancia.

Los hombres conocían el plan y estaban preparados.

—Ven, Ulf. Vayamos en busca de Brage para llevarlo a casa —dijo Anslak y

ambos remontaron la costa en dirección al prado situado más allá, mientras el resto de los hombres se quedaba un poco más atrás.

—¡Han desembarcado, lord Alfrick! ¡Los vikingos han llegado tal como dijeron! —gritó uno de los ancianos que montaba guardia.

Alfrick se preparó para lo que vendría. Esperaba que Anslak fuera un hombre paciente e inteligente, un hombre razonable. El ejército que había reunido para luchar contra los vikingos durante la incursión del Halcón Negro había sido desbandado y el grueso de sus fuerzas había cabalgado junto a Edmund para buscar a Dynna y el vikingo. De hecho, la torre disponía del número habitual de hombres para defenderla, pero si se producía una batalla, no serían suficientes. Como no quería que Anslak lo descubriera, había apostado a todos los ancianos y jóvenes que logró reunir en posiciones estratégicas, para que pareciera que todos sus hombres estaban realmente allí.

—¿Dónde está Hereld? Traédmelo ante la puerta principal —ordenó Alfrick al tiempo que descendía las escaleras de la Gran Sala.

El criado se apresuró a cumplir con el pedido del lord, pero pronto regresó con la noticia que Alfrick no deseaba oír.

—Lo siento, milord, pero Hereld abandonó la torre ayer y no ha vuelto. Uno de los hombres me dijo que zarpó anoche, con la marea.

—¿Que ha hecho qué? —preguntó Alfrick atónito. Le había dicho al mercader que quería verlo a su lado cuando se enfrentara a los vikingos. Tras la reunión, el mercader debía recibir la otra parte del pago prometido, así que creyó que estaría presente. ¿Acaso Hereld había huido debido al temor que le infundían Anslak y sus hombres?

—Hereld se ha marchado, milord —repitió el criado.

—Llama a tres guardias; nos reuniremos con Anslak y los demás sin Hereld.

Alfrick se puso en cabeza de sus escasos hombres. Al igual que los demás, llevaba una espada al cinto, pero en el bosque no había arqueros para matar a los vikingos desde una posición segura y tampoco hombres montados armados con espadas dispuestos a atacar desde la torre. Alfrick se preguntó dónde estaba Edmund mientras se aventuraba a salir al encuentro de Anslak y transmitirle el temido mensaje.

Anslak avanzó hacia el lugar acordado para el encuentro con Alfrick; no sentía temor, pero sí excitación y cautela. Estaban a punto de liberar a Brage... Podía imaginarse su furia tras haber permanecido prisionero durante tanto tiempo, pero ahora recuperaría la libertad, y eso era lo único que importaba. Pronto habría recuperado a su hijo.

—No veo nada inusual —comentó Anslak a medida que él y Ulf se aproximaban al punto de reunión.

—Ni yo. Todo está tranquilo..., quizá demasiado tranquilo.

—Ya veremos. Si planean atacarnos nos defenderemos, pero hoy la venganza no resulta necesaria, sólo quiero recuperar a mi hijo sano y salvo. Eso fue lo prometido por Hereld y eso es lo que espero.

—Los sajones se aproximan —anunció Ulf, y se llevó la mano a la espada.

—Tranquilo, Ulf. No hagas gestos amenazadores. Queremos recuperar a tu hermano con vida —advirtió Anslak.

—No veo a Brage.

—Detengámonos en este lugar. Es abierto y el terreno es llano. —Anslak se detuvo y aguardó a que Alfrick y sus hombres se acercaran.

—Salud, Anslak —exclamó Alfrick.

—He venido a por mi hijo, tal como me indicó Hereld el mercader. ¡Exijo verlo ahora mismo! —La voz de Anslak era firme y sonora.

Alfrick se detuvo a pocos metros de los vikingos y les dijo a quienes lo acompañaban:

—Dado que Edmund no ha vuelto, no hay modo de evitar este momento. Debo decirle la verdad.

—¿Hay alguna manera de darles largas? ¿Conseguir que aguarden un par de días? —preguntó un hombre en voz baja.

—Y entonces, cuando Edmund no regrese, ¿qué haremos? —replicó Alfrick—. No, es hora de decir la verdad. No hay ninguna garantía de que Edmund encuentre al Halcón Negro, por no hablar de traerlo aquí a tiempo para cobrar el rescate.

Anslak vio que Alfrick hablaba con sus hombres.

—¿Qué decís, sajón? Aguardo vuestra respuesta. ¿Dónde está mi hijo? —volvió a preguntar.

—Soy lord Alfrick. Soy quien envió al mercader para que os informara de las condiciones del intercambio.

—Sí, sabemos quién sois. Tenemos el oro. Cuando aparezca mi hijo haremos el intercambio —dijo, pero notó que algo no iba bien.

Alfrick tomó aire.

—He de explicaros lo que ha sucedido.

—¿Qué decís? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Ulf, enfadado por las evasivas de Alfrick y preocupado porque no había rastros de Brage—. ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé.

—¿Qué? —Anslak y Ulf montaron en cólera. Les habían asegurado que Brage se encontraba allí, recuperándose de sus heridas y ahora...

—El Halcón Negro escapó de la torre hace varios días —explicó Alfrick—. Desde entonces no lo hemos visto ni tenido noticias suyas. Mis hombres lo están buscando, pero sin éxito. Ha huido.

Anslak no daba crédito a las palabras del sajón.

—No os creo. ¿Lo habéis matado? ¿Dónde está su cuerpo? Quiero verlo antes de

acabar con vos.

—No es necesario derramar sangre. No está muerto.

—¿Dónde está Hereld? Traedme a Hereld. No me fío de la palabra de un sajón.

—Hereld se ha marchado. Os aseguro que...

—No me aseguréis nada, no os creo —gruñó Anslak y desenvainó la espada—. Hereld hizo afirmaciones y promesas en vuestro nombre: dijo que mi hijo estaba aquí, vivo, aguardando mi llegada, y que me lo entregarían a cambio de seiscientas libras de oro...

—¿De cuánto? —Alfrick estaba consternado.

—De seiscientas libras de oro. Cien por anticipado y el resto ahora.

—¡Sólo pedí quinientas libras de oro! —Con razón el bribón había huido, pensó Alfrick.

—¡Ello sólo demuestra que sois unos mentirosos! ¡Todo lo que me dijo era mentira! ¡Pagaréis por vuestros embustes!

—¡No os apresuréis! Que vuestros hombres registren la torre, así veréis que no miento.

—¡Registraremos la torre! ¡La derribaremos si fuera necesario, pero encontraremos a mi hijo! —Anslak frunció el ceño al contemplar al mentiroso perro sajón.

—Si estuviese aquí os lo entregaría, pero no puedo daros lo que no tengo.

Anslak estaba furibundo. Brage tenía que estar allí, en alguna parte, y él lo encontraría. No se molestó en ordenar a Ulf que atacara, él mismo dio la orden.

Los que permanecían en la orilla lo vieron y transmitieron la señal a Kristoffer, que inmediatamente dirigió las naves hacia la costa.

La ferocidad de las palabras de Anslak equivalía a la que sentía Ulf. Brage debía estar allí. Tomarían a ese tal lord Alfrick como rehén y lo mantendrían prisionero mientras registraban la torre.

La lucha estalló cuando Anslak y Ulf se abalanzaron sobre Alfrick y su reducida escolta. Alfrick luchó con valor, pero no pudo con los furiosos vikingos: Anslak lo desarmó con rapidez y Ulf hizo lo mismo con los otros.

Una multitud de vikingos se acercaba desde la costa.

—Ahora, lord Alfrick, registraremos vuestra torre y comprobaremos si estáis mintiendo —advirtió Anslak en tono colérico. ¡Encontraría a Brage con vida o a los responsables de su muerte!

Emprendieron camino a la torre y cuando sus ocupantes vieron que lord Alfrick era el prisionero de los vikingos, no supieron qué hacer.

—Dejad las puertas abiertas —ordenó Alfrick—. Los vikingos registrarán la torre.

En el interior reinaba el terror. Con lord Alfrick y sus hombres prisioneros, y sir Thomas y Edmund ausentes, nadie los defendía y nadie los dirigía. Cuando los vikingos atravesaron la puerta, los defensores sajones dejaron las armas en el suelo.

Los reunieron y los encerraron junto con su señor y empezaron a buscar a Brage. Los vikingos habían acudido para encontrar al Halcón Negro, y no se darían por satisfechos hasta haber registrado cada centímetro de la torre y averiguado qué había sido de él.

Anslak los condujo hasta la Gran Sala, Ulf y Kristoffer le pisaban los talones.

—Ulf, registra las habitaciones de la torre con algunos hombres. Kristoffer, reúne a los tuyos y registra los jardines. Quiero que registréis cada centímetro. Quiero saber qué le ha ocurrido a mi hijo —bramó, y en sus ojos azules brillaba la ira y la inquietud. No abandonaría aquel lugar hasta obtener las respuestas que buscaba.

—¿Qué haremos con el botín, padre, si es que lo encontramos? —preguntó Kristoffer.

—Traédmelo. A lo mejor, en vez de pagar con oro, nos llevaremos un poco —repuso Anslak—. Aguardaré aquí hasta que regreséis. Si encontráis a alguien que sepa algo de Brage, traédmelo. Yo los interrogaré sobre su ausencia.

Se dividieron en dos grupos e iniciaron el registro. Los criados sajones se acurrucaban en los rincones: los vikingos los aterraban. Tras las historias que habían oído sobre ellos, temían por sus vidas.

Ulf abrió la puerta de la habitación situada en lo alto de la torre de un puntapié y la registró de arriba abajo en busca de algún rastro de su hermano, pero no encontró nada. La puerta de una de las habitaciones estaba barrada desde el interior y albergó una esperanza momentánea de encontrar a Brage en su interior. Con la ayuda de dos de sus hombres la echó abajo desparramando trozos de madera.

La habitación estaba en penumbra y al principio no vio a nadie.

—Registrad la habitación a fondo —ordenó en tono brusco.

Tres de los hombres lo hicieron y arrastraron a una mujer que se ocultaba bajo la cama. La mujer empezó a luchar en cuanto la tocaron y durante el alboroto le rasgaron el vestido, y sus pechos quedaron al descubierto. Los hombres, animados por su resistencia, empezaron a manosearla.

—¡Basta! —gritó Ulf de pronto—. ¡Marchaos! ¡Yo la interrogaré!

Su reacción desconcertó a los hombres, pero abandonaron la habitación con rapidez, dejando a Ulf a solas con la mujer.

Ulf la contempló con expresión atónita. La mujer pelirroja que permanecía de pie ante él, tratando de cubrirse con la parte superior del vestido, era inconfundible: se enfrentaba a una de las mozas sajonas que habían capturado antes del desventurado ataque.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, acercándose a ella. Al contemplarla, pensó que estaba muy guapa con las mejillas arreboladas y el destello desafiante de su mirada.

—Me oculto de ti y de tus hombres —replicó en tono altivo, y alzó la barbilla para mirar al gigante, al que recordaba perfectamente tras su primer intento fallido de escapar.

—Y una vez más, te he encontrado. A lo mejor deberías practicar eso de ocultarte. Matilda le lanzó una mirada furibunda.

—Si los vikingos se quedaran en sus propias tierras, la vida aquí sería muy pacífica.

—¿Dónde está el Halcón Negro? —preguntó, obligándose a desviar la mirada de sus pechos y recordando por qué se encontraba allí.

—Ojalá lo supiera —contestó Matilda—. Entonces podría decirte que te marches por donde has venido.

—Ten cuidado, mujer —gruñó Ulf.

—Me llamo Matilda.

—No me provoques. Hemos venido para llevarnos a mi hermano, pero todos mienten. Tu señor es nuestro prisionero, hemos tomado la torre. Dime dónde está mi hermano y tal vez te deje con vida.

—No me asustas, vikingo. Mátame, si no queda más remedio, pero muerta no te serviré de nada.

—¿Y de qué podrías servirme? —replicó Ulf, maravillado ante el coraje de la criada, aunque tuviera todas las de perder. La mayoría de las mujeres se encogían de miedo ante su presencia: su estatura, su peso y su cicatriz las asustaban. Pero aquélla no parecía temerlo. Ulf sabía que ella y la otra mujer que habían capturado no eran unas sencillas campesinas.

—Al parecer, tu hermano y milady huyeron de la torre hace unos días. No sé dónde se encuentran ahora, pero sí adónde mi señora planeaba dirigirse.

—¿«Milady»?

—Sí, lady Dynna, la viuda de sir Warren, hijo de lord Alfrick. Soy su criada, lo he sido desde que ella era una niña. Fue ella quien me acompañaba aquel día que nos tomasteis prisioneras. También es la sanadora que cuidó de Brage.

Al oír que pronunciaba el nombre de pila de su hermano, supo que decía la verdad.

—Prosigue.

Matilda le contó todo acerca del plan de Dynna para huir de la torre y llevarse a Brage.

—Aunque no me dijo adónde se dirigían, para evitar que la ira de Edmund cayera sobre mí —añadió—, creo que sólo hay un lugar al que podría haber ido.

—¿Cuál es?

—El hogar familiar.

—¿Conoces el camino?

—Sí.

—Entonces nos acompañarás a mí y a mis hombres hasta allí. Partiremos ahora mismo.

—Pero es muy lejos... Está a varios días de marcha.

—En los establos hay caballos. Cabalgaremos. Encontraremos a mi hermano.

¿Dónde están los otros defensores de la torre que nos atacaron aquel día?

—En su mayoría, provenían de las tierras vecinas y han regresado a sus hogares. Sir Edmund y sir Thomas encabezaron el grupo que partió en busca de Brage y Dynna.

—¿Sabes si los han vuelto a capturar?

—No hemos recibido noticias. Antes de que llegarais, todos esperaban que sir Edmund regresara con el Halcón Negro, pero fracasó en su empeño y ahora su padre ha pagado por ello.

—Ojalá haya fracasado por completo. Ojalá encontremos a mi hermano sano y salvo. Ven, le dirás a Anslak, mi padre, todo lo que me has contado y entonces cabalgaremos en su busca.

Tendió la mano para cogerla del antebrazo, y Matilda creyó que le haría daño, que le apretaría el brazo para evitar que escapara, pero se sorprendió cuando la tocó con suavidad. Contempló su mano grande y luego su rostro, y vio el orgullo reflejado en él. La primera vez que lo había visto aquel día mientras escapaban, consideró que su cicatriz era aterradora. Ahora despertaba su curiosidad. Aquel Ulf era un hombre interesante.

—¿Por qué nos cuentas todas esas cosas? ¿Por qué irías en contra de tu señor? —preguntó Anslak tras escuchar el relato de Matilda.

—Sólo soy una humilde criada. Siempre he sido y seré leal a lady Dynna. Lo único que me importa es su felicidad, y ella no será feliz con alguien como Edmund —respondió Matilda con toda sinceridad. No tenía nada que perder.

—Pues entonces partamos en busca de ellos. —Anslak estaba ansioso por encontrar a Brage, sobre todo ahora, tras enterarse de que los sajones también lo estaban buscando—. Pero te lo advierto, mujer: si intentas engañarnos o tendernos una trampa, serás la primera en morir.

Matilda se enfrentó a él con actitud orgullosa:

—No temo vuestra cólera, porque no os traicionaré. Ansío la derrota de Edmund tanto como vos. Es un hombre cruel que no merece el honor de ser el señor de su pueblo.

Puede que sólo fuera una criada, pero Anslak empezó a sentir respeto por ella. Era tan valiente como algunas de las vikingas; al echar un vistazo a Ulf, se sorprendió al comprobar que la contemplaba con el mismo respeto que él.

—Ve en busca de Kristoffer —le dijo a Ulf—, dile que vaya al establo y que prepare los caballos. Cabalgaremos dentro de una hora.

Una vez que Ulf se hubo marchado, Anslak miró a Matilda.

—¿Dices que Brage se estaba recuperando? —le preguntó.

—Sufrió una herida en el hombro y una poco importante en la cabeza, pero parecía encontrarse bien. Para haber logrado escapar con lady Dynna y evitar ser capturado por sir Edmund durante tantos días, debe de haber estado menos débil de lo que creímos.

Su respuesta complació a Anslak, pero se limitó a soltar un gruñido, pues no quería que ella supiera cuánta importancia le daba. Si su hijo hubiese logrado eludir a ese tal Edmund, todo iría bien. Lo más difícil sería encontrarlo; Brage siempre había amado la naturaleza salvaje y Anslak sabía que, si se veía obligado a hacerlo, era capaz de ocultarse en el bosque y vivir de la tierra durante días.

Unos minutos después, Ulf regresó e informó que Kristoffer tendría preparados los caballos en cuanto decidieran partir. Anslak salió fuera para reunirse con su hijo menor, mientras que Ulf permaneció junto a Matilda.

—Hay algo que debo saber, Matilda —dijo Ulf.

—¿Qué es? —respondió ella en tono cauteloso.

—¿Qué hacíais tú y tu ama vestidas como campesinas en medio del campo, la mañana que os encontramos?

Matilda decidió que lo mejor sería contestarle con absoluta sinceridad:

—Lady Dynna iba a casarse en contra de su voluntad con sir Edmund, el hermano de su esposo muerto. Tenía la esperanza de regresar al hogar de su familia y buscar la

protección de su padre. Con ese fin, nos disfrazamos de campesinas y escapamos de la torre la noche anterior a vuestro ataque. Pero resultó que sir Edmund nos encontró justo después del inicio de la batalla y nos obligó a regresar.

—Así que Brage tenía razón al creer que tu ama era algo más que una criada —comentó Ulf.

—A veces, las criadas gozan de mayor libertad que las señoras. Ella era virtualmente una prisionera cuando Edmund nos obligó a regresar. Lady Dynna lo arriesgó todo para conseguir la libertad de ambos. Espero que estén sanos y salvos.

—Si le han hecho daño a Brage, a estas tierras les espera un auténtico infierno.

—Pues entonces esperemos que lo encontremos ileso, para que los inocentes no paguen por las acciones realizadas por sir Edmund.

—No sé cuánto tiempo estaremos fuera, pero te dejo a cargo de la torre —dijo Anslak, dirigiéndose a Kristoffer—. Ocúpala en nuestro nombre, porque ahora la reivindicamos como nuestra. Dejaré un tercio de los hombres contigo para vigilarla. ¿Podrás hacerlo?

Que le pidieran que asumiera semejante responsabilidad excitó a Kris: por fin se había ganado el lugar que le correspondía. Su padre le encargaba que vigilara a lord Alfrick y los demás prisioneros, y cumpliría con su deber.

—Lamento no cabalgar con vosotros —contestó—, pero ocuparé la fortaleza hasta tu regreso.

Anslak le palmeó el hombro.

—Un día igualarás a tus hermanos en osadía. Ruega a los dioses que encontremos a Brage vivo e ileso.

—Lo haré —repuso Kristoffer en tono solemne.

—Ahora ve y reúne a tus hombres para asegurar la torre. Volveremos lo antes posible.

—Buena suerte, padre. —Kristoffer se marchó apresuradamente para hacerse cargo de la tarea.

Ulf y Matilda oyeron el llamado de Anslak desde el exterior y fueron a reunirse con él y con los demás que se preparaban para ponerse en camino.

—¿Kris no cabalga con nosotros? —preguntó Ulf, mirando en torno en busca de su hermano menor.

—Se quedará aquí, vigilando la torre con un tercio de los hombres.

—Estoy seguro de que la tarea lo complace —dijo Ulf con una sonrisa; sabía que Kristoffer ansiaba convertirse en jefe y seguir los pasos de él y Brage.

—Así parece. Esperemos que se desempeñe tan bien como lo haríais tú y Brage.

—Lo hará. Es tu hijo —repuso Ulf.

—Bien, vayamos en busca del desaparecido y llevémosle a casa.

—¡En marcha!

Los establos no albergaban muchos caballos, así que quienes disponían de uno montaron, mientras que los demás los siguieron a pie.

El ejército que abandonó la torre aquel día era temible. Todos los campesinos que los veían venir temblaban aterrados y corrían a ocultarse. Los vikingos siguieron avanzando hasta que se hizo de noche y acamparon en un claro que les ofrecía una buena vista de la zona. No encendieron hogueras, porque querían evitar que Edmund y sus hombres los descubrieran, en caso de que se encontraran en los alrededores.

Tras reunirse con su padre, Ulf descubrió a Matilda sentada a solas. Había encogido las rodillas y las rodeaba con los brazos para protegerse del frío de la noche.

Ulf extendió su capa en el suelo y le indicó que se tumbara encima.

—Ahí tienes tu cama. Descansa mientras puedas —le dijo.

—¿Me cedes tu propia capa sólo para que esté cómoda? —Su consideración la conmovió... durante un momento.

Esa suposición provocó la sonrisa de Ulf.

—No, mujer. Yo también debo descansar. Compartiré mi capa contigo.

Matilda había pasado casi todo el día en estrecha compañía de Ulf, montando a su lado o hablando con él, y la había tratado con mucha amabilidad. Pero no estaba dispuesta a compartir cama con él.

—Me quedaré aquí sentada para pasar la noche y tú, vikingo, puedes descansar a solas —respondió.

Su audacia volvió a sorprender a Ulf, pero esta vez no permitiría que se resistiera. Quería mantenerla al alcance de su mano, por si cambiaba de opinión y tratara de escabullirse durante la noche. No es que no se sintiera atraído por ella, pero lo más importante era encontrar a Brage con vida. Después pensaría en ella como una mujer. Por ahora era su guía y no se despegaría de ella, tal como había mandado su padre.

—Aceptar tu plan sería fácil, Matilda, pero no funcionará. Mi padre me pidió que te vigilara, y lo haré. Túmbate a mi lado o me veré obligado a arrastrarte hasta aquí —le dijo, en un tono que no dejaba lugar a dudas—. ¿Qué temes? ¿Que te tomaré por la fuerza? —añadió—. Has de saber, Matilda, que en este mundo hay muchas mujeres. Tú sólo eres una de ellas. No tengo necesidad de tomar algo que no me ofrecen de buen grado.

—Pero todo el mundo sabe que los vikingos son unos brutos...

—¿Acaso te he tratado así?

—No, pero...

—Quien mintió y engañó fue tu señor. Nosotros acudimos de buena fe, para pagar el rescate y recuperar a mi hermano. Si la violación y el pillaje hubieran sido el motivo para tomar la torre, hubiera resultado sencillo, puesto que no hubo resistencia. Pero tú estás aquí, a salvo e ilesa, al igual que los ocupantes de la torre. Esta noche te ofrezco mi capa sólo para protegerte y nada más. Tiéndete a mi lado y acabemos con esta discusión inútil. Se hace tarde y hemos de partir de madrugada.

Matilda podría haber seguido discutiendo con él, pero Ulf pesaba al menos

cincuenta kilos más que ella. No dudó ni un instante que, si le apetecía, él podía recogerla y depositarla a su lado, así que optó por ponerse de pie y sentarse en la capa de Ulf.

Que hubiese obedecido sus órdenes sin obligarlo a luchar complació a Ulf. No quería enfadarla, sólo quería mantenerla cerca. Soltó un gruñido de satisfacción y tomó asiento a su lado.

—Tumbate, mujer. Relájate.

Ulf se tendió de costado, cubrió a ambos con la capa, deslizó un brazo alrededor de la cintura de Matilda y la apretó contra su pecho.

Al principio, Matilda se puso tensa ante ese contacto íntimo con el hombretón, pero al comprobar que no tenía otras intenciones empezó a relajarse. El día había sido largo y estaba agotada. El calor del cuerpo de Ulf y su proximidad la tranquilizaban y le proporcionaban seguridad. Finalmente se durmió.

Cuando Ulf notó que ella se distendía recordó a la potranca que tenía en su hogar. Sabía que un toque y una palabra suaves, una mano firme y segura generaban confianza. Entrenar al brioso corcel le había llevado muchas semanas, pero merecieron la pena. Puesto que el sistema había funcionado con el caballo, intentaría emplear el mismo con Matilda, porque sus cabellos rojos y su inteligencia le resultaban atractivos. Al tiempo que disfrutaba del contacto con el cuerpo sensual y esbelto presionado contra el suyo, Ulf decidió que valía el esfuerzo. Una vez que hubiesen rescatado a Brage y regresaran a casa, se llevaría a Matilda consigo. Quizá se resistiría durante un tiempo, pero Ulf se aseguraría de que, una vez llegados a su hogar, ella cambiara de opinión.

Cuando Matilda despertó justo antes del amanecer, comprobó que Ulf ya no dormía a su lado y se sorprendió al ver que había dormido tan profundamente que no notó nada cuando él se marchó. La idea era inquietante; no comprendía por qué confiaba en aquel guerrero vikingo, pero su instinto le decía que, mientras estuviera a su lado, no sufriría daño alguno.

Matilda agitó la capa para desprender la tierra y fue en busca de Ulf. Estaba sumido en una conversación con su padre y, al acercarse, ambos callaron y esperaron que se uniera a ellos.

—Dime, moza, ¿a qué distancia se encuentra la torre que buscamos? —preguntó Ulf.

—Desde aquí, a tres días de distancia, si cabalgamos con rapidez.

—¿Y dónde se encontraría ese tal Edmund, si estuviera buscando a tu señora y a mi hijo? —preguntó Anslak.

—Estoy segura de que primero hubiera cabalgado hasta la torre, pero después...

—Matilda quería ser de mayor ayuda, pero sólo podía conjeturar lo que Edmund haría después—. A lo mejor ya cabalga de regreso con Brage en esta dirección, o tal vez alcanzó la torre y ellos no estaban allí. No lo sé.

Anslak dirigió la mirada en la dirección que habían emprendido.

—Hemos de partir de inmediato. Cada minuto de espera supondrá un peligro mayor para Brage.

Ulf dio las órdenes a los hombres y pronto todos se dispusieron a iniciar la búsqueda, pero fue en vano. Interrogaron a un granjero y descubrieron que Edmund y sus hombres habían pasado por allí hacía varios días. Pero ahora no había ni rastro de ellos.

Esa noche acamparon junto a un arroyo y decidieron que seguirían avanzando en cuanto amaneciera.

—Ulf, coge a varios hombres y explora los alrededores antes de que levantemos el campamento —ordenó Anslak—. No sé si nos estamos acercando a ellos o no, pero siempre es mejor actuar con cautela.

—Me llevaré a Parr y a Upton. Son buenos, y sabrán en qué se han de fijar.

Ulf volvió a descansar junto a Matilda, ambos envueltos en su capa. Esta vez, cuando él se levantó antes del amanecer, ella despertó.

—¿Adónde vas? —preguntó, temiendo que algo hubiese ocurrido.

—He de explorar el terreno y asegurarme de saber con qué nos encontraremos.

—Llévate la capa. No la necesitaré —dijo, se arrodilló y se la tendió.

—Consévala. Pronto regresaré. No te alejes de mi padre: él te protegerá.

Le pareció tan hermosa mientras lo contemplaba de rodillas que no pudo evitar inclinarse para acariciarle la mejilla.

—Eres encantadora, Matilda.

Sus palabras y su caricia la sorprendieron hasta tal punto que sólo pudo contemplarlo en silencio. Él le lanzó una breve sonrisa y luego se marchó. Matilda lo siguió con la mirada.

Parr y Upton lo aguardaban. Montaron y cabalgaron raudos, decididos a explorar el terreno.

Se toparon con los sajones por casualidad. Cuando Ulf los descubrió, dos de los hombres de Edmund también estaban explorando la zona. Ulf y los demás trataron de capturarlos para interrogarlos, pero los hombres desenvainaron las espadas. La lucha fue feroz, y después de un rato ambos sajones yacían muertos en suelo.

—Eran sajones y estaban armados. Edmund debe de estar cerca —dijo Ulf, lamentando que no lograran atraparlos con vida—. Comprobemos dónde han acampado y cuántos son. Si los dioses nos acompañan, quizá podamos atacarlos cuando salga el sol.

El cielo empezó a clarear hacia el este mientras seguían avanzando silenciosamente. Cuando se disponían a remontar una colina baja, Ulf refrenó su caballo.

—Quedaos aquí con mi corcel —les dijo a Upton y a Parr—. Seguiré a pie para echar un vistazo. No quiero que nos vean.

Ulf escaló la colina procurando no ser visto y examinó el panorama. Permaneció inmóvil un buen rato, observando a sir Edmund y a sus hombres que ocupaban el

valle al pie de la colina. Después se agachó: quería permanecer oculto mientras procuraba estimar su número. Al recorrer la zona con la vista descubrió a su hermano, atado con cuerdas en el otro extremo del campamento. Ulf abandonó el escondrijo y echó a correr hacia donde lo esperaban Upton y Parr.

Les relató lo que había visto y después les dio sus órdenes.

—Hemos de tomarlos por sorpresa antes de que emprendan viaje, de lo contrario no habrá manera de proteger a Brage —dijo.

Subió a toda prisa al caballo y los tres regresaron al galope adonde Anslak los aguardaba.

—¡Los hemos encontrado! —gritó Ulf.

Matilda oyó sus gritos y se acercó para averiguar qué habían descubierto. Estaba junto a Anslak cuando Ulf refrenó su caballo y desmontó.

—¿Y lady Dynna? ¿Estaba con ellos? ¿La has visto? —exclamó Matilda y echó a correr hacia Ulf, ansiosa por saber qué le había ocurrido a su señora.

Ulf ni siquiera había pensado en la sajona. Lo único que le importaba era que su hermano estaba vivo.

—No la he visto, pero eso no significa que no se encuentre en el campamento. Aún estaba bastante oscuro.

Matilda no se tranquilizó; que algo le hubiese ocurrido a Dynna la angustiaba.

—Avancemos ahora, mientras todavía están acampados y no sospechan nada. —Anslak llamó a sus hombres, que lo rodearon para saber qué habían descubierto Ulf y los otros dos.

Ansiosos por liberar a Brage, los que disponían de caballos corrieron a buscarlos. Los demás recogieron sus armas y se dispusieron a ponerse en marcha.

—¿Qué haremos con Matilda? —preguntó Ulf, dirigiéndose a su padre—. No quiero que le hagan daño.

La actitud de su hijo desconcertó a Anslak; luego se dirigió a la joven:

—Te quedarás aquí hasta que regresemos.

—No, no puedo —protestó ella—. ¿Y si lady Dynna está con los demás? ¿Y si me necesitara?

—Nos ocuparemos de ella. Quédate aquí, lejos de la masacre —insistió Anslak en tono severo.

—Pero...

Ulf silenció sus protestas lanzándole una mirada estricta.

—Regresaré a por ti en cuanto pueda.

—Ulf... Hay algo... —Matilda lo cogió del brazo. Ante su mirada inquisidora, prosiguió—: Hay un hombre que ha sido un amigo para Dynna y que trató a tu hermano con bondad. Se llama sir Thomas. Te ruego que dentro de lo posible, te encargues de que no le hagan daño.

Sus palabras de preocupación por otro hombre causaron una punzada de inquietud al guerrero y se preguntó qué sentía Matilda por él.

—¿Acaso aprecias a ese hombre?

—Muchísimo —contestó ella, porque sabía que sir Thomas había defendido a Dynna.

Ulf asintió con la cabeza y luego se alejó, poniéndose el casco. Matilda lo observó y entonces comprendió que tal vez sufriría heridas o incluso moriría en la batalla inminente. Lo siguió, quería volver a hablarle, pero Ulf avanzaba a paso rápido. No logró darle alcance y por fin tuvo que soltar un grito para llamar su atención. Cuando Ulf estaba a punto de montar, oyó la voz de ella.

—¡Ulf!

Dirigió la mirada hacia atrás, preguntándose qué querría.

—Ten cuidado... —le dijo Matilda.

Él volvió a asentir, pero se sentía curiosamente complacido. Hizo girar su corcel y cabalgó hasta ponerse a la cabeza de los hombres. Cabalgaría junto a su padre cuando entraran en batalla. Hoy salvaría a su hermano.

Brage estaba sentado en silencio, observando a los sajones acampados a su alrededor y preguntándose qué ocurriría cuando dentro de un día llegaran a la torre; y también si su padre los aguardaría allí con el oro que habían exigido por su rescate, y si él sobreviviría al intercambio.

Durante esos momentos de indefensión, había aprendido a convertir su ira en determinación. Debía cobrarse una gran venganza y se la cobraría en cuanto recuperara la libertad. Lo difícil sería sobrevivir a la traición de Edmund; de algún modo debía encontrar la manera de advertir de ello a su padre.

La noche le había parecido eterna. Procuró dormir en la dura tierra, pero no lo logró. Sus pensamientos habían sido demasiado feroces, demasiado inquietantes. No logró olvidar la traición de Dynna y ardía en deseos de vengarse. Un día volvería a encontrarla, y entonces... Brage había intentado distraerse pensando en su hogar, pero la idea de la traición y su necesidad de vengarse no lo abandonaban. En cuanto regresase, lo primero que haría sería encontrar al traidor responsable de la muerte de tantos de sus hombres.

Brage había dado vueltas en la dura tierra, tratando de encontrar la respuesta al acertijo que lo atormentaba. Una y otra vez, rememoró todo lo que recordaba y que le indicaría quién lo había traicionado, y una y otra vez tuvo que enfrentarse al hecho de que sólo parecía haber una única persona que podía haberlo hecho: Ulf. Ulf, que poseía información anticipada, Ulf, que supuestamente debía protegerle las espaldas.

De niños, la competencia entre ambos había sido casi feroz en su esfuerzo por ganarse el favor de su padre. Muchas veces, sus batallas juveniles acababan en tablas, porque Ulf lo igualaba en todo. Sin embargo, quien obtuvo más elogios de su padre fue él, porque era el hijo de su esposa más amada. Ulf no había sido dejado de lado, pero no gozaba del mismo favor que los otros dos hijos de Anslak, y ahora ese hecho

parecía el más condenatorio. ¿Dónde había estado Ulf durante la batalla? ¿Dónde estaba ahora? ¿Apoderándose de su nave? ¿Conduciendo a sus hombres durante una incursión?

Brage pensó en su hermano menor y empezó a preocuparse. Si para Ulf había resultado tan fácil deshacerse de él, cuán fácil sería deshacerse también de Kris. Si ése fuera su plan, la muerte de Kris convertiría a Ulf en el único hijo y heredero, a pesar de que no fuera hijo legítimo. Aunque algún día Kris sería un excelente guerrero, todavía era joven e inexperto. No estaba al mismo nivel que el fiero Ulf.

Brage clavó la mirada en el cielo y notó que hacia el este empezaba a clarear. Pronto llegaría el alba, pronto llegarían a la torre de Alfrick. La idea no le hacía ninguna gracia.

El primer indicio de que pasaba algo fue un grito aterrado.

—¡Vikingos!

Al oírlo, el campamento se sumió en el caos. Todas las miradas se dirigieron a la colina y por primera vez vieron a los vikingos montados, superando la cima y avanzando al galope.

—¡Volveos! —gritó sir Thomas y desenvainó su puñal. Brage notó el tono urgente de su voz y obedeció. Se sintió agradecido cuando el sajón cortó las cuerdas que lo sujetaban: sir Thomas era un hombre verdaderamente honorable—. Ya está, vikingo, volvéis a estar libre. ¡Salvaos! —le dijo sir Thomas.

Brage se giró y durante un instante, sus miradas se cruzaron y ambos vieron el respeto reflejado en la del otro.

—¡Marchaos! —añadió el caballero.

Brage echó a correr al tiempo que sir Thomas se enfrentaba a la batalla, y empezó a buscar un arma. Quería participar en la lucha.

Sir Thomas cogió su espada, preparado para entrar en batalla. Se lanzó hacia delante dispuesto a morir junto a sus hombres, pero era demasiado tarde. Los demás sajones no querían cabalgar ni luchar. La batalla fue breve y el resultado, mortífero. Todo acabó casi antes de haber empezado.

Cuatro furiosos vikingos rodearon a sir Thomas casi de inmediato, apuntándolo con sus espadas.

—Bajad las armas —ordenó Ulf al tiempo que se acercaban a sir Thomas. Éste quería lanzarse al ataque, pero se lo pensó mejor y dejó la espada en el suelo—. ¿Dónde está? ¿Dónde está el Halcón Negro?

—Lo puse en libertad.

Ulf dio un paso adelante y presionó la punta de la espada contra la garganta de sir Thomas.

—Decid la verdad, u os mataré ahora mismo.

—¡Ulf! ¡Aguarda! ¡Detente!

Ulf reconoció la voz inmediatamente, miró en torno y vio a Brage corriendo hacia él. Entonces se sintió invadido por el alivio y una gran alegría.

—¡Brage está vivo! —gritó para que todos lo oyeran, apartó la espada de la garganta de sir Thomas y se volvió para darle la bienvenida a su hermano.

—¡No le hagáis daño a este hombre! —insistió Brage, deteniéndose ante ellos. Notó que su hermano parecía feliz y se preguntó cuándo se habría convertido en un actor tan consumado.

—Pero es el sajón que te mantenía prisionero —argumentó Ulf—. Lo vi desde la colina, mientras exploraba.

—También es el sajón que me salvó la vida —replicó Brage y se volvió hacia sir Thomas—. He pagado la deuda que tenía con vos. Ahora estamos en paz, sir Thomas... Una vida por otra.

Sir Thomas asintió, pero no dijo nada. Ulf contempló al hombre mayor con interés.

En torno a ellos, la escasa resistencia llegó a su fin. La batalla había acabado. Los cuerpos de los sajones muertos y moribundos estaban desparramados por el campamento. Edmund yacía boca abajo en el lugar donde encontró la muerte tratando de escapar.

Anslak dejó de luchar y, cuando alzó la mirada, vio a Ulf junto a Brage. Al cabalgar hacia ellos, su mirada se cruzó con la de su hijo. En cuanto Anslak desmontó, se fundieron en un abrazo. El jefe vikingo no trató de ocultar sus sentimientos al encontrar a su hijo con vida. Las lágrimas le ardían en los ojos al apartarlo y contemplarlo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con la voz ronca por la emoción.

—Sí, ahora que tú estás aquí —contestó Brage, lanzándole una sonrisa. Se había preguntado si ese momento llegaría alguna vez, y ahora se sentía agradecido.

—No sabíamos qué pensar cuando desembarcamos y tú no estabas allí para realizar el intercambio.

—Descubrí que Edmund planeaba matarme, incluso después de cobrar el oro, así que cuando se presentó la oportunidad de escapar, la aproveché. ¿Y la torre? ¿Qué encontraste allí?

—Sólo a Matilda, la criada. Fue ella quien le dijo la verdad acerca de lo ocurrido a Ulf. Nos condujo hasta aquí y ahora aguarda en el lugar donde acampamos.

—¿Así que os apoderasteis de la fortaleza de Alfrick?

—Sí. Alfrick es nuestro prisionero. He dejado al mando a Kristoffer.

—Kris está en la torre y se encuentra bien... —dijo Brage, aliviado de que su hermano menor estuviera ileso.

—Se está convirtiendo en un excelente guerrero. Lo ha demostrado durante las últimas semanas, aunque le falta mucho para igualaros a ti y a Ulf.

Brage volvió a mirar en torno, vio que Edmund yacía muerto en el suelo y se alegró de que nunca volviera a atormentar a nadie.

—Que haya muerto mientras huía de la batalla es de justicia. Era un cobarde y merecía la muerte de un cobarde.

—Regresemos a casa. Hemos obtenido lo que queríamos —dijo Anslak, preparándose para volver a los *drakkar*.

—No, padre, he de hacer una cosa más antes de hacernos a la mar.

—¿Qué es?

—He de regresar... —dirigió la mirada en la dirección donde se encontraba el hogar de Dynna apretando las mandíbulas—. Hay alguien a quien debo enfrentarme.

—¿Quién es esa persona que es más importante que regresar a tu propio hogar?

Brage soltó una carcajada malévola.

—Lo que me impulsa a volver no es ningún sentimiento tierno, padre. Vuelvo para vengarme —aseguró, lanzando una mirada elocuente a Ulf—. En las últimas semanas he sido traicionado no una sino dos veces y me encargaré de que los traidores paguen por su traición.

Ulf fue el primero en desviar la mirada.

—He de ir a por Matilda. Pronto me reuniré con vosotros. —Se giró y abrazó a Brage—. Me alegro de que estés sano y salvo.

—Yo también —repuso Brage.

Cuando Ulf se hubo marchado, Brage prosiguió:

—Padre, ese hombre, sir Thomas, me salvó la vida. Es un hombre bueno y justo. Si lo dejáramos a cargo de la torre, sería respetado.

—¿Lo consideras un amigo, no un enemigo?

—Sé que es un amigo. Tal vez sería bueno comerciar con estas tierras.

—Lo comentaremos con él. Un aliado sajón sería algo inusual, pero provechoso.

Matilda había esperado el regreso de Ulf durante lo que le pareció una eternidad. El lugar donde estaba sentada era sombreado y confortable, pero no lograba desprenderse de la idea de que algo terrible había ocurrido.

Se debatía entre dos sentimientos. Aquellos hombres eran los vikingos, los temidos invasores, y sin embargo parecían más civilizados que Edmund. Y Ulf... Al pensar en él no logró reprimir una sonrisa. Pese a su envergadura, su amabilidad no había dejado de sorprenderla muchas veces. Procuró convencerse a sí misma de que no le importaba lo que les ocurriera a ninguno de ellos a condición de que lady Dynna se encontrara bien. Adoraba a Dynna y necesitaba asegurarse de que estaba sana y salva. Le parecía inimaginable que sir Edmund la dejara marchar tras perseguirla febrilmente durante tantos meses y elevó sus oraciones, rogando que su señora no hubiese sufrido daño alguno. Quería reunirse con ella en el hogar de sus padres y vivir allí para siempre, en paz. No obstante, mientras esperaba no pudo evitar preguntarse si Ulf habría sobrevivido a la batalla y si regresaría a por ella...

El galope de un caballo la distrajo. Matilda no sabía si salir al encuentro del jinete o tratar de ocultarse hasta ver quién era. Optó por lo segundo y se escondió entre los árboles junto a la orilla del arroyo. Acurrucada, observó al caballo que remontaba la

colina cercana y sólo entonces soltó un suspiro de alivio al ver que se trataba de Ulf.

—¡Estáis bien! ¿Habéis ganado la batalla? —exclamó, olvidando la cautela y corriendo a su encuentro.

Ulf se había sentido inquieto al superar la cima y no ver rastro de Matilda, y temió que hubiese huido, pero entonces la vio emerger entre los árboles y espoleó a su caballo. Sin detenerse, la recogió con el brazo y la sentó delante de él a lomos del caballo.

—¡Mi hermano vive! —La alegría de Ulf no tenía límites y entonces no pudo evitar besarla.

El beso la desconcertó, pero no lo rechazó. Era un guerrero victorioso regresando con buenas noticias y además, se reconoció a sí misma, el beso no le resultó desagradable.

Cuando Ulf despegó los labios de los suyos la contempló y notó el resplandor de su mirada, su expresión satisfecha. La deseaba, la había deseado desde el principio y se la llevaría a su casa. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, Matilda empezó a hacerle preguntas:

—¿Y lady Dynna? ¿Estaba en el campamento?

—No. Tu señora no estaba con ellos. Brage no la mencionó, pero ahora cabalgaremos hasta el hogar de su familia.

—Iré contigo —declaró ella—. He de averiguar qué le ha ocurrido a mi señora.

Ulf asintió y se dispusieron a reunirse con los demás.

Tras averiguar cuán mal defendida estaba la otra torre, Anslak ordenó a la mitad de sus hombres que permanecieran con sir Thomas y vigilaran a los sobrevivientes de la batalla hasta que ellos regresaran. Vio que Ulf volvía con la criada y les dijo a los hombres que se prepararan para emprender la marcha.

Mientras se aproximaban a Anslak y Brage, Matilda le dijo a Ulf que debía hablar con Brage un momento.

—Él ha de saber dónde se encuentra Dynna.

Ulf asintió y se acercó a su hermano.

—Brage... —exclamó Matilda mientras Ulf le ayudaba a desmontar.

Brage se volvió hacia ella y le lanzó una mirada dura y glacial. Pese al calor del sol, Matilda se estremeció.

—Me alegro de que estéis bien, pero he de saberlo —insistió la criada—. ¿Dónde está mi señora? ¿Logró escapar sana y salva o acaso Edmund le hizo daño?

La respuesta de Brage fue lacónica.

—Tu señora —contestó y casi escupía las palabras—, está en la torre de su padre, aguardando que yo haga justicia.

—¿Que hagáis justicia? —Matilda lo miró con expresión perpleja—. No comprendo. ¿Es que acaso no ha sufrido ya lo bastante a manos de sir Edmund? ¿Acaso no os salvó la vida?

—Sólo para volver a usarla como prenda por su propia comodidad.

—¿Qué estáis diciendo?

—Que vuestra señora es tan falsaria como Edmund. Que él haya muerto y no tuvieran tiempo para casarse es una pena, puesto que se hubieran llevado muy bien.

El tono duro de Brage consternó a Matilda.

—Os equivocáis con respecto a lady Dynna... —protestó, pero Brage la interrumpió.

—¡Basta! No quiero seguir escuchándote. Regresemos a la torre de lord Garman. Nos llevará una cabalgada de un día.

Brage montó en uno de los caballos de los sajones y Matilda recuperó el suyo. Muchos de quienes habían marchado a pie ahora montaban y avanzaron con rapidez. Brage cabalgaba en cabeza junto a su padre, mientras que Ulf lo hacía un poco más atrás al lado de Matilda. La criada sólo habló después de un rato.

—No comprendo qué puede haber ocurrido entre ellos —dijo, echando un vistazo a Ulf—. Brage habló de embustes; sin embargo, no entiendo cómo podría haberlo engañado. Si hubiese querido verlo muerto, sólo tenía que dejarlo atrás cuando escapó.

—Es verdad. Sólo nos queda esperar. De todos modos, nuestra opinión no cuenta en absoluto.

—No permaneceré de brazos cruzados si alguien intenta hacerle daño a mi señora —afirmó Matilda, porque sabía que haría todo lo necesario para evitarlo.

Ulf la miró de soslayo y contempló la dureza de su perfil, y también su actitud decidida. Era una luchadora, era tozuda y su temple le encantaba.

Dynna estaba sentada en su habitación, consciente de la presencia permanente de Balder y de Ives, los dos guardias sentados al otro lado de la habitación. Desde que Edmund se marchase no había logrado recuperar la tranquilidad. Pese a saber que no podría haber hecho otra cosa, se sentía consumida por la culpa.

Todos los días, rogaba fervientemente que Brage se encontrara bien, que su padre lo estuviese aguardando en la torre de Alfrick con el rescate y que el intercambio se realizara sin incidentes. Pero como sabía que Edmund era tan traicionero como una serpiente, no confiaba en él en absoluto. Detestaba encontrarse tan indefensa y las trabas impuestas la irritaban. Si hubiese gozado de un instante de libertad, habría encontrado la manera de ayudar a Brage, pero estaba encerrada en su habitación y sus padres sólo podían visitarla una vez al día.

Que sus padres no hubieran sufrido daño la alegraba. Al día siguiente, tras la marcha de Edmund, lord Garman y lady Audrey habían recuperado la libertad, pero no Dynna. Los guardias cumplían las órdenes de Edmund al pie de la letra, debido a que la amenaza de lo que les haría si ella escapaba los aterraba. No tenían la intención de correr el mínimo riesgo y ella pagaba las consecuencias.

A menudo, Dynna imaginaba que Anslak pagaría el rescate y que Brage regresaría a la torre a por ella. Lo amaba. Nunca amaría a otro y se preguntó si algún día volverían a estar juntos. Recordaba las horas pasadas junto a la orilla del arroyo con Brage, mientras...

Unos golpes repentinos y apresurados en la puerta la arrancaron de su ensimismamiento mientras los guardias corrían para abrir.

—¿Qué pasa? —preguntó Balder tras abrir la puerta de par en par.

—¡Jinetes! ¡Y se dirigen hacia aquí! —dijo el otro sajón en tono excitado.

—¿A lo mejor es sir Edmund que ya está regresando? —comentó Ives.

—No, es demasiado pronto. No pueden haber alcanzado la fortaleza de Alfrick y regresado en sólo unos pocos días.

—¿Quién, entonces?

Los tres hombres palidecieron.

—¿A cuántos has visto? —preguntó Balder.

—A más de un centenar...

—Los vikingos... —comentó Ives en voz alta, manifestando lo que ninguno quería pensar.

—Si son los vikingos, ¿qué podemos hacer? ¡Nosotros seis no bastamos para conservar el dominio sobre la torre!

—Y si son los vikingos, ¿qué hay de sir Edmund? ¿Y de lord Alfrick?

Los hombres intercambiaron una mirada, comprendiendo lo que habría ocurrido.

Balder luchó contra el temor que amenazaba con amedrentarlos a todos. Enderezó los hombros y les lanzó una mirada furibunda a los otros.

—El honor nos obliga a ser fieles a sir Edmund y lord Alfrick —afirmó—. Debemos cumplir con nuestro deber, proteger a lady Dynna hasta que sir Edmund regrese.

—Pero ¿y si...?

Balder le lanzó una mirada que lo hizo callar.

—Hemos de defender esta fortaleza lo mejor que podamos. ¿Has ordenado que leven el puente?

—Sí. He hecho todo lo posible, aunque sólo somos seis. Encerré a lord Garman y lady Audrey en su habitación y, si encerramos a lady Dynna también con ellos, no tendremos que preocuparnos por ellos.

—¿Crees que uno de nosotros debería quedarse con ella? —preguntó Ives, recordando que Edmund había insistido en que no dejaran de vigilarla.

—No creo que sea necesario.

Todos comprendieron a qué se refería, así que abandonaron la habitación y cerraron con llave desde fuera.

Dynna corrió hacia la puerta y trató de abrirla, pero fue inútil. Estaba atrapada en su habitación, incapaz de ayudar a nadie y tampoco de escapar. La futilidad absoluta de su situación la enfurecía, pero sabía que le quedaba una chispa de esperanza: si los vikingos cabalgaban hacia allí, entonces quizá Brage había sobrevivido... A lo mejor regresaba a por ella. Dynna se aferró a esa idea y se dirigió a la ventana para vigilar.

Brage no tardó casi nada en superar las patéticas defensas de la fortaleza de lord Garman. No estaba seguro de cuántos hombres habían dejado allí para defenderla, pero su número había sido escaso. Envío al grueso de sus hombres al frente con el fin de mantener ocupados a los guardias restantes de Edmund, mientras él, su padre y Ulf, más un reducido grupo de hombres intentaban acceder a través de la puerta secreta utilizada por él y por Dynna. Tal como Brage había sospechado, sólo había un hombre vigilándola y abrirse paso al interior resultó sencillo. Una vez que lo desarmaron y entraron, se enzarzaron rápidamente en la lucha con los demás. Entre todos los guardias, Balder fue quien demostró mayor valor, pero fue inútil: los vikingos los superaban en número y los dominaron con rapidez, hasta que finalmente todos cayeron prisioneros. Bajaron el puente levadizo y los demás vikingos entraron en la torre.

Puesto que antaño había sido su hogar, Matilda conocía muy bien la fortaleza de lord Garman. En cuanto atravesaron el puente, se apeó del caballo, atravesó la sala y subió las escaleras.

Brage la siguió. Ignoraba dónde podrían haberse ocultado Dynna y sus padres, pero tenía la intención de encontrarlos.

Cuando Matilda alcanzó la habitación de Dynna, descubrió que la puerta estaba cerrada con candados.

—Lady Dynna —exclamó, aporreando la puerta—, ¿estáis ahí?

—¿Matilda? —La voz de Dynna rebosaba esperanza—. ¡Gracias a Dios que eres tú! ¡Sácame de aquí! ¿Qué ha ocurrido? ¿Brage está aquí? ¿Se encuentra bien?

—La llave no está, pero iré...

—Apártate, mujer.

Al oír la voz de Brage, Matilda se sobresaltó y se apresuró de apartarse.

Brage dio un paso adelante y, de un único y violento puntapié, rompió los candados. Luego sólo tuvo que empujar la puerta para acceder a la habitación de Dynna.

Durante un instante, Dynna sintió terror, pero al ver que quien entraba era Brage, la alegría le iluminó el rostro. ¡Estaba sano y salvo, y había regresado a por ella! Al contemplarlo, el amor por él le llenó el corazón. Era tan increíblemente apuesto que no veía el momento de besarlo y abrazarlo.

—¡Estáis aquí! ¡Estáis vivo! —exclamó.

Se sentía embargada por la felicidad. Olvidó todos sus temores y corrió hacia él. Le diría que lo amaba, le prometería su eterna devoción. ¡Le explicaría cuán horrorosa había sido la elección que tuvo que hacer y cuánto se alegraba de que estuviera ileso y libre!

Brage permaneció inmóvil. Durante un momento, recordó la calidez y entrega de Dynna, pero entonces lo asaltó el recuerdo de su traición, de sus mentiras, y lo invadió el dolor. Contempló su sonrisa y su felicidad, y se preguntó cómo había logrado convertirse en una mentirosa tan consumada. Lo había entregado a Edmund para satisfacer sus propios fines y ahora simulaba que se alegraba de verlo con vida. La idea lo enfurecía.

Brage no se movió hasta que Dynna intentó abrazarlo. Entonces la cogió de las muñecas y la obligó a arrodillarse ante él.

—¿Brage...? —exclamó ella en tono perplejo.

—Sí, es verdad, estoy vivo, pero no gracias a vos —masculló, y sus palabras rezumaban odio.

—No comprendo... —Sus palabras la desconcertaron y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

Él hizo caso omiso de ello y prosiguió:

—A estas alturas, debería estar acostumbrado a la astucia y la traición, pero gracias a vos he aprendido otra lección: nunca volveré a confiar en alguien que pronuncia dulces mentiras para traicionarme.

Brage le lanzó una mirada furiosa, despreciándola y despreciándose a sí mismo. Porque pese a detestarla, descubrió que aún la deseaba y ese sentimiento incrementó su rabia. Al oír sus palabras, Dynna se puso pálida y Brage comprendió que no se había equivocado.

—Me vendisteis a Edmund a cambio de vuestra propia libertad, Dynna.

—¡No! ¡No es verdad!

—Acudisteis a mi lecho para libraros de Edmund, ¡y al suyo para libraros de mí! —gruñó, aferrándola con violencia todavía mayor.

Le hacía daño y ella soltó un suave gemido, pero él no la soltó.

—Brage... Debéis escucharme...

—¡No, no quiero oír más mentiras de vuestros labios!

—Pero existía un motivo... —Tenía que decirle la verdad: que Edmund amenazó con matar a su madre si no le revelaba el escondrijo de Brage.

Pero éste no le dio la oportunidad y replicó en tono frío:

—Los traidores siempre creen que algo justifica su traición.

Dynna lloraba. La frialdad de Brage le rompía el corazón. ¿Por qué se negaba a escucharla? Si sólo le permitiera explicarse, comprendería...

Unas lágrimas cristalinas dejaban una huella en las pálidas mejillas de Dynna, pero no conmovieron a Brage. Había endurecido su corazón en contra de ella.

—Ahorrad vuestras lágrimas para alguien que creará en ellas —le espetó—. Comprasteis vuestra libertad con vuestro cuerpo y ahora pretendéis hacer lo mismo con vuestro llanto. No funcionará. Habéis malgastado todo. Ya no os trataré con cariño, ahora seréis mi esclava. Levantaos, quiero abandonar este lugar. Estoy harto de las tierras sajonas y de su pueblo.

Mientras Dynna sollozaba, Brage la miró fijamente; después se volvió y descubrió a Matilda de pie en el umbral, observándolos.

—Tráela. Podrá montar contigo —dijo en tono duro.

Matilda asintió y se apresuró a correr hacia Dynna mientras Brage abandonaba la habitación para reunirse con los demás.

—Lady Dynna —murmuró y la abrazó—. No lloréis. Todo se arreglará.

Dynna alzó la mirada y contempló a su amiga con el rostro bañado en lágrimas.

—¡Oh, Matilda! ¿Qué he de hacer? Cree que soy tan traicionera como el que lo delató a lord Alfrick.

—Sabemos que eso no es verdad, milady.

—Edmund estaba dispuesto a matar a mi madre. ¡Sostenía un cuchillo contra su garganta! La hubiese matado, a menos que le dijera dónde se escondía Brage... —Matilda comprendió la situación horrorosa en la que se había encontrado y el dilema al que se enfrentó—. Pero Brage cree que...

—Lo único que sabe es lo que le dijo sir Edmund, milady.

—Sir Edmund mintió, pero ¿crees que Brage me escuchará algún día? Conoce a Edmund. ¿Es que no comprende que lo engañó? Si Brage se niega a escuchar mi versión, la vida junto a él será tan yerma como vivir junto a Edmund. Entre nosotros no habrá amor ni confianza. Sólo odio...

—Ahora no podéis hacer nada para hacerle cambiar de idea. La ira lo ciega. Quizá con el tiempo...

—¿Y si sigue negándose a escucharme?

—Ahora no debéis pensar en ello, milady. Nos está esperando. Sólo debéis tener presente que lo que hicisteis fue para salvar la vida de vuestra madre.

Lentamente, Dynna se puso de pie. Sabía que Matilda tenía razón, pero ello no alivió el dolor de perder la confianza de Brage.

—Tiempo al tiempo —dijo con voz entristecida—. Es lo único que se puede hacer.

Mientras se disponían a reunirse con Brage, un sombrío futuro se extendía ante ambas.

Antes de abandonar el hogar familiar, Dynna logró visitar a sus padres durante unos momentos.

—¿Los acompañas por tu propia voluntad, hija? —preguntó lord Garman mirándola fijamente.

Dynna quería romper a llorar, pero se controló y, al contestar afirmativamente, miró a su padre a los ojos.

Llorosa, Audrey la abrazó.

—Cuídate, hija mía. Te echaré muchísimo de menos.

—No me harán daño, madre. No temáis.

Mientras ambas se abrazaban, llegó la orden de ponerse en marcha y Matilda vino a buscar a su ama.

—Hemos de irnos, milady. Brage nos espera.

—Cuida de mi hija, Matilda —dijo Audrey.

—Siempre lo he hecho, y seguiré haciéndolo —le prometió.

Dynna abrazó a su padre por última vez y salió apresuradamente junto a Matilda.

—¿Por qué les mentisteis? —preguntó ésta.

—No tenía elección. Si mi padre descubriera que Brage está enfadado conmigo y que piensa convertirme en su esclava, hubiera luchado y muerto para salvarme. Es mejor así.

El silencio de Matilda le informó de que aprobaba su decisión. Pronto, montó detrás de su criada y dejó atrás a su familia y su vida para siempre.

Las largas horas de viaje se hicieron agotadoras y monótonas. Durante el día, Brage ignoraba a Dynna por completo, pero de noche insistía en que durmiera a su lado. Aunque no la tocaba, Dynna —a diferencia de Brage— no lograba dormir profundamente. Los días y kilómetros pasaban. Dynna sólo se sentía cómoda junto a Matilda o cuando lograba intercambiar unas palabras con sir Thomas, que marchaba con los demás prisioneros sajones de vuelta a las tierras de Alfrick.

Cuando por fin avistaron la torre, todos se alegraron de que la marcha hubiese llegado a su fin y que el resultado fuera el éxito. Era media mañana y planearon embarcarse rumbo al hogar esa misma noche, antes de la puesta de sol. Ansiaban regresar a casa.

A medida que se acercaban, Matilda contemplaba la torre y se preguntaba qué ocurriría ahora.

—No sé si dejarán que os acompañe, lady Dynna, pero hablaré con Ulf. No creo que sea el momento de preguntárselo a Brage.

—No, yo tampoco lo creo —asintió Dynna, echando un vistazo al guerrero que cabalgaba en cabeza con aire orgulloso, junto a su padre y su hermano. Antes le había parecido magnífico, pero tras la victoria era el conquistador: poderoso e invencible. Había sobrevivido a todo y según su opinión, no gracias a ella.

—Ruego que Ulf permita que me acompañes.

—Yo también. Vivir aquí separada de vos sería atroz.

Ambas guardaron silencio; sabían que las próximas horas determinarían su vida para siempre. Una vez que refrenaron los caballos y desmontaron ante la torre de Alfrick, Brage se acercó a Dynna.

—Podéis ir a vuestra habitación y recoger algunas cosas —dijo—. Pronto nos embarcaremos y pretendo que estéis aquí esperándome cuando me disponga a marchar.

Mientras Dynna iba a reunir sus pertenencias, Matilda fue en busca de Ulf.

—He de hablar contigo —dijo, al encontrarlo junto a su padre.

Tras terminar de hablar con Anslak, Ulf se volvió hacia ella.

—Ignoro cuáles son tus planes —prosiguió Matilda, una vez que él le prestó atención—, pero te ruego que me lleves contigo. Debo permanecer al lado de lady Dynna. He cuidado de ella desde que era una niña y no soportaría separarme de ella.

Ulf notó que su mirada suplicante albergaba un sentimiento intenso y sonrió para sus adentros. No tenía la menor intención de abandonarla, pero comprendió que podía aprovechar la situación en beneficio propio.

—¿Por qué habría de importarme el bienestar de lady Dynna?

—Te lo pido por mí, Ulf. Sin mi señora, aquí no hay nada que me retenga.

Él le lanzó una sonrisa bondadosa, recordando los bríos de la potranca y sabiendo que la bondad causaba confianza.

—Navegarás con nosotros.

Matilda le sonrió, llena de felicidad, la primera sonrisa feliz que le había lanzado y, agradecida, le rozó el brazo.

El efecto que le causó la sonrisa y el toque de ella sorprendió a Ulf. Quería abrazarla y besarla, hacerle el amor todo el día y toda la noche, pero era demasiado listo para dar rienda suelta a sus deseos en ese momento. Tiempo al tiempo, pensó. No quería darse un rápido revolcón con Matilda: quería más..., la quería a su lado.

—Fue una lucha dura, padre, pero ganamos —le dijo Kristoffer a Anslak cuando se encontraron.

—¿Dices que lord Alfrick y todos los prisioneros han muerto? —preguntó su padre. Estaba pasmado.

—De algún modo lograron escapar, y los atrapamos justo cuando abandonaban la torre.

—Hiciste lo correcto —respondió Anslak—. Has vuelto a demostrar tu valía, hijo mío.

—Gracias, padre. Si lo deseas, me quedaré aquí y me encargaré de la fortaleza —propuso Kristoffer—. Proporcióname un buen número de hombres y ocuparé estas tierras para ti, para siempre.

Anslak sabía que Kris se decepcionaría, puesto que él ya había tomado otra decisión.

—No, hijo. No quiero dejarte aquí, quiero que embarques conmigo. Tal como sugirió Brage, dejaremos la fortaleza a cargo de un hombre llamado sir Thomas.

—¿Así que Brage está dispuesto a entregar tu botín a uno de los conquistados? —Kris miró a su padre como si se hubiera vuelto loco.

—Pienso entregarle lo conquistado a un amigo, Kris —lo reprendió Brage; no quería ofender al muchacho, quería que comprendiera el motivo tras la decisión.

—Pese a todos los hombres a los que ellos dieron muerte, ¿consideras amigo a un sajón? —lo desafió Kris.

—Quienes lo conocen respetan a sir Thomas. Me salvó la vida cuando los demás querían matarme —continuó Brage—. Es mucho mejor que dejemos al mando a uno de los suyos. Sir Thomas se convertirá en un aliado en unas tierras donde no tenemos ninguno. De aquí en adelante, en vez de saquear comerciaremos con él.

Kris comprendió que su padre y Brage ya habían tomado la decisión sin consultarlo, y que no le quedaba otro remedio que aceptarla, pero no tenía por qué gustarle.

—En ese caso, reuniré a los hombres y me prepararé para hacerme a la mar —asintió.

—Yo pilotaré mi nave —dijo Brage—. Será bueno volver a reunirme con mis hombres.

—Tú puedes navegar conmigo, Kris —terció Anslak—. Me reuniré contigo en cuanto todo esté dispuesto.

Brage y Anslak fueron en busca de sir Thomas, que aguardaba junto a los demás prisioneros sajones a la espera de su destino.

—Quisiéramos hablar con vos, sir Thomas —dijo Brage.

Sir Thomas desconfiaba, pero se puso de pie y se aproximó a ellos. Estaba preparado para escuchar su decisión. No esperaba misericordia; había luchado contra los vikingos y derramado su sangre. Todos sabían que los vikingos eran muy vengativos. Junto con los otros hombres, había intentado adivinar qué les harían y lo mejor que esperaban era ser vendidos como esclavos.

—Mi hijo y yo hemos tomado una decisión —le dijo Anslak, observándolo atentamente—. Al parecer, Brage considera que sería mucho mejor teneros como aliado que como enemigo.

—No comprendo —dijo sir Thomas en tono perplejo.

—Considera que vos deberíais gobernar la torre de lord Alfrick. ¿Qué opináis?

—¿Gobernar la torre? —Thomas no salía de su asombro.

—Según me ha dicho mi hijo, arriesgasteis la vida por salvar la suya. Ahora os entrego esta fortaleza y estas tierras, junto con la vida de los demás prisioneros.

—¿Me pedís que ocupe el lugar de lord Alfrick? —dijo, contemplándolos atónito.

—Sí, así es. De aquí en adelante, deseamos comerciar con vosotros, no luchar. ¿Qué os parece nuestra propuesta?

—¡Lo haré! ¡Y os estoy muy agradecido! —exclamó, recordando cuánto habían sufrido todos bajo sir Edmund y sabiendo que era capaz de mejorar la vida de los suyos.

—Bien. Las tierras son vuestras. Gobernad bien y con justicia, amigo mío —dijo Brage.

—Ahora navegaremos de regreso al hogar. Haced que estas tierras prosperen —añadió Anslak.

—Lo haré, y otra vez, gracias.

—Gracias a vos... por salvar a mi hijo —contestó Anslak con sinceridad. Luego se alejó, dejando a Brage y sir Thomas a solas.

—Y ¿qué pasará con lady Dynna? ¿Se quedará aquí? —preguntó el caballero en tono de preocupación.

La sensación cálida que Brage experimentaba se desvaneció ante la mención del nombre de ella.

—Dynna vendrá conmigo —afirmó.

—¿Seréis bondadoso con ella?

Brage le lanzó una mirada helada.

—No abuséis de nuestra amistad. Quien me entregó a Edmund fue Dynna.

Sir Thomas advirtió el intenso odio que resumaba su voz. Él sabía qué había ocurrido aquella noche en la habitación, entre los padres de Dynna y Edmund, y era evidente que Brage lo ignoraba.

—Temo que la juzgáis mal —dijo, tratando de explicarle lo ocurrido—. Lady Dynna jamás habría...

Brage lo interrumpió: se negaba a escuchar una sola palabra en su defensa.

—Es de esperar que la defendierais. Siempre lo habéis hecho, pero no lo intentéis esta vez. Lo que hizo no merece defensa alguna.

—Hay momentos en los que uno debería usar el corazón y no la cabeza al tomar decisiones.

—Si pensara como vos, hace tiempo que estaría muerto. —Como no quería seguir hablando de Dynna, Brage se alejó. Él sabía cómo era ella.

—Reflexionad sobre mis palabras, vikingo —exclamó sir Thomas, siguiéndolo con la mirada. Esperaba que Brage reconociera la verdad y aprendiera el poder del perdón.

Después fue en busca de Dynna; quería relatarle lo ocurrido y despedirse de ella, y la encontró cuando se disponía a abandonar la torre con Matilda.

—Sabía que un día dejaría este lugar para siempre, pero nunca pensé que sería para viajar a las tierras del norte —dijo ella al atravesar la puerta por última vez. Ya se había despedido de los sacerdotes y los criados, y se encaminaba hacia un futuro que no prometía ninguna felicidad.

—Al menos partimos juntas —repuso Matilda.

Dynna se detuvo, le lanzó una mirada tierna y cariñosa a su fiel compañera y le tocó la mano.

—Eres una amiga fiel, Matilda. Eres el único motivo por el que podré soportar lo que está a punto de suceder.

—Lady Dynna...

Ambas mujeres se giraron y vieron que sir Thomas se acercaba.

—¡Sir Thomas! —Dynna dejó caer los bultos y se arrojó en sus brazos y lo estrechó con más fuerza que nunca—. ¿Qué os ha ocurrido? Temí lo que harían los

vikingos una vez que llegáramos aquí.

—Brage es un hombre justo y generoso, al igual que su padre. —Al ver su mirada sorprendida, le contó lo que Brage y Anslak habían hecho por él—. Y han puesto en libertad a los demás, a cambio de un futuro comercio —añadió.

—¡Oh, sir Thomas, eso es maravilloso! Nadie inspira tanta lealtad y devoción en sus hombres como vos.

—Agradezco ser merecedor de su confianza.

Dynna deseó volver a gozar de la confianza de Brage, pero sabía que era demasiado tarde.

—Me alegro de que seáis feliz aquí, amigo mío —le dijo a Thomas.

—Yo también deseo vuestra felicidad, milady.

—Creo que eso ya no es posible.

—No os inquietéis —repuso él, al ver la tristeza de su mirada—. A veces Brage parece un hombre duro, pero creo que hay esperanzas.

Dynna soltó una carcajada suave y abatida.

—Ojalá tengáis razón, sir Thomas, porque entonces podría albergar la esperanza de que mi vida tendrá un sentido. Ahora él me detesta. Su corazón está indispuesto en mi contra y nada cambiará esa circunstancia.

—Confiad en que el tiempo todo lo cura. ¿Lo amáis? —preguntó, puesto que había notado el amor que sentían el uno por el otro y quería asegurarse de no estar equivocado.

—Planeaba decirle la verdad acerca de mis sentimientos —dijo Dynna alzando la vista—, aquella mañana, antes de que regresara a su hogar. Pero entonces llegó Edmund y la oportunidad se perdió para siempre.

—Ahora mismo es un hombre enfadado, lady Dynna, y con razón. Fue traicionado por uno de los suyos y muchos de sus hombres murieron. Quiere vengarse por el mal que le han hecho. Comprendo su necesidad, pero dudo que logre descubrir la identidad del traidor. —Sir Thomas recordó aquella noche remota, cuando el traidor vino a visitarlos y les habló en voz baja, con el rostro oculto. Él mismo sería incapaz de identificarlo, incluso si estuviera frente a él—. Justo cuando creyó poder regresar a su hogar, acabó por creer que había sido traicionado por vos.

—Pero yo debía salvar la vida de mi madre...

—¿Quién sabe qué mentiras le contó Edmund? El único que lo sabe es Brage, y en este momento se niega a hablar de ello o a prestar oídos a explicación alguna.

La astucia de Edmund seguía atormentándola, incluso después de muerto.

—Haré lo que vos decís, porque es lo único que puedo hacer —admitió Dynna.

Esta vez fue él quién la estrechó entre sus brazos.

—Id, os aguardan —le dijo.

Dynna dirigió la mirada hacia donde todos se habían reunido.

—Os echaré de menos, milady —añadió Thomas, de todo corazón.

—Y yo a vos, amigo mío. Siempre —contestó ella y lo besó en la arrugada

mejilla.

Sir Thomas observó cómo Dynna y Matilda emprendían el camino hacia la costa, donde aguardaban las naves. Rogó que encontrara la felicidad junto a Brage: era una mujer bella y bondadosa que merecía vivir rodeada de amor para siempre.

Dynna y Matilda embarcaron en la nave de Brage y trataron de acomodarse lejos de los hombres que empuñaban los remos. Habían oído hablar a los vikingos del viaje de regreso y averiguaron que tardarían casi una semana en llegar a la aldea de Anslak, el hogar de Brage.

A medida que los *drakkar* se alejaban de la orilla, vieron cómo la costa se perdía de vista, y ambas guardaron silencio, embargadas por un torbellino de emociones. Si no encontraban la felicidad, rogaron hallar al menos la paz en aquellas tierras tan alejadas de su tierra natal.

Los días transcurrían lentamente mientras navegaban hacia el norte. Dynna observaba a Brage recorriendo la nave, cómodo en su papel de jefe. Vio que los hombres cumplían sus órdenes y lo respetaban. No cabía duda de que era un jefe en quien confiaban, un hombre entre los hombres.

Cada vez que Brage le dirigía la mirada, ella bajaba la suya, porque no quería ver el odio glacial reflejado en sus ojos.

De noche, Brage se tumbaba a su lado, pero sin tocarla. Una noche despertó y descubrió que estaba acurrucada contra él. Brage anhelaba tocarla, acariciar sus cabellos sedosos y sumergirse en su cuerpo, pero luchó contra su deseo. No volvería a caer en la trampa. La próxima vez que la poseyera sería fríamente, sin sentimientos, un breve revolcón que no comprometiera su corazón. Luego se levantó y pasó el resto de la noche caminando de un lado a otro.

Dynna sentía el ansia de tocarlo, de estar entre sus brazos y sentir sus besos, pero él no se insinuaba y de día apenas le dirigía la palabra, excepto de manera casual. Por la mañana, al despertar, él ya se había alejado para reanudar sus tareas y Dynna sentía un inmenso vacío interior, como si le faltara una parte esencial del corazón.

Durante el tercer día de navegación, Dynna notó que Matilda dirigía la mirada hacia otra nave.

—¿Qué tiene esa nave que te interesa tanto? —preguntó. Matilda se ruborizó ligeramente.

—Es la que comanda Ulf, milady.

—¿Ulf? ¿Sientes algo por él?

Matilda asintió.

—¿Y él qué siente por ti? —añadió Dynna.

—No lo sé, pero fue a quien supliqué que me dejara acompañaros, y aquí estoy.

—Recuérdame que se lo agradezca cuando desembarquemos.

—Lo haré. Creo que yo misma volveré a darle las gracias —contestó y su mirada volvió a deslizarse hacia la figura del hombre alto y de anchos hombros, de pie en la proa de la nave lejana. Una lenta sonrisa le curvó los labios.

—Me alegro de que encuentres un poco de felicidad, dada nuestra situación.

—Temí que vos y yo tendríamos que separarnos. No podría haberme quedado en tierra, observando cómo os hacíais a la mar.

—Mi única esperanza es que, con el tiempo, yo también encuentre la felicidad. Tú oíste las palabras de Brage, aquel día en mi habitación cuando dijo que me convertirá en su esclava cuando haya regresado a su hogar.

—Quizá cambie de parecer.

—Temo que mi vida haya acabado, Matilda. Junto a Edmund, mi vida hubiese sido desgraciada y ahora parece que junto a Brage, también lo será. No dejaré de intentar que comprenda la situación y suplicar que un día me escuche.

Vio a Brage con el rabillo del ojo y se volvió para observarlo. Sonreía y reía. ¡Cuánto ansiaba que la sonrisa estuviera dirigida a ella!

Dynna desvió la mirada y contempló el mar. De algún modo descubriría la manera de demostrarle que lo amaba.

Brage estaba de pie en la proa de la nave, contemplando su tierra natal. Desde las altas montañas hasta las claras aguas del fiordo, su belleza nunca dejaba de conmoverlo. Habría celebrado su regreso con alegría, si no fuera porque estaba concentrado en aquello que lo había obsesionado durante las últimas semanas. Había llegado el momento: pronto descubriría al traidor.

Durante la mayor parte del trayecto, Brage había observado a sus hombres con la esperanza de descubrir un indicio que le permitiera identificar a otro que no fuera Ulf, pero no lo logró. Aunque los hombres comentaron que durante el primer ataque habían sido traicionados, ninguno sabía quién los había delatado a los sajones.

Brage dirigió la mirada a la nave de Ulf y vio a su hermano en la cubierta de proa: parecía un gran jefe, un orgulloso vikingo, un guerrero feroz, pero ¿acaso podría haber sido el conspirador? ¿El culpable de la muerte de los hombres de Brage?

Como si notara la mirada de su hermano, Ulf se volvió hacia él y, al ver que Brage lo estaba observando, alzó el brazo para saludarlo. Brage vio que sonreía y se preguntó cuánto esfuerzo le habría costado simular semejante alegría.

Brage desvió la mirada y la dirigió hacia Dynna, que estaba de pie cerca de la popa junto a Matilda, observando el paisaje. Aunque había dormido a su lado todas las noches, no había dejado de tratarla con una indiferencia fría durante el viaje. No olvidaba la pasión que ambos habían compartido, y saber que la amaba y que había estado a punto de decírselo lo perturbaba. Fue un tonto que se dejó hechizar por su amor y sus mentiras. No podía negar que aún la deseaba y, una vez instalado en su hogar, volvería a disfrutar de su cuerpo, pero jamás volvería a confiar en ella, porque cada beso y cada caricia supondrían una nueva traición.

Brage oyó el sonido de los cuernos anunciando su llegada y dirigió la vista hacia la aldea. Se acercaban a la zona de desembarco. Veía a los hombres y mujeres corriendo al encuentro de las naves y entonces comprendió que las semanas de tortura realmente habían llegado a su fin: se había acabado, era libre. ¡Estaba en casa!

—¿Qué creéis que nos ocurrirá ahora, lady Dynna? —preguntó Matilda en tono nervioso. Las naves se acercaban lentamente a la orilla y otra vida estaba a punto de comenzar para ellas. La idea era aterradora.

—He de convertirme en la esclava de Brage —contestó Dynna apesadumbrada, dirigiendo una mirada a Brage en la proa. Estaba desconsolada y sabía que él ya no albergaba sentimientos tiernos por ella.

—Todo podría haber salido peor —dijo Matilda, procurando animarla. Dynna se quedó perpleja—. Sir Edmund podría haber salido victorioso, podríais enfrentaros a un infierno en vida a su lado.

Dynna le lanzó una sonrisa lánguida.

—Lo que dices es verdad —contestó—. A lo mejor ser la esclava de Brage no resultará tan horrendo como parece... —Pero recordó el placer que antaño le provocaron sus caricias, recordó su calidez y su ternura. Como su esclava, nunca más volvería a disfrutar de ellas. Su pena aumentaría día tras día, al tiempo que luchaba por convivir con su amor por Brage.

Mientras el *drakkar* de Brage se acercaba a la orilla, permanecieron la una junto a la otra, dispuestas a enfrentarse al futuro en aquella tierra extraña.

Cuando los aldeanos vieron que Brage ocupaba la proa de su nave, soltaron un rugido de entusiasmo. ¡Estaba vivo! ¡Tal como Anslak juró, había regresado con él! La noticia se difundió con rapidez y empezaron a llegar cada vez más aldeanos para darle la bienvenida al hogar.

Brage se disponía a abandonar la nave, pero se lo pensó mejor y se dirigió a Parr:

—Lleva a las mujeres a mi casa. Yo iré después de hablar con mi padre.

Brage desembarcó y fue a reunirse con su padre y Kris en la orilla. Cuando se abrió paso entre la multitud, oyó que una mujer lo llamaba por su nombre.

Inger había oído el llamado de los cuernos y fue una de las primeras en alcanzar la cima de la colina que daba al fiordo. Al ver que era Anslak quien regresaba, corrió hasta la orilla para averiguar qué había ocurrido con Brage. Al ver que estaba vivo, apenas logró controlarse y, sin tener en cuenta a los presentes, se lanzó en sus brazos.

Antes de poder pronunciar una sola palabra, Brage se encontró con la bella mujer rubia entre los brazos y con sus labios presionando los suyos.

Se permitió disfrutar del abrazo y luego trató de desprenderse de ella.

—Inger... —dijo en tono suave—, me alegro de verte.

—¡Oh, Brage! ¡Agradezco a los dioses que hayas regresado sano y salvo! —exclamó, rozándole los hombros y el pecho y contemplándolo con mirada embelesada. Se sentía radiante, Brage había vuelto a ella, tal como había esperado—. ¡Esta noche celebraremos tu regreso! —añadió, lanzándole una mirada sugestiva.

—¡Celebraremos una gran fiesta en mi hogar! —la interrumpió Anslak; sus palabras evitaron que Brage tuviera que responderle a Inger—. Pero ahora Brage ha de acompañarme. Estoy seguro de que Tove quiere verte...

Inger se puso de morros, pero no dejaba de estar encantada de que Brage hubiese regresado. Tenía planes importantes para esa noche. Quería a Brage como marido y haría todo lo posible por seducirlo. Cuando Brage se alejó para saludar a la mujer de Anslak, lo siguió con la mirada.

Tove había estado ocupada y fue una de las últimas en enterarse de la llegada de las naves. Echó a correr por el terraplén hacia su marido, su hijo legítimo y Brage.

—¡Has regresado, y con el Halcón Negro! —dijo con una amplia sonrisa y después besó a su marido y a Kristoffer. Luego se volvió hacia Brage y lo contempló con orgullo—. Me alegro de que te encuentres bien. No disfrutamos de un instante de

tranquilidad desde aquel día horrendo, cuando Ulf y Kris regresaron con la noticia de la derrota sufrida ante Alfrick. Es bueno que hayas vuelto al hogar.

Al recordar la batalla perdida, Brage se entristeció, pero logró sonreírle.

—Es bueno estar en casa —dijo.

—Ven a casa. Comenzaremos los preparativos para la fiesta en tu honor. Fluirán el hidromiel y la cerveza y quizá tu padre abra el tonel de excelente vino que trajo del este el invierno pasado. —Tove lo cogió del brazo y se lo llevó.

Brage se alejó con ella, acompañado de su padre y Kristoffer, contento de haber sido rescatado sin dificultades de la posesiva Inger.

Las otras naves atracaban y una multitud desembarcó en medio de la felicidad por el regreso de Ulf y Kristoffer. La nave de Ulf fue la última en alcanzar la orilla y muchos hombres ya se habían marchado para reunirse con su familia cuando el torvo guerrero desembarcó. Se quedó en la playa, con la vista clavada en su padre, Brage y los demás; después se giró y descubrió a Inger detrás de él.

—Te agradezco que me lo hayas traído de vuelta, Ulf —dijo la mujer, sonriendo y complacida con los acontecimientos del día.

—No lo traje de vuelta sólo para ti, Inger —la reprendió Ulf con una risita: había visto el brillo en los ojos de la mujer y se preguntó si Brage seguía a salvo, ahora que estaba en casa.

—No tiene importancia. Pronto será mío, ya lo verás. —Cuando se disponía a marchar, vio que Parr ayudaba a dos mujeres a bajar de la nave de Brage y se detuvo, mirándolas fijamente. Una era alta, preciosa y de cabellos oscuros y, aunque sus ropas delataban el desgaste de los largos días de navegación, la calidad de sus rasgos anunciaba que era de buena cuna. La cabellera de la otra era del color de una puesta de sol estival; Inger vio que iba vestida como una criada y decidió que no tenía importancia. Pero la de los cabellos oscuros la inquietaba y, dirigiéndose a Ulf, exclamó sin despegar la vista de ellas—: ¿Quiénes son esas mujeres a bordo de la nave del Halcón Negro?

Ulf conocía muy bien a Inger, y no estaba dispuesto a darle mucha información.

—Dos esclavas, el botín de Brage —repuso.

—¿Esclavas?

Inger soltó una carcajada de alivio, pero la idea de que vivieran en el hogar de Brage le molestaba, así que se acercó a ellas para hablarles y asegurarse de que supieran cuál era el lugar que les correspondía.

Cuando Inger se aproximó, Dynna y Matilda cargaban con sus escasas pertenencias y seguían a Parr tierra adentro. Dynna había visto cómo la mujer se lanzaba sobre Brage y lo besaba delante de todo el mundo, y tuvo que esforzarse por controlar los celos que le provocó. En ese momento Parr le ordenó que lo acompañara, así que Dynna recordó que ya no era una dama elegante, sino que se convertiría en la esclava del vikingo. Si su fuerza de voluntad hubiese sido menor hubiera soltado un grito; en cambio adoptó una postura aún más orgullosa mientras

seguía a Parr hasta el hogar de Brage, aunque seguía sin comprender qué pretendía aquella mujer.

—Deseo hablar con las esclavas de Brage —declaró Inger, de pie ante Parr.

—Brage me dijo que las llevara a su casa y debo hacerlo —respondió él.

—No me llevará mucho tiempo —le aseguró y le lanzó una dulce sonrisa.

Parr se encogió de hombros, porque sabía que gozaba de cierto favor por parte del Halcón Negro.

Inger se acercó a Matilda, la miró como se mira a un caballo que uno desea comprar y después fue el turno de Dynna. Al cruzar su mirada con la otra, que evidentemente era una dama, dijo en tono desdeñoso:

—Ahora sois esclavas. Estáis sometidas a los deseos de Brage, pero no olvidéis que le pertenecéis. Sólo sois una pertenencia suya, nada más.

—Somos conscientes de la posición que ocupamos aquí —replicó Dynna con una dignidad y una elegancia que la asombró incluso a ella misma, teniendo en cuenta su estado de ánimo actual. Había visto cómo esa mujer besaba a Brage, y ahora se veía obligada a soportar sus insultos.

—Por si no lo recuerdas —continuó Inger—, déjame que te diga que para Brage eres menos importante que su escudo o su espada, tienes menos valor para él que su caballo o su nave.

Dynna hizo rechinar los dientes al escuchar el sermón de la arrogante vikinga.

—Sospecho que ninguna mujer podría ser más importante para él que su nave —replicó.

—Ah, pues te equivocas. No tardarás en cumplir mis órdenes además de las de Brage, porque cuando nos hayamos casado, yo seré tu ama —remachó Inger, pavoneándose ante aquella mujer cuya seguridad en sí misma la fastidiaba.

Dynna le lanzó una sonrisa fría.

—Cuando llegue el día en que te conviertas en la mujer de Brage, te respetaré —afirmó—. Hasta entonces sólo haré lo que mande mi amo, y éste ha dicho que debo acompañar a Parr. —Alzando la cabeza con actitud majestuosa, Dynna se alejó.

Parr había observado la escena casi divertido. Todos en la aldea sabían que Inger quería casarse con Brage y, cuando Dynna se negó a dejarse intimidar, su coraje lo impresionó.

Que la despachara de aquel modo irritó a Inger. Cuando estaba a punto de coger a la moza sajona de los pelos, la voz de Ulf resonó a sus espaldas:

—Me lo pensaría dos veces antes de hacer daño a uno de los bienes de mi hermano, Inger. —Había acabado sus tareas y se dirigía a ver a Matilda cuando escuchó el intercambio de palabras entre las dos.

—Me trató con arrogancia —protestó la vikinga.

—Es una dama.

—Era una dama —insistió la otra—. Ahora sólo es una esclava.

—Pero es la esclava de Brage —dijo Ulf y se volvió hacia Dynna y Matilda—.

Venid. Os llevaré hasta la casa de mi hermano. Puedes marcharte, Parr.

Parr se encaminó a su casa para encontrarse con su propia familia, mientras que Inger, roja de furia ante la intromisión de Ulf, se alejó con rapidez.

—Os indicaré el camino a vuestro nuevo hogar —les dijo Ulf de camino a la aldea.

—¿Está lejos? —preguntó Matilda.

—No, se encuentra al otro lado de la aldea, cerca del bosque.

—¿Qué hay más allá del bosque? —preguntó Dynna.

—No os importa, lady Dynna. Ya no escaparéis —replicó Ulf, creyendo que estaba pensando en huir.

Dynna guardó silencio. Pensando sobre su vida futura, se preguntó si ésta sería un infierno en caso de que Brage se casara con Inger.

Sentado ante la mesa en casa de Anslak, Brage bebía cerveza en compañía de su padre y Kristoffer.

—Ulf y Kristoffer sospechan que fuiste traicionado antes de la incursión. ¿Crees que es así? —preguntó Anslak.

—Sí. Alfrick nos estaba esperando. Había planeado la batalla. No lo cogimos por sorpresa, porque de algún modo sabía que vendríamos.

Anslak frunció el entrecejo; su rostro expresaba odio por el traidor.

—Pero ¿quién haría algo así cuando todos los que navegan contigo salen beneficiados?

—No estoy seguro.

—¿Quién desearía verte muerto? ¿Tienes un enemigo semejante? —preguntó Kristoffer.

—Creí que no, pero debo de haberme equivocado.

—Entonces ¿quién? —insistió Anslak.

—Tengo sospechas, pero he de saber más. Tal vez esta noche, durante la celebración, el traidor se delatará a sí mismo. No descansaré hasta encontrarlo —juró Brage—. Pero por ahora regresaré a casa para encargarme de mis esclavas.

Se puso de pie y Anslak lo siguió al soleado exterior.

—Hablando de tus «esclavas», ¿de verdad crees que hiciste bien en traer a lady Dynna aquí? Tú mismo dijiste que fue ella quien te entregó al hijo de sir Alfrick. ¿Para qué las has traído aquí, a tu hogar? ¿No hubiese sido mejor venderla en el mercado de esclavos?

—No me fío de ella, pero la idea de separarnos me resulta insoportable.

—No comprendo.

—Yo tampoco. Durante un tiempo creí amarla, pero ahora sólo sé que la deseo, y que al mismo tiempo detesto lo que ha hecho.

—¿Qué sabes al respecto?

—Edmund me dijo que ella me había delatado.

—¿Y le creíste? ¿A un hombre que era tu acérrimo enemigo?

—Tenía las pruebas en mi mano —contestó Brage en tono airado—. Volvía a ser su prisionero, apresado en la torre del padre de Dynna.

—Pues ve a ocuparte de tus esclavas, pero regresa cuando anochezca. No empezaremos a celebrar hasta que llegues —dijo Anslak, y luego guardó un silencio prudente. Recordó la época en la que Mira, la madre de Brage, había sido una esclava, y la pasión que ambos compartieron. Anslak compró su libertad, sólo para poder tomarla como esposa. Aunque apreciaba mucho a Tove, no había amado a otra mujer como amó a Mira.

Lentamente, Brage atravesó la aldea sumido en sus pensamientos. Desde que había recuperado la libertad, era la primera vez que se daba cuenta de que había creído todo lo que Edmund le dijo. Recordó todas sus palabras, procurando separar la verdad de la mentira: «Dynna siempre ha comprendido cómo son las cosas con rapidez. Siempre supo cómo utilizar a los demás».

Brage trató de conciliar dichas afirmaciones con lo que sabía de ella; había visto la devoción que sir Thomas sentía por ella. Dynna había ido a la aldea para ocuparse de los heridos y los moribundos; pese a que él era su enemigo, había tratado de curar sus propias heridas. Brage arrugó la frente, presa de la confusión.

Cuando entró en su casa aún fruncía el ceño, y su irritación aumentó al ver a Ulf en la sala en compañía de Dynna y Matilda.

—¿Parr se ha marchado? —preguntó.

—Debía ir a ver a su familia. Me ofrecí a acompañarlas hasta aquí —le explicó Ulf—. No sabía cuál sería la habitación de ellas, así que te dejo esa decisión a ti. Te veré esta noche.

Ulf notó que Brage estaba atribulado. Quería decir algo, sugerirle que le contara qué lo preocupaba, pero notó una inusitada actitud reservada en su hermano, así que se marchó sin decir nada.

La casa de Brage era amplia, muy grande para un hombre solo. Consistía en una habitación central destinada a cocinar y recibir visitas y tres habitaciones anexas más pequeñas.

—Podrás ocupar la habitación de atrás, Matilda —dijo. Ésta se dirigió a echar un vistazo a la habitación que sería la suya, dejando a solas a Dynna y a Brage—. Y vos, Dynna, dormiréis aquí —prosiguió, con mirada inescrutable. La condujo a su propia habitación escasamente amueblada, pero que contenía una amplia cama, una mesilla y un gran baúl para guardar objetos.

—Así que he de compartir vuestra habitación y vuestra cama —comentó Dynna, sorprendida de que la quisiera a su lado.

—Sí.

—Y ¿qué pasará cuando os caséis con Inger y la traigáis aquí, a vuestro lecho nupcial?

—No tengo intención de casarme con Inger.

—Dado que vos no me creéis, yo tampoco os creeré a vos.

Entonces Brage se acercó a ella y la abrazó. Se dijo que no la deseaba, que su padre tenía razón: que debía venderla en el mercado de esclavos. No era demasiado tarde para someterla a ese destino. Pero cuando los pechos de ella rozaron su torso, notó la dureza en la entrepierna y comprendió la verdad. ¡Maldita sea! ¡Pese a todo lo que ella había hecho, aún la amaba!

Sus labios buscaron los de Dynna con un ardor que le dijo que la deseaba, y ella le devolvió el beso con la misma pasión. Era la primera vez que la tocaba desde aquel día fatal en la torre de su padre. Anhelaba estar cerca de él, sentir su fuerza viril, estrecharlo entre sus brazos y saborear su beso. Si Brage se negaba a escuchar sus palabras, quizás escuchara a su corazón.

Brage la levantó y la depositó en la cama, contemplándola con una mirada llena de pasión. Su cuerpo exigía que la poseyera, su corazón ansiaba unirse a ella, pero no lograba quitarse de la cabeza su traición ni las palabras de Edmund. Se detuvo y se quedó mirándola, paralizado por sus mentiras.

—¿Brage? —Dynna alzó la vista y al ver que el deseo se había esfumado de su mirada, se estremeció. Él la contemplaba con expresión fría.

—Puedo poseeros cuando y donde me plazca, pero ahora no deseo hacerlo —dijo, alejándose—. Preparaos para acudir a casa de mi padre; esta noche se celebrará una fiesta en honor a mi regreso. Vos y Matilda ayudaréis a los criados de mi madre —añadió, le dio la espalda y abandonó la casa.

Dynna lo siguió con la mirada. Se debatía entre la ira por la frialdad y crueldad de su trato y la sensación de estar sola y perdida. Al oír la voz de Matilda llamándola, se levantó y salió de la habitación.

—¿Adónde ha ido a Brage? —preguntó la criada.

—No lo sé. Sólo me dijo unas palabras y después se marchó. —Dynna le contó lo planeado para ellas esa noche.

—¿Queréis tomar un baño? Encontré una tina en la otra habitación.

El rostro de Dynna se iluminó al pensar en desprenderse de la suciedad tras el largo viaje por mar.

—Sí, por favor. Quizá sea el último lujo que pueda darme.

—No creeréis que Brage se opondrá a que os bañéis, ¿verdad?

—Aunque se opusiera, ahora mismo no me importa. Hasta la más humilde de las criadas ha de lavarse. Si quiere que esta noche lo sirvamos, querrá que estemos limpias, ¿no?

Matilda fue a buscar agua mientras su señora rebuscaba entre sus escasos vestidos. Eligió una túnica larga violeta oscuro y una más clara como sobrevestido. Cuando Matilda la llamó, estaba más que dispuesta a quitarse la mugre acumulada durante tantos días.

Dynna se deslizó dentro de la tina medio llena y suspiró.

—Es maravilloso —dijo, se sumergió en el agua caliente, inclinó la cabeza hacia atrás, la apoyó en el borde y cerró los ojos.

—En el taburete a vuestro lado hay unos paños. Si me necesitáis, estaré en la habitación principal —dijo Matilda. Luego preguntó—: ¿Sabéis de cuánto tiempo disponemos?

—Brage no lo dijo, pero creo que al menos de unas horas, antes de ir a ocuparnos de servirlo.

—Bien. Eso me dará tiempo a tomar un baño cuando hayáis acabado.

Matilda estaba segura de que Ulf asistiría a la celebración y quería acicalarse para él. Entonces dejó a Dynna a solas y cerró la puerta para proporcionarle intimidad. Dynna aprovechó el momento para disfrutar del agua tibia y fingir que nada de todo aquello había ocurrido, que no le pertenecía a ningún hombre y que su vida aún se extendía ante ella. Cuando el agua empezó a enfriarse, se lavó y luego se sumergió para enjuagarse el cabello. Se sentía muy reconfortada.

Dynna acababa de salir de la tina y se envolvía los cabellos con un paño cuando oyó que la puerta se abría a sus espaldas. Se giró, suponiendo que se trataba de Matilda y se quedó inmóvil al descubrir la mirada penetrante de Brage, de pie en el umbral.

Al regresar a la casa y no ver a Dynna, Brage había temido que hubiese escapado. Furioso, le preguntó a Matilda dónde estaba y, al descubrir que se encontraba en la otra habitación, el inmenso alivio que sintió lo fastidió. Atravesó la habitación dando zancadas, sin escuchar las palabras de Matilda acerca del baño. La imagen esplendorosamente desnuda de Dynna lo hechizó.

—Hasta una humilde esclava debería tener derecho a cierta intimidad —dijo Dynna.

Como una llamarada, recorrió su cuerpo con la mirada y Dynna casi notó su calor. Recogió otro paño, se envolvió en él y lo miró con expresión altiva.

—Nos marcharemos antes de una hora —gruñó Brage.

—Estaré preparada.

—Vestíos. —Brage se volvió y cerró la puerta detrás de él, pero permaneció al otro lado, luchando contra el imperioso deseo de derribar la puerta y poseerla. Verla desnuda ante él había encendido su pasión, y tuvo que esforzarse por controlarla. Por fin, respirando entrecortadamente, abandonó la casa.

Unos minutos después Matilda llamó a la puerta y entró para ayudar a Dynna a peinarse y vestirse. Luego ella también tomó un rápido baño.

—Estamos dispuestas a partir, si vos lo estáis —le dijo Dynna a Brage, que había regresado y estaba sentado en la habitación principal.

Brage alzó la vista y vio a las dos mujeres acercándose. Se había dedicado a tratar de comprender qué sentía por Dynna. No podía negar que la deseaba, puesto que su cuerpo no dejaba de recordárselo. Pero que estuviera allí, tan cerca de él, ya estaba resultando un tormento. En la nave, la presencia de los hombres había evitado que pensara constantemente en su proximidad, pero ahora estaban en su casa y dormiría en su cama. El recuerdo de ella hacía unos momentos, cuando lo miró con expresión

cálida y dispuesta, y después verla desnuda ante él lo hizo tragar saliva. No comprendía cómo podía seguir sintiendo lo mismo por ella, sabiendo lo que había hecho.

—Marchémonos. La noche promete ser larga —dijo en tono brusco, se puso de pie y salió de la casa; ellas lo siguieron.

El bullicio que surgía de la casa de Anslak se oía a cierta distancia. Cuando Brage, Dynna y Matilda llegaron estaba llena de gente y la multitud incluso se desparramaba por los jardines.

—¡Ha llegado el Halcón Negro! —exclamó uno de los aldeanos, y todos soltaron sonoros vítores.

—¡Dejad paso! ¡Brage está aquí!

La multitud se separó y Brage entró en el hogar paterno. Quienes lo conocían le palmearon la espalda y le dieron una calurosa bienvenida. Dynna caminaba detrás y notó el afecto que todos le tenían y también que él parecía apreciar a todos quienes le dirigían la palabra. Cuando ella y Matilda entraron en la casa, ambas notaron las miradas curiosas de los vikingos.

—¡Tove! —exclamó Brage, dirigiéndose a la mujer de su padre cuando por fin alcanzó la atestada habitación principal—. He traído a estas mujeres para que te ayuden. Podrás emplearlas como mejor te parezca.

Tove había oído la historia de la traición de la mujer de cabellos oscuros y sabía muy bien dónde las pondría a trabajar.

—Venid conmigo —ordenó y les indicó a ambas que se dirigieran a la cocina. Allí las tareas resultarían calurosas y agotadoras, adecuadas para esclavas como ellas. Aunque puede que parecieran damas, ya no lo eran.

Ulf ya estaba allí, sentado a un lado con algunos de los hombres, disfrutando de una jarra de cerveza. Se alegraba de que su hermano hubiera vuelto al hogar y también de la presencia de Matilda. Planeaba comprársela a Brage y más adelante él y su hermano hablarían del precio. La quería para sí. Casi no había pensado en otra cosa durante el viaje y ahora que estaban instalados, el momento había llegado.

Siguió a Matilda con la mirada cuando ésta atravesó la habitación. Como si lo notara, se giró hacia él y le sonrió. La inesperada sensación de felicidad que lo embargó sorprendió a Ulf y le devolvió la sonrisa, al tiempo que Matilda desaparecía en la cocina junto con Tove y Dynna.

Brage se acercó a la mesa situada en el centro de la habitación, donde tomó asiento junto a su padre y Kristoffer. Le sirvieron una jarra de vino y todos se dedicaron a beber.

Transcurrió casi una hora antes de que trajeran la comida. Dynna, Matilda y diversas esclavas de Tove cargaban con grandes fuentes rebosantes de carne de ciervo y pato asado. Después sirvieron humeantes ollas de sopa y bandejas de pan caliente. Era un festín digno de un héroe y el júbilo reinaba en la habitación.

Brage estaba sentado ante la mesa mientras servían la comida, charlando con

quienes lo rodeaban. Pero no pudo dejar de observar a Dynna moviéndose a través de la habitación. Creyó que la humillaría al obligarla a servir, pero ella desempeñaba la tarea con facilidad, bromeando con los hombres que le hacían comentarios y eludiendo con habilidad a los que trataban de echarle mano cuando pasaba a su lado. Al observar esto, Brage se enfadó, y cuando Dynna pasó junto a su mesa la llamó.

Dynna se detuvo ante él, lanzándole una mirada inquisitiva. Había cargado cuidadosamente con la pesada bandeja y creyó que lo estaba haciendo bien. Ignoraba qué podía haber hecho para enfadarlo.

—De ahora en adelante, sólo serviréis a los de esta mesa —ordenó de manera tajante; su padre lo miró con curiosidad.

—Si eso es lo que deseáis... —contestó ella en tono sumiso. Luego fue a la cocina para informar a Tove de la orden recibida. Brage la siguió con la mirada hasta que desapareció y después vació la jarra de vino de un trago. Cuando otra criada pasó a su lado, cogió una de cerveza y empezó a bebérsela.

Anslak los había observado a ambos.

—La moza es traicionera, pero hermosa. ¿Te quedarás con ella? —le preguntó.

—Hasta que me canse —contestó Brage.

Pero el recuerdo de hacer el amor con ella no lo abandonaba y se preguntó si llegaría el día en que se cansara, pese a la traición. No podía olvidar que Dynna le había salvado la vida cuando fue tomado prisionero por primera vez. No había revelado su identidad y procuró cuidar de él hasta que sir Edmund se lo impidió. Le había ayudado a escapar, aunque ello sirviera a sus propósitos. Sacudió la cabeza para dejar de pensar en ella.

—¿Y la otra? Al parecer, Ulf quiere quedársela —continuó su padre.

Al mirar a su hermano, Brage se encogió de hombros y su mirada se endureció cuando vio que Ulf le rodeaba la cintura con el brazo a Matilda y se la sentaba en el regazo. La muchacha no se resistió, sino que rio, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Ulf parecía estar pasándolo bien y la pizca de sospecha que Brage albergaba desde hacía tiempo aumentó de golpe.

Ulf dirigió la vista hacia él y sus miradas se encontraron a través de la atestada habitación. Ulf reía, pero sus carcajadas se apagaron al ver la expresión de su hermano.

—¿Qué haremos respecto al traidor? ¿Sospechas de alguien? —preguntó Anslak.

Ante la mención de aquello que le causaba tanta preocupación, Brage se puso aún más tenso.

—Tal vez debería agradecerle al traidor —dijo, bebiendo un trago de cerveza—. Es el motivo por el cual todavía estoy vivo, puesto que la necesidad de encontrarlo fue lo que hizo que siguiera luchando por mantenerme con vida. Quiero verlo sufrir por su traición.

—La venganza es un sentimiento arrollador —asintió su padre.

—En efecto —masculló Brage y volvió a mirar a Ulf, que estaba sumido en una

conversación con sus hombres.

—Míralo —le dijo Parr a Ulf—. Ahí está, sentado junto a Anslak como si nada le hubiera ocurrido.

—Sufrió heridas, ha estado encadenado y prisionero, y sin embargo ahora se encuentra perfectamente —añadió otro, azorado ante la fuerza y la destreza de Brage.

—Es el Halcón Negro —se limitó a contestar Ulf. Siempre supo cuán valiente y fuerte era su hermano. Incluso de niños, cuando le sacaba una cabeza y al menos veinte kilos de peso, en la mayoría de los casos Brage lo igualaba en poderío y de vez en cuando hasta lo había derrotado.

—Nunca debimos dudar de él, Ulf, pero aquel día durante el ataque... Yo también lo vi caer y creí que estaba muerto. Que todavía esté entre nosotros es un milagro. —Al recordar aquel día, Parr adoptó una expresión preocupada.

Ulf volvió a mirar a Brage y comprobó que su hermano lo observaba extrañamente inexpresivo.

—Que siga con vida es un auténtico milagro —asintió.

Una vez que hubieron servido la comida, las mujeres se dedicaron a escanciar cerveza, hidromiel y vino a los invitados. Dynna acercó una bandeja con jarras de cerveza y Brage se sirvió otra y la vació de un trago.

—Estoy disfrutando de la celebración, Brage —ronroneó Inger, acercándose a la mesa y lanzándole una sonrisa coqueta.

—Me alegro —se limitó a contestarle. Había observado que se abría paso hacia él a través de la multitud deseando encontrar el modo de eludirla. Era una mujer atractiva, pero no la amaba y su actitud insinuante no despertaba su interés.

Tras servirle cerveza a Brage, Dynna permaneció de pie a su lado, tal como él le había ordenado. Su presencia incordiaba a Inger.

—Tráeme una copa de vino, mujer —le dijo en tono imperioso.

—Ella se quedará aquí —atajó Brage con rapidez—. Si quieres vino, ve a buscarlo tú misma.

—¡Sólo es una criada! —La crueldad de Brage hizo que se ruborizara.

—Ella es mi criada —replicó él—. Está aquí para cumplir mis órdenes.

Inger se sentía humillada. Sabía que Anslak y Kristoffer la observaban y que, al escuchar las palabras secas de Brage, los demás comprendieron que la estaba evitando adrede. Se alejó apresuradamente y su esperanza de casarse con él se desvaneció.

Brage estaba de un humor tenso. La cháchara de Inger y su actitud lisonjera lo impacientaban. Cuanto más pensaba en la traición de Ulf, tanto mayor era su ira y cuando vio que atravesaba la habitación en dirección a ellos, se preparó para enfrentarse a él. Había aguardado ese momento. Se enfrentaría al embustero de su hermano delante de todos y demostraría que era un maldito traicionero.

—¿Por qué estás tan serio esta noche, hermano mío? —preguntó Ulf, deteniéndose ante la mesa y bebiendo un trago de su jarra de cerveza.

—¿Acaso es tan difícil de comprender cuando sé que un traidor participa en la celebración?

Ulf miró en torno.

—¿Piensas en la traición, precisamente esta noche cuando deberías celebrar tu regreso?

—Casi no he pensado en otra cosa desde que vi morir a mis hombres y caí prisionero de los sajones.

Anslak y Kristoffer no podían fingir que no oían sus palabras y aguzaron los oídos.

—¿En quién piensas? —prosiguió Ulf—. ¿Sabes quién es? Porque en ese caso, te ayudaré a matarlo.

—He dispuesto de muchas horas para reflexionar al respecto. Y sé quién sacaría mayor provecho si yo muriera. —La expresión de Brage era dura cuando se puso de pie lentamente y miró a Ulf de arriba abajo.

—¿Quién es el traidor? —preguntó Ulf, notando su ira y comprendiéndola. Los hombres de Brage habían muerto a causa del traidor y Brage no era un hombre indulgente—. Yo lo atraparé.

—Eres tú.

Pálido y atónito, Ulf miró fijamente a Brage, dolido por la acusación.

—¿Cuestionas mi lealtad? ¿Crees que sería capaz de traicionarte? ¡Eres mi hermano! ¡He luchado a tu lado y ahora me acusas de esto! ¿Cómo puedes insinuar semejante cosa?

—He hecho más que insinuarla —replicó Brage en tono furioso, rodeando la mesa y enfrentándose a Ulf—. ¡Afirmando que has sido tú!

La consternada multitud guardaba silencio, todos mantenían la vista clavada en los hermanos.

Dynna seguía de pie detrás de la mesa, observando la confrontación.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —dijo Ulf.

—Tú conocías todos mis planes —lo acusó Brage.

—Al igual que otros —se defendió.

—Eres el que mayor provecho obtendría si yo desapareciera. Comandarías a mis hombres; te apoderarías de mi nave. Si yo me quitara de en medio, padre te apreciaría aún más —prosiguió Brage y, mirando alrededor, vio que la espada de su padre y la de Kristoffer estaban apoyadas contra la pared.

Se acercó, las recogió con gesto colérico y le arrojó el arma de Anslak a Ulf. Era una bonita espada de empuñadura dorada. Cada uno de los hijos legítimos había recibido una. Brage blandió la de Kristoffer, cuya empuñadura era la cabeza enjoyada de un dragón.

—Ahí tienes la espada de mi padre. Siempre quisiste poseerla. ¡Úsala!

Las palabras de Brage dejaron perplejo a Ulf y le lanzó una mirada atónita. Cogió la espada y la sostuvo con la mano derecha, pero cuando Brage se lanzó contra él dispuesto a luchar, Ulf comprendió que no podía hacerle daño a quien había jurado proteger. Enderezó la cabeza y dijo:

—No lucharé contigo, Brage. —Luego clavó la espada en la mesa a la vista de todos.

Brage avanzó con la espada en la mano.

—Recoge tu arma. Lucha como un hombre.

Ulf se limitó a mirarlo fijamente.

—Es verdad que tras la batalla, al creer que estabas muerto, me sentí culpable, pero la culpa estaba causada por mi fracaso, porque había jurado protegerte. Dejé que te hicieran daño, a ti y a los demás. Aquel día, hubiera preferido morir en el campo de batalla, hubiera preferido ir al Valhala a vivir sabiendo que te había fallado, así que si no te queda más remedio, mátame. Atraviesa mi corazón con la espada, puesto que ya lo has atravesado con tus palabras, pero has de saber lo siguiente: estoy dispuesto a morir aquí, sin honor, antes que permitir que creas que te he traicionado. Prefiero sacrificar mi vida para que conozcas la verdad, hermano. No fui yo quien te delató a lord Alfrick.

Que lo negara enfureció a Brage todavía más y se acercó a él con mirada asesina. Quería matar al traidor, ahora mismo. Al parecer, estaba dispuesto a clavarle la espada a Ulf.

Matilda se encontraba en la cocina cuando notó que en la habitación principal reinaba el silencio. Se asomó a la puerta y vio a Brage enfrentándose a Ulf. Cuando parecía estar a punto de atacarlo, Matilda gritó:

—¡No! ¡Aguardad! ¡No fue Ulf! —Todos los ocupantes de la habitación soltaron un grito ahogado y se volvieron para mirar a Matilda, que echó a correr y se interpuso entre los dos hombres—. No lo hagáis, Brage. Sé que no fue Ulf. ¡Yo estaba allí aquella noche!

—¿Dónde dices que estabas? —exclamó Brage.

—¿Qué estás diciendo, Matilda? —preguntó Dynna.

—Aquella noche, yo estaba en la Gran Sala cuando acudió el vikingo e informó del ataque inminente.

—¿Sabes quién es el traidor? —Anslak se puso de pie y se acercó a sus dos hijos.

—Observé y escuché y, cuando el hombre se marchó, lo seguí —contestó ella apresuradamente.

—¿Quién es el traidor? —gritó Brage—. ¡Dinos su nombre!

—No lo sé con exactitud. Sólo sé que no era Ulf. Era más bajo y menos fornido. Llevaba una barba rubia, y...

Matilda miró en torno, procurando descubrir el rostro que había visto aquella noche bajo la luz de la luna, pero fue en vano. Entonces dirigió la mirada a la espada que sostenía Brage y soltó un grito ahogado.

—¡La espada! ¡Es la que llevaba el hombre! ¡Vi el brillo de la cabeza de dragón y recuerdo pensar que parecía malvada, con esos ojos como gemas resplandecientes!

Cuando Brage clavó la vista en el arma de Kristoffer, se hizo un silencio atónito. Se giró lentamente y vio que su hermano se ponía de pie y retrocedía.

—¡Está loca! —chilló Kris—. ¿Qué puede ganar diciendo tales mentiras? ¿Acaso su ama no es una mentirosa y ahora demuestra que ella también lo es?

—¡Kristoffer! —Anslak arrancó su espada de la mesa.

Kris le lanzó una mirada llena de odio.

Y entonces, al ver su perfil, Matilda reconoció a Kristoffer.

—¡Fue él! ¡Ahora lo reconozco! ¡Fue él quien visitó a lord Alfrick aquella noche!

Kris trató de escapar, pero Ulf lo persiguió, y también Anslak y Brage. Sólo logró alcanzar el centro de la habitación, donde varios hombres lo cogieron y lo arrastraron ante los demás.

Brage lo miró, conmovido, invadido por la pena y el dolor.

—¿Por qué, Kristoffer? Todos esos buenos hombres muertos... Eran tus amigos...

—¡Amigos! —le espetó Kristoffer, dio un paso adelante y golpeó la mesa con los puños. Les lanzó una mirada furibunda a los tres: a Brage, Ulf y su padre—. ¡Tu

nave! ¡Tu espada! ¡Tu escudo! ¡Tus amigos! ¡Todo era tuyo, Brage! El único que les importa a todos es el Halcón Negro. El que jamás comete un error.

—¿Qué estás diciendo? —rugió Anslak, controlándose a duras penas—. ¿Tú hiciste eso? ¿Te convertiste en traidor, advertiste a Alfrick del ataque planeado por tu hermano?

—¡Sí, lo hice! Y si hubiese funcionado, habría sido tu único heredero. Tanto Brage como Ulf habrían muerto y yo me hubiese apoderado de las naves y los hombres de Brage y me habría convertido en alguien aún más exitoso que el Halcón Negro.

Anslak no pudo evitar abofetearlo.

—Eres un *niding*, un miserable y un cobarde. ¡Yo mismo te daría muerte, pero no mereces morir con honor! ¡Me niego a otorgarle ese honor a un cobarde! Te condeno al destierro durante lo que te queda de vida. Vete. No quiero volver a verte nunca más. ¡Ya no eres sangre de mi sangre! —exclamó en tono asqueado.

—¿Acaso crees que me importa? ¡Tras vivir a la sombra del magnífico Halcón Negro durante todos estos años, no me importa el destierro! ¡Nunca hice nada para ganarme tus elogios! ¡Nunca te complací, como te complacía Brage!

Su odio, desencadenado por primera vez, era algo maligno que lo consumía. Anslak jamás había sospechado que el joven Kris albergara sentimientos tan violentos, ni que fuera capaz de semejante locura.

—¡Quitadlo de mi vista! —bramó el padre—. Sólo tengo dos hijos. Sólo tengo a Ulf y Brage.

Brage se apartó de Kris y se acercó a Ulf, su hermano, su amigo, su aliado.

—He sido muy injusto contigo, Ulf —dijo con expresión grave.

Ulf lo miró directamente a los ojos y lo respetó por tener el valor de reconocer su error. No había dejado de sentirse culpable por haber sido incapaz de salvar la vida de su hermano aquel día. La idea lo había abrumado y no lograba quitársela de la cabeza.

—Y yo no cumplí con mi juramento de cuidarte las espaldas. Creí que estabas muerto; al principio, hubiese preferido que quien hubiese muerto en el campo de batalla fuera yo. Después, cuando averiguamos que estabas vivo, fue casi peor, puesto que al abandonarte te había condenado a ser un prisionero.

—No, tú no tuviste la culpa. No me fallaste, fui yo quien te falló, dudando de ti después de todos estos años... —Brage le puso la mano en el hombro—. Me equivoqué. Lo siento.

—La traición y el odio conspiraron en contra de nosotros. Eres mi hermano. Eres mi amigo.

—Para demostrarte mi agradecimiento te daría todo lo que tengo. Sólo has de decirme qué quieres, hermano, y será tuyo —dijo Brage.

—No necesitas ofrecermelo nada. Sólo fue un malentendido. Todo está bien entre nosotros.

Brage había estado dispuesto a entregarle su *drakkar*, su espada y su hogar, y que Ulf se negara a aceptar un regalo sólo sirvió para reforzar todas las cosas buenas que sabía de él. Ambos se fundieron en un abrazo.

Cuando se separaron, Ulf sonrió y dijo:

—Hay algo que sí quisiera pedirte.

—¿Qué es?

—¿Me venderías a tu esclava Matilda? Quiero liberarla para poder tomarla como esposa.

—¿Vendértela? No: la libero ahora mismo. Está hecho. Anuncio ante todos que Matilda es libre, pero creo que serás tú quien debe convertirla en tu mujer. Eso no está en mi poder.

Los dos hermanos se abrazaron una vez más y la paz volvió a reinar entre ellos.

Ulf le indicó a Matilda que se acercara. El rubor le cubría las mejillas y el corazón le palpitaba con fuerza cuando se arrojó en sus brazos y lo estrechó.

—Tenía tanto miedo de que algo te ocurriera. Sabía que no podías ser el traidor. Tu corazón es demasiado puro —dijo ella, contemplándolo, adorando su rostro cubierto de cicatrices, su alma bondadosa y su buen corazón.

Sus palabras lo conmovieron.

—¿Y bien, mujer? Ahora eres libre. ¿Te casarás conmigo?

Matilda miró a su fiero guerrero y sonrió con dulzura.

—Me casaré contigo, Ulf. Seré una buena esposa para ti.

Todos los presentes soltaron un grito de alegría, pero Kristoffer, aún sujetado por los demás, interrumpió el ambiente festivo.

—¡Me dais asco! —dijo en tono frío, cuando ya no pudo soportar las palabras de Brage y Ulf—. Siempre estabais juntos. A mí sólo me tolerasteis porque compartimos el mismo padre, ¡nunca por mí mismo! Y recordadlo: ¡mi plan casi funcionó!

—¡Eres un tonto, Kris! —espetó Brage—. Ninguno de los dos quería quitarte algo. Queríamos enseñarte a ser un hombre de honor y ganar batallas.

La mirada de Kristoffer destilaba odio.

—¡Procurasteis quitarme de en medio para reivindicar toda la gloria y las riquezas para vosotros!

—¡Estoy harto de tus horrendas palabras y de tu maldad! —bramó Anslak—. Sacadlo de esta casa y mantenedlo sujeto toda la noche. Por la mañana, lo llevaremos a la campiña y allí vagará sin familia ni amigos. Ése será su destino. Tal vez entonces comprenda lo que ha perdido.

Dos de los hombres se llevaron a Kristoffer, que no protestó ni se resistió.

Dynna había temido que Brage no saliera ileso. Lo observó, sabiendo que lo amaba y, al ver que se reconciliaba con Ulf, comprendió que nunca había conocido a un hombre mejor que él. Su único deseo fue que hubiese algún modo de demostrarle que la habían obligado a traicionarlo.

Entonces notó que Kristoffer se apartaba violentamente de los hombres que lo

sujetaban; vio cómo cogía el puñal de uno de ellos y se volvía, dispuesto a arrojarlo contra Brage.

—¡Brage! ¡No! —gritó, y corrió hacia él con la intención de evitar que lo hirieran.

Los demás también oyeron su grito de advertencia; Brage notó la urgencia del grito y se giró, dispuesto a enfrentarse al problema. Y entonces vio que el puñal destinado a él se clavaba en la espalda de Dynna cuando ella se interponía entre él y el arma.

—Brage... —la voz de Dynna era un resuello, su mirada se encontró con la de él y se desplomó.

—Dynna... —La cogió y la depositó en el suelo mientras el caos estallaba alrededor.

Los vikingos redujeron a Kristoffer y arrastraron su cuerpo inconsciente fuera de la casa. Luego lo encerraron en un almacén, maniatado y amordazado.

Cuando Matilda se arrodilló a su lado, Brage acunaba a Dynna entre los brazos.

—Lady Dynna... —Matilda lloraba al contemplarla.

Brage la acomodó en su regazo y vio la sangre que le manchaba las manos. Arrancó el puñal de la herida y lo arrojó a un lado.

—Estáis sangrando... —murmuró con un nudo en la garganta—. Me salvasteis la vida...

Dynna abrió los ojos y lo contempló.

—Es mucho mejor que haya sido mi sangre la que se derramó. Hubiese dado la vida por vos. La hubiese dado aquella noche en la torre, pero no me dieron opción. Si no le decía dónde os escondíais, Edmund habría matado a mi madre.

Brage la miró fijamente y empezó a comprender la horrenda elección a la que se había enfrentado. Edmund los había manipulado y les había mentado a los dos.

—Lo siento... No lo sabía... —musitó—. He sido un idiota al no creerlos.

—Os amo —susurró ella y luego sus ojos se cerraron.

—¿Dynna? —exclamó Brage, aterrado. Durante un instante creyó que había muerto en sus brazos y la estrechó junto a su corazón—. Dynna... No...

Entonces notó que ella aún respiraba e hizo el siguiente juramento:

—No os dejaré morir, Dynna. Os quiero a mi lado... para siempre.

Brage ordenó que fueran en busca de la sanadora, alzó a Dynna en brazos y se abrió paso entre la multitud, que se apartó para dejar que la llevara a la habitación de su padre, donde la tendió en la cama, se arrodilló y le cogió la mano.

—Os amo, Dynna. Si sobrevivís a este trance, nunca dejaré que nadie vuelva a haceros daño. Lo juro.

Brage permaneció a su lado hasta que tuvo que alejarse de la cama cuando apareció Olga, la más diestra de las sanadoras vikingas, pero se negó a abandonar la habitación y aguardó, observando todo lo que ocurría. En cierto momento alzó la vista y vio a Ulf en el umbral. Fue con él.

—Estará perfectamente —lo tranquilizó Ulf.

—Tiene que estarlo. Sabía que la amaba, pero hasta ahora ignoraba cuánto... Ahora que temo perderla —dijo Brage, y dirigió su atormentada mirada a su hermano.

—Edmund era un hombre malvado. No se hubiese detenido ante nada para obtener lo que quería y si no podía poseerla, quería asegurarse de que nadie más pudiera hacerlo. Es bueno que ahora sepas lo que alberga tu corazón.

—Sí, es muy bueno. ¿Adónde llevaron a Kristoffer?

—Está encerrado en un almacén y padre ha apostado un guardia ante la puerta. Mañana él mismo se encargará de desterrarlo.

—Siempre creí conocer a los hombres, pero jamás sospeché que Kristoffer nos aborrecía hasta tal punto.

—Ni yo. Era un buen actor, puesto que logró ocultarnos sus auténticos sentimientos durante todos estos años.

—Si Dynna muere... —Ulf comprendió la amenaza silenciosa de Brage.

—Brage... —dijo Matilda, aproximándose.

—¿Cómo se encuentra? ¿Vivirá? —se apresuró a preguntarle.

Por fin una sonrisa suavizó la expresión de Matilda.

—Sólo fue una herida superficial —explicó—. Lady Dynna vivirá.

—Gracias a los dioses... —murmuró Brage.

Ella asintió y él sonrió aliviado. Entonces Matilda reparó en Ulf, y cuando el vikingo le tendió los brazos corrió hacia él. Al descansar en el refugio ofrecido por su fuerte abrazo, elevó una oración, agradeciendo que todo hubiera salido bien.

Brage se acercó a la cama en silencio y pasó junto a Olga cuando ésta abandonaba la habitación. Permaneció de pie y contempló a Dynna, que yacía inmóvil. Creyó que quizás estaba dormida, pero ella abrió los ojos y lo miró.

—Dynna... —Brage se arrodilló junto a la cama, volvió a cogerle la mano y le besó la palma—. Dicen que os recuperaréis.

—Sé que pronto volveré a estar en pie —dijo ella. Su voz era suave y un poco débil.

—Hay algo que debo deciros. —Le aferró la mano con más fuerza, para que supiera cuán intensa era su emoción—. Os concedo la libertad ahora, Dynna. Ya no sois mi esclava. Sois libre de regresar a casa de vuestros padres. Me encargaré de que no corráis peligro durante el viaje. —Lo último que quería era perderla. Quería casarse con ella y dedicar el resto de la vida a amarla, pero no quería imponerle nada.

—¿Se trata de una recompensa por salvaros la vida? —preguntó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—No. Es porque os amo y no soporto veros triste. Si lo que deseáis es volver con vuestros padres, entonces ése también es mi deseo —contestó, preparándose para que ella le anunciara que se marchaba.

—¿Dijisteis que me amáis?

—Os amo —repitió él en tono solemne.

—Si ahora soy libre, entonces tengo la libertad de elegir, y no elijo regresar a casa de mis padres. Deseo quedarme aquí con vos, si me aceptáis. —Alzó la mano y le acarició la mejilla.

Brage la contempló y todo el amor contra el que había luchado resplandeció en su mirada. Se inclinó para besarla. Era un beso de veneración, un beso que le decía cuán preciosa era para él.

—No quiero a ninguna otra. Os amo, Dynna. ¿Os casaréis conmigo?

—Creo que os he amado desde la primera vez, cuando Ulf me llevó ante vos. No conozco a ningún hombre igual a vos. Podéis ser un feroz guerrero pero conocéis el poder que supone la bondad. Sois un amante tierno. Creo que el futuro junto a vos me deparará muchos días de felicidad y de amor. Me casaré con vos, Brage. Seré vuestra esposa.

Los labios de Brage se unieron a los de ella y sellaron su promesa de casarse con un beso.

—En cuanto estéis curada —juró el vikingo—, celebraremos la boda. No puedo esperar más tiempo.

Tove le informó de sus planes a Anslak.

—Debo hacerlo. No tengo otra opción.

—Tu hijo es un *niding*. Ha demostrado su deslealtad y no merece tu amor —argumentó Anslak ante la mujer que era su esposa pero que ahora le decía que seguiría a Kristoffer cuando marchara al destierro—. Cometes una tontería. Kris quedará en libertad, pero le precederá lo que ha hecho y nunca encontrará la paz.

—Sólo es un muchacho... —lo defendió Tove.

—¡Es un *niding*! ¡Un cobarde! ¡Un tonto! Acompáñalo al destierro si ése es tu deseo, pero has de saber que nunca más será bienvenido en la aldea.

—Comprendo —dijo ella en tono glacial—. Pero hay algo que tú has de comprender: cuentas con el afecto de muchos, pero Kris sólo cuenta con el mío.

—Eres tú quien desea irse, tú la que desea acompañar a su hijo. De acuerdo, sea. Ahora es hijo tuyo, no mío. Entre los míos no hay cobardes. Kris ha cometido algo imperdonable y no puede ser absuelto de su traición.

—Entonces haré lo que tengo que hacer —insistió Tove. No aprobaba las acciones de su hijo, pero lo comprendía. Él había vivido a la sombra de Brage y de Ulf durante toda su vida. Como ella a la sombra de Mira, muerta hacía años. No podía permitir que Kristoffer se alejara de ella para siempre. El amor por su hijo era más fuerte que el amor por Anslak.

—Tú eliges, pero has de saber que aquí siempre serás bienvenida.

Ella asintió con gesto brusco y se alejó. Por la mañana abandonaría la aldea con su hijo, y juntos buscarían una nueva vida en otro lugar.

Dynna tardó una semana en recuperarse por completo. Brage permaneció a su lado cuanto pudo: no quería separarse de ella. Ella y Brage se comprometieron ante toda la aldea y después celebraron la boda hasta tarde por la noche.

Cuando por fin se encontraron a solas en su hogar, Brage la cogió de la mano y la condujo hasta la cama. Se tumbaron y juraron amarse en cuerpo y alma. Hicieron el amor tiernamente, prometiéndose devoción y confianza mutua eterna.

—Lamento no haberos escuchado aquella noche en la torre. De lo contrario, y si hubiera dado crédito a vuestras palabras, os hubiera amado en vez de perder el tiempo —dijo Brage y acarició su sedosa piel.

—Lo que importa es que ahora estamos juntos, dulce esposo —contestó ella, lo atrajo hacia sí y lo besó apasionadamente.

—Sí, esposa, y siempre estaremos juntos.

Sus cuerpos se unieron envueltos en llamaradas de pasión, hicieron el amor como marido y mujer, sabiendo que su amor sería eterno. Y mientras procuraban alcanzar el punto culminante y perfecto, supieron que la paz y la satisfacción serían suyas durante el resto de sus vidas.

Epílogo

La anciana arrojó las runas y clavó la vista en las piedras proféticas depositadas en la mesa. Eligió tres con mucho cuidado y examinó las inscripciones. Tras un largo momento, alzó la mirada y contempló al guerrero y a la mujer sentados ante ella.

—Tal como las runas profetizaron, mi apuesto guerrero —dijo en tono críptico y volvió a mirarla—, el tesoro de gran valor es tuyo. Has derrotado a todos. Has sobrevivido al peligro. No te dejaste engañar por la traición y las falsas palabras, y has reivindicado el premio y lo has convertido en tuyo propio.

Brage recordó la profecía. Ahora estaba sentado junto a Dynna y la rodeó con el brazo, porque sabía de qué tesoro hablaba la anciana.

—Tenías razón: el premio era más precioso que ningún otro. —Dynna le lanzó una mirada interrogativa, pero él hizo caso omiso—. Entonces dime —prosiguió mirando a la anciana—, ¿qué nos depara el futuro? ¿Qué dicen las runas?

La anciana volvió a clavar la mirada en las piedras buscando una respuesta, procurando descifrar los secretos del futuro.

—Un hijo... —dijo rápidamente—. Un hijo robusto, al que le seguirán unas hijas que supondrán un desafío para su padre.

Dynna y Brage se miraron al tiempo que ella se llevaba la mano a su vientre aún plano.

—¿Y nuestra vida será pacífica? —preguntó Dynna, porque no lograba olvidar el odio de Kristoffer.

—Has encontrado la paz que has buscado durante tanto tiempo. Tu guerrero te protegerá y te amará. Ahora marchaos. Y sabed que vuestros días serán plenos de sol y de alegría.

Y así fue.